HISTORIA DE LA FAI

JULIÁN VADILLO MUÑOZ

El anarquismo organizado

Prólogo de Juan Pablo Calero

Lectulandia

La Federación Anarquista Ibérica fue fundada en 1927 como una confluencia de grupos anarquistas portugueses y españoles (algunos de ellos en el exilio), constituyendo la principal organización específica del anarquismo en la península ibérica. Desde sus inicios estuvo ligada a la CNT y a los movimientos obreros y sindicales, en los que desempeñó un papel fundamental. En este libro Julián Vadillo realiza un exhaustivo recorrido por la historia de la FAI, desde sus antecedentes y sus orígenes durante la dictadura de Primo de Rivera hasta la época de la Segunda República y la Guerra Civil, destacando la influencia que tuvieron en su fundación acontecimientos como la Primera Guerra Mundial o la Revolución rusa, así como la importancia de los numerosos debates ideológicos y congresos organizados por grupos anarquistas desde principios de siglo. Se analizan también en detalle la repercusión que tuvieron publicaciones como *Tierra y Libertad* o *Solidaridad Obrera*, destinadas a promulgar el pensamiento anarquista.

Julián Vadillo Muñoz

Historia de la FAI

El anarquismo organizado

ePub r1.0
Titivillus 01.11.2021

Título original: *Historia de la FAI*
Julián Vadillo Muñoz, 2021

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

«Por consecuencia obligada de las anteriores premisas, queremos los anarquistas, de acuerdo con los principios elementales de la justicia, igualdad de condiciones económicas para todos los hombres, lo que solo puede alcanzarse poniendo a disposición de las colectividades productoras de la tierra y los instrumentos de trabajo industrial, para que utilizándolos aquellos directamente atiendan a las necesidades propias y las generales del cuerpo social, por los medios y procedimientos que juzguen más adecuados».

La Cuestión Social
Valencia, 1892

«El anarquismo es anterior a la fundación de la CNT y la FAI, y es aquel quien la ha parido, lo que quiere decir que son hijas de la misma madre. Como tales hijas han de entenderse, ya que les une un objetivo común: trabajar por conseguir una eclosión revolucionaria eminentemente social a todos los niveles».

Progreso Fernández
Fundador de la FAI

A Irene.

A mis padres.

PRÓLOGO

Publicar un libro sobre la historia del anarquismo es, hoy en día, nadar a contracorriente en el ámbito académico español; redactarlo sin centrar la mirada en la violencia política es apostar claramente por la marginalidad y, desde luego, escribirlo con honestidad es una rareza. Pero, en mi opinión, todos estos atrevimientos están presentes en esta obra de Julián Vadillo.

Una de las claves de este libro es la introducción, tan extensa como necesaria, sobre la evolución organizativa del anarquismo en España, porque sirve para enmarcar a la FAI dentro de un proyecto de aliento mucho más largo y para mostrar que la FAI es, en 1927, el fruto maduro de una experiencia de socialización y organización de más de cincuenta años.

En el mes de enero de 1872, el Ministerio de Gobernación de un gabinete presidido por Práxedes Mateo Sagasta calificaba al internacionalismo de orientación anarquista como «utopía filosofal del crimen» y le acusaba de «intentar abusivamente lograr por el derecho de asociación […] sus propósitos de trastorno universal», reconociendo su aspiración a organizarse legal y públicamente. Concedía Sagasta que «la simple proclamación de estos principios dentro de ciertos límites no puede llegar a ser penable por las leyes, pero el hecho de asociarse y organizarse para llevarlo a cabo constituye indudablemente un acto punible, que por no ser para fines lícitos de la actividad humana y compatibles con la moral pública, no caben ya bajo el amparo de aquel derecho», según la crónica de *La Correspondencia de España*.

Por lo tanto, según reconocían los mismos que en 1872 los condenaron a la clandestinidad, la ambición de los internacionalistas era reunirse y actuar abiertamente. Pero uno de los lugares comunes sobre los anarquistas con más predicamento es su predilección por los «manejos ocultos» de una acción organizada por un «engranaje oculto» que «mangoneaba» a la Internacional y provocaba «la atomización y el aislamiento» de los obreros revolucionarios, por usar las palabras de Friedrich Engels en su libelo *Los bakuninistas en acción*. Una perspectiva que ha llegado hasta nosotros, hasta el punto de que un catedrático universitario publicó hace unos años que los «aliancistas del

Comité Federal [de la FRE] aceptaban mejor la clandestinidad que la acción sindical pública», en una suerte de masoquismo político.

Sobre este periodo se aporta luz suficiente para certificar que si los ácratas recurrieron a la clandestinidad no fue por voluntad propia o por querencia de un cierto ocultismo político, sino forzados por la recurrente ilegalización de sus organizaciones. Cuando recorremos los poco más de cien años que transcurrieron entre 1868 y 1975, comprobamos que las etapas de legalidad de los anarquistas eran la excepción que confirmaba una persecución que era la regla. En este sentido, la disección que hace Julián Vadillo de la Alianza de la Democracia Socialista es ejemplar.

Otro de los lugares comunes sobre el anarquismo que desmiente rotundamente este libro es la uniformidad ideológica de los anarquistas. No deja de ser sorprendente que una filosofía tan ajena a cualquier dogma y tan poco dada a la hermenéutica, como es la libertaria, sea generalmente descrita por la historiografía con el trazo grueso de la monotonía ideológica. Y aún más cuando esta perspectiva proviene de escuelas de pensamiento que hicieron del anatema y la exclusión todo un arte.

Desde la división entre anarcocolectivistas y anarcocomunistas en el último quinto del siglo XIX hasta las diferencias sobre la Primera Guerra Mundial reflejadas en el Congreso de El Ferrol (que retrotraen a las de los primeros internacionalistas con motivo de la guerra franco-prusiana), los debates ideológicos salpican esta historia del anarquismo organizado en general y de la FAI en particular.

Esta experiencia organizativa y esa pluralidad ideológica cristalizaron en la FAI. Recuerda e insiste Julián Vadillo en que su fundación tuvo que hacerse en el exilio francés, fruto de una represión que durante la dictadura de Primo de Rivera se cebó en el movimiento libertario mientras los socialistas, tanto del PSOE como de la UGT, disfrutaban de un periodo de extraordinaria placidez.

La documentación que se ofrece, por ejemplo del Pleno de Manresa del 20 de marzo de 1927, demuestra que, en contra de otro de tantos lugares comunes, la FAI no nació para controlar a una CNT que estaba ilegalizada (y no se sabía por cuánto tiempo), más aún cuando también acogía a los libertarios portugueses, cuyo panorama sindical era muy diferente. Tampoco se puede desdeñar que, como consecuencia lógica de ese pluralismo ideológico que hemos mencionado, la FAI no agotaba al anarquismo organizado; no conviene olvidar que dos personalidades como Buenaventura

Durruti y Federica Montseny no fueron faístas hasta el comienzo de la Guerra Civil.

Pero si hay una época para cuya comprensión la lectura de este libro es imprescindible, es la Segunda República. Sobreabundan los historiadores que, con más nostalgia que datos, añoran una CNT que hubiese servido de nudo puntal de la política reformista de la burguesía republicana o de granero humano para una UGT con menos eco que el anarquismo obrerista. Y como esta «desviación» cenetista no podía ser fruto de la realidad, tenía que ser consecuencia de ese «engranaje oculto» del que hablaba Engels: la FAI. El simplismo más ramplón provoca afirmaciones que se pueden desmontar solo con la cronología, como en el caso del *treintismo*, pero en esta obra se ofrecen datos y documentos que deberían relegar al olvido esa visión de unos sindicalistas buenos manipulados por unos anarquistas malos. Malos, pero muy cerca del superhombre nietzscheano: apenas diez mil faístas controlaron a más de un millón de afiliados a la CNT que, además, desconocían la ideología de su sindicato.

La Guerra Civil fue una prueba, una dura prueba, para todos los hombres y mujeres de aquella España, para las organizaciones que nutrían y para las ideas que las sustentaban. Para la FAI, que ni siquiera tenía diez años de vida, el conflicto supuso un reto de difícil resolución y puso de manifiesto todas las contradicciones entre teoría y práctica libertaria. Se insiste mucho en las responsabilidades de los faístas en la represión republicana de los primeros meses, pero se obvia el papel de dos de ellos —Juan García Oliver y Melchor Rodríguez García— en el final de esas represalias y en la humanización del conflicto en retaguardia; al mismo tiempo que se olvida que, como señala Julián Vadillo, durante la Guerra Civil la FAI no solo no fue ese «engranaje oculto» que «mangoneaba» a la CNT, sino que cedió al sindicato todo el protagonismo, incluso cuando los cenetistas aprobaron y pusieron en práctica acuerdos que contradecían a la FAI. La misma federación que tantas veces es representada como ejemplo de intransigencia, pero que se adaptó con tanto pragmatismo a las circunstancias que imponía la guerra, que modificó su estructura natural, los grupos de afinidad, por una organización territorial clásica.

Así pues, este libro de Julián Vadillo es muy conveniente, porque rompe con varios tópicos y aporta perspectivas que merecen ser conocidas y debatidas. De la discusión no tiene que concluirse el acuerdo, pero nace la luz. Y necesitamos luz en estos tiempos oscuros. Además, el libro nos deja

con ganas de leer más, porque ofrece respuestas, pero también nos plantea preguntas. ¿Qué más se puede pedir?

Juan Pablo Calero

INTRODUCCIÓN

Entre los años 1952 y 1978 salieron en España una serie de folletos que, bajo la colección Temas Españoles, analizaban distintas cuestiones relacionadas con la historia y el folclore de nuestro país. Una colección impulsada por el Ministerio de Información y Turismo del franquismo que llegó a reunir 548 folletos. La nómina de escritores y publicistas de aquella colección fue larga, entre la que habría que destacar la del comisario de Policía Eduardo Comín Colomer, convencido católico y defensor acérrimo del régimen franquista. Si algo caracterizó la obra de Comín Colomer, no solo en Temas Españoles sino en otros libros, fue su fuerte carga antianarquista, anticomunista y antimasónica. El hecho de que Comín Colomer se centrase en el movimiento obrero y revolucionario estribaba en que él tenía acceso a la enorme cantidad de documentación que tras la Guerra Civil se incautó a las organizaciones derrotadas y que se conservaban en el Archivo Policial de Salamanca. Parte de su obra Comín Colomer la dedicó al anarquismo, al que le adjudicó un importante componente peyorativo, siendo una suerte de violencia desenfrenada en manos de organismo internacionales que actuaba en España para subvertir el orden y romper las raíces tradicionales de la nación. Para ello se valió de todas las herramientas a su alcance. Como era lógico, en la obra de Comín Colomer, ya fuese en Temas Españoles o en libros como *Historia del anarquismo español, 1836-1948*, la Federación Anarquista Ibérica (FAI) se convertía en un chivo expiatorio y una organización madre de todas las desgracias de la nación. Junto a esa violencia intrínseca del anarquismo, la FAI era como una dirección ideológica de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), una organización llamada a salvaguardar la pureza doctrinal del anarquismo y a dirigir a las masas sindicales por medio de la subversión y la violencia.

Evidentemente, la hipérbole de Comín Colomer, como la de otros publicistas del franquismo tales como Maximiano García Venero o Mauricio Carlavilla, hizo fortuna en un régimen que estigmatizó a sus enemigos durante décadas siguiendo las pautas de la victoria en la Guerra Civil. Aunque en la actualidad estas visiones solo son sostenidas por neofranquistas, la

cuestión es que la historia de la FAI se ha mantenido con una sombra de desconocimiento y de lugares comunes.

Muy pocos se han adentrado en la historia en la FAI como organismo. Siempre presente en las historias del anarquismo en general y de la CNT en particular, casi nadie ha analizado de forma individualizada a la organización específica de grupos. Esto ha motivado que las conclusiones que se han extraído de la FAI hayan sido, casi siempre, a partir de fuentes secundarias, y muy pocas obras se han adentrado en su historia analizando sus documentos primarios. Por eso la FAI, prácticamente desde su nacimiento, ha sido analizada desde un lugar común como organización que nació con el objetivo de controlar a la CNT en sus presupuestos ideológicos ácratas. Y esto se ha justificado de muchas maneras, desde las reuniones paralelas realizadas por la FAI previa a los comicios de la CNT, la imposición y manipulación de organismos confederales para darle mayor protagonismo y poder a un sector faísta o, incluso, a vincular la violencia de la FAI por la zona geográfica de origen de sus militantes. Posiciones todas que, cuando se analizan los documentos de primera mano y se ponen en relación con el contexto en el que se desarrollaron, son muy difíciles de sostener. Historiadores de peso como James Joll definían así a la FAI en su libro *Los anarquistas*: «[…] la FAI también estaba integrada por jóvenes y fanáticos revolucionarios dispuestos a situar la causa anarquista en el terreno de una oposición irreconciliable con el orden existente y poner fin a los devaneos con que trataba de atraer a los políticos republicanos y diversos líderes de la CNT» (Joll, 1978: 230).

El anarquismo español ha contado con historiadores que han analizado, desde distintas perspectivas y ópticas historiográficas, su historia general. Investigadores como Clara E. Lidá, Josep Termes Ardevol, Javier Paniagua, Dolors Marín, Jacques Maurice y un largo etcétera se han introducido en la historia del anarquismo español en diferentes momentos, épocas históricas o áreas geográficas. La CNT también ha sido objeto de estudio de muchos y buenos investigadores: Julián Casanova, Chris Ealham, Juan Pablo Calero, Ángel Herrerín, Antonio Bar, Xavier Cuadrat, etc. Sin embargo, la FAI tan solo cuenta con dos monografías dedicadas a ella. Una es el clásico libro de Juan Gómez Casas *Historia de la FAI*, donde este militante e historiador obrero reconstruye la historia de la organización específica, partiendo de sus orígenes y centrando su estudio en los años republicanos y de la Guerra Civil. Otro fue el estudio de Stuart Christie con el título *¡Nosotros los anarquistas! Un estudio de la Federación Anarquista Ibérica (FAI). 1927-1937*, que tiene el valor de haber recuperado algunos documentos de primera mano. A estos

habría que unir los estudios de Jason Garner y los orígenes de la FAI en su contexto internacional, que no están traducidos al castellano. Y aunque puedan existir algunos estudios locales o regionales, nadie se ha adentrado en la historia de la FAI como organización.

Estas cuestiones han dificultado el análisis pormenorizado y centrado en la historia de la FAI y su actuación en el campo político de la izquierda española. Y ese es el cometido que se aborda en este libro. Para ello, y partiendo tanto de la bibliografía existente (general y específica) como de la prensa y los documentos de primera mano, se trata de acercar la trayectoria de la FAI, su composición organizativa, sus debates internos y su evolución política. Por ello se ha realizado un recorrido de la historia de las organizaciones específicas y de los grupos anarquistas durante el siglo XIX y primer tercio del siglo XX con el objetivo de contextualizar bien el origen de la FAI.

El primer capítulo se ha dedicado a los orígenes o prehistoria de la FAI en el siglo XIX, pues la estructura de la que se dotó la organización específica en 1927 bebía directamente de los ejemplos que la Alianza de la Democracia Socialista, desde la introducción de la Internacional, o la Organización Anarquista de la Región Española (OARE) a finales del siglo XIX se dotaron. Dos organizaciones tan desconocidas (sobre todo la segunda) como poco entendidas, que sirven para plantear dónde se sitúan los orígenes de una articulación general de los grupos.

El segundo capítulo trata sobre el periodo previo a la fundación de la FAI, donde los grupos anarquistas, dispersos, pero en ocasiones coordinados en estructuras locales y comarcales, agitaban el pensamiento y mantenían la ideología anarquista en los debates del obrerismo. La posición de los anarquistas en cuestiones como la Primera Guerra Mundial o la Revolución rusa son capitales para entender el arraigo de esta ideología previa a la dictadura de Primo de Rivera. Ya en ese momento se comenzó a plantear la necesidad de una Federación Nacional de Grupos Anarquistas, que quedó anquilosada por la imposición de la dictadura.

El tercer capítulo es el clave, pues aborda la fundación de la FAI en 1927, analizando la actuación de los grupos anarquistas en todo el territorio. Aquí he querido introducir un epígrafe que sitúe al anarquismo portugués como la otra pata de la organización anarquista, viendo que el devenir del país vecino fue muy similar al español. Los debates, las claves internacionales y la necesidad de articular una organización específica con sus propias dinámicas es capital para entender el nacimiento de la FAI.

El cuarto capítulo está dedicado a los años republicanos, importantes para el desarrollo y extensión de la FAI. Aunque se aborda el «mito del faísmo», lo que se ha querido plasmar es el verdadero desarrollo de la FAI, de sus grupos, de sus debates ideológicos y de sus diferencias regionales. La historia del anarquismo se hace muchas veces en clave catalana o levantina por la enorme fuerza e influencia del anarquismo en esa zona. Pero la FAI era un todo y una diversidad de grupos que, dependiendo de las zonas, tenían unas posiciones u otras. Incluso grupos de las mismas localidades pensaban distinto en cuestiones comunes. En este capítulo se rompe la idea de una FAI controladora de la CNT, pues fue más bien lo contrario lo que se dio en el entorno de los grupos ácratas. Las bases de la trabazón son la clave de las relaciones entre ambos organismos.

El quinto capítulo trata sobre la Guerra Civil, un momento en el que todo cambió y que fue el canto del cisne para las aspiraciones libertarias. La FAI se vio subsumida por las decisiones de la CNT, donde sus actividades quedaron desdibujadas. Un tiempo en el que la FAI cambió de estructura y abandonó su organización de grupos para pasar a ser una organización territorial de agrupaciones. Sus debates, aunque doctrinales, tenían más que ver con las dinámicas de la guerra y el poder de la retaguardia republicana.

Al igual que en el anterior *Historia de la CNT*, la parte dedicada al franquismo, la transición y el sistema democrático es un breve epílogo. La razón es simple. El cambio de paradigma que para el movimiento libertario supuso el final de la Guerra Civil, hace que esa sección necesite de un análisis pormenorizado. Por ello, será un futuro volumen, un tercer libro que aparecerá en esta misma editorial y que hablará del anarquismo y del anarcosindicalismo, de la CNT y de la FAI, en ese momento. Aquí solo se esbozan algunas cuestiones de interés.

* * *

No ha sido fácil acercarse a la historia de la FAI por dos motivos fundamentales. El primero, la complejidad de la organización y la dispersión de las fuentes. Y segundo, que este volumen ha sido elaborado en medio de la pandemia de la COVID-19, lo que ha dificultado el acceso a algunas fuentes primarias y datos primordiales. Aunque parte de la documentación ya la tenía de otras investigaciones, ha habido fuentes para las que ha sido necesario acudir a archivos y bibliotecas. Como se podrá intuir, no ha sido nada fácil en medio de un cierre total de países, que retrasó y canceló visitas a archivos clave como los de París o Ámsterdam. Sin embargo, gracias a la

profesionalidad de esos archivos y su personal, se me pudo facilitar la documentación cuando las medidas restrictivas se suavizaron. Agradezco enormemente al personal del IISG de Ámsterdam el envío de grandes cantidades de documentación en un momento tan complicado. También agradezco a la Fundación Anselmo Lorenzo y a sus responsables, Juan, Anna y Miguel Ángel, que me abriesen las puertas del archivo a horas intempestivas y me facilitasen el acceso al mismo en momentos complicados. En circunstancias así también te das cuenta de la solidaridad y compañerismo que acompaña a la profesión. A veces una llamada o un correo electrónico eran suficientes para que amigos y amigas te enviasen cosas en tan solo un clic. Muy agradecido en este sentido a Chris Ealham, Leonardo Mulinas, Carlos García-Alix, Carlos Coca, Agustín Guillamón, Fernando Hernández Sánchez, Marcos Ponsa, Wolfgang Eckhardt, Óscar Freán, Jason Garner y un largo etcétera. También agradezco a Alfredo González, que me facilitó documentación muy valiosa y que en todos estos años de amistad me ha hecho entender muchas cosas de la FAI. También a amigos que, gracias a conversaciones sobre el tema, me han ayudado a aclarar algunas cuestiones clave: Francisco Salamanca, Fernando Jiménez Herrera, María Migueláñez, Héctor González Pérez, Miguel Íñiguez, Eduardo González Calleja, etc.

Quiero agradecer muy sinceramente a Juan Pablo Calero que aceptase leer el manuscrito de este libro y que haya escrito el prólogo. En todos estos años de amistad Juan Pablo ha sido uno de los maestros donde me he visto reflejado y he podido aprender Historia con mayúscula.

Y, por último, un agradecimiento a la editorial Los Libros de la Catarata, que, tras *Historia de la CNT. Utopía, pragmatismo y revolución*, me sugirió la posibilidad y la necesidad de escribir un libro sobre la FAI. Una cuestión que tampoco habría sido posible sin la colaboración de Carmen, editora, que ha tenido la paciencia de ir conociendo paso a paso la elaboración de este libro.

Julián Vadillo Muñoz
Febrero de 2021

CAPÍTULO 1

LOS ANTECEDENTES DE UNA ORGANIZACIÓN ESPECÍFICA. DE LA ALIANZA DE LA DEMOCRACIA SOCIALISTA A LA ORGANIZACIÓN ANARQUISTA DE LA REGIÓN ESPAÑOLA (1868-1900)

El cambio político que se produjo en España en septiembre de 1868, con el destronamiento de la reina Isabel II, significó una profunda trasformación en la sociedad española. Por primera vez desde que se había iniciado el ciclo de revoluciones liberales, España conquistaba libertades democráticas y una nueva era parecía comenzar en el país.

Entre las transformaciones profundas que generó aquel cambio político, se encuentra la llegada a España de las estructuras organizativas de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT), que había nacido en Londres cuatro años atrás. Esto no quiere decir que con anterioridad no existiese el movimiento obrero organizado en el país, pues el desarrollo de sociedades de socorros mutuos o de resistencia proliferaron en el territorio español desde la década de 1840. Las ideas socialistas que venían con aires transformadores en Europa alcanzaron la Península, y núcleos cabetianos y fourieristas se desarrollaron en distintos puntos, sobre todo en Andalucía y Cataluña. Las ideas de Proudhon, padre del anarquismo, comenzaban a asomar la cabeza gracias a un incipiente movimiento republicano federal que vio en la organización política del anarquista de Besançon una base sobre la que asentar sus estructuras, aunque dándole otros cometidos (Jutglar, 1975).

Cuando Giuseppe Fanelli llegó a España en diciembre de 1868 había ya un camino recorrido que, junto a las ansias de transformación y espíritu revolucionario que había iniciado la «Revolución Gloriosa», fueron bases fundamentales para entender el desarrollo de aquel obrerismo internacional. Sin embargo, la conformación del movimiento obrero de base internacionalista diferiría en mucho de sus antecedentes en España. Para estos internacionalistas, la creación y extensión de un organismo obrero que articulase y uniese a las distintas sociedades que se desarrollaban en el territorio era fundamental. Además, para estos activistas el objetivo no era solo consolidar una sociedad de resistencia al capital que trabajase para mejorar las condiciones materiales de los obreros, sino que se estaba

conformado un cuerpo ideológico alternativo al modelo económico del momento, y a la vez diverso, pues unía los conceptos doctrinales que llegaban de Europa en los debates internos de la Internacional con la experiencia que ellos mismos atesoraban, sumado al impulso y entusiasmo que el momento histórico brindaba. Así lo expresaba uno de aquellos primeros internacionalistas, Tomás González Morago:

> Pues se trata —continuó Morago— de organizar a los trabajadores del mundo civilizado para destruir la explotación capitalista a que se haya sometido el trabajo. Grandes agrupaciones obreras existen ya en Inglaterra, Alemania, Suiza y Bélgica. En Francia es difícil la organización por ahora a causa de la tiranía del Imperio, y por la misma razón de la tiranía gubernamental en los demás países, pero España, que goza de la infeliz oportunidad de hallarse en el periodo de una revolución triunfante, está en excelentes condiciones para cooperar en este gran movimiento (Lorenzo, 2005: 46).

Este entusiasmo y ansia organizativa, compartidos por todos los protagonistas del momento, fue el escenario que, como decía, encontró Fanelli cuando llegó a España. Él, que había participado en diversas iniciativas revolucionarias en Europa y que se había unido a la Internacional influenciado por las ideas de Bakunin, introdujo en España ese modelo organizativo que defendía Morago. Las bases del anarquismo se estaban asentado en el país, si bien hace falta establecer la importancia que tuvo la doble organización en el desarrollo del anarquismo español desde su origen. Por eso tenemos que detenernos en el objeto de estudio de esa primera organización del anarquismo específico: la Alianza de la Democracia Socialista.

LA ALIANZA DE LA DEMOCRACIA SOCIALISTA

La fundación y desarrollo de la Alianza de la Democracia Socialista es inseparable de la figura de Mijail Alexandrovich Bakunin, el revolucionario ruso que convirtió el anarquismo en un movimiento internacional y que realizó importantes aportaciones doctrinales.

Bakunin, que como todo pensador y activo militante había evolucionado en su propio pensamiento, siempre participó o impulsó sociedades de carácter secreto donde reunidos los elementos más activos pudieran dar una concepción concreta a la revolución. Una actividad que no estaba muy lejos de lo que habían significado en los ciclos revolucionarios del siglo XIX sociedades como los carbonarios o entidades secretas conspirativas contra los gobiernos autoritarios del momento.

Sin embargo, con el paso del tiempo Bakunin fue conformando una mentalidad más acorde a los tiempos que le tocó vivir, y vio que la capacidad de acción de la clase obrera residía en organizaciones más amplias que superaban las viejas entidades conspirativas. Este modelo organizativo fue defendido por el revolucionario ruso en la década de 1860, cuando el grueso de su militancia se desplazaba entre una efervescente Italia y una consciente Suiza.

El origen de la Alianza de la Democracia Socialista hay que situarlo en el contexto bélico de esta década en Europa y la política expansionista de Bismarck. En ese contexto se celebró un Congreso por la Paz y la Libertad en Ginebra, impulsado por los franceses Charles Lemmonier (que había crecido en torno a las ideas legadas por Saint-Simon) y Émile Acollas. Junto a ellos, otras personalidades como el británico John Stuart Mill, los franceses Élisée y Élie Reclus, Victor Hugo, Garibaldi, etc. Bakunin participó y se adhirió a las conclusiones de dicho congreso, que finalizó con la constitución de la Liga por la Paz y la Libertad. Aunque esta organización, conformada de forma mayoritaria por los elementos más avanzados de la burguesía democrática, tenía como finalidad la construcción de una unidad de Europa en torno a la paz, Bakunin vio en ella un buen elemento para el desarrollo de las ideas socialistas que venía defendiendo. El objetivo de Bakunin era atraer a todos esos elementos de la Liga hacia la AIT, a la que el propio Bakunin se adhirió.

Pero su objetivo inicial resultó un completo fracaso y los integrantes de la Liga por la Paz y la Libertad no estaban en la misma línea que la organización internacional obrera (Berthier, 2015: 51). Este fracaso hizo que, partiendo del núcleo socialista que existía en aquella Liga, se formase un nuevo organismo con el nombre de Alianza Internacional de la Democracia Socialista, constituida en octubre de 1868. Al mismo tiempo, el propio Bakunin se adhería a la sección de Ginebra de la AIT. Un núcleo que se consagró como el ejemplo del antiautoritarismo a través de federaciones como la jurasiana y que sería una de las bases de los futuros acuerdos del Congreso de Saint-Imier de septiembre de 1872 (Enckell, 2012).

El nacimiento de este nuevo organismo generó inquietud en Marx, que se interesó por él. El objetivo que tenía Bakunin con esta Alianza era la constitución de un organismo que, bajo principios socialistas, trabajase por el desarrollo de la AIT, intentando constituirse como una sección de esta (Guillaume, s/f: 39). Aunque esta propuesta se hizo oficial, el Consejo General la rechazó.

A pesar de que se generó un debate sobre mantener o no la Alianza como un elemento independiente de la Internacional, el propio Bakunin consideró poco práctica tal decisión, teniendo en cuenta que ambas entidades tenían objetivos y procedimientos idénticos: «Tras rechazarse la objeción de Bakunin, que consideraba la doble estructura poco práctica y generadora de rivalidades, la Alliance internationale de la Démocratie Socialiste quedó fundada en Ginebra como organización internacional autónoma y a la vez elemento integrante de la Internacional (Eckhardt, 2017: 19)».

Para Bakunin, lo esencial en aquellas circunstancias era mantener una unidad organizativa, y esta tenía que venir por parte de la AIT y no de la Alianza, lo que haría que sus integrantes acabasen por conformar los comités ginebrinos de la AIT sobre la base de aquella Alianza. La Alianza de la Democracia Socialista pasaba a ser una sección de la Internacional (Berthier, 2015: 60). La peculiaridad que tuvo la sección de la Alianza en Ginebra fue que, por simpatías y proximidades a Bakunin, afilió a personajes de otros países a título individual mientras esa estructura se mantuvo. Cuando desapareció también lo hicieron las afiliaciones, no así las amistades y cercanías con el anarquista ruso, que mantuvo una intensa correspondencia con amigos suyos de distintos países.

Sin embargo, sobre la base de la Alianza se desarrolló la gran querella que se iba a dar en el interior de la Internacional y que iba a tener en España uno de sus principales escenarios. A pesar de que la Alianza dejó de existir a nivel internacional, se la acusó de seguir trabajando en la sombra, de conspirar para hacerse con el control del movimiento obrero en distinto lugares. Aunque Bakunin salió al paso de las acusaciones, no evitó que se produjera su expulsión definitiva en 1872, tras el Congreso de La Haya, y la constitución de una Internacional propia del sector antiautoritario.

Uno de los documentos más interesantes que elaboró Bakunin para defenderse de las acusaciones es su *Rapport sur l'Alliance* (Informe sobre la Alianza) (Bakunin, 2015-2018: 3.450-3.638). Tal como lo define René Berthier: «El "Informe sobre la Alianza" es un documento destinado a explicar el papel desempeñado por este grupo en el seno de la Internacional y a mostrar, ante las acciones de Marx y su séquito contra el revolucionario ruso, que no era una organización fraccionaria y que tuvo un papel decisivo en la expansión de la Asociación Internacional de Trabajadores» (Berthier, 2005: 65).

Lo que Bakunin viene a defender en dicho documento es que la Alianza no tuvo ningún papel divisorio en el movimiento obrero y que, desde el inicio,

se atuvo a los acuerdos adoptados por la AIT. Pero más allá de estas cuestiones, Bakunin también argumentó que fueron miembros de la Alianza los que trabajaron para la constitución de las secciones que más número de obreros aportaron a la AIT, como la sección italiana con Carlo Gambuzzi, o la sección española con Giuseppe Fanelli.

Sea como fuere, la cuestión de la Alianza enquistó un problema en el interior de la AIT que condujo a su ruptura. El cruce de acusaciones entre las partes generó una gran cantidad de documentos y marcó la división definitiva del movimiento obrero internacional. España fue protagonista de estas circunstancias y al mismo tiempo el anarquismo introdujo su modo de organización dual, que mantuvo en los años sucesivos.

FANELLI Y LA ALIANZA EN ESPAÑA

Cuando Fanelli llegó a España trajo consigo los dos estatutos de las organizaciones a las que, en ese momento, él mismo pertenecía: la AIT y la Alianza de la Democracia Socialista. Y aunque la misión de Fanelli fue exitosa, pues se constituyeron núcleos obreristas adheridos a la Internacional que en 1870 se reunieron en congreso en Barcelona para formalizar el nacimiento de la Federación Regional Española (FRE), el surgimiento de dos organizaciones en un momento en el que el propio Bakunin estaba considerando perjudicial la doble vía organizativa no gustó al revolucionario ruso (Nettlau, 1977: 30). Bien es verdad que en aquellas fechas no solo Fanelli estaba en España, en este caso en misión oficial. Otros dos amigos de Bakunin, Élie Reclus y Aristide Rey, también andaban en España viendo de cerca la transformación revolucionaria de 1868 y tomando contacto con los núcleos más avanzados del movimiento revolucionario (Reclus, 2007).

El programa de la Alianza era muy claro:

1. La Alianza quiere ante todo la abolición definitiva y completa de las clases y la igualdad económica y social de los individuos de ambos sexos. Para llegar a este objeto, quiere la abolición de la propiedad individual y del derecho de heredar, a fin de que en el porvenir sea el goce proporcionado a la producción de cada uno y que, conforme a las decisiones tomadas por los congresos de la Asociación Internacional de los Trabajadores, la tierra y los instrumentos de trabajo, como cualquier otro capital, llegando a ser propiedad colectiva de la sociedad entera, no puedan ser utilizados más que por los trabajadores, es decir, por las asociaciones agrícolas e industriales.

2. Quiere para todos los niños de ambos sexos, desde que nazcan, la igualdad en los medios de desarrollo, es decir, de alimentación, de instrucción y de educación en todos los grados de la ciencia, de la industria y de las artes, convencido de que esto dará por resultado que la igualdad solamente económica y social en su principio, llegará a ser también intelectual, haciendo desaparecer todas las desigualdades ficticias, productos históricos de una organización tan falsa como inicua.
3. Enemiga de todo despotismo, no reconoce ninguna forma de Estado, y rechaza toda acción revolucionaria que no tenga por objeto inmediato y directo el triunfo de la causa de los trabajadores contra el capital; pues quiere que todos los Estados políticos y autoritarios actualmente existentes se reduzcan a simples funciones administrativas de los servicios públicos en sus países respectivos, estableciéndose la unión universal de las libres asociaciones, tanto agrícolas como industriales.
4. No pudiendo la cuestión social encontrar su solución definitiva y real sino en la base de la solidaridad internacional de los trabajadores de todos los países, la Alianza rehúsa toda marcha fundada sobre el llamado patriotismo y sobre la rivalidad de las naciones.
5. La Alianza se declara atea; quiere la abolición de los cultos, la sustitución de la ciencia a la fe y de la justicia humana a la justicia divina[1] (Lorenzo, 2005: 58-59; Nettlau, 1977: 62-64).

Esta mezcla de organizaciones fue un hecho desencadenante para que en España se constituyese un núcleo de la Alianza. Sin embargo, las visiones más clásicas estimaban que el nacimiento de la Alianza se hacía con la intención de controlar la AIT y arrastrarla hacia las posiciones del anarquismo, en una clara estrategia del bakuninismo internacional. Fue la visión que se impuso a través de las conclusiones que Friedrich Engels y Paul Lafargue desarrollaron una vez se desató el conflicto entre las partes (Engels, 1976: 84-117; Lidá, 1973: 244-266; Vadillo Muñoz, 2017b: 195).

Sin embargo, la cuestión es mucho más compleja, y la Alianza establecida en España va a diferir de la que había fundado Bakunin en Europa, que desapareció poco tiempo después, y va a marcar un modo de organización dual en el anarquismo español. En primer lugar, porque los afiliados a la Alianza en España eran muy diversos y no todos estaban afiliados a la misma organización. Tal como ha analizado Wolfgang Eckhardt, existieron hasta cuatro modalidades de afiliación a una entidad llamada Alianza, que en ningún caso era la misma. Hasta cuatro variantes estructurales se distinguen en este sentido:

- Una sección local de la Internacional.
- La sección de la Alianza de Ginebra. A este grupo pertenecieron en España personajes como Rafael Farga Pellicer, Francisco Córdova y López, José Robau Donadeu, Ángel Cenagorta Mazón, Tomás González Morago, Gaspar Sentiñón, José Luis Pellicer, Celso Gomis, Juan Miralles o Ramón Sala.
- Una Alianza como agrupación secreta fundada en España en abril de 1870.
- El círculo de amigos más íntimos de Bakunin (Eckhardt, 2017: 25).

Es decir, en España se estableció una sección de la AIT que, tras el Congreso de Barcelona de 1870, adquirió el nombre de Federación Regional Española. Parte de sus integrantes se adhirieron a título personal a la Alianza de Ginebra, que aceptaba afiliados fuera de su territorio, y entre esos afiliados estuvieron numerosos españoles, entre los que se encontraban Tomás González Morago o Rafael Farga Pellicer. En tercer lugar, existió una Alianza de carácter secreto, al estilo de la que había fundado Bakunin, pero que nació con el objetivo de mantener vivas las estructuras de la Internacional en caso de represión y clandestinidad de la sección española. Por último, un núcleo cercano a Bakunin, de amigos íntimos, con los que mantuvo una intensa correspondencia.

De todos estos grupos, el más interesante para entender esa estructura dual organizativa es la agrupación secreta para mantener las estructuras organizativas obreras en caso de ilegalización o represión (Termes Ardevol, 2000: 151).

Esa Alianza sí que mantuvo sus estructuras locales vivas durante mucho tiempo y consiguió, en los momentos de mayor represión contra el movimiento obrero, mantener lazos de contacto entre sus distintos integrantes para conservar una infraestructura mínima que permitiese reconstruir los organismos obreros cuando las circunstancias legales lo amparasen. Es una de las razones por las que se entienden las reconstrucciones tan rápidas y dinámicas que se dieron a lo largo de la historia del anarquismo.

Fue precisamente esta duplicidad organizativa la que sirvió como punta de lanza para el Consejo General y las críticas que iban a ejercer contra la sección española. La llegada de Paul Lafargue a España en 1871, huido de la represión de la Comuna de París, abrió esta guerra abierta. Sin embargo, no deja de ser curioso que las referencias que Lafargue tiene cuando llega a España eran las de internacionalistas cercanos o afiliados a la Alianza, como es el caso de Anselmo Lorenzo o de Celso Gomis (Eckhardt, 2017: 83).

No vamos a detenernos aquí en los conflictos generados en la sección española sobre la existencia o no de la Alianza y sobre el supuesto control que esta ejerció sobre las estructuras obreras de la FRE. Como se ha expresado más arriba, el cometido de la Alianza era otro y sus afiliaciones dispares y en distintas entidades organizativas; elemento que se mantendría en la dualidad organizativa en el futuro: las variantes geográficas.

Las supuestas pruebas que Lafargue y Engels reunían en contra de la Alianza para acusarla de control y manipulación no dejaban de ser diatribas que ponían en evidencia los enfrentamientos intestinos en la AIT. Esto dio lugar a un folleto escrito por el socialista francés con el título «A los internacionales de la Región española», intentando justificar su posición en España y consignando haber descubierto la secreta Alianza para poder controlar la Internacional, acusando de forma directa a personajes como Tomás González Morago o Nicolás Alonso Marselau (Lafargue, 1872). Estas cuestiones tuvieron su respuesta pertinente, sobre todo Marselau desde las páginas de *La Razón*, periódico de los internacionalistas de Sevilla y por *La Federación* de Barcelona. También se le dio respuesta a través de folletos como *La cuestión de la Alianza*, que desmentía todo lo apuntado por Lafargue[2] (Vadillo Muñoz, 2018: 124).

Además, si la idea era mostrar a la Alianza como un bloque monolítico donde sus integrantes votaban lo mismo para hacerse con el control, el Congreso de Zaragoza de 1872 fue la prueba evidente que tal circunstancia no era cierta. Porque si bien Lafargue contrapuso sus principios a los de González Morago en cuestiones organizativas (si el Consejo General y los Consejos Federales debían tener más peso y poder que las secciones), el acuerdo no fue ni para el socialista francés ni para el aliancista español, sino que se sacó una solución intermedia patrocinada por otro aliancista, Francisco Tomás: «El congreso, no obstante, no eligió ninguno de ambos proyectos, sino la propuesta del miembro de la Alianza Francisco Tomás: mantener la organización social adoptada por la conferencia de Valencia (1871), a lo que se adhirió finalmente también Lafargue» (Eckhardt, 2017: 89).

El último acto de este enfrentamiento se dio en La Haya, donde tras varios debates se procedió a la expulsión de Bakunin, Guillaume y Schwitzguébel, ante la protesta de los delegados españoles representados por Tomás González Morago, Nicolas Alonso Marselau, Rafael Farga Pellicer y Charles Alerini (Guillaume, 1907: 345-349; Freymond, 1973: 430-431; Claris, 1872: 103).

En todo este asunto, junto a las enemistades personales y las divergencias organizativas subyacía también una falta de entendimiento de las estructuras que se estaban juzgando. En primer lugar porque, ciertamente, la Alianza existía en España y tenía núcleos en diversos lugares del país y un funcionamiento autónomo y autóctono. Pero lo que no existía eran ni unos acuerdos comunes para controlar la FRE ni, mucho menos, una estructura internacional que estaba disuelta, según algunas fuentes, desde 1869 y que otros la alargan hasta 1871[3]. Además, aquellos que eran acusados de aliancistas a lo largo de su vida habían militado en varias estructuras con ese nombre. En realidad, la Alianza existente en España en aquellos momentos estaba preocupada por mantenerse en medio de la clandestinidad y la persecución que sufrían desde 1871 por su ilegalización en las Cortes (Verges, 1964), una cuestión que fue, incluso, reconocida por el propio Lafargue a Engels (Eckhardt, 2017: 91).

A pesar de la existencia independiente de ambos organismos (Alianza e Internacional) y de que la Alianza española nada tenía que ver con la ginebrina, el cruce de acusaciones hizo que se generara una amplia documentación al respecto. Ni Bakunin dio instrucciones secretas para controlar nada ni la Alianza tenía oscuros y espurios intereses. Lo que sí se reconoció fue la confusión que Fanelli provocó en los orígenes del internacionalismo obrero al dejar estatutos de los dos organismos, lo que favoreció la creación de la dualidad organizativa. Sin embargo, a la Alianza sus propios integrantes pronto le confirieron unas características muy diferentes a las de la Alianza de Bakunin, extinta en fecha muy temprana, y a las acusaciones que Lafargue emitió en diversos artículos e informes. De hecho, todos los integrantes del Consejo Federal de la FRE eran aliancistas en un principio, desde Francisco Mora, futuro fundador del PSOE, hasta Morago, Albarracín y otros (Vadillo Muñoz, 2017d: 62). Incluso el propio Lafargue sabía perfectamente cuál era el contenido y estructura de la Alianza.

Anselmo Lorenzo deja constancia de que el trabajo de la Alianza había dado resultado cuando a su regreso de su periplo francés en 1874 recala en Barcelona y vuelve a tomar contacto con el círculo de Farga Pellicer y García Viñas. La constitución de la sección de tipógrafos en Barcelona sirvió para que Lorenzo se uniera a la Comisión Ejecutiva que mantenía la estructura de la Internacional en España. Esa Comisión Ejecutiva había actuado de catalizador para mantener las estructuras de la Internacional, lo que Lorenzo asimiló rápidamente a la Alianza. Pero su sorpresa fue cuando le confesaron

que esa Alianza había resistido y gracias a ella la Internacional seguía adelante:

> El día designado comparecimos todos en el sitio designado: Farga, Soriano, Pellicer, Nácher, Gasull, Llunas, Albagés (Francisco y Gabriel), no recuerdo si algún otro y yo, y se me dijo que lo que yo había propuesto a Viñas existía y funcionaba ya secretamente; que se había dejado creer que la Alianza había sido disuelta para mejor asegurar su existencia y funcionamiento, y gracias a ella, la Internacional existía aun en España, conservando la pureza de sus ideales.
>
> Me felicité por el descubrimiento y ofrecí a mis compañeros ser un buen aliancista y buen internacional, como había procurado serlo siempre (Lorenzo, 2005: 376).

Aun así, esa estrategia de mantener en la clandestinidad un grupo de militantes que en momentos de dificultad mantuviesen las estructuras no solo fue objetivo de una entidad como la Alianza, sino que los propios internacionales lo impulsaron en aquellos años del Sexenio Democrático, con la creación de los llamados «Defensores de la Internacional». Tal como nos lo legó el propio Anselmo Lorenzo: «En previsión, pues, de la persecución o de tentativas revolucionarias por parte de los republicanos, formuló el consejo un plan de organización clandestina que podría reemplazar a la Internacional en caso de que esta asociación fuera violentamente disuelta, y que sirviera además para impulsar un movimiento revolucionario si los republicanos se determinaban a iniciarlo (Lorenzo, 2005: 251)».

No fue un grupo numeroso, porque tampoco lo buscaba para la finalidad en la que estaba diseñado, pero mantuvo un estrecho contacto entre los trabajadores y una intensa actividad de propaganda y organización. Su implantación se produjo por una serie de excursiones que los integrantes de la FRE realizaron por diversos lugares de España. En el caso de Anselmo Lorenzo fue por Andalucía donde tomó contacto con personajes de la importancia de Trinidad Soriano en Sevilla o de Fermín Salvochea en Cádiz.

Los estatutos de este grupo le conferían el significado y finalidad de su estructura:

> 1.º No podrá pertenecer a los grupos de Defensores de la Internacional ningún individuo que no forme parte de la Asociación Internacional de los Trabajadores.
>
> 2.º En cada localidad donde hoy existan federaciones constituidas deberá formarse un grupo de Defensores de la Internacional. […]
>
> 3.º Los grupos de Defensores deberán funcionar secretamente hasta tanto desaparezcan los obstáculos que el poder nos presenta para el desarrollo de nuestra Asociación. […]
>
> 4.º Los grupos de Defensores de la Internacional se proponen ante todo: la abolición definitiva y completa de las clases y la Igualdad económica y social entre los individuos de ambos sexos.
>
> 5.º Los grupos de Defensores de la Internacional se comprometen solemnemente a trabajar por la realización inmediata, tan luego como las circunstancias lo permitan, del programa anterior. [En la continuación de este punto, se insistió en que, en caso de un movimiento revolucionario desarrollado por los partidos políticos, los Defensores de la Internacional se mantuvieran al

margen. Pero finalmente fue rechazado porque rompía la libertad de actuación de las distintas secciones].

6.º Los grupos de Defensores formaran una federación regional, a cuyo efecto nombraran un comité que habrá de residir en el punto que los grupos locales designan por mayoría de votos[4] (Eckhardt, 2017: 150-151).

Además, la propia represión que ya estaban sufriendo desde 1874 preparaba a la FRE para un periodo de clandestinidad (Lidá, 2012: 124).

No cabe ninguna duda que en aquellos inicios de la Internacional ya se marcaron los principios de la doble organización que mantuvieron los anarquistas en los años venideros. Y si querían mantener sus estructuras en los tiempos difíciles era porque la finalidad que buscaban era moverse en un espacio de libertad para hacer crecer y engrosar lo más posible las sociedades obreras que pudieran canalizar las luchas laborales y la transformación revolucionaria.

Sin embargo, el fracaso del Sexenio Democrático, el pronunciamiento de Arsenio Martínez Campos en Sagunto en diciembre de 1874 y la proclamación de Alfonso XII como rey de España, con el subsiguiente regreso de los Borbones al trono del país, inauguraba un periodo de clandestinidad para el obrerismo y, por extensión, para ese incipiente anarquismo.

EL ANARQUISMO EN EL ORIGEN DE LA RESTAURACIÓN HASTA LA DESAPARICIÓN DE LA OARE

La implantación de la Restauración vino acompañada de una persecución a las organizaciones obreras. La FRE sufrió de cerca esta represión, lo que hizo que su actividad, más diseñada para desarrollarse en un espacio de libertad al ser una organización que pretendía ser de masas, se viese constreñida. Por ello, la idea de mantener esas pequeñas estructuras que, más por afinidad que por lazos laborales, se organizaban para mantener vivas las sociedades obreras, se fue desarrollando en los años que median entre 1876 y 1881. Una cuestión que, tal como señala el historiador Juan Pablo Calero, se repitió de forma constante a lo largo de la historia del anarquismo: «Los intentos de mantener en la clandestinidad a la FRE se demostraron condenados al fracaso, y las antiguas Sociedades Obreras quedaron reducidas a pequeños grupos de trabajadores, más unidos por su afinidad personal e ideológica que por su oficio, desenlace que se repitió en todos los periodos de persecución sufridos por el anarquismo obrerista español hasta 1975 (Calero Delso, 2017: 79)».

Una posición —la del mantenimiento de las estructuras de la Internacional en la clandestinidad— que fue muy evidente en grupos como la Unión de Trabajadores del Campo en Andalucía, que sería una de las bases de la futura FTRE (Nettlau, 1969: 373; Maurice, 1990).

Lo cierto es que este periodo es menos conocido en la historia del anarquismo y se le ha dado menos importancia, sobre todo al que media entre 1874 y 1881. Como afirma la historiadora Clara E. Lidá: «Ahora bien, una característica predominante en la mayoría de las publicaciones sobre la FRE es la escasa atención a la etapa de la clandestinidad anarquista entre 1874 y 1881, como si los anarquistas hubieran abandonado toda militancia y permanecido ajenos a su cultura, sus prácticas y sus ideas (Lidá, 2012: 113-114)».

El periodo que se inauguró para el movimiento obrero en el último tercio del siglo XIX está caracterizado por varias cuestiones. La primera es que el anarquismo estuvo buscando cómo articular una organización que volviese a cumplir los parámetros que había dejado la antigua FRE. Eso lo consiguió, en parte, con la fundación en 1881 de la Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE), impulsada al calor de la nueva ley de asociaciones promulgada por el gobierno liberal de Sagasta. Sin embargo, no todo el movimiento anarquista se atuvo a esos parámetros organizativos y, aunque fuesen al principio minoritarios, comenzaron a proliferar en todo el territorio grupos anarquistas críticos con la estrategia de la FTRE. En estas diferencias subyacía también una diversidad organizativa y de pensamiento, pues estamos asistiendo a los debates entre los defensores de las corrientes anarcocolectivistas, partidarios y defensores del modelo legado por Bakunin frente a unas ideas que fueron ganando influencia, como fue el anarcocomunismo, que creció al calor de la muerte del pensador ruso y de las aportaciones doctrinales de personajes de primer nivel como Piotr Kropotkin y Errico Malatesta.

Además, la vida del anarquismo en aquel momento no fue fácil. Si bien se articuló un movimiento obrero fuerte alrededor de la FTRE, sucesos como los de la Mano Negra en Andalucía, que ponía al anarquismo como protagonista de episodios violentos, generaron también un debate entre las partes, no por la defensa de la violencia, sino por la estrategia de defensa de aquellos acusados por los delitos cometidos, muchos de los cuales fueron llevados al patíbulo.

Sea como fuere, lo cierto es que desde muy temprano aparecieron estructuras un tanto más difusas, que aunque pudieran tener una idea de federación entre ellas no se llegó a fraguar nunca. Esos núcleos críticos con lo

que había significado la fundación de la FTRE constituyeron una estructura a la que dieron el nombre de Los Desheredados de la AIT (Termes Ardevol, 2011: 84). Este grupo, reticente a aceptar la disolución de la Internacional, intentó mantener una estructura que la defendiese, formando su propia organización: «Los Desheredados de la AIT fue una reorganización de las viejas redes de relaciones clandestinas de los setenta, las cuales, ante el devenir organizativo de la FTRE, optaron por separarse de la misma y crear una nueva organización» (Fernández, 2017: 39).

Una organización cuyas actividades es muy complicado seguir, por lo que es difícil saber si fue un grupo dinámico o no, aunque se conoce gracias a los estudios de Clara E. Lidá que uno de sus representantes, el anarquista francés Emmanuel Founier, estuvo en el Congreso de Londres de 1881, aunque también participó el español Figueres, que fue uno de los dinamizadores del congreso. Fueron muy críticos con la FTRE en el contexto de los sucesos de la Mano Negra, teniendo en cuenta que gran parte del núcleo más fuerte de Los Desheredados se establecieron en Andalucía (Fernández, 2017: 109).

Lo que podemos extraer de aquellos años es que, junto a la existencia de un movimiento libertario basado en la legalidad de la FTRE, existió un gran componente de grupos clandestinos anarquistas, base del desarrollo del anarquismo comunista en España, que, aunque disperso, hizo que con el paso del tiempo su propaganda ideológica fuera persuasiva. Barcelona era el epicentro de estos grupos, llegando a celebrar en 1885 un Congreso Cosmopolita en donde «partidarios de dicha corriente intervinieron, así como miembros de la FTRE, tanto legalistas como partidarios de la corriente aventina y componentes de Los Desheredados» (Fernández, 2017: 47).

Fueron grupos muy dinámicos, pequeños en número pero activos, que se nutrieron de las relaciones intensas que tenían con sus vecinos franceses o de grupos italianos, y que publicaron periódicos de impacto en momentos concretos, como *La justicia humana*, donde no solo participaron defensores del anarcocomunismo, sino que plumas como la de Anselmo Lorenzo o Fernando Tárrida del Mármol, más partidarios de quitar esos «adjetivos» al anarquismo, también mostraron su impronta. Posteriormente, periódicos como *Tierra y Libertad* o la Biblioteca Anárquico-Comunista contribuyeron también en esta línea. Entre estos grupos destacaron personalidades como Emili Hugas, el clan Borrás-Saperas y otros muchos. La Biblioteca Anárquico-Comunista fue importante en tanto en cuanto dio a conocer a la opinión pública textos de trascendencia para el movimiento anarquista, como fue *La conquista del pan* de Piotr Kropotkin. En el caso de *Tierra y Libertad*,

el historiador Fran Fernández nos trasmite: «durante su existencia se transformó en el portavoz de dichas doctrinas en toda España, según se desprende de la lectura de sus listas de suscriptores, la correspondencia administrativa y peticiones en ese sentido que se produjeron» (Fernández, 2017: 65).

Aunque no establecieron ningún tipo de federación anarcocomunista que coordinase los distintos grupos dispersos por todo el territorio, eso no impidió que su propaganda y su prensa se extendiesen por muchas zonas y se implantasen distintos grupos a lo largo y ancho del territorio. Pese a que el epicentro estuvo en Barcelona y Andalucía, también fueron importantes estos grupos en lugares como Madrid, País Vasco o las Castillas. La emigración también fue importante para que se asentasen grupos de tales características fuera del territorio nacional, como fue el caso de los trabajadores que llegaban a Argelia y portaban con ellos sus estructuras organizativas libertarias, estableciendo grupos en lugares como Argel y Orán.

Por su parte, la FTRE había tenido una importante implantación en todo el territorio desde su nacimiento en 1881 y así lo atestiguan los distintos congresos que celebró en aquellos primeros años. Siguiendo a Anselmo Lorenzo, en el Congreso de Sevilla de 1882 se contabilizaban 50 000 afiliados, 640 secciones, 215 federaciones locales y 8 uniones de oficio (Lorenzo, 2005: 461). Su estrategia era la organización a través de sociedades obreras que por procedimientos como la huelga incentivaran dos cuestiones clave: en primer lugar, conseguir mejoras inmediatas en la calidad de vida y condiciones materiales de los trabajadores, pero al mismo tiempo instruirlos para una transformación revolucionaria.

A pesar de su fuerza e influencia, la FTRE sufriría una represión por los episodios como el de la Mano Negra (Gutiérrez Molina, 2008b: 26-47; Herrerín López, 2011: 53-60; Madrid, 1998) en zonas de enorme influencia, como Andalucía. Aquí es donde se sitúa uno de los puntos determinantes del fracaso de la FTRE. Pero no podemos dejar de lado las cuestiones ideológicas y de concepto, los importantes debates que se van a dar en el interior del anarquismo. Conceptos como «colectivismo», «comunismo», «individualismo» o «anarquismo», sin adjetivos, van a tener protagonismo en los debates ideológicos y organizativos internos del movimiento libertario desde finales de la década de 1880 hasta el inicio del siglo XX. Unos debates que no son baladíes para comprender el desarrollo del anarquismo en España, su conformación como movimiento y la fuerza de su actividad organizativa. Una cuestión que se unió con la desaparición de la FTRE y la aparición de

una nueva dualidad organizativa en una parte del entorno libertario (el Pacto de Unión y Solidaridad y la OARE), al mismo tiempo que se iban a empezar a recibir los primeros ecos del sindicalismo revolucionario francés. Estos debates ideológicos y modelos organizativos serán capitales para entender el inicio del siglo XX. Pasar por alto los mismos sería marcar una cesura que haría incomprensible la eclosión de Solidaridad Obrera y, posteriormente, de la CNT. A pesar del impulso que se le intentó dar a la FTRE por parte de militantes como Josep Llunas Pujals (Vicente, 1999), el IV Congreso que se celebró en 1887 en Madrid mostraba ya una fuerza efímera que llevó a la desaparición de la renacida asociación en 1888 (Lidá, 1972: 258).

Esto fue aprovechado nuevamente para que, ante un momento de dificultad organizativa, en pleno debate estructural sobre la naturaleza que se le quería dar al anarquismo, volviese a aparecer la dualidad organizativa. Algo que, como hemos visto con anterioridad, no era novedoso, y que volvería a suceder en el futuro. Nació, por una parte, un Pacto de Unión y Solidaridad para unir a las distintas sociedades obreras, y por otra, una OARE que quería mantener un vínculo más cercano por afinidad que por cuestiones laborales:

> Sin embargo, los anarquistas decidieron, al inicio de la década de los noventa, ante la supuesta inminencia de la revolución y la necesidad de acelerar el proceso, la separación de aquellos obreros que, aun teniendo una base ideológica bakuninista, apostaban por la acción colectiva y cierto reformismo. Crearon en 1888 la Organización Anarquista de la Región Española (OARE), que estructuraron en grupos de afinidad; apostaba por la violencia y mantuvo su actividad hasta 1900. Por su parte, los societarios constituyeron, también en 1888, la Federación de Resistencia del Capital, que derivó en el Pacto de Unión y Solidaridad, entre 1891 y 1893, y en la Federación Regional Española de Sociedades de Resistencia en 1900 (Herrerín López, 2011: 64).

La OARE pretendía estructurarse como un modelo similar a la Alianza, donde en un contexto difícil pudiera mantener la idea de la revolución anarquista a partir de pequeños grupos organizados de forma heterogénea. Las bases de la OARE marcaban la finalidad para la que estaba llamada:

> 1. Se entiende por anarquía la ausencia de Gobierno, es decir, un estado social en el que no hay necesidad de ningún Gobierno, ni de ninguna dirección, ya que somos de la opinión de que mientras permanezca el principio de autoridad, no habrá garantía para la libertad de todos los miembros de la sociedad; el principio de autoridad o dirección de la sociedad supone que los socios son incapaces de gobernarse a sí mismos y siempre degenera en tiranía; y la sociología ya está en ese nivel de perfección que nos demuestra que el hombre ya ha alcanzado su mayoría de edad y que es digno de gozar de toda la libertad que las leyes de la Naturaleza —las únicas que aceptamos— le permiten disfrutar. El único obstáculo para este disfrute es una cuestión de intereses —monopolios y privilegios, apoyados, no por la razón o la justicia, sino por el engaño y la fuerza—.
>
> 2. Puesto que reconocemos que una sociedad no será completamente anarquista mientras quede el más mínimo átomo de autoritarismo o subyugación, debemos reconocer también, como

garantía de libertad, la abolición del principio de la propiedad privada y de toda explotación del hombre por el hombre.

3. En consecuencia, la organización anarquista revolucionaria estará formada por todos los individuos, sociedades, grupos, círculos, periódicos, etc., que acepten la anarquía, sin distinción de medios revolucionarios o escuelas económicas.

4. Puesto que el hombre es libre en sus manifestaciones, así como en su derecho de asociación (que no puede ser legislado, como tampoco la libertad misma), y puesto que los grupos e individuos son libres de llevarse bien con los demás y de actuar de acuerdo con lo que les parezca mejor a los que estén interesados en obtener tal resultado, no se establecen estatutos modelo, ni se imponen reglas de conducta, y se deja a cada individuo, a cada grupo y a toda la organización el estudio y la búsqueda de los medios más adecuados para asegurar el triunfo de la anarquía.

5. Creemos que sería conveniente que todas las unidades de la organización tuviesen un Centro de Relaciones y Estadísticas, cuya finalidad sería facilitar el intercambio de información y direcciones, las comunicaciones y el acuerdo entre grupos; un espacio de contrapeso de la organización sin ningún otro derecho o iniciativa; y las unidades de la organización determinarían la manera de constituir este centro y los individuos que lo constituirán, la localidad, su duración, etc.[5].

Estas bases nacieron como consecuencia de los resultados del Congreso de la FTRE en Valencia en 1888, en el que se optó por la división entre el Pacto y la OARE, y como se denota de esta, su base en organización de grupos era evidente. En un congreso celebrado en Sants fue donde se aprobaron las anteriores bases organizativas de la OARE (Termes Ardevol, 2011: 105). Además, no es baladí que esta forma de organización diversa surgiese del grupo que decidió liquidar la FTRE, que, en parte, recoge la tradición heredada por la FRE y el significado que había tenido la Alianza. Este cambio lo argumentaron los propios protagonistas alegando que en la situación en la que se encontraban era muy complicado mantener relaciones a nivel regional, por la persecución a la que estaban sometidos, por lo que había que reforzar los lazos locales e individuales, teniendo ahí mucha más importancia la afinidad que el oficio:

Estudiamos la situación, ahondamos nuestro criterio en el fono de nuestra organización, y creímos descubrir la causa de la apatía en que se halla la Federación Regional. Está latente en ella un dualismo entre las ideas y la práctica, un gran número y puede que todos los individuos, que son el núcleo activo e inteligente de las localidades, hállanse (sic) cansados de emplear su actividad, haciendo y rehaciendo secciones de resistencia: se han convencido de que por muchos que sean sus esfuerzos, el espíritu revolucionario se estrella enfrente de ellas y acaban por hastiarse, al tener que consumir sus fuerzas en un círculo de hierro. Descuidan por consecuencia los trabajos en ellas y emplean su actividad fuera, con otros compañeros, peor todo ello sin poder deshacerse de la que no creen apropiado para el desarrollo de la propaganda, pues de otro modo no caben, no pueden ser admitidos dentro de nuestra organización. […] De las sociedades federadas, hay que no se reúnen casi nunca, otras cada año, otras cada seis meses, las que más cada mes, y el mismo consejo local, si se reúne semanalmente, es con una tercera parte excusa, de sus delegados, y no pocas veces para abrir la sesión y levantarla, después de haber leído el acta[6].

Aunque se iban a organizar en función de distintos lazos personales y locales, el objetivo final de este grupo era volver a estructurar una

organización obrera lo más amplia posible, en un espacio de libertades, para poder actuar en el interior del movimiento obrero, que es de donde tenía que sacar su fuerza el movimiento anarquista. Pero las circunstancias no invitaban a ello y había que utilizar fórmulas que para nada eran desconocidas.

Igualmente, para este anarquismo no valía cualquier organización obrera, sino que tenía que ser una adaptada a su modalidad organizativa. Por aquellos años, el modelo societario de la Unión General de Trabajadores (UGT), nacida en Barcelona, estaba empezando a caminar. Ese modelo, apegado a las estructuras organizativas de los socialistas, no era el modelo adecuado para estos trabajadores una vez que la FTRE había desaparecido a escala nacional. Tampoco lo podía ser una organización como Las Tres Clases del Vapor (Izard, 1973), que, fuertemente asentada en Cataluña, había tenido una evolución hacia el moderantismo societario que no casaba con las finalidades revolucionarias de los libertarios, y que fue languideciendo con el paso del tiempo.

Incluso, dentro la mentalidad internacionalista, estos grupos de la OARE no renunciaron a tener contacto con otros grupos de similares características fuera de las fronteras españolas, subyaciendo con ello el principio de los lazos internacionales que siempre caracterizó al anarquismo:

> Los grupos de la Región de España no quieren renunciar a tener una reunión con los elementos anarquistas de otros países. Tenemos noticias de algunos grupos de fuera que tienen el mismo deseo que nosotros y el mismo pesar de que la fecha aún no ha sido fijada. Por lo tanto, hemos decidido invitar directamente a todos los elementos anarquistas de Europa y América a estar representados en París el primer domingo de septiembre, a las diez de la mañana, en la redacción de su periódico, para ir a la sala Horel, o a la sala que más le convenga. Allí podremos intercambiar nuestras impresiones y saber dónde estamos en varios asuntos de gran importancia.
>
> Esperamos su ayuda para que asista el mayor número posible de delegados o individuos. Ya sean muchos, ya sean pocos, siempre podremos conocernos y probablemente organizar una reunión de propaganda anarquista y cosmopolita[7].

Sin embargo, la actividad de la OARE es escasamente conocida y apenas dejó rastro. Lo que sí podemos concluir es que su existencia y desarrollo hay que entenderlos en el contexto de aquellos debates que estaban agitando el movimiento libertario a finales del siglo XIX, en los que participaban los denominados colectivistas, comunistas, individualistas o «sin adjetivos». Tampoco se puede desgajar del contexto internacional y de la importancia que un personaje como Errico Malatesta estaba imprimiendo al movimiento anarquista internacional.

Por ello, es conveniente determinar qué implicación tuvo Malatesta para el desarrollo del anarquismo en aquellos años, alejándolo de los lugares comunes que alguna historiografía ha establecido sobre su figura. Junto a

Malatesta hay que ubicar también la importancia que tuvieron acontecimientos como el Congreso de Londres de 1881, pues para algunos ahí se gestó la base de una violencia estructural en el anarquismo, que ha tendido a confundir conceptos y estrategias. Por ello merece la pena abrir una pequeña explicación sobre conceptos como «propaganda por el hecho», las repercusiones del Congreso de Londres y el significado de la violencia finisecular, que no tuvo lugar solo en España, sino también en otros países.

En primer lugar, el propio concepto de «propaganda por el hecho» ha sido desvirtuado y pervertido. Vinculado siempre a la violencia, dentro del movimiento anarquista tuvo muchas aplicaciones que no fueron necesariamente violentas. Este concepto lo que pretendía era que, a través de acciones concretas y plausibles, se demostrara que el anarquismo funcionaba y que sus ideas y organización eran la alternativa eficiente y evidente al modelo económico y político del momento. Se hablaba de insurrección, pero en la línea de la aplicada por Malatesta y su entorno en la región del Benevento, donde en la comarca del Matese se realizaron diversos actos de carácter revolucionario, con la toma de pueblos, donde también participaron otros como Carlo Cafiero o Saverio Merlino (Malatesta, 2002: 366-367). Dentro de ese concepto de la propaganda por el hecho, los anarquistas incluían elementos tan dispares como ocupación de tierras, quema de registros de la propiedad o creación de escuelas. Todo un componente de ejemplificación física para mostrar dónde se encontraban los problemas sociales que provocaban la miseria, la pobreza y la desigualdad política y económica. Sin embargo, tal como nos marca el historiador Ángel Herrerín, el concepto de «propaganda por el hecho», que estaba asimilado al concepto de «insurrección», con el paso del tiempo «sufrió una transformación que lo equiparó con los atentados personales» (Herrerín López, 2011: 50).

En segundo lugar, el Congreso de Londres de 1881 se identifica de forma casi automática como el evento que puso inicio a la oleada de atentados terroristas, estableciéndose una especie de «Internacional negra» que coordinaba las actuaciones y que tuvo a dos personajes protagonistas: Kropotkin y Malatesta. Sin embargo, las informaciones legadas de aquel congreso suelen hacer referencias a los documentos que generaron los infiltrados policiales que hubo en el mismo, sobre todo de Francia y de Italia. Algunos de ellos estaban incluso en el comité organizador, como Orlando de Martys, que aseguraba en sus informes que Malatesta pretendía organizar un atentado contra el rey de Italia. Por parte francesa, fue Égide Spilleux, conocido como «Serreaux», quien estaba a sueldo de la Policía y el Gobierno

francés (Avilés Farré, 2013: 105-106). Si bien Kropotkin y Malatesta podían ser partidarios de acciones insurreccionales, también es cierto que las acciones individuales y terroristas que se desarrollaron poco después nada tenían que ver con ese insurreccionalismo y responden a otros criterios. El propio Kropotkin afirmó en *La Révolte*: «Una estructura basada en siglos de historia no puede ser destruida con unos cuantos kilos de explosivos» (Avilés Farré y Herrerín López, 2009: 89).

En tercer lugar, la utilización de la violencia terrorista de forma activa por parte determinados anarquistas, de forma individual o en pequeños grupos, se concentró en un periodo muy concreto que coincidió, en líneas generales, con el periodo final del siglo XIX, momento en el que en países como Francia o España se estaban desarrollando conflictos y crisis de diversa índole. Además, mientras en Francia Émile Henry o Ravachol realizaban sus actuaciones, se estaba conformado un importante movimiento sindical a través de la Federación de Bolsas Trabajo de Fernand Pelloutier y, posteriormente, con la fundación de la CGT tras el Congreso de Limoges de 1895. La promulgación de leyes como las *lois scélérates* («leyes perversas») pretendía impedir el avance de los movimientos obreros con la excusa de la represión al terrorismo, que era minoritario dentro de las filas anarquistas. Algo similar ocurría en España cuando en los momentos de más auge del sindicalismo de la FTRE apareció el fenómeno de la Mano Negra y con ello una importante persecución contra el anarquismo. En un momento de problemas externos e internos del anarquismo, se sucedieron episodios de violencia terrorista como el atentado de Paulino Pallás, el de Santiago Salvador o, más tarde, el atentado de la procesión del Corpus Christi en Barcelona. Normalmente, estos fenómenos se analizan como un todo, y cada uno de estos episodios tiene una lectura diferente porque la tipología de violencia es muy distinta en un caso u en otro. No voy a extenderme mucho en una cuestión como la violencia finisecular y de inicios del siglo XX, que han abordado previamente otros historiadores como Rafael Núñez Florencio, Ángel Herrerín o Eduardo González Calleja (Núñez Florencio, 1983; Herrerín López, 2011; González Calleja, 2020), aunque es conveniente tenerla en cuenta a la hora de analizar algunas cuestiones del anarquismo, sobre todo para comprobar su diversidad.

Volviendo sobre la figura de Malatesta, hay que tener en cuenta que una vez que el anarquista italiano, perseguido en Europa, partió a un exilio forzoso que le llevó por distintos países de América Latina, las bases organizativas del anarquismo fueron repensadas. A pesar de ello, y partiendo de la experiencia de las distintas secciones de la AIT o de las conclusiones del

Congreso de Londres, la idea de una organización doble que abarcase los aspectos del movimiento obrero y de la organización específica del anarquismo seguían presentes. Aunque había que reforzar el movimiento obrero, Malatesta consideraba que había que crear y desarrollar una organización que trabajase por la extensión de las ideas y la propaganda anarquista:

> En cualquier caso, Malatesta volvió al viejo continente dispuesto a lanzar una nueva propuesta organizativa para el anarquismo internacional, como sería la creación de un partido anarquista, el cual, a diferencia de las experiencias anarquistas sindicales, no tendría un carácter obrero, más bien específicamente anarquista. En otras palabras, entendía que era necesaria la creación de un partido o federación anarquista internacional para visibilizar la acción anarquista, coordinarlamejor y plantar cara al auge de otras doctrinas socialistas como los marxismos (Fernández, 2017: 84).

La llegada de Malatesta coincide con la crisis definitiva de la FTRE, que lleva a su desaparición y transformación en dos entidades distintas pero complementarias, como hemos visto. Por una parte, un modelo organizativo mucho más flexible que la FTRE, destinado a funcionar como oficina de coordinación, pero no pensado para conformar un organismo a gran escala, que era complicado de mantener en los tiempos que corrían. Por otra, los núcleos más fuertemente ideologizados, defensores de una propaganda específica anarquista, con la finalidad de mantener los lazos de unión y, en caso de desaparición de las estructuras puramente obreristas, poder mantener pequeñas estructuras organizativas con bases para recomponerlas, base de la idea de la OAR. Esa idea de Malatesta de creación de un organismo anarquista que articulase la propaganda específica del mismo no era ajena a la OARE: «En el otro de 1889, la OARE ya contaba con un año de vida, y aunque no especialmente extendida, sí que tenía una presencia influyente y estable en el territorio. Propuestas como las de Malatesta sintonizaban con los planteamientos antiadjetivistas, pues resultaban coincidentes en muchos sentidos» (Fernández, 2017: 88).

Pero poco sabemos de las estructuras de la OARE y de sus actividades. Siguiendo el trabajo de Francisco Fernández, algunos de los anarcocomunistas de primera hora se sintieron atraídos por las ideas de Malatesta y se vincularon a la OARE (Fernández, 2017: 145), aunque con el paso del tiempo se fueron alejando de estos principios. Consideraban que Malatesta estaba más en la línea de los antiadjetivistas que de los comunistas, por lo que toda la suerte de grupos anarcocomunistas siguieron su propio camino, si bien en algunos casos no se perdió contacto o vinculación con la OARE (Fernández, 2017: 154-155). En parte, razón no les faltaba en lo que

respectaba a las cercanías o diferencias, pues personajes como Tárrida del Mármol, aunque crítico con esos adjetivos, estaba muy cercano a Malatesta y, por ende, a la defensa de una organización como la OARE[8].

De hecho, es interesante comprobar cómo, lejos de la idea de compartimentos estancos, los grupos en cuestión debatían en las páginas de distintos periódicos, como *La Controversia*, que pretendía ser «una tribuna abierta a todo tipo de debates, pues los consideraban necesarios y útiles para el desarrollo del movimiento» (Fernández, 2017: 165).

El recorrido de la OARE no fue muy grande, pero dentro de las propuestas dadas por ella y el entorno más cercano a Malatesta existía un núcleo que sería fundamental en el futuro del anarquismo español. En esa línea se sitúan los debates que en 1893 se dieron para la elección de delegados de la Conferencia Anarquista de Chicago, siendo elegido finalmente un español residente en EE UU, Pedro Esteve, que tuvo mucha vinculación con Malatesta (Fernández, 2017: 170-171). Este entorno no dejó de ser influyente a través de periódicos como *El Productor*, editado en Barcelona o *La Anarquía*, en Madrid. Unos medios y militantes que no estuvieron exentos de polémicas con el pujante grupo de anarcocomunistas.

De todos modos, el anarquismo no se agotaba en estos debates y actividades. Aunque el final del siglo XIX fue una época agitada por los debates, las diversidades organizativas y el periodo de violencia que se aglutinó en el último decenio, la capacidad cultural y social del anarquismo siguió muy presente en la sociedad española. La proliferación de escuelas laicas en los centros obreros, muchas de ellas impulsadas por personalidades del anarquismo como Teresa Mañé (Soledad Gustavo) o Juan Montseny (Federico Urales). Un momento donde esos debates doctrinales no habrían sido posibles sin la gran cantidad de periódicos y revistas que se editaron en aquellos momentos, de diversas tendencias, y que mantuvieron muy alto el nivel del movimiento anarquista. Junto a ello se desarrollaron, también, certámenes socialistas donde se fue conformando toda una cultura, espacios de sociabilidad y modos de comportamiento (Termes Ardevol, 2011: 111-118).

Toda esa visión general fue construyendo una cultura política, que no solo era obrera, sino que llevaba el apellido de «libertaria» o «anarquista», y que se iba a convertir en una de las alternativas más importantes del siglo XX.

A pesar de la crisis organizativa de este final del siglo XIX, al final el movimiento anarquista supo mantener esos lazos de unión y sociabilidad con el paso de los años, y aquí es donde encontramos una de las razones por las

cuales el anarquismo lograba encontrar el espacio legal que reclamaba para poder desarrollar sus organismos y conseguía en poco tiempo en convertirse en la referencia frente a sus rivales políticos. Además, a nivel doctrinal, aquellos debates de quitar o no apellidos al movimiento lograron resolverse. Mientras que organizativamente la doble vía inaugurada con la Primera Internacional se mantuvo como producto de aquel internacionalismo de primera hora, a nivel ideológico el comunismo superó el colectivismo y se convirtió en la referencia finalista de la amplia base de un movimiento que siempre fue heterogéneo y diverso.

CAPÍTULO 2

DE LA DISPERSIÓN DE GRUPOS A LA UNIÓN EN UNA FEDERACIÓN. LOS DEBATES DEL ANARQUISMO EN ESPAÑA (1900-1923)

La desaparición de un organismo al estilo de la Alianza de la Democracia Socialista o de la OARE no fue motivo para que el movimiento anarquista no siguiese desarrollándose en España o, incluso, manteniendo estructuras grupales en los éxodos políticos y económicos, muy dados en la época. Y a pesar de ello siempre anidó en la mente del movimiento anarquista la necesidad de poder articular un organismo que pudiese coordinar las actividades de los diferentes grupos dispersos por la geografía española.

Sin embargo, no fueron tiempos gratos para el anarquismo organizado a nivel general. El movimiento obrero había quedado seriamente erosionado en el último decenio del siglo XIX. Aunque las corrientes que se vincularon a la violencia de carácter terrorista fueron minoritarias en el anarquismo, las leyes aprobadas y la política de persecución contra las sociedades obreras y libertarias en España fueron mal recibidas por un movimiento que dio signos de cansancio y que aún a inicios del siglo XX debatía leyes para la represión del anarquismo[9]. Organismos como la Federación de Resistencia al Capital, el Pacto de Unión y Solidaridad o la Federación Regional Española de Sociedades de Resistencia tuvieron momentos de flujo y reflujo que, unidos a las oleadas represivas, hacían que sus actividades fueran mayores o menores. Así es como lo indica Josep Termes Ardevol, teniendo en cuenta que en esa situación de dispersión: «Este periodo se iniciaba con un claro desconcierto del movimiento libertario. Por un lado, acusaba la desintegración organizativa que había provocado el terrorismo individualista de los años anteriores, el cual había dejado un rastro de miedo y malestar, de víctimas y verdugos, de insatisfacción e inseguridad, y, por otra parte, le había afectado la inevitable crisis del movimiento huelguístico societario, descoordinado y poco operativo» (Termes Ardevol, 2011: 203).

A pesar de esa dispersión, el movimiento anarquista se valió de una táctica que venía utilizando desde los tiempos de la Primera Internacional. Ante las situaciones de excepcionalidad, persecución y dispersión, se guardaba la posibilidad de mantener lazos de unión locales, donde a partir de

aspectos como la afinidad mantenía unas estructuras que de otra manera habría sido imposible sostener. Además, teniendo en cuenta la importancia que le daban los anarquistas a la extensión de sus ideas y de la cultura, estos pequeños grupos editaron numerosos periódicos que sirvieron para seguir vehiculando las ideas libertarias y mantener a nivel social una posición anarquista. Numerosas fueron las cabeceras que entre 1900 y 1910 tuvieron los anarquistas españoles para poder expresarse (Gómez Casas, 2002: 45-46). Además, un debate importante venía para quedarse en el interior de algunos de esos grupos anarquistas, como era la necesidad de articular una organización obrera, teniendo como ejemplo lo que se estaba desarrollando desde finales del siglo XIX en Francia o lo que habían supuesto los fracasos huelguísticos en España en 1901 y 1902 (Gómez Casas, 2002: 46; Vadillo Muñoz, 2019: 49-80 y 82-87).

Este debate también alcanzó a los grupos anarquistas existentes en la Península, que se movieron entre una defensa a ultranza del modelo sindical y la crítica a las limitaciones de este: «El anarquismo criticaba en el sindicalismo una serie de limitaciones constitutivas: primero que no se dirigiera al hombre en general, sino a los trabajadores, lo que rebajaba de entrada los horizontes intelectuales y filosóficos de la doctrina» (Gómez Casas, 2002: 47).

Pero es cierto que esos anarquistas, bien estructurados alrededor de grupos o bien alrededor de proyectos periodísticos (o ambos a la vez), no eran voces marginales en el panorama social de la España de inicios del siglo XX. Se podría destacar, por ejemplo, la labor que la familia Montseny-Mañé desempeñó en Madrid en la primera época de *La Revista Blanca*. A sus páginas no solo se unieron algunos de los intelectuales más importantes de la época, que no tenían que ser necesariamente anarquistas, sino que sus voces se oyeron en los centros de debate de la capital alrededor de temáticas tan importantes en el momento como la llamada «cuestión social», que no dejaba de ser el problema obrero y las desigualdades que estos tenían. Tanto Teresa Mañé (Soledad Gustavo) como Juan Montseny (Federico Urales) participaron en debates en el Ateneo de Madrid alrededor de estas cuestiones[10].

En aquellos años, no solo la prensa sirvió para la articulación y vehículo de las ideas anarquistas. La literatura, el teatro y otros espacios de sociabilidad fueron aprovechados por individualidades o pequeños grupos que ponían en valor dicho pensamiento:

> Del diálogo leído a la dramatización solo hay un pequeño paso, y fue así como, atendiendo a las circunstancias específicas de las clases populares españolas a la que iba dirigida la propaganda

> anarquista, algunos de los más activos militantes libertarios recurrieron a una segunda estrategia poco convencional para la divulgación de sus ideas: la literatura, que se convirtió aún más que la filosofía o la sociología, en un medio imprescindible para la divulgación del pensamiento ácrata (Calero Delso, 2019: 49).

Lo que quedaba claro era que la impronta del anarquismo en la sociedad española era evidente, y que tanto por sus defensores como por sus detractores era una fuerza que tenía incidencia en el ámbito social. No podemos pasar por alto, por ejemplo, lo que escribía Maeztu en *El Imparcial* en noviembre y diciembre de 1900:

> Era temible en Barcelona el anarquismo. Hoy se extiende su propaganda a toda la Cataluña fabril […]. Exceptuamos las provincias vascongadas, donde domina entre los obreros el ideal socialista, y Madrid […] En el resto de España, la mayor parte de los obreros que se ponen a pensar sobre su condición, lo hace bajo el influjo de los hombres y las ideas anarquistas. 400 000 obreros, en números redondos, se hallan agrupados en asociaciones de resistencia que no tienen oficialmente más objeto que el de trabajar por la mejora de los salarios, pero en cuya constitución han intervenido de modo principal caracterizados anarquistas. No quiere esto decir que haya en España 400 000 anarquistas, pero sí que el circulo de la propaganda libertaria abarca 400 000 obreros españoles (Termes Ardevol, 2011: 208).

Esto que dice Maeztu era interesante, en tanto en cuanto la influencia y esencia que el anarquismo imprimió en muchos aspectos de la vida (desde las escuelas y la alfabetización hasta la conformación de sindicatos) era fundamental para entenderlo. Sus ideales, avanzados para la época en cuestiones organizativas (el federalismo, por ejemplo) así como en los modos de vida (neomalthusianismo, control de la natalidad, vida sana, etc.) fueron fundamentales en su consolidación. Y, junto a ello, encontraron sus propios espacios de organización para realizar el cometido que Malatesta establecía: propaganda, acción y agitación.

Sin embargo, a pesar de los debates que se dieron en los grupos anarquistas de inicios del siglo XX sobre la participación de los anarquistas en el desarrollo de los sindicatos de cariz revolucionario, lo cierto fue que desde fecha muy temprana muchos de los grupos existentes a lo largo y ancho de la geografía española buscaron la necesidad de articulación de una federación que uniese a todos los grupos: «Al mismo tiempo, advertía la posibilidad de que estos grupos constituyeran una federación eminentemente revolucionaria que, según estas fuentes, sería mucho más peligrosa que la organización obrera. Esta nueva federación tardaría más de dos décadas en constituirse, sería la FAI (FAI), y marcó el devenir del movimiento libertario a lo largo de su historia» (Herrerín López, 2011: 208).

Era evidente que se asentaba o se buscaba esa coordinación que había existido en otros momentos, aunque no fuese una tarea sencilla. Sin embargo,

muchos anarquistas actuaron a nivel local con la creación de entidades que sirvieron como punta de lanza de debates doctrinales, de desarrollo de las ideas y de punto de encuentro entre distintos anarquistas. Por una parte, surgieron los Ateneos Sindicalistas, embrión del desarrollo de las estructuras propias del sindicalismo revolucionario, o, en aquellos lugares donde esas sociedades obreras eran poderosas, lugares de debate del modelo sindical (Negre, 2010: 5-76; Vadillo Muñoz, 2019: 115). Por otra, se conformaron también centros de estudios sociales que estuvieron en su desarrollo al calor de los debates surgidos por el Congreso Anarquista Internacional de Ámsterdam de 1907:

> En el año 1907 se había constituido en Barcelona un interesante Centre d'Estudis Socials, que intentó enviar una delegación a Ámsterdam para participar en un Congreso Anarquista Internacional, pero no lo pudo hacer por falta de dinero y solicitó entonces ayuda de Fernando Tárrida del Mármol, exiliado en Londres. Parece ser que finalmente fue Errico Malatesta quien representó a los anarquistas catalanes en aquel congreso donde se plantearon las relaciones entre sindicalistas y anarquistas, así como la necesidad de declarar la huelga general, la educación integral y el deseo de establecer una lengua internacional. Según Teresa Abelló, en el congreso triunfaron las ideas de Malatesta, del holandés Domela Nieuwehuis y del sindicalista Cornelissen (Termes Ardevol, 2011: 227).

Aunque Josep Termes Ardevol restringe el desarrollo de estos centros a Cataluña, lo cierto fue que estuvieron presentes en todo el territorio, destacando, por ejemplo, el de Madrid, que, encabezado por Mauro Bajatierra, tuvo un papel muy importante en la dinamización de debates durante la crisis de la Restauración en la capital de España (Vadillo Muñoz, 2011b: 25). No solo en Madrid: en Aragón también tuvo desarrollo un Centro de Estudios Sociales, citado por el propio Termes Ardevol, donde colaboraron personajes tan conocidos en los círculos anarquistas y sindicalistas del momento como José Prat (Termes Ardevol, 2011: 257).

La prensa jugó un papel fundamental en ese cometido, y tal como se venía desarrollando desde el siglo XIX, los anarquistas tuvieron una querencia especial por el impulso de proyectos periodísticos. Periódicos de carácter anarquista proliferaron en la España de inicios del siglo XX, alguno manteniéndose mucho en el tiempo y nucleando círculos de debate, y otros con una presencia efímera (Madrid Santos, 1989; Gómez Casas, 2002: 45-46).

El periódico *Tierra y Libertad* se convirtió en uno de los más activos en este sentido, estableciendo algunas de las posiciones más unánimes entre las individualidades y los grupos anarquistas. Aunque pasó por varias épocas y en algunos momentos fue suplemento de *La Revista Blanca*, lo interesante de este decano de la prensa anarquista es que por sus páginas escribieron los más reputados militantes libertarios: Anselmo Lorenzo, José Prat, Evelio Boal,

Tárrida de Mármol, Federico Urales, etc. También sus páginas fueron testigo de participación de anarquistas del ámbito internacional como Charles Malato o Élisée Reclus. Aunque es el más importante y duradero, hubo otros periódicos puramente anarquistas que también marcaron aquellos años. En lugares como Asturias y Galicia cabeceras como *Tiempos Nuevos, Tribuna Libre, Luz y Vida, Acción Libertaria* o *El Libertario* contaron con el impulso y la participación de personajes de primera línea como Eleuterio Quintanilla, Pedro Sierra o Ricardo Mella. En Aragón, la figura de Manuel Buenacasa comenzó a despuntar a través órganos como *Cultura y Acción*. Junto a él otros personajes de primer orden como Ángel Lacort, Zenón Canudo o Nicolás Guallarte fueron determinantes. En Andalucía, publicaciones como *El Reflector*, *Alma Obrera*, *Páginas Libres*, en torno a la trascendental figura de Pedro Vallina, o *La Anarquía*, periódico editado en Sevilla con Sánchez Rosa como personaje más destacado, mostraban la importancia de la implantación del anarquismo en el campo andaluz y su carácter protagonista en el llamado Trienio Bolchevique (Díaz del Moral, 1995: 511-513; Peña Muñoz, 2018). En el caso de Madrid, la importante figura de Mauro Bajatierra, que unió su faceta de panadero con la de periodista, fue fundamental para proyectos como *Humanidad*, *Los Refractarios* u *Hombre Libre*. No se puede dudar de la importancia de la prensa para poder reconstruir gran parte de la historia del anarquismo.

A todo ese contenido se unieron los grupos anarquistas que proliferaban por toda la geografía española y también en los núcleos de la emigración económica asentada en Francia o en Argelia, entre otros lugares. En muchas ocasiones los periódicos citados anteriormente respondían a las iniciativas de estos grupos, organizados por afinidad y que, aunque mantenían correspondencia y contacto entre ellos a través de alguna prensa, carecían de una organización articuladora.

Aun así, en prensa consta una importante presencia anarquista en muchos lugares de España a través de grupos específicos que actuaban, tal como Malatesta escribió, en base a la agitación y la propaganda. Entre los años 1910 y 1923, el tiempo que media entre la fundación de la CNT y el inicio de la dictadura de Primo de Rivera, se localizan varios de estos grupos, algunos de los cuales serían la base para la futura organización de la FAI. Por ejemplo, en la provincia de Albacete constan grupos en lugares como Hellín o La Dehesa desde la temprana fecha de 1913. En lugares de una tradición anarquista importante como en Manzanares y Membrilla, de la provincia de Ciudad Real, estos grupos tenían influencia desde mediados de la década de

1910. Con nombres tan sugerentes como Revuelta, El Manchego Rebelde, Libérrimo o Los Desterrados. Sin embargo, y tal como nos indica Óscar Freán, es muy difícil localizar la existencia de estos grupos de forma directa y hay que hacerlo a través de fuentes indirectas o a través de la prensa:

> En el momento de acercarnos al análisis de los grupos anarquistas nos enfrentamos a la dificultad que supone el hecho de que sus actividades se desarrollen de manera completamente autónoma e independiente, de modo que podemos seguir el rastro de sus actividades —e incluso de su existencia en muchos casos— únicamente a través de referencias esporádicas, bien en la prensa, en su correspondencia interna o a través de testimonios orales u escritos de los propios miembros de las agrupaciones (Freán Hernández, 2006: 23).

Galicia fue uno de esos epicentros con el desarrollo de grupos específicos como Humanidad Libre, Aurora Libertaria, Nervio, Puño de Hierro, 13 de octubre, etc. (Freán Hernández, 2006: 24-26). Madrid también fue uno de los principales focos de organización de grupos anarquistas, como Los Conscientes, destacando por encima de todos Los Iguales. Este grupo, impulsado por Mauro Bajatierra, fue uno de los más importantes del momento, llegando a editar los periódicos antes citados *El Refractario* y *Hombre Libre*. Este grupo de Los Iguales y la figura de Mauro Bajatierra son fundamentales para entender la posterior fundación de la FAI. Como aseguraba años después uno de esos fundadores, Progreso Fernández, a tenor de este grupo: «En España siempre ha habido grupos anarquistas diseminados por la geografía, por ejemplo en Madrid el de Mauro Bajatierra, e intento de formar asociaciones anarquistas»[11].

Si nos atenemos a los datos de los grupos anarquistas que mostraron su intención de asistir al Congreso Anarquista de Londres de 1914, suspendido por el inicio de la Primera Guerra Mundial, se podía hablar de un censo provisional que daba este resultado: Cataluña hubiera mandado a dicho congreso a delegados de Barcelona, Igualada, Caldas de Malavella y Valls, con un total de diez grupos, de los cuales siete eran de Barcelona. Andalucía era la que más representación enviaba, con una lista de grupos de Aznalcóllar, Cueva de la Mora, Fernán-Núñez, Carmona, Arriate, Lebrija, La Carolina, Navas de Tolosa, Nerva, Campillo, Atalaya, Riotinto, La Línea de la Concepción, Churriana, Prado del Rey, Paradas y Partera de Rivera, algunos núcleos fundamentales y fuertes del anarquismo español. También mandarían delegaciones Asturias, Galicia, Madrid, Murcia, País Vasco y el grupo El despertar de África, ubicado en Casablanca (Marruecos). Lo interesante es que se adherían dos federaciones anarquistas regionales, la valenciana y la catalana, lo que nos indicaba los primeros conatos de coordinación de estos grupos anarquistas (Zambrana, s/f: 1105-1106). De hecho, aunque el congreso

se canceló por el inicio de la guerra, la Federación Catalana de Grupos Anarquistas animó desde las páginas de *Tierra y Libertad* a la participación en dicho congreso:

> Compañeros: No creemos de necesidad excitaros, pero sí recordaros que dentro del corto plazo de dos meses va a celebrarse en Londres un Congreso Anarquista Internacional, en el que tenemos todos los españoles el deber ineludible de contribuir con todas nuestras fuerzas para que vayan de España delegados bien capacitados que lleven al seno de aquella asamblea el sentido vigoroso de nuestras ansias de renovación y recojan de la misma lo que los delegados de otros países digan y nos transmitan lo que en conjunto se diga allí de nuevo y de impulsador para el derrocamiento del nefasto y carcomido estado social presente […][12].

El Congreso de Londres de 1914 cancelado respondía a una necesidad del anarquismo organizado a nivel internacional de dotar a sus estructuras de una coordinación de la que se encontraban huérfanas desde del siglo XIX. Tomando el camino iniciado en el Congreso Anarquista Internacional de Ámsterdam de 1907, este se convirtió en un nuevo intento fallido que había sido impulsado por la Federación Anarquista Alemana.

Haciendo una valoración general de los grupos anarquistas en España y siguiendo el trabajo realizado por Joan Zambrana, podemos afirmar que en el periodo que media entre 1910 y 1919 el desarrollo y existencia de grupos anarquistas fue muy importante en diversos puntos del país, aunque tuvo como epicentro las regiones de Andalucía y Cataluña (Zambrana, s/f: 939). Esta extensión del movimiento anarquista llevó a la celebración de comicios internos por parte de estos grupos, como la Conferencia Nacional Anarquista de Barcelona de 1918, donde participaron personajes como Eleuterio Quintanilla, Eusebio Carbó, Pedro Vallina, Sánchez Rosa, Galo Díez o José Suarez. Junto con la designación de un delegado para la participación en el Comité de la CNT, aquellos anarquistas, algunos fundadores de la FAI, se plantearon la necesidad de volcar esfuerzos en la conformación y participación en el movimiento obrero (Buenacasa, 1977: 51-52; Christie, 2010: 22).

Por otra parte, una impronta fundamental del anarquismo del momento fue su concepción transnacional e internacionalista, lo que le llevó al contacto con diversos grupos de otros países y al desarrollo de estructuras anarquistas compuestas por españoles en los lugares de la emigración. No era algo nuevo, pues la impronta que personajes como Errico Malatesta o Piotr Kropotkin marcaron en las relaciones anarquistas internacionales son lazos importantes para tener en cuenta, como vimos en el capítulo anterior.

Los periódicos anarquistas de la época daban cuenta de la existencia de estos grupos en distintos lugares de Europa, en toda América y África, donde

la presencia de grupos de lengua española era muy importante. Para el caso de EE UU, la importancia de personajes como Adrián del Valle o Pedro Esteve fue fundamental:

> Malatesta fue quien aconsejó al libertario barcelonés Adrián del Valle (Palmiro de Lidia) para que se embarcará hacia los EE UU de América del Norte, cosa que hizo a bordo del Etruria en 1892, que zarpó desde Liverpool rumbo a Nueva York […].
>
> Cuando llegó a Nueva York, en Brooklyn aparecía el periódico anarquista en castellano *El Despertar*, fundado por el grupo libertario El Despertar de la Vid. Posteriormente fue redactado por Pedro Esteve. Esta publicación duró muchos años […] (Martín, Muñoz y Montseny, s/f: 55).

Estos grupos en EE UU fueron muy dinámicos y algunos de sus participantes, como el propio Adrián del Valle, fueron los impulsores del movimiento anarquista en Cuba (Fernández, 2000; Sánchez Cobos, 2008; Álvarez Junco, 1976: 264).

Esta situación se mantuvo durante las dos primeras décadas del siglo XX, cuando hubo interconexiones del movimiento libertario con otros lugares. Sobre la base de los grupos anarquistas que se desarrollaron en España y Portugal (lo que se verá en el siguiente capítulo) nació la FAI, que hay que entenderla también en el contexto de estos grupos anarquistas de lengua española dispersados por otros lugares del mundo. Unos grupos creados bajo las experiencias que portaban los españoles en sus lugares de origen y que se mezclaban con las estructuras que los autóctonos habían desarrollado en sus respectivas zonas:

> Las razones de esta extensión y la información diversa sobre los grupos anarquistas de otros países podrían venir causadas en muchos casos por militares anarquistas del estado español que se han exiliado por motivos políticos y/o económicos, y que siguen manifestando y organizando sus ideas ácratas en otros países. Sin embargo, no es fácil apreciar la diferencia entre aquellos grupos anarquistas, formados por militantes anarquistas exiliados del estado español o aquellos que son autóctonos del país en el que funcionan y militan por el ideario libertario (Zambrana, s/f: 944).

Sin embargo, la fuerza y la influencia de esa propaganda anarquista, canalizada por la prensa y los grupos específicos, se detectó sobre todo en debates de calado que van a marcar la agenda del movimiento obrero y del propio anarquismo organizado en España. Entre esos debates vamos a destacar dos en particular: el debate alrededor de la Primera Guerra Mundial y el debate de la Revolución rusa.

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL Y EL CONGRESO POR LA PAZ DE EL FERROL DE 1915

La vinculación del movimiento obrero en su conjunto contra la guerra como método de expresión y de violencia de las naciones era una constante que se dejó sentir desde los primeros compases de la Primera Internacional. El lema «ni guerra entre pueblos ni paz entre clases» era un *leitmotiv* del movimiento en su conjunto:

> […] conviene recordar que la comunicación inaugural publicada por Marx en 1864 en nombre de la Asociación Internacional de los Trabajadores precisaba ya que la emancipación de los trabajadores de cada país era inconciliable con una «política exterior que persigue fines criminales, pone en juego los prejuicios nacionales y dilapida en guerras de piratería la sangre y las riquezas del pueblo». Cuatro años más tarde, el sexto punto del programa de la Alianza de la Democracia Socialista de Bakunin recordaba por su parte que la perspectiva de los trabajadores era su «solidaridad internacional o universal», lo que conducía a la Alianza a desechar «toda política fundada en susodicho patriotismo y en las rivalidades entre naciones» (Serrano, 2000: 171).

Una crítica que se hacía extensiva al patriotismo y al imperialismo, que marcó la agenda de las potencias mundiales en los últimos años del siglo XIX y gran parte del siglo XX. El anarquismo siempre tuvo una visión crítica y un análisis incisivo contra estas cuestiones. Patriotismo, guerra, militarismo, etc., fueron objeto de críticas desde la prensa libertaria y fueron uno de los ejes que fueron conformando una cultura política:

> Ante todo el fenómeno mismo del patriotismo, que en los textos anarquistas recibe dos enfoques claramente diferenciables y cruciales para la comprensión del tema: uno abstracto, basado en motivos ético-racionales, de raigambre liberal-humanitaria (las patrias dividen artificialmente a la humanidad en la que debería de regir el cosmopolitismo y la fraternidad fundados en común calidad de seres humanos) y otro análisis social, de inspiración proletario-revolucionaria, que ve en la patria una deformación ideológica alimentada por los privilegiados para ocultar la realidad conflictiva de clases existentes en cada país, impedir la unidad del proletariado universal y prologar su sumisión (y a la que se opone: «el trabajador no tiene patria») (Álvarez Junco, 1976: 250).

Pensadores anarquistas que liga el final del siglo XIX con el inicio del siglo XX escribieron textos de enorme trascendencia para el anarquismo. Aquí estaría el caso del gaditano Fermín Salvochea con su escrito *La contribución de sangre*, donde realizó una crítica al militarismo y fue una base utilizada con el paso de los años por diversos grupos anarquistas. Pero, a diferencia de otros movimientos, el anarquismo intentó desarrollar esas campañas antimilitaristas incluso en el interior del propio Ejército, ganándose en ocasiones las simpatías de algunos militares, incluso de oficiales: «No rechazamos el Ejército; no a esas masas de hijos del trabajo hacinados en los cuarteles; rechazamos —porque para nada nos sirve— a la aristocracia del Ejército, a ese elemento autocrático y dominador que hace del soldado una máquina de sus caprichos. Los soldados son hijos del pueblo, los soldados no

son responsables de la desmoralización que en ellos introduce las asquerosas ordenanzas, impuestas por esa semilla que tratamos que desaparezca»[13].

El antimilitarismo dentro del movimiento anarquista en España tiene varias raíces. A las propias del interior del país había que sumar la influencia que ejerció el antimilitarismo francés, que en el último tercio del siglo XIX se tuvo que enfrentar al crecimiento del militarismo representado por Boulanger o el conflicto desatado por el «affaire Dreyfus». El anarquismo y el socialismo desarrollaron una intensa campaña antimilitarista con personajes de primer nivel como Georges Darien, Émile Pouget, Urbain Gojier o Jean Jaurès (Núñez Florencio, 1990: 55). Los anarquistas, más incisivos, llegaron a desarrollar movimientos como el Groupe de Propagande Antimilitariste o la Ligue Antimilitariste, que editaron periódicos como *L'Ennemi du Peuple* o *La Guerre Sociale*. En esa nutrida relación que existió entre el movimiento anarquista español y francés esta influencia fue más que evidente.

La primera prueba de fuego fue la guerra de Cuba (1895-1898), donde los anarquistas tuvieron una clara posición de denuncia ante lo que sucedía en la isla caribeña y la actitud imperial del Gobierno español. En el caso del anarquismo, la cuestión era más profunda, pues en Cuba desde el siglo XIX se venía desarrollando un poderoso movimiento anarquista que mantenía nutridas relaciones con los anarquistas españoles, ya fuese por sus lazos de sociabilidad a través de la transnacionalidad o bien por la emigración española a Cuba (Fernández, 2000; Sánchez Cobos, 2008). La posición respecto al conflicto para los anarquistas españoles era clara, tal como Salvochea establecía en *La contribución de sangre*:

> Si alguien os dice que se ha de considerar como una desgracia la emancipación de las colonias, contestadle que no tenemos dos pesos ni dos medidas y que, queriendo como queremos para nosotros la independencia y la libertad, la deseamos igualmente para todos los pueblos de la Tierra […]. La libertad de Cuba y Filipinas, como todo lo que se realiza en armonía con los grandes principios de justicia y de equidad, ha resultado un bien para todos: para sus habitantes, porque han logrado verse libres de la degradante dominación extranjera, cosa depresiva y humillante que ningún pueblo culto puede tolerar; para los trabajadores de la Península, porque ya no tendrán que pasar por el intenso dolor de ver partir a sus desgraciados hijos a esos lejanos países, en donde muchos perdían la salud y un número considerable la vida; y para los mismos causantes del mal, porque, no estando ya estas islas a su alcance, tendrán por fuerza que ser menos malvados y menos perversos [de lo] que han sido hasta el presente (Álvarez Junco, 1976: 264).

La independencia de Cuba, Filipinas y Puerto Rico no significó el final de la propaganda y la militancia antibélica y antimilitarista. Los conflictos internacionales, como la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, fueron también objeto de análisis por los anarquistas. Pero, sobre todo, la entrada en vigor en

1906 de la ley de jurisdicciones, que daba mayor preminencia al Ejército en la política nacional, unida a las guerras en Marruecos, iba a guiar la agenda social del movimiento obrero y del anarquismo, en particular en los años sucesivos, tomando contacto con movimientos internacionales en esta línea. Habría que destacar el Congreso Internacional convocado por Ferdinand Domela Nieuwenhuis en Ámsterdam en 1904, que dio como resultado el nacimiento de la Asociación Internacional Antimilitarista con sede en Francia. Los tambores de una guerra europea no cesaban desde el inicio del siglo y la posición contra la guerra de los anarquistas era común.

La Primera Guerra Mundial, que tuvo sus orígenes en las sucesivas crisis balcánicas y del norte de África entre las potencias integradas en las distintas alianzas militares (Triple Entente y Triple Alianza), tuvo su pretexto en el atentado perpetrado en Sarajevo por Gavrilo Princip y que acabó con la vida del archiduque Francisco Fernando y su esposa Sofía Chotek. Las sucesivas declaraciones de guerra predeterminaron el mundo que se asomó al abismo y se dividió de forma irremediable.

Ese contexto de guerra sirvió para mediatizar al movimiento obrero en general y al anarquismo en particular. A nivel internacional, el socialismo, a pesar de sus congresos de Copenhague y Basilea en 1910 y 1912 respectivamente, en los que se condenaba la guerra, se mostró dividido entre los pacifistas y los partidarios de entrar a formar parte de los gobiernos de concentración nacional. El asesinato de Jaurès en julio de 1914 liquidó la posición pacifista y los partidos socialistas del mundo comenzaron a dividirse.

Los anarquistas fueron más coherentes con su ideario y más unánimes en sus posiciones, al considerar la guerra un elemento negativo para los trabajadores y explotados del mundo. Sin embargo, se iba a dar en su interior un debate de calado que determinaría la posición de un movimiento que ya en algunos lugares no gozaba de la fuerza que había tenido en otros tiempos. Frente a la firme posición de condena al conflicto bélico de figuras como Errico Malatesta, James Guillaume o Emma Goldman, surgió un grupo compuesto por personalidades del peso de Piotr Kropotkin o Charles Malato que, frente a la agresión alemana, vio en las posiciones francesas un mal menor. Un debate que se mantuvo a nivel de la prensa internacional y que alcanzó a todos los países. Kropotkin consideraba que el anarquismo no podía eludir un conflicto tan profundo donde se jugaba que el mundo conocido cayese en manos del imperialismo y el militarismo alemán. Frente a él, Francia representaba unos valores que habían nutrido al propio socialismo.

Incluso ese socialismo se veía dividido entre una vía alemana y una francesa, donde para Kropotkin la elección era clara:

> El resultado lo vemos hoy. Millones de socialistas alemanes se han lanzado, hace tres meses, sin vacilar un instante, a la conquista de Bélgica y de Francia, porque, según sus maestros lo mismo que sus amos, esa conquista era «necesaria a la nación alemana» para enriquecer más a su clase capitalista o, hablando la jerga del socialismo alemán, «para acelerar la caída del capitalismo, ¡favoreciendo su aumento y su centralización!». Habiendo inculcado semejantes enseñanzas a la clase obrera, se comprende por qué se hizo imposible la Internacional. Y he aquí por qué es evidente que, renaciendo después de la guerra, la Internacional, lejos de reducir su programa, lo manchará. Rechazará las enseñanzas que Marx denominaba con razón el socialismo alemán, y vendrá al socialismo internacional, que no puede menos de proclamar la completa libertad de cada nación, por pequeña que sea, y su derecho absoluto a desarrollarse como lo entienda[14].

Para Kropotkin la responsabilidad de la guerra recaía sobre Alemania y el objetivo era neutralizar esa influencia. En 1915, frente a estas posiciones, anarquistas como Malatesta, Alexander Berkman, Emma Goldman o el español Pedro Vallina, firmaron un manifiesto donde se criticaba la posición «aliadófila» de estos libertarios y la reafirmación de los principios anarquistas contra la guerra.

Ese «anarquismo aliadófilo» tuvo su plasmación en febrero de 1916, cuando se firmó un manifiesto impulsado por Kropotkin que pasó a la historia como el «Manifiesto de los 16» (aunque en realidad fueron quince los firmantes). En él se volvía a cargar tintas contra Alemania y fue firmado por importantes nombres del anarquismo como Christian Cornelissen, Charles Malato, Jean Grave o Paul Reclus, entre otros. Un manifiesto que no quedó sin respuesta, pues Errico Malatesta escribió en abril de 1916 un artículo en la revista *Freedom* donde condenaba la visión de este anarquismo «aliadófilo»:

> Si hoy es preciso trabajar en colaboración con el Gobierno y el capitalismo para defendernos contra la «amenaza alemana», también lo será después de la guerra. Por muy grande que sea la derrota del ejército alemán —si es que es derrotado— no se podrá jamás impedir que los patriotas alemanes piensen y se preparen para una venganza; y los patriotas de los demás países, hecho muy natural por otra parte, querrán estar también preparados para que no les cojan una vez más de sorpresa. Esto equivale a decir que el militarismo prusiano se convertirá en una institución permanente y regular en todos los países. ¿Qué dirán entonces los llamados anarquistas que hoy quieren la victoria de uno de los beligerantes? ¿Seguirán autodefiniéndose antimilitaristas y predicando el desarme, el rechazo del servicio militar, el sabotaje a la defensa nacional, cuando, a la primera amenaza de guerra, se conviertan en sargentos reclutadores de los gobiernos a los que habían intentado desarmar y paralizar[15]?

Era evidente que este debate de tan amplio calado iba a tener un reflejo en la España de la época. El anarquismo español también tuvo una posición clara respecto a la Primera Guerra Mundial, con la particularidad de que España fue neutral en el conflicto y en la prensa española se dirimió un interesante debate entre «aliadófilos» y «germanófilos». El movimiento obrero, en este sentido,

también tuvo una adecuación a estos debates que se dieron a nivel internacional y, por supuesto, el anarquismo. El movimiento anarquista español se mostró de forma contundente en el sector que condenaba la guerra y que veía en ella un experimento en favor de las potencias capitalistas, donde solo una revolución podía poner fin a aquel proceso. Sin embargo, también el anarquismo se nutrió de un pequeño grupo de «aliadófilos» que, igual que en el contexto internacional, eran figuras de importancia en el movimiento libertario. El gallego Ricardo Mella estaba en misma línea que Kropotkin y fueron dubitativas las posiciones de Juan Montseny (Federico Urales) o Teresa Mañé (Soledad Gustavo).

Lo cierto fue que el anarquismo español desde muy pronto se concienció contra la guerra, y en 1915 el periódico *Acción Libertaria* de Gijón publicó un «Manifiesto Anarquista contra la Guerra». Estas motivaciones llevaron a los anarquistas españoles a impulsar la celebración de un Congreso Internacional por la Paz. El periódico anarquista de Lisboa *O Despertar* daba cuenta del acuerdo del Ateneo Sindicalista de El Ferrol, donde convocaba a los anarquistas del mundo a un congreso los días 30 de abril y 1 y 2 de mayo de 1915 con tres puntos clave:

- Medios rápidos para acabar con la guerra europea.
- Orientaciones futuras para evitar crímenes de lesa humanidad.
- Desarme de los ejércitos[16].

Lejos de considerarlo un elemento cerrado, los anarquistas abrieron el congreso a todas aquellas sensibilidades que estuviesen en contra de la guerra, en clara referencia a los socialistas y republicanos. El Congreso por la Paz de El Ferrol se convirtió desde ese momento en uno de los caballos de batalla principales de los anarquistas y la prensa libertaria de la época daba buena cuenta de la preparación de este. Una preparación que no fue sencilla, pues las autoridades españolas, conocedoras de los movimientos de los anarquistas, actuaron unos días antes contra algunos de sus organizadores, a los que se les prohibió la celebración de un mitin[17]. Una prohibición que iba a ser denunciada por los anarquistas, pero también por los socialistas, que condenaron la actitud del gobierno de Dato, pero atacaban la posición de los anarquistas al defender desde las páginas de *El Socialista* las posiciones «aliadófilas»[18].

Sin embargo, a pesar de la prohibición el congreso comenzó su andadura el 29 de abril de 1915 con la participación de delegados portugueses, españoles y franceses. No era extraño, dado que llegar a España en medio de

un continente en guerra se antojaba difícil, así como cruzar el Atlántico. Sin embargo, en El Ferrol se juntaron personajes como Constancio Romero, Antonio Lozano, Ginés Ros, Manuel Jiménez, Ángel Pestaña, Francisco Miranda, Mauro Bajatierra, Antonio Loredo, Eusebio Carbó, Tomás Herreros, José López Bouza, etc., por parte española. Por parte portuguesa asistieron Aurelio Quintanilha, Mario Nogueira (de la Unión Operaria Nacional Portuguesa), Antonio Alves Pereira de *A Aurora* de Oporto, Ernesto Costa Cardozo (del Centro Instructivo de Propaganda Libertaria de Oporto) y Serafín Cardozo Lucena y Manuel Joaquín de Souza de la Biblioteca «A Vida» de Oporto. La representación francesa recayó en el portugués Aurelio Quntanilha, que acudió como representante de las Juventudes Sindicalistas de Portugal y las Juventudes Sindicalistas de Francia**[19]** (Zarcone, 2004: 84-86).

La importancia de aquel congreso vino también determinada por la cantidad de grupos anarquistas que participaron en el mismo y por la sinergia existente con los grupos portugueses, concentrados en ciudades como Oporto y Lisboa, que también serían la base para la creación posterior de la FAI**[20]**.

Siguiendo la estrategia marcada por el sindicalismo revolucionario, y partiendo de la tradición más reciente del anarquismo internacional, la huelga general se va a convertir en el elemento aglutinante y de respuesta ante la guerra**[21]**. Tanto el portugués Aurelio Quintanilha como el gallego José López Bouza desarrollaron una estrategia de movilización delante de las embajadas de los países beligerantes. De igual manera, siguiendo la estrategia de Errico Malatesta, esa huelga general debería ser el preámbulo del estallido de un movimiento revolucionario de carácter social que contribuyese a derribar el edificio capitalista sobre el que se sustentaban los distintos países.

De esta manera, y desarrolladas por Constancio Romero, se propusieron las siguientes cuestiones fundamentales para el desarrollo de una efectiva propaganda antibélica:

- Que se nombrase un Comité Permanente que saliese del Congreso.
- Que su composición fuese de cinco miembros y custodiase los acuerdos de este.
- Que se redactasen alocuciones revolucionarias en distintos idiomas y que se hiciesen llegar hasta las mismas trincheras**[22]**.

Estas proposiciones quedaron aprobadas y se establecía como sede del comité la ciudad de Lisboa con un subcomité en Barcelona.

Aquel congreso se quiso aprovechar también para poder reimpulsar una cuestión pendiente debatida en Ámsterdam en 1907 y en el fracasado

Congreso Anarquista Internacional de Londres de 1914: el desarrollo de una Internacional de carácter anarquista. Sin embargo, aquella posibilidad se desechó en el momento, ya que tan solo delegaciones españolas y portuguesas asistieron al congreso. Sin embargo, aquella Internacional tenía mucho más de carácter obrero que de puramente anarquista.

Sin embargo, aquel congreso no tuvo mucho más recorrido. Tras la primera sesión, donde se criticó a aquellos que habían atacado al congreso al considerarlo «proalemán» y también al PSOE por atacarlo desde sus órganos de prensa, llegó una prohibición gubernamental de continuar con el comicio. Los delegados portugueses fueron detenidos y expulsados de España[23], por lo que tan solo quedó la protesta de la delegación española, que era muy nutrida.

Al día siguiente solo delegados españoles debatieron proposiciones, pero la situación cambió. En primer lugar, porque los españoles aprovecharon aquella circunstancia para poder hablar de la reorganización de la CNT, que había quedado nuevamente legalizada en 1914 y tenía tareas pendientes de debate desde que fue puesta fuera de la ley apenas un año después de su nacimiento. Por otra, e impulsada por los grupos anarquistas ante la expulsión de los delegados portugueses, se propuso la convocatoria de una huelga general que fue rechazada por la mayoría de los delegados. Para anarquistas como Mauro Bajatierra o Francisco Miranda aquella movilización podría traer más problemas que soluciones a un movimiento que necesitaba rearmarse ideológica y organizativamente. Al final se emitió un comunicado de protesta por aquella expulsión[24].

La represión contra el congreso no se hizo esperar, y fueron detenidos José López Bouza y Eusebio Carbó, que ingresaron en prisión y fueron juzgados un año después por haber participado en el mitin de convocatoria[25].

El Congreso por la Paz de El Ferrol muestra dos cuestiones fundamentales en la historia del anarquismo en España. En primer lugar, la enorme extensión de los grupos anarquistas, su dinamismo y su influencia nacional e internacional para poder convocar un congreso. Algo que no pasó desapercibido ni siquiera a los sectores críticos, dentro del movimiento libertario. En segundo lugar, las bases de acuerdos de aquel congreso marcaron el inicio de la reorganización de la CNT, que desde aquel momento se iba a convertir en una de las principales organizaciones sindicales en la crisis de la Restauración.

Pero el anarquismo internacional, del que los españoles y sus grupos eran partícipes, siguió trabajando en su línea de paz y se convocó un nuevo

congreso en Río de Janeiro en el otoño de 1915, con una mayor participación de los anarquistas sudamericanos, sobre todo argentinos y brasileños (Migueláñez, 2013: 101). De hecho, y siguiendo los estudios de Juan Gómez Casas y Abel Paz, una de las actividades de los grupos anarquistas en distintas localidades, y partiendo del conflicto abierto en Marruecos, fue que los jóvenes libertarios se alistaran en el ejército con la intención de crear comités antimilitaristas y llevar la propaganda hasta las mismas filas militares. Incluso llegaron a editar un periódico con el título de *Hijos del Pueblo* (Gómez Casas, 2002: 65).

Sin embargo, el estallido de la Revolución rusa iba a hacer virar los debates de los anarquistas en todo el mundo, no siendo menos los de los grupos españoles.

EL ANARQUISMO ESPAÑOL ANTE LA REVOLUCIÓN RUSA

Si la propaganda antibélica y la lucha contra la guerra fueron elementos cohesionadores del anarquismo, el estallido y triunfo de la Revolución rusa fue un fenómeno que agitó a todo el anarquismo internacional y tendió a unir un movimiento que estaba disperso o llevaba mucho tiempo buscando una organización.

La importancia de la Revolución rusa estriba no exclusivamente en la transformación que se dio en el interior del país, sino en el terremoto internacional que provocó, en la aparición de una nueva correlación de fuerzas que iba a marcar el siglo XX y en los profundos debates que supusieron para el movimiento obrero con la aparición en todo el mundo de un nuevo actor obrerista: los partidos comunistas.

En España aquel acontecimiento se produjo en un momento muy delicado para la monarquía de Alfonso XIII, que se debatía en una crisis interna que iba a acabar por liquidarla y en la que el obrerismo vio una posibilidad de triunfo como una vía más, siguiendo la estela de lo que había sucedido en Rusia. Era un momento clave para entender la expansión del «miedo al comunismo», muy utilizado por diversos sectores conservadores y reaccionarios de la sociedad, que fueron conformando unas ideas de oposición y metieron en el mismo saco a movimientos obreros que muy pronto comenzaron a polemizar con los triunfantes bolcheviques.

Esa oleada revolucionaria, que no solo se plasmó en Rusia, sino que también alcanzó en aquellos años a Alemania, Hungría y otros lugares, no

pasó desapercibida para unas autoridades españolas que comenzaron a ver al movimiento obrero como un enemigo a batir, merced a la fuerza que el sindicalismo venía aglutinando desde la crisis de 1917. Algunos empezaron a agitar el fantasma del comunismo, de las conspiraciones internacionales, para denunciar al movimiento obrero. Otros prefirieron apuntar al que en realidad consideraban el posible motor revolucionario que podría desencadenar un proceso similar en España: el anarquismo. Así lo dejaba caer el entonces liberal y luego derechizado Antonio Royo Vilanova:

> El bolchevismo, como veis, creo que está juzgado. Lo han juzgado los socialistas. Los socialistas revolucionarios no están con el bolchevismo; los socialistas españoles lo han condenado; los de la Confederación del Trabajo lo han condenado también, porque en el congreso sindicalista celebrado en Madrid ha habido quien simpatizaba con la Revolución rusa, pero quien objetaba: «Si la Revolución rusa es marxismo, entonces no está con nosotros, porque nosotros no somos marxistas; pero además la Revolución rusa es la tiranía de una clase determinada, no es libertad, no es la autonomía de los gremios y de los oficios, claro es que el bolchevismo es lo más opuesto al sindicalismo.» […] Y dicho está que el anarquismo no publicaría ningún decreto, ni el sindicalismo, que establece la acción directa. […]
>
> Creen muchos que la acción directa es la violencia para apoderarse de la propiedad colectiva y de tomarse la justicia por su mano. No hay tal; ya veis que la acción directa se ha ido infiltrando en todas las fábricas sin violencias, sin sentirse la coacción; el fabricante se ha encontrado vigilado por sus obreros, mediatizado por los obreros sin darse cuenta de ello, por la acción directa (Royo Vilanova, 1920: 50-55).

Pero lo interesante de la Revolución rusa a nivel internacional no fue la lectura que los sectores conservadores hicieron del fenómeno, sino el debate interno que generó en el movimiento obrero en general y, este caso, en el anarquismo en particular. Los conceptos de la Revolución, de la necesidad de una coordinación internacional entre grupos estaban presentes en el anarquismo en tiempos anteriores a esta. Sin embargo, espoleados por el triunfo ruso, aquellos debates se hicieron de perentoria necesidad viendo la posibilidad de un inminente estallido revolucionario en diversos lugares del mundo.

Curiosamente, en España fue el anarquismo el movimiento político que más entusiasmo tuvo a la hora de defender la Revolución rusa y lo que significaba: «Por una aparente paradoja, en España el mayor entusiasmo por la revolución bolchevique no se manifestó inicialmente entre los marxistas del PSOE y la UGT, sino entre los anarquistas y anarcosindicalistas que impulsaban la CNT o actuaban en el seno de pequeños grupos mal conocidos por la historia» (Avilés Farré, 1999: 56).

A pesar de que el movimiento ruso estuvo encabezado por un partido de corte marxista y vanguardista como fue el Partido Bolchevique, ningún revolucionario del mundo perdió de vista el carácter popular de lo sucedido

en Rusia, y por esas conexiones internacionales eran conscientes de la participación de otros grupos políticos, entre ellos el anarquismo ruso.

Las noticias sobre los sucesos rusos comenzaron a tomar cuerpo en los periódicos desde muy temprano. *Solidaridad Obrera* ya en el mes de enero de 1917 daba cuenta del final del zarismo, a pesar de que este se produciría casi mes y medio después de la noticia[26]. En el tiempo que media entre febrero de 1917 y noviembre de 1917, *Solidaridad Obrera* realizaba análisis sobre la situación social del momento, sobre la guerra mundial, a la que denominaba «el gran crimen», las críticas al lerrouxismo como sujeto político, las críticas a la monarquía de Alfonso XIII y la conflictividad en distintos sectores laborales, casi todos centrados en Cataluña, si bien se hacía eco de la movilización general del país.

En ese tiempo Rusia era noticia, de forma salteada, en la sección «Noticias del Extranjero», muchas de cuyas noticias llegaban a la redacción del periódico por la vía de París. Habría que esperar a abril de 1917 para ver el primer editorial en el periódico sobre la cuestión de la Revolución rusa[27]. A partir de esas noticias y de las propias interpretaciones del periódico anarcosindicalista, los obreros afiliados a la CNT comprobaban las disputas que el gobierno provisional en Rusia tenía con el sóviet[28], la visita de delegaciones socialistas a un país en revolución[29], el regreso de Piotr Kropotkin a Rusia[30] o la crisis que se desata a partir de agosto de 1917 con el gobierno de Alexander Kerensky[31]. A medida que iba pasando el tiempo, las noticias sobre Rusia eran más frecuentes en el medio sindicalista. Pero tampoco dejaban de lado los anarquistas la comparación entre Rusia, como país en un proceso revolucionario, y España, donde se denunciaba la represión que el movimiento obrero recibía. Así, *Solidaridad Obrera* denunciaba que mientras en Rusia los trabajadores podían celebrar el Primero de Mayo, en España el Gobierno lo había prohibido. Y un artículo de M. Andreu marcaba el camino que tenían que seguir las masas obreras españolas: «El pueblo ruso ha dado ya el gran campanazo con su revolución, destronando a los Romanoff (sic), reivindicando la tierra para los que la trabajan, y anatematizando la guerra y exigiendo algo positivo, que compense los años de tiranía»[32].

A pesar de que las noticias llegaban a cuentagotas, los congresos obreros impulsados por los libertarios ya mencionaban lo sucedido en Rusia. Eso sucedió en el V Congreso Nacional de Agricultores celebrado en Zaragoza en mayo de 1917, donde ya los trabajadores hicieron referencias a los sucesos rusos tal como dejaron plasmados en la memoria del congreso:

> Y, por último, camaradas: fijémonos en que el actual régimen burgués se bambolea, el capitalismo y el Estado político se precipita hacia la ruina; la guerra actual, provocando movimientos revolucionarios como el de Rusia y otros que indefectiblemente han de sucederle, acelera su caída. Preparémonos, pues, a formar parte de la gran Confederación Universal de los Trabajadores, que habrá de constituirse a la terminación de este crimen, universal también (Díaz del Moral, 1995: 423).

Pero los artículos más interesantes y con mayor carga ideológica se producirán con la toma del poder por parte de los bolcheviques y los debates que se iban a comenzar a generar en el interior del anarquismo español. Y es que para los anarquistas españoles, los bolcheviques eran como un reflejo de sí mismos, no valorando las diferencias ideológicas que se daban entre ellos en aquel primer momento y que llevaron al enfrentamiento, a lo largo de 1918, de los bolcheviques con los anarquistas rusos. Como decía Manuel Buenacasa:

> Para muchos de nosotros —para la mayoría— el bolchevique ruso era un semidiós, portador de la libertad y de la felicidad comunes. […]
>
> ¿Quién en España —siendo anarquista— desdeñó el motejarse a sí mismo bolchevique? Hubo pocos a quienes no cegaran el fogonazo de la gran explosión, pero es hora de que lo digamos: aquellos pocos fueron los únicos a quienes hoy debemos rendir justicia declarando que su actitud fue la más digna y la más consecuente con las verdaderas ideas de emancipación humana (Buenacasa, 1977: 50).

Hay que hacer constar que antes de la toma del poder por parte de los bolcheviques, los libertarios españoles ya estaban hablando de posibles sóviets españoles y marcando como primer enemigo de estos, y por ende del movimiento obrero, a Alejandro Lerroux[33].

El grueso de las noticias llegó a España a partir del 10 de noviembre. Y aunque en los medios libertarios la revolución se tomó como algo positivo, hay que distinguir la posición analítica de *Solidaridad Obrera* de la más pasional de *Tierra y Libertad*. Anticipándose unos días al órgano de la CNT, este último titulaba el 7 de noviembre de 1917 un artículo firmado por Nimio Amare como «La lucha social». En dicho artículo se decía abiertamente que en Rusia estaban triunfando las ideas anarquistas:

> En Rusia, pese a todos los enemigos del movimiento emancipador que se opera, triunfan las ideas anarquistas en la lucha social que sostiene el pueblo contra los métodos económico-administrativos del viejo régimen y los maximalistas, que son los representantes efectivos de las ideas de igualdad social, y que se creyó por un momento que habían sido vencidos por la reacción dictatorial de Kerensky, se alzan vigorosamente contra la opresión y nuevamente son los dueños de la situación […][34].

Sin embargo, aunque Carlos Forcadell afirma que los anarquistas españoles de *Tierra y Libertad* estaban convencidos de la victoria del anarquismo en Rusia, representado por el maximalismo de los bolcheviques

(Forcadell, 1978: 259), lo cierto es que el mismo periódico afirmaba que no era el anarquismo lo que se estaba desarrollando en Rusia, aunque habría esperanzas al mismo: «Claro es que no es la anarquía el régimen social implantado por los revolucionarios rusos, porque en anarquía no se puede vivir sin una elevación educativa y moral del que carece el pueblo ruso, ni ella es posible mientras subsista el principio de nacionalidades»[35]. Aun así, la toma del poder por parte de los bolcheviques, aunque fue tomada por los anarquistas como algo positivo, sirvió, en esa primera hora, para poner encima de la mesa del movimiento libertario la adecuación de medios y fines. Pero el entusiasmo libertario también tenía mucha carga de desconocimiento de lo que sucedía en Rusia tal como indica Gerald Meaker: «Por supuesto, los primeros atractivos del concepto de la dictadura proletaria estaban estrechamente relacionados con la falta de información precisa acerca de su funcionamiento en Rusia» (Meaker, 1978: 148).

Sin embargo, una cuestión que fascinó al anarquismo español fue la lectura del texto de Lenin *El Estado y la revolución*. En él se muestra al Lenin más «anarquista», y convenció a muchos integrantes del movimiento libertario de que podía ser un puente entre sus ideas y la abolición del Estado. Para personajes que después serían determinantes en la historia del impacto de la Revolución rusa en el movimiento libertario, como Joaquín Maurín, este texto unía al bolchevismo, al anarquismo y al sindicalismo[36].

El entusiasmo de *Tierra y Libertad* lo compartía *Solidaridad Obrera*. Los números de los días 11 y 12 de noviembre de 1917 son un compendio en defensa de la Revolución. Incluso algún autor, como Manuel Buenacasa, parece que maneja algunos datos sobre la influencia que el propio anarquismo tiene en Rusia al referirse a la importancia que Kronstadt tiene en la revolución. En un artículo con el contundente título «Así se escribe la historia ¡¡Rusia!!» se hace referencia a la fortaleza del Báltico donde la influencia anarquista fue tan importante, y se dice lo siguiente: «Incapaces de afirmar que el Anarquismo se implante en Rusia como consecuencia de la revolución, podemos no obstante señalar el caso de Cronstadt (sic) y la misma revolución realizada con carácter libertador verdadero»[37]. De hecho, se llega a firmar en el mismo artículo que Kronstadt vive en una plena libertad económica y política. Cuestión que no iba muy desencaminada, teniendo en cuenta que desde febrero de 1917 el sóviet de Kronstadt no había obedecido al gobierno provisional y prácticamente era una «república independiente» del resto de Rusia (Vadillo Muñoz, 2017a: 238-239).

Pero tal como apunta Gerald Meaker, aunque la CNT y su órgano *Solidaridad Obrera* se mostraron entusiasmados con el estallido y triunfo de la Revolución en Rusia, también se mostraron inquietos por lo que significaba una ola de guerra permanente por la resistencia de las potencias capitalistas contra la revolución. En ese sentido, los libertarios lo considerarían un fracaso tras tres años de campañas contra la Primera Guerra Mundial. Si bien el análisis no era muy equivocado, lo cierto fue que la evolución europea siguió un camino diferente.

Y aunque a lo largo de todo 1918 el entusiasmo no decreció, lo cierto fue que siempre existieron sectores que eran más cautos a la hora de valorar el acontecimiento del que pocas noticias tenían. A los medios anarquistas españoles no estaban llegando los debates que los centros anarquistas rusos estaban teniendo con los bolcheviques sobre el concepto de la revolución, los primeros roces entre anarquistas y bolcheviques en la primavera de 1918 o los primeros pasos de las guerrillas de Néstor Majnó en Ucrania, compuesta mayoritariamente por anarquistas y cuyas experiencias sociales se acercaban a lo defendido históricamente por los anarquistas españoles.

A pesar de ello, durante 1918 las informaciones sobre Rusia en la prensa libertaria fueron copiosas, incluso haciéndose eco de crónicas de periodistas extranjeros como el francés Henriette Roland Holst. También se llegaron a reproducir en las páginas de *Solidaridad Obrera* textos de Lenin así como repasos biográficos de personajes como Trotsky, al que denominó Manuel Buenacasa en el artículo como «una silueta pacifista» haciendo un repaso a toda su vida militante[38].

Otro escritor frecuente en *Solidaridad Obrera*, Camille Desmoulins, hacía una defensa enconada del modelo comunista ruso como la mejor alternativa a la sociedad burguesa y capitalista, tal como lo muestra Antonio Bar: «C. Desmoulins relataba cómo la aristocracia y la alta burguesía, "disfrutadora de injustos privilegios, usurpadora, opresora y tiránica" en el pasado, se encontraba ahora sometidas a las leyes igualitarias del comunismo, "a una nueva ley equitativa, a una ley humana que reparte fortuna e impone a todos el mismo esfuerzo y el mismo deber"» (Bar, 1981: 445).

Con el primer aniversario de la revolución, *Solidaridad Obrera* realizó un balance de lo sucedido. Y, curiosamente, el artículo publicado el 12 de noviembre de 1918 con el título «La paz y la revolución» lo abrieron con una frase de Lenin: «Solamente el proletariado puede ser dueño del poder»[39]. En este número aniversario se glosan las conquistas de la revolución en el primer año, siempre a través de las informaciones que han llegado hasta los medios

ácratas españoles. Haciendo una defensa de la salida de Rusia de la Primera Guerra Mundial (desconociendo los debates que el anarquismo ruso tuvo con los bolcheviques a partir de la Paz de Brest-Litovsk), así como una defensa de las conquistas revolucionarias en estos términos: «Aquellas ideas consideradas abstractas son hoy realidades prácticas y positivas. Sin necesidad de que exista la propiedad privada y el capitalismo, la humanidad puede vivir mejor y desarrollarse en condiciones más ventajosas, ya que la propiedad privada es el germen de toda desigualdad entre los hombres»[40].

La importancia que adquirió para los grupos anarquistas españoles la Revolución rusa trascendió a lo que sucedió en el lejano país, y se comenzó a analizar la nueva posibilidad que se abría para el movimiento en cada lugar de origen. En los distintos comicios obreros que se desarrollaron en España en el momento, donde integrantes de grupos anarquistas participaban a través de sus sociedades obreras, el tema de la Revolución rusa estuvo muy presente.

Además, la Revolución rusa trajo consigo la necesidad de creación de una nueva Internacional, por el fracaso que la Segunda Internacional de 1889 había tenido ante la Primera Guerra Mundial y la inexistencia de una Internacional de carácter anarquista. Algo, esto último, que estuvo muy presente en los distintos comicios anarquistas internacionales como Ámsterdam en 1907, el fracasado Congreso de Londres de 1914 o los Congresos por la Paz celebrados en El Ferrol y Río de Janeiro en 1915 y 1916 respectivamente. El impulso que los bolcheviques dieron a la creación de la Tercera Internacional o Komintern animó a los anarquistas españoles a adherirse a dicho proyecto por considerarlo una oportunidad de articular el movimiento internacional que venían buscando desde hacía décadas.

Así, en el Congreso de la CNT celebrado en Madrid en 1919, algunos delegados dirigieron un escrito que defendía la necesidad de esa Internacional y la finalidad del comunismo libertario:

> Los delegados que suscriben, teniendo en cuenta que la tendencia que se manifiesta con más fuerza en el seno de las organizaciones obreras de todos los países es la que camina a la completa, total, absoluta liberación de la humanidad en el orden moral, económico y político, y considerando que ese objetivo no podrá ser alcanzado mientras no sea socializada la tierra y los instrumentos de producción y de cambio, y no desaparezca el poder absorbente del Estado, proponen al congreso que, de acuerdo con la esencia de los postulados de la Internacional de los trabajadores declare que la finalidad que persigue la CNT en España es el comunismo libertario[41].

Esta cuestión era acorde con los principios libertarios, en tanto en cuanto ya existían algunas voces críticas que, como la de Eleuterio Quintanilla desde Gijón, no se dejaba arrastrar por la ola de entusiasmo y veía grandes

diferencias entre el modelo defendido por los anarquistas españoles y el implantado por los bolcheviques rusos:

> Considerando, por último, que la Tercera Internacional, aun adoptando los métodos de lucha revolucionarios, los fines que persigue son fundamentalmente opuestos al ideal antiautoritario y descentralizador en la vida de los pueblos que proclama la CNT en España, estima que debe procederse a la convocación del Congreso Internacional propuesto en el tema 53 en España, y en él acordar, después de examinar detenidamente la situación del proletariado mundial, la constitución de una Internacional sindicalista, puramente revolucionaria, cuyo fin sea la implantación del comunismo libertario (Comité Nacional de la CNT, 1995: 39).

Lo que quedó claro de aquel congreso fue una adhesión provisional a la Komintern, que fuesen sus delegados en Rusia los que determinasen de qué organismo supranacional se trataba y ver las posibilidades de coordinación del anarquismo internacional. Aunque bien es cierto que el empuje adquirido por la CNT en aquellos años determinó más la búsqueda de un organismo internacional de carácter obrero que uno específicamente anarquista.

Este cambio de rumbo del movimiento libertario respecto al desarrollo de la Revolución rusa varió definitivamente tras la visita de Ángel Pestaña al Congreso de la Komintern y, también, al informe que Gaston Leval realizó por su participación en un Congreso Internacional de la Profintern o Internacional Sindical Roja en 1921. Este segundo comicio, con Leval, es importante en tanto en cuanto el anarquista francés acudía a Rusia como representante de los grupos anarquistas junto a la polémica representación de la CNT en las personalidades de Andrés Nin, Hilario Arlandis, Jesús Ibáñez y Joaquín Maurín, tras el Pleno de Lérida de la organización anarcosindicalista, que fue acusado de estar convocado para que solo acudiesen delegaciones favorables a mantener a la CNT en la Komintern.

Gaston Leval en realidad era el seudónimo del anarquista francés Pierre R. Piller, hijo de un combatiente de la Comuna de París que había recalado en Barcelona al huir de los alistamientos forzosos que estaban llevando a cabo en 1915 con motivo de la Primera Guerra Mundial. Su intensa colaboración con los círculos anarquistas le hizo desde muy pronto adquirir una relevancia en el movimiento libertario. Su designación para acudir al Congreso de la Profintern se debía también a tener el francés como idioma natal y poder comunicarse con más solvencia.

Leval se comprometió a emitir un informe sobre lo que viese y discutiese en Rusia tanto para la CNT como para los grupos anarquistas españoles (Paniagua, 1974). Además, a la altura de 1921 ya estaban llegando noticias a España de la situación en la que se encontraban los anarquistas en Rusia. Ángel Pestaña, que había podido hablar con algunos de ellos, había sido

encarcelado nada más volver de Rusia, por lo que su informe se conocería con posterioridad. Por su parte, Leval fue testigo de las denuncias que numerosas delegaciones, incluida la española, ejerció en aquel congreso internacional para pedir la liberación de anarquistas rusos encarcelados, entre los que encontraban personajes de primera línea como Volin, Maximov o Mchrany (Vadillo Muñoz, 2017: 279-280).

La ruptura definitiva del movimiento libertario con los organismos comunistas internacionales se dio en la Conferencia de Sindicatos de Zaragoza de junio de 1922, donde, tras conocer los informes de Pestaña y Leval, se procedió a la revocación del acuerdo de adhesión provisional de 1919[42].

Sin embargo, para los grupos anarquistas la Revolución rusa significó una enseñanza y un debate. Lejos de lo sucedido en otros países, donde la ruptura del movimiento obrero socialista y anarquista, con el nacimiento de los partidos comunistas, significó una crisis para el anarquismo, en España esos grupos se mantuvieron y se reforzaron.

El problema de la violencia en la crisis de la Restauración, la represión contra las estructuras sindicales de la CNT por parte del Estado y la guerra abierta por la patronal y la actividad de los grupos de acción anarquista (no confundir con los grupos específicos que son objeto de este trabajo) diluyó la impronta y la importancia de los grupos anarquistas en España, que, sin embargo, afrontaron la dictadura de Primo de Rivera desde distintos puntos de la geografía mundial con la idea de creación de una entidad de coordinación. Estamos en los prolegómenos de la fundación de la FAI.

Además, se iban a desarrollar distintas iniciativas en aquellos momentos previos a la dictadura. Según Abel Paz, el grupo Los Solidarios tenía en mente la creación de una entidad que coordinase las actividades anarquistas: «Una vez efectivas las garantías constitucionales, la vida se normalizó un tanto en Cataluña y Los Solidarios convocaron la celebración de un pleno anarquista en la región de Cataluña-Baleares. Hubo numerosa asistencia de grupos y se creó una comisión de relaciones anarquistas, premonitoria ya de la futura FAI» (Gómez Casas, 2002: 64-65). Sin embargo, en aquella reunión en la que se acordó la comisión de relaciones participaron anarquistas bastante alejados de las actividades de grupos de acción como Los Solidarios: Ángel Pestaña, Juan Montseny (Federico Urales), Manuel Herreros o Juan Manuel Molina.

Por otra parte, y en vísperas del golpe de Estado de Primo de Rivera, tras el asesinato de Salvador Seguí se convocó en Madrid, en marzo de 1923, un

Congreso Nacional Anarquista bajo la iniciativa del grupo Vía Libre de Zaragoza. Con una nutrida asistencia de militantes y grupos de toda España nació la Federación Nacional de Grupos Anarquistas que estableció su sede en Barcelona (Gómez Casas, 2002: 66-67). En aquel congreso se debatió sobre la organización y estructura de los grupos locales, así como de la necesidad de coordinación nacional e internacional. El anarquista madrileño Mauro Bajatierra, integrante del grupo Los Iguales que estaba en prisión en ese momento, dejó su visión de cómo debía discurrir dicho congreso: «Si se aspira a crear una fuerza anarquista internacional, ¿por qué no crear grupos de relaciones a base de afinidad de sentimientos, de amistad, de actitudes, de gustos, etc., en vez de imponer un carácter genérico a las distintas actitudes, gustos, modalidades de las distintas razas nacionales que aun pensando en anarquista tanto se diferencian entre sí?»[43].

Lo que va a criticar Bajatierra era el modelo del que se podía dotar una hipotética estructura anarquista nacional e internacional, que nunca se tendría que valer de la imposición, sino del desarrollo social, del debate y de la agitación, marcando distancia con una violencia que el anarquista madrileño consideraba como «ciega»:

> Estamos faltos, es verdad, de una gran propaganda de nuestros principios anarquistas que por medio de la persuasión, como toda doctrina debe enseñarse, logre prosélitos entre todas las clases sociales. Y no se me oculta la gravedad que encierra la tardanza en hacerse esta propaganda, dado que en estos últimos tiempos han invadido nuestro campo y han casi anulado nuestros esfuerzos de experiencia ideal, esa enorme ola de violencia ciega, irreflexiva y hasta convencional que algunos visionarios y otros interesados y sin ideal han puesto en práctica poniendo a contribución de sus visiones o de su amoralidad, las fuerzas organizadas y que nosotros queríamos espiritualizar[44].

Son importantes estas aportaciones de Bajatierra, pues el contexto de creación y expansión de grupos de acción y la violencia política de la época provocó que muchas estructuras libertarias, ya fuesen sindicales o grupales, cayeran víctimas de la represión. El propio Bajatierra sería acusado de haber participado en el atentado contra Eduardo Dato en 1921. Esto que muestra Bajatierra era uno de los puntos nodales de la discusión anarquista en el momento: la cuestión de la violencia y la revolución, algo que ocupó al destacado anarquista muchas páginas de escritos en el futuro. Siendo como fue uno de los fundadores de la FAI, estas cuestiones tratadas por los grupos anarquistas serían importantes de cara a la creación de la federación.

Sin embargo, el periodo dictatorial iba a variar el rumbo del anarquismo español.

CAPÍTULO 3

LOS GRUPOS ANARQUISTAS EN LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA. LA FUNDACIÓN DE LA FAI

Los años finales de la Restauración estuvieron marcados por una profunda crisis en el plano político, económico y social, lo que determinó la decisión por parte de las autoridades de dar un giro a la situación. El desastre de Annual y el fracaso de cualquier intento de renovación de un sistema que se hundía irremediablemente fueron el detonante para tomar la decisión de un golpe de Estado como solución a los conflictos.

Esta posición de un «cirujano de hierro» que solucionase la situación no estaba en disonancia con lo que sucedía en otros lugares de Europa, donde paulatinamente la democracia como sistema perdía peso frente a la conformación de gobiernos autoritarios. Los casos de la Italia de Mussolini o la Hungría de Horthy eran conocidos. La propaganda del «miedo al comunismo» fue fundamental para ganar el apoyo de determinados sectores sociales que veían una inminente revolución que ponía en peligro sus propiedades y privilegios. A ello se unía las responsabilidades del rey Alfonso XIII en los desastres que acaecían en el país.

Si bien no existía ningún plan de revolución como el que había triunfado en Rusia (ni de ningún otro estilo), lo que sí existían, y desde hacía tiempo, eran los planes del Ejército para tomar las riendas de la situación con la aquiescencia del rey (González Calleja, 2005: 38-47). Cuando el 13 de septiembre de 1923 el general Primo de Rivera se pronunció no sorprendió a nadie. Tampoco las razones que argumentó en su alocución: crisis históricas desde 1898, responsabilidad de los políticos profesionales, la crisis de Marruecos, el orden público, etc. Eran cuestiones que la prensa más conservadora o grupos incipientes como el maurismo apuntaban desde años antes. Para los golpistas, el problema de orden público no era otro que el movimiento obrero en general y el libertario en particular, pues se aludía al pistolerismo, aunque apuntando solo en una dirección.

Sin embargo, en aquel primer momento, el golpe de Estado fue mal encajado por un movimiento obrero que dio síntomas de agotamiento debido

a la enorme actividad en los años precedentes y a la represión contra sus estructuras. Los socialistas prefirieron ser cautos ante las nuevas autoridades y no se comprometieron en ningún movimiento huelguístico de protesta. Los anarquistas y los comunistas sí lo hicieron, pero fracasaron en sus propósitos.

La dictadura se instauró y las estructuras libertarias pasaron por diversas etapas, en las que si bien los anarquistas sufrieron de cerca la represión también fue el espaldarazo para recomponerse y afrontar el futuro democrático con otras garantías.

EL ANARQUISMO ESPAÑOL ENTRE LA CLANDESTINIDAD Y EL EXILIO

Cuando Primo de Rivera se hizo con el poder en septiembre de 1923, el anarquismo español comenzó un nuevo periodo del que iba a sacar muchas lecturas y nuevas organizaciones. Aquel golpe de Estado no llegó en el mejor momento para los libertarios. La CNT, que había mantenido una importante actividad sindical en los años previos, había visto cómo una parte importante de sus cuadros más representativos habían sido víctimas de las balas del terrorismo blanco. Unos meses antes del golpe, en marzo de 1923, Salvador Seguí, uno de los principales activos del movimiento libertario, era asesinado en Barcelona.

Además, las nuevas autoridades militares miraron al movimiento libertario como uno de los máximos responsables de la situación y no dudaron en colocar al frente de la Subsecretaría de Gobernación a Severiano Martínez Anido, uno de los principales impulsores del pistolerismo en Barcelona y especialmente adverso al anarquismo. La presión gubernativa provocó la dispersión de los grupos anarquistas y el exilio de muchos de sus integrantes, sobre todo a la vecina Francia.

Además, no eran buenos tiempos para los anarquistas en Europa. La oleada autoritaria que sacudía Centroeuropa y países como Italia liquidó a un movimiento que gozaba de muchos efectivos. En algunos lugares de los Balcanes, si bien el anarquismo no era la principal fuerza política, sí jugó un rol importante en las actividades sindicales y en los debates ideológicos. Y, sobre todo, en Italia la llegada de Mussolini sirvió para reprimir a un poderoso movimiento libertario, representado por la Unión Sindical Italiana y la Unión Anárquica Italiana, que se vieron condenadas a la ilegalidad y sus militantes perseguidos, encarcelados o asesinados por las partidas de *squadristas* del fascismo incipiente.

En España, la presión gubernativa se hizo intensa contra los anarquistas y

la estrategia era acabar con cualquier forma efectiva de organización y respuesta, tal como se lo hizo saber Martínez Anido al general Lossada:

> […] Respecto a los sindicatos hemos acordado que en un plazo de ocho días todos los sindicatos, naturalmente de carácter sindicalista y anarquista, se pongan en el terreno de la legalidad presentando sus libros de cuentas. Y los que no lo hagan así serán clausurados; después, cada quince días, seguirán presentando sus libros e inspeccionándolos para que no puedan burlarse de lo ordenado. De todo esto mañana daré orden circular a todos los gobernadores para su cumplimiento[45].

Sin embargo, la actuación contra el anarquismo a lo largo de la dictadura no se centró solo en este aspecto administrativo. Una vez que se consolidaron las estructuras dictatoriales a través de un Directorio Civil, el propio Martínez Anido creó la Dirección de Investigación Social, que tenía como misión perseguir a los opositores con procedimientos muy similares a los que utilizó durante el pistolerismo. En estas acciones tomaron fama los llamados «pichis», grupo de colaboradores reclutados en la calle que se pusieron al servicio de funcionarios, muchos de los cuales se habían formado en la famosa Academia Reus de Madrid, y que tenían como misión efectuar acciones expeditivas y violentas contra los integrantes de la izquierda política, con especial énfasis contra los anarquistas (Hernández Sánchez, 2018: 139). Este prototipo de represión contra los opositores sería relanzado por el franquismo en el futuro, en cuyo origen Martínez Anido también tuvo mucho que ver.

Así las cosas, muchos anarquistas tomaron la determinación de partir al exilio y desde allí recomponer las estructuras que pusieran las bases de una oposición efectiva contra la dictadura y la monarquía.

LA FUNDACIÓN DE LA FEDERACIÓN DE GRUPOS ANARQUISTAS DE LENGUA ESPAÑOLA Y EL INTENTO DE VERA DE BIDASOA

La importancia que los grupos anarquistas habían tenido en España y los intentos de coordinación de estos a través de una Federación Nacional de Grupos Anarquistas quedaron frenados con la situación de excepcionalidad que se había producido en el país con el golpe de Estado. Además, los anarquistas españoles eran conscientes de que su exilio tenía que servir para reunificar o tomar contacto con un movimiento que llevaba demasiado tiempo disperso. No solo fue la dictadura, ya que desde hacía muchos años la emigración económica llevó a muchos anarquistas a instalarse en otros lugares, sin perder con ello su identidad ni ideológica ni idiomática. La

existencia de grupos anarquistas en todo el mundo, destacando sobre todo en EE UU, América Latina o el Norte de África, era más que evidente, y en muchos casos los debates que se plantearon en esos lugares sirvieron como punta de lanza para la fundación de la FAI.

Pero la dictadura de Primo de Rivera provocó una dispersión de grupos del interior, muchos de los cuales recalaron en Francia. Allí, impulsados por los grupos Prometeo, Amor y Libertad y Fructidor, realizaron un congreso en la ciudad de Lyon a principios del año 1924, donde fundaron un Comité de Relaciones de Grupos Anarquistas de Lengua Española (Gómez Casas, 2002: 74). El objetivo era la creación de un periódico y una biblioteca, así como establecer el Comité de Relaciones en París:

> Los que forman parte del grupo Prometeo, de acuerdo con la Comisión pro-periódico *Liberión*, convocamos a los grupos Amor y Libertad y Fructidor […] a una reunión para el nombramiento de dichos cargos.
>
> Se llevó a cabo dicha reunión y constituimos de una vez el Comité de Relaciones y la Comisión-Biblioteca.
>
> Tenemos una misión a cumplir y la cumpliremos pese a quien pese. Donde nuestra labor sea útil, allí estaremos. Acudiremos donde se nos llame para encauzar y desarrollar la acción contra la tiranía entronizada. […]
>
> A todos los grupos que anhelan luchar para acabar con el presente estado de cosas; a todos los anarquistas que piensan en un más allá luminoso, les decimos: ¡Ayudadnos en nuestra obra; identificaos con nosotros; fuera personalismos; uníos todos para alcanzar el triunfo de nuestras aspiraciones**[46]**!

El Comité de Relaciones especificó una dirección en la calle Malbis, 40 de París, en el distrito XIX (Buttes-Chaumont) y a nombre de Petronio Quilonides.

Este proceso no tuvo vuelta atrás y el anarquismo español en Francia comenzó a estructurarse y a relacionarse con el entorno. París se convirtió en el centro neurálgico de las actividades, ya que la capital francesa era un hervidero de exiliados de distintas dictaduras que se iban imponiendo en aquellos años veinte (Italia, Rusia, Hungría, España, etc.). El periódico *Iberión* comenzó a editarse en París (como sucesor de *Liberión*) y tuvo como impulsor al anarquista balear Liberto Callejas. Según Abel Paz, el impulso de este periódico, ubicado en la calle Louis Blanc de París, se produjo con la llegada de Buenaventura Durruti y Francisco Ascaso a la capital francesa (Paz, 1996: 109-129). Igualmente, Callejas fue sustituido poco después por José Martín. Aun así, Callejas jugó un papel muy importante en el Grupo Anarquista Internacional que se había formado en París y del que Valeriano Orobón Fernández era uno de sus personajes más activos.

El vallisoletano Valeriano Orobón Fernández iba a ser una de las figuras más importantes del anarquismo internacional en aquellos años y los venideros. Muy activo en la dirección de la AIT, Orobón Fernández fue una de las figuras que más contribuyó al debate doctrinal del anarquismo en aquel momento, polemizando con una de las figuras que también sería importante de ahí en adelante, Diego Abad de Santillán. La contribución de Orobón Fernández en aquel París efervescente fue el impulso de un nuevo periódico que se iba a convertir en uno de los más longevos en el exilio (Elorza, 2013: 101):

> En enero de 1925, el Grupo Internacional de Ediciones Anarquistas decidió que apareciera una nueva revista, en español, dirigida a los exiliados y llevó una activa campaña contra la dictadura. La nueva publicación se llamó *Tiempos Nuevos*, «semanario de educación y lucha». Se decidió que la gestión económica la llevaría el Grupo Internacional y la orientación y dirección los grupos anarquistas. Estos nombraron a Valeriano Orobón Fernández […] (Gutiérrez Molina, 2002b: 34).

Y es que la actividad de aquellos años, sobre todo el bienio 1924-1925, fue muy intensa para conformar a aquellos grupos anarquistas y establecer un importante debate doctrinal. Un papel fundamental jugó la Librería Internacional, ubicada en la calle Petit, 14, y en torno a la cual se desarrollaron las actividades del antes citado Grupo Anarquista Internacional, impulsado por los anarquistas franceses Sébastien Faure y Séverin Fernandel. Este grupo impulsó la edición de la *Revista Internacional Anarquista*, que se editó en tres idiomas (francés, italiano y español) y que contó con una sección española con el título de «Acción» (Elorza, 2013: 101; Gómez Casas, 2002: 76).

La *Revista Internacional Anarquista* contó con la colaboración de las principales plumas del momento a nivel español e internacional: Eusebio Carbó, Higinio Noja, Valeriano Orobón Fernández, Sébastien Faure, Volin, Alexander Schapiro, Armando Borghi, etc., así como con un sistema de suscripciones para poner en marcha el proyecto**[47]**. El primer número salió en noviembre de 1924 y allí ya se marcaron las líneas que iban a seguir: debate doctrinal, edición de libros y folletos en distintos idiomas. El objetivo lo tenían claro: «Esta aproximación ha tenido la virtud de poner de manifiesto: de un lado, el vivísimo interés con que los compañeros de las diferentes nacionalidades se informan de lo que en los demás países sucede; de otro, la ignorancia de casi todos por lo que respecta a la acción y al pensamiento libertarios en el terreno internacional»**[48]**.

Era evidente que aquello no fue una empresa fácil y se pedía solidaridad a los distintos grupos y militantes para mantener este proyecto. Además, sus

páginas fueron testigo de debates de interés doctrinal y organizativo, que en el caso español trataban sobre cómo poder acabar con la situación de dictadura que existía en el país. Aunque se dedicaría un espacio a ello, esta revista fue fundamental para entender la posición de personajes que, en definitiva, representaban las posiciones más importantes dentro del movimiento libertario: Eusebio Carbó o Valeriano Orobón Fernández. Por ejemplo, una de las cuestiones en las que querían marcar diferencias respecto a Abad de Santillán (sobre todo) era los límites y espacios de la entidad sindical y la anarquista: «Una organización anarquista, digna de ese nombre, ha de ser a base de agrupaciones de afinidad y no de agrupaciones de intereses económicos, como los sindicatos. Y esa circunstancia, unida a otras muchas que sería prolijo pasar en revista, parece indicar que conviene mantener sin equívocos la necesaria demarcación entre sindicalismo y anarquismo —dos cosas tan distintas— en vez de atribuirles, como venimos haciendo, tan estrechas analogías»[49].

Además, en el artículo Carbó se amparaba en la diversidad organizativa del anarquismo desde los tiempos de la Internacional y la delimitación de las actividades del mundo sindical y el específico anarquista, que ya se ha visto en capítulos anteriores con los ejemplos de la Alianza o la OARE.

En el tiempo transcurrido se habían sentado las bases para la fundación de la Federación de Grupos Anarquistas de Lengua Española, que nació en el congreso celebrado en Lyon en junio de 1925, con una representación de treinta y ocho delegados y con la participación de personajes influyentes en el momento como Fernandel u Orobón Fernández. El congreso debatió los sucesos de Vera de Bidasoa, que se analizarán a continuación, y la importancia de la colaboración que los anarquistas debían tener con el resto de las fuerzas antimonárquicas dado el fracaso de Vera. Gómez Casa concluye lo siguiente: «Se acordaba unirse a otras fuerzas no anarquistas con el fin de destruir la dictadura militar y monárquica. Pero estas fuerzas tendrían que ser progresistas y partidarias de un régimen de amplias libertades económicas y políticas. Además, debían ser aquellos grupos o partidos realmente representativos rechazándose la colaboración de personalidades sin respaldo, que acaso solo se beneficiarían personalmente de la alianza con los anarquistas» (Gómez Casas, 2002: 78). Una estrategia que, en definitiva, se iba a imponer en la totalidad del movimiento libertario.

La Federación de Grupos Anarquistas de Lengua Española tuvo una nutrida relación con otros grupos de habla española fuera de las fronteras francesas. Cabe aquí destacar, igualmente, publicaciones como *Cultura y*

Acción que en Nueva York editaba Pedro Esteve, o el ya citado debate con *La Protesta* de Buenos Aires.

El otro gran congreso que se celebró antes de la fundación de la FAI fue el que se desarrolló en Marsella del 8 al 10 de mayo de 1926. Aquel congreso, del que tenemos referencias tanto en los archivos franceses por informaciones policiales como por asistentes a este (el caso de Manuel Pérez o Erófilo Labrador), cambió un poco el rumbo que se iba a dar, pues en aquella ocasión la Federación de Grupos Anarquistas de Lengua Española se posicionó en contra de la colaboración con las fuerzas políticas, a las que consideró fracasadas (Pérez Trujillano, 2018: 70-75). Sin embargo, lo que queda claro, basándonos en la crónica de Labrador, era que los debates en el interior de los grupos anarquistas eran muy importantes y la dinámica que muchos anarquistas tomaron, ya fuera a través de la CNT o de otros organismos, fue la de poner fin a la dictadura de Primo de Rivera por cualesquiera medios y pactando con otras fuerzas: «En fin, un zanjamiento bastante elevado presidió a tales querellas, como la de Barcelona y París, Librería Internacional y *Tiempos Nuevos*, Comité de Relaciones, en su cometido informativo; sobre el Comité Pro-Presos, disidencias entre los grupos de París, cuestiones todas ellas que se presentaron confusas y contradictorias y a las cuales el congreso resolvió con una invitación cordial entre quienes existe un común ideal»**[50]**.

Pero no todo fueron debates organizativos, sino que los anarquistas pretendieron pasar a la acción y en ese contexto se produjeron los sucesos de Vera de Bidasoa de noviembre de 1924. Los anarquistas eran partidarios de realizar un movimiento coordinado con fuerzas opositoras a la dictadura en el interior del país partiendo de fuerzas de Francia, donde poder generar un movimiento revolucionario en conexión con algunos sectores antimonárquicos (sobre todo republicanos y catalanistas). La acción partía de una invasión por Vera de Bidasoa y por la frontera de Perpiñán, donde Durruti y su grupo iban a tener una participación protagonista.

En las semanas previas el ambiente se fue preparando para dicha insurrección. En agosto de 1924 la Federación de Grupos Anarquistas de España publicaba un manifiesto en *La Protesta* de Buenos Aires donde se declaraba partidaria de un movimiento revolucionario que transformase la realidad del país. Un manifiesto que se muestra como una declaración de intenciones finalista que quiere ubicar el movimiento anarquista español en un contexto internacional revolucionario. Sin embargo, tal como muestra el propio manifiesto, consideraban que toda posición finalista no iba a llegar por ciencia infusa y que tenían que trabajar para ello:

> Cada día propagamos nuestros ideales y buscamos que plasmen en los individuos y en las colectividades. Cada día tratamos de ser más anarquistas y de estar un poco más en concordancia con el anarquismo, el cual a su vez va llenando insensiblemente los nuevos horizontes.
>
> Nosotros no queremos ser ajenos a cuantos acontecimientos concurran al avance del progreso, pero tampoco nuestro concurso jamás nos hará perder de vista nuestra finalidad y nuestros principios. Nuestra cooperación en un movimiento de avance no lleva nunca la intención de favorecer a unos en detrimento de otros, sino de empujar hacia nuestras concepciones la sociedad. No somos refractarios a las nuevas formas políticas y sociales que nos aporten un leve lenitivo a nuestro penoso y trágico desenvolvimiento, pero jamás abandonamos nuestras concepciones[51].

No deja de ser importante este texto, pues pertenece a un momento donde el anarquismo tanto en el interior de España como en exilio estaba en contacto con grupos políticos antimonárquicos y había que establecer unas bases de colaboración que fuesen satisfactorias para todos, más si se iban a embarcar en una intentona revolucionaria (como se vería a lo largo de toda la dictadura). Aun así, dejaban claro que la finalidad es la sociedad anarquista y por esa trabajaban los grupos anarquistas en todos los lugares.

Además, aunque determinada historiografía ha intentado presentar este manifiesto como un ejemplo de pureza ideológica, en realidad está mostrando el rol que deben jugar los anarquistas en un proceso revolucionario, así como las propias relaciones que se tienen que llevar a cabo con el sindicalismo, base de lo que posteriormente adoptaría la FAI:

> El sindicalismo revolucionario adherido a la AIT de Berlín nos es simpático. Como obreros, casi todos militamos en la CNT. Pero nuestra misión no es del todo militar en el seno del sindicalismo. Somos hombres y algunos no se hallan sujetos al yugo de la explotación burguesa. Por lo tanto, no basta con actuar dentro del sindicato. Nuestra misión tiene un complemento más importante. Al margen del sindicalismo, con absoluta independencia, propagamos nuestras teorías, formamos nuestros grupos, preparamos nuestros mítines, editamos publicaciones anarquistas y difundimos la [ilegible] del anarquismo a todos los vientos[52].

Una vez más aparece la dualidad de militancia y la delimitación de espacios. El sindicalismo es importante, pero no es la herramienta exclusiva que los anarquistas van a utilizar, pues una cosa son las luchas económicas y otra la finalidad política que solo sería posible por medios puramente anarquistas. La estrategia de los libertarios de doble organización se mantenía muchos años después y seguiría en el futuro.

Unas semanas antes de los sucesos de Vera de Bidasoa se editó el texto *España, un año de dictadura*, de difusión gratuita y publicado por el Grupo Internacional de Ediciones Anarquistas de la calle Petit 14, donde estaba domiciliada también la Librería Internacional. El texto, que Antonio Elorza atribuye a Valeriano Orobón Fernández (Elorza, 2013: 103), es una disertación del primer año de la dictadura, donde apunta a la responsabilidad militar en la represión, a la culpabilidad de intelectuales y personajes de

primer orden que han dado carta de naturaleza a la dictadura (entre ellos se cita a Odón de Buen o a Manuel Llaneza) y pone encima de la mesa todas las denuncias contra los militares en conflictos como el de Marruecos o en la represión contra el movimiento obrero, acusando con ello directamente a Primo de Rivera y a Martínez Anido. Pero al mismo tiempo, el texto era una invitación a que los trabajadores y soldados se unieran a la lucha que se estaba emprendiendo por parte de los libertarios y otros grupos desde el interior y el exterior:

> No confíes a nadie tu misión, que no hay pueblo redimido sino cuando por ser libre se ha sacrificado.
>
> Ha llegado la hora: campesino, coge la hoz; carpintero, el formón; herrero, el estilete; minero, el pico, unirse, abrazos antes, marchar, arrollar como una tromba, rugir como la tempestad, talar, demoler satisfacer vuestro odio, tener un día siquiera de placer entre tanto siglo se esclavitud…
>
> Cuando hayáis roto el negro telón que nublaba la luz de la libertad, cuando el soplo de una nueva era bese vuestra frente, no tumbarse sobre lo ganado, que no está el mérito en quitar el obstáculo que estorbaba, sino en evitar que se vuelve a poner […].
>
> Soldado, ¿qué te falta?, ¿qué esperas ver?, ¿qué esperanzas animan tu existencia?, ¿qué piensas armado de fusil y machete y cargado de municiones? […]
>
> También sé que no crees en la patria y que sabes que los únicos enemigos temibles que tienes son tus jefes. Sabes que como tú piensa el que duerme a tu lado, tu compañero de filas, el que junto a ti lava su ropa. ¿Por qué no os poneis de acuerdo? No hace falta hablar; hay signos, que son más claros que las palabras[53].

El texto dejaba claro que estaban preparando un movimiento revolucionario, o esperaban poder desarrollarlo, y buscaban apoyos populares.

De similares características era el texto distribuido por la Liga de Militantes de la CNT de España con el título «Manifiesto a todos los españoles residentes en Francia» en el verano de 1924 (agosto-septiembre) [54].

A estos textos se suma el «Manifiesto dirigido a todos los españoles que desean la liberación de España», publicado, entre otros sitios, en *La Protesta*. En esta ocasión, la Comisión Ejecutiva del Comité de Relaciones Anarquistas hace un diagnóstico de la situación dictatorial por la que atravesaba el país y apoya la necesidad de desarrollar un movimiento revolucionario. Consideraban que la revolución estaba en marcha, pero hacía falta apoyo logístico y monetario para poder hacerla, por lo que apelaban a la solidaridad para poder sufragar estos gastos. Y el centro neurálgico de esta actividad la situaban en París:

> Es objeto principal de este manifiesto recordar a todos los revolucionarios españoles residentes en Francia como a todos los hombres que quieran ayudar a esta obra, que hay en París una Comisión Ejecutiva nombrada por autorizados congresos para que gestione y elabore la obra revolucionaria deseada por el pueblo. Esta comisión de la que habla, hace ver a todos los que representan y a los

simpatizantes, que la obra que hay que hacer es colosal y que por tanto necesita de un acoplamiento de esfuerzo que ha de dar el triunfo[55].

Esta cuestión se corrobora por documentos de la propia Comisión Ejecutiva, que desde octubre de 1924 venía negociando la posibilidad de compra de armamento para poder realizar la acción revolucionaria prevista, donde se pretendía que la CNT tuviera un papel protagonista. En una carta fechada el 7 de octubre de 1924 así se hacía saber y emplazaba a una reunión de los grupos anarquistas con la CNT y elementos políticos para coordinar la actuación. Pero para los anarquistas esta acción debía tener un alto contenido libertario, y si se bajaban de ese carro los elementos políticos o la propia CNT seguirían adelante: «Dentro de un mes convocaremos una reunión de delegados de los grupos franceses para que ellos, con pleno conocimiento de causa, decidan cómo proceder en la revolución que se está preparando. Creemos que la Confederación presentará la cuestión en relación con los elementos políticos. En cualquier caso, si no nos abandona, e incluso si lo hace, continuaremos nuestra misión de preparación revolucionaria por encima de todo»[56].

Durante todo el mes de octubre e inicios de noviembre se llevaron a cabo estas gestiones[57]. Por datos facilitados por el grupo femenino Pro-Presos de París, el 8 de noviembre se desplazaron a la frontera mil militantes anarquistas, organizándose ya las mujeres para poder ofrecer asistencia en caso de cualquier contratiempo[58]. Sin embargo, aquella tentativa se tornó en fracaso. Desde hacía tiempo las autoridades militares sabían de la existencia de un complot anarquista, más teniendo en cuenta que tras el asesinato del verdugo de Barcelona, Rogelio Pérez Vicario, en mayo de 1924, se estaban vigilando muy de cerca las actividades de los anarquistas. La llegada a Vera se saldó con un tiroteo con la Guardia Civil que acabó en un fiasco, y el intento de llegada a Cataluña por Perpiñán también fracasó dado que los catalanistas de Maciá al final no intervinieron. El coste del proceso fue una dura represión contra unas ya débiles estructuras del interior y el fusilamiento de tres militantes anarquistas: Pablo Martín Sánchez, Enrique Gil Galar y Julián Santillán Rodríguez (Romero Cuesta, 1931; Baroja, 1932; Marco Miranda, 1975; González Calleja, 1999: 312-322, 2005: 341-342; Martín Sánchez, 2012).

Aun así, la acción de Vera de Bidasoa marcó un debate en el movimiento libertario, pues no todos los integrantes de este vieron esa acción tan precipitada como positiva. Fue el caso de Eusebio Carbó o Mauro Bajatierra. En el caso del anarquista madrileño, en carta que escribió a Diego Abad de

Santillán, le explica lo sucedido y cómo entre el movimiento anarquista en el exilio había diversidad de opiniones que llevaron a la desastrosa acción de Vera de Bidasoa:

> Puestas las cosas en su verdadero punto, informado el Comité Nacional en serio, continuaron los trabajos de preparación para la revolución. Llegó el momento de señalar fecha para tres días después de las noticias. Yo me opuse porque no se podía hacer en tres días los preparatorios necesarios. […]
>
> Estos falsos rumores calentaron la cabeza de muchos camaradas de Barcelona y pidieron al Comité Nacional que diera la señal revolucionaria. El Comité Nacional, bien informado, no hizo ningún caso y dejó pasar este [ilegible]. Pero un día, fatal para nosotros, un impertinente, un loco o como se le quiera llamar, averiguó la señal y remitió un telegrama al Comité de Relaciones Anarquistas de París por conducto de uno de ellos y esto sirvió el efecto de la cerilla a la mecha.
>
> Sin entenderse mejor, sin contar con nadie de los bien enterados, unos cuantos muchachos como los que tú conoces hicieron por la fuerza el darles dinero que sacaron como pudieron y armados unos cuantos de pistolas y otros sin nada marcharon a la frontera. Por mi casa vinieron unos cuantos reflexivos por noticias y fui yo el primer sorprendido de tal marcha puesto que nada sabía. Intenté disuadirles de su locura que podría ser trágica. Nada conseguí. Marché al otro día a la estación para impedir que marcharan, pero sus voces, su locura era tanta, que insultado, casi maltratado, tuve que desesperarme al verlos marchar.
>
> Mientras tanto unos cuantos muchachos de París habían avisado a Barcelona de que unos miles marchaban a la frontera para entrar en España por la fuerza.
>
> Empañados unos cuantos de Barcelona por las noticias y por rumores, intentaron un asalto al cuartel de artillería.
>
> Resultado: dos fusilados y dos ahorcados en Barcelona, tres muertos, tres ahorcados en Vera, muchos heridos y detenidos en espera de ser mandados a presidio[59] (Vadillo Muñoz, 2011b: 53-56).

A pesar de los fracasos, las bases para la fundación de la FAI se estaban asentando, y aunque el Congreso de Marsella establecía el objetivo, la fundación definitiva se produjo en 1927.

LOS ANARQUISTAS EN EL INTERIOR DE ESPAÑA. INTRODUCCIÓN AL ANARQUISMO PORTUGUÉS

Aunque la dictadura había conseguido dispersar la actividad del anarquismo en el interior del país y la represión redujo sus actividades, lo cierto fue que siempre se mantuvieron estructuras grupales de carácter local junto a las sindicales (cada vez más reducidas o con sus militantes integrados en sociedades obreras afines a la UGT) y los grupos de carácter cultural. Hemos comprobado cómo desde el interior del país se emitían comunicados y estaban en permanente contacto con los grupos exiliados, más activos y participativos a la hora de entrar en acción o preparar actividades contra la dictadura y la monarquía.

Aun así, la propaganda anarquista no se frenó en el interior y, aunque con muchas dificultades, sorteó la censura y la clandestinidad. Durante este

tiempo surgieron iniciativas culturales que marcarían la historia del anarquismo en los años venideros. *La Revista Blanca*, impulsada por la familia Montseny-Mañé, inició una nueva andadura, esta vez radicada en Barcelona, desde el año 1924. Y junto a ella impulsó la colección de La Novela Ideal, que se convirtió en uno de los mayores vehículos de canalización de las ideas anarquistas. Junto a ellas surgieron otras iniciativas como *Generación Consciente* en Alcoy o *La Revista Nueva*, impulsada en Barcelona por Dionysios, seudónimo de Antonio García Birlán. Esta enorme labor cultural y formadora fue uno de los principales activos del anarquismo y una forma de mantener sus bases ideológicas (Marín Silvestre y Palomar i Abadía, 2006; Masjuan Bracons, 2000; Navarro, 1997; Navarro Navarro, 2004; Siguán Boehmer, 1981; Civantos Urrutia, 2017).

Junto a esta actividad cultural intensa, las estructuras grupales y el proyecto de creación de una federación anarquista seguían adelante. Ya hemos visto que la Federación Nacional de Grupos Anarquistas seguía teniendo actividad y desde 1924 fue marcando los ritmos de trabajo de sus militantes tanto en el plano sindical como en el específicamente libertario.

En ese contexto, figuras como Manuel Buenacasa van a tener una participación en la organización anarquista interior y en los debates ideológicos que se van a dar en el anarquismo ibérico. Fueron años donde el debate del papel de los sindicatos y de los anarquistas marcó las posturas de cuatro tendencias o visiones representadas por personalidades de primera línea: Ángel Pestaña, Juan Peiró, Manuel Buenacasa y Diego Abad de Santillán.

Determinada historiografía ha dado un peso específico a Abad de Santillán en estos debates que no se corresponde con la realidad. No podemos olvidar que Abad de Santillán y López Arango actuaban desde Argentina, alrededor del periódico *La Protesta* y con la experiencia de la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) como organismo sindical netamente anarquista. El debate internacional que Abad de Santillán introdujo fue el de criticar el llamado «sindicalismo neutro» y «sindicalismo político», muy contrario a la experiencia que él mismo tuvo en tierras argentinas (Abad de Santillán y López Arango, 1925). Se ha intentado vincular esta visión de Abad de Santillán con la defendida por Manuel Buenacasa desde las páginas del periódico *El Productor*, editado en Blanes. Sin embargo, Buenacasa tenía diferencias con Abad de Santillán en tanto que, como uno de los impulsores de la CNT, defendía su modelo sindical, cuestión que era criticada desde el otro lado del Atlántico. Buenacasa fue el perfecto defensor de la dualidad

organizativa propia del anarquismo español desde los orígenes: una organización sindical y una organización anarquista que extendiese el pensamiento libertario. Personajes como Buenacasa marcaron las bases de la fundación de la FAI, porque él es uno de los impulsores de este modelo organizativo. La reacción de Buenacasa se produjo, sobre todo, por la crítica de Ángel Pestaña, que tenía una visión muy diferente de cuál tenía que ser el rol de la CNT en el momento histórico que les tocó vivir. Pestaña se mostró favorable de poder entrar en la Organización Corporativa Nacional (OCN) impulsada por Primo de Rivera, algo que, evidentemente, no gustó a Buenacasa, pero tampoco a Peiró, que recibía las mismas críticas que Pestaña por parte de Abad de Santillán:

> […] El motivo de la disputa fue la creación de la OCN en noviembre de 1926, institución creada por el régimen para regular las relaciones laborales y las bases de trabajo según los principios del corporativismo de raíz católica, inspirados por la doctrina social de la Iglesia, y del corporativismo fascista implantado en Italia por Mussolini. La base de la OCN estaba formada por comités paritarios, herederos también de las comisiones mixtas de la Restauración, integrado por cinco representantes de los trabajadores y cinco de los empresarios de cada oficio o profesión, bajo la presidencia de un representante del Gobierno […] (Giménez, 2020: 67-68).

Aunque ciertamente Abad de Santillán escribió mucho y debatió igualmente con los integrantes del anarquismo español y europeo, en el caso de España su influencia fue menor de la que se le ha atribuido. Prueba de ello es que a su regreso a España sus visiones sobre la organización sindical y anarquista cambiaron profundamente en los años republicanos. En este caso fue Manuel Buenacasa, con visiones diferentes, el que tendría más impronta a la hora del desarrollo del anarquismo español. Aunque con matizaciones, González Calleja marca bien la diferencia entre uno y otro (González Calleja, 2005: 343; Christie, 2010: 39-40).

Aunque muchos debates giraron alrededor de la organización obrera, esto no fue óbice para que no se trabajaran cuestiones de organización específicamente anarquista. No podemos olvidar que a la represión de la dictadura se unía la anterior provocada por el pistolerismo y la crisis de la Restauración, lo que marcó una dificultad a los grupos en su camino de reorganización. De los grupos que hay que destacar, en este caso, estarían por ejemplo Sol y Vida, que lejos de ser un grupo al uso tuvo una implantación importante en Cataluña en las zonas de Manresa, Sabadell, Tarrasa y Alto Llobregat. Este grupo, como afirma la historiadora Dolors Marín, fue un ejemplo de grupo de afinidad (Marín Silvestre, 2010: 236-252), que además se mantuvo mucho en el tiempo. Aunque hemos visto cómo tuvieron una experiencia previa, la propia Dolors Marín nos define en lo que consistía un

grupo de afinidad, de los que posteriormente se nutriría la FAI: «Los grupos de afinidad, paralelos en su trabajo y formas de acción al transcurrir de la Confederación, fueron comúnmente grupos de amigos ladrilleros, vidrieros, metalúrgicos o compañeros de fábrica. Como tales saludaban a sus compañeros en la prensa anarquista. También el lugar de origen definía a veces el grupo […]. Otros grupos nacieron al calor vecinal del ateneo del barrio, nuevo núcleo de relación entre los que habían dejado familia y amigos en el lugar de origen» (Marín Silvestre, 2010: 235).

Las bases en las que trabajaron estos grupos a lo largo de su existencia eran tales como el pacifismo, el esperantismo, el neomalthusianismo o el desarrollo de la educación, pues muchos de ellos fueron protagonistas de la creación de escuelas para la alfabetización de los trabajadores o de proyectos culturales en la misma línea.

Esta reorganización del anarquismo a nivel interior se plasmó en el trascendental Pleno Regional de Grupos Anarquistas de Cataluña en la ciudad de Manresa el 20 de marzo de 1927. Las figuras de Manuel Buenacasa y Miguel Jiménez se tornaron fundamentales, pues la idea principal era extender el modelo organizativo por todo el territorio, coincidiendo en este caso con las pretensiones de los anarquistas exiliados de la Federación de Grupos Anarquistas de Lengua Española y con la Unión Anarquista Portuguesa (UAP) que se abordará a continuación. Esa conexión de intereses la dejó por escrito Miguel Jiménez: «La idea de una asociación peninsular partió, al parecer, de varias personas como Buenacasa, Magriñá y de varios puntos, entre ellos Marsella, París, Barcelona, Sevilla. Puede que la citación de 1927 tenga sus fundamentos en los propósitos, pues, tomando el caso peninsular en muchos y considerando la asistencia de los compañeros portugueses como punto capital del asunto, el problema, por la situación, frontera, etc., resultaba difícil» (Gómez Casas, 2002: 100).

Aquel pleno reunió a un buen número de grupos anarquistas, lo que indicaba la importancia que tenían y cómo habían logrado mantenerse en la clandestinidad. Siguiendo a Gómez Casas, en aquel pleno se reunieron los grupos Luz, Temis, El Reflejo Libertario, Ni Amo ni Dios, Ni Patria ni Rey, La Eterna Llama, El Fulminante, El Vencedor, Acracia, Renacimiento, Los Iguales, Gran Bohemia y varios más. También asistió el Comité de Relaciones Anarquistas de España y como oyente un representante del Comité Regional de la CNT de Cataluña (Gómez Casas, 2002; Termes Ardevol, 2011: 379). El pleno fue de enorme importancia porque se sentaron bases organizativas y se acordó, en definitiva, la creación de una federación

más amplia. De este pleno se pueden sacar varias conclusiones. En primer lugar, que los anarquistas eran conscientes de que tendrían que trabajar en favor de las ideas anarquistas allí donde pudieran. Eran minoría, y como tal, no podían imponer nada, pero sí aprovechar las circunstancias políticas o de estallidos revolucionarios para extender sus ideas y poder atraer al mayor número de personas a sus principios. Una tarea de proselitismo igual que la de otros grupos políticos, solo que con bases antiautoritarias y federalistas. Igualmente, en lo que se refiere a la creación de escuelas o de propaganda en grupos de otra índole (antimilitaristas, vegetarianos, naturistas, etc.).

Quizá el punto nodal, y sobre el que también se fundó la FAI, estaba en las relaciones con la CNT. Aquí es donde comenzó el mito del control de los grupos anarquistas y de la FAI sobre las estructuras sindicales que no se sostiene a nivel historiográfico. En el punto 6 del pleno se habló de las relaciones con la sindical, y el acuerdo fue el siguiente:

> Después de largo debate se acuerda que el Comité Regional (de grupos) invite y trabaje con respecto al Comité de la C. R. del T. de Cataluña, a fin de que se celebre un pleno de ambas organizaciones en donde se discuta y se decida la proposición presentada por el grupo El Productor, consistente en que las dos organizaciones complementarias, sindical y de afines, se junten, pero federativa y autónomamente, formando un organismo de enlace, integrando por elementos representativos de los grupos y de las federaciones de estos y de los sindicatos y sus federaciones, a todos los niveles (Gómez Casas, 2002: 101).

Este punto, presentado por el grupo El Productor, viene a confirmar la estrategia histórica de relaciones entre los grupos anarquistas y las sociedades obreras y sindicatos. Es la llamada *trabazón*, donde ambas entidades se ayudan y mantienen contacto, pero al mismo tiempo tienen su autonomía y ámbitos de actuación. Mientras el sindicalismo incidirá en los aspectos económicos y laborales, las organizaciones anarquistas se centrarían en las cuestiones sociales y políticas. Esa trabazón era histórica, desde los tiempos de la Alianza o de la OARE, a veces con buenos resultados y a veces fracasada. Pero en realidad no había control de una sobre otra ni guía ideológica alguna. Lo que sí existían eran dobles militancias, en las específicas y en las sindicales, lo que era normal.

Además, para reforzar esa visión de delimitaciones de espacios y actuaciones, en el punto 7 las acciones de los sindicatos y de los grupos se llegó al siguiente acuerdo: «Al entender del pleno, además de que la lucha y la propaganda anarquista en general es la misma para los grupos que para los sindicatos, en particular los sindicatos pueden desarrollar mejor la atracción de los asalariados, su lucha contra el patronaje y contra todos los poderes, y la

propaganda anarquista entre ellos para completar su definición y la de todas sus acciones […]» (Gómez Casas, 2002: 101-102).

Era evidente que en las relaciones entre los grupos y la CNT la posición fuerte fue la de Buenacasa. Pero es que incluso para Juan Peiró el modelo dual de sindicalismo y anarquismo era el correcto, aunque con algunas matizaciones a las que podía defender Buenacasa.

Por otra parte, un modelo de relaciones entre los grupos anarquistas y la organización sindical que se cerró en este pleno y se mantuvo con el tiempo fue el de los comités Pro-Presos. Los presos podían ser indistintamente de una organización u otra (o de las dos a la vez) y la represión alcanzaba por igual a ambos organismos, lo que determinó una colaboración estrecha entre ambos.

Es importante entender este pleno para entender posteriormente el nacimiento de la FAI y también los debates que se dieron en los años de la Segunda República.

Antes de entrar en la fundación de la FAI, queda un eslabón que tratar para entender el panorama general de su fundación. Si bien el anarquismo exiliado en Francia tuvo un papel fundamental en su fundación, al igual que la actividad interna de los grupos anarquistas en España, el papel de los portugueses fue imprescindible y sin él es imposible entender la finalidad propuesta. El anarquismo portugués gozó de una buena salud y de importancia capital en la historia del país vecino, solo truncado por el golpe de Estado de Carmona en 1926 y el establecimiento de una dictadura que lo condenó a la clandestinidad y exilio.

La historia del anarquismo portugués, en muchas ocasiones, va en paralelo a la del anarquismo español, lo que denota una importante conexión con el anarquismo peninsular desde los orígenes de la AIT. Al igual que en España, en Portugal se comenzaron a conocer desde mediados del siglo XIX las ideas de Proudhon a través de personajes como Sousa Brandão o Lopes Mendoça en las páginas del periódico *El Eco del Obrero* (Zarcone, 2019: 17).

Movimientos europeos como la fundación de la AIT en 1864 o la Comuna de París en 1871 no fueron ajenos a los portugueses, que generaron una conciencia y un deseo de organizarse, recalando la influencia de personajes de primer nivel en el país, muchos de los cuales procedían del republicanismo más avanzado, como Antero de Quental, Eça de Queiroz, Oliveira Martins o Teófilo Braga (Rodrigues, 1980).

En este momento hay una conexión directa entre internacionalistas españoles como Anselmo Lorenzo, Francisco Mora o Tomás González Morago con los portugueses Antero de Quental, José Fontana o Jaime Batalha

Reis. La influencia española es muy importante, pues desde el Congreso de Barcelona de 1870 se habló de la necesidad de extender los vínculos con los portugueses y de fundar allí también una sección de la AIT. Y Portugal, en este caso, tampoco estuvo ajena a las discusiones en el interior de la Internacional y la ruptura entre marxistas y bakuninistas, siendo en este caso Portugal más partidario de las ideas de Marx (Lorenzo, 2005: 179-188; Íñiguez, 2020: 9-10; Zarcone, 2019: 18-20).

Sin embargo, aunque el nacimiento del Partido Socialista fue muy temprano en Portugal, en el año 1875, las ideas bakuninistas estuvieron presentes en la Asociación Protectora del Trabajo Nacional, encabezada por João Bonança, así como en otras asociaciones obreras con implantación desde inicios de 1873. Comienza a surgir una nueva generación de anarquistas portugueses como Antonio Joaquim Morais o Eduardo Maia, entre otros muchos.

Lo mismo que en España la visita de Piotr Kropotkin y Errico Malatesta a finales del siglo XIX tuvo una importante impronta, en Portugal la visita de Élisée Reclus en 1886 sirvió para consolidar un movimiento anarquista fuerte y cohesionado. Esto sirvió para ir consolidando un importante grupo en la capital, Lisboa, como fue el Grupo Anarquista Comunista, o en Oporto bajo las figuras de Gonçalves Viana y Blandina Rosa. Este impulso del anarquismo portugués y las actividades que algunos individuos llevaron a cabo provocó la aprobación de leyes de excepción de represión del anarquismo en Portugal, en consonancia con lo que sucedía en otros lugares del mundo como Francia, España o EE UU. Una represión que en Portugal vino acompañada de deportaciones a las colonias africanas de Mozambique o Angola o a la asiática de Timor.

La monarquía portuguesa, que, aunque liberal, estaba muy lejos de ser democrática, daba pocas opciones de representación a grupos y partidos que no estuvieran dentro del juego del «rotativismo» político (como el turnismo español). Eso hizo que los anarquistas, a través de grupos como «La Carbonaria» portuguesa, también llevasen a cabo actividades clandestinas. (Zarcone, 2019: 23-24).

Los años finales del siglo XIX fueron de enorme agitación política en Portugal, con intentonas republicanas fallidas. También fueron momentos de mayor implicación y desarrollo del anarquismo portugués con la aparición de un poderoso movimiento cultural libertario y la fundación de numerosas bibliotecas, así como distintos grupos específicos anarquistas, muy similares a los surgidos en la misma época en España (Íñiguez, 2020: 19-21).

Sin embargo, tal como nos muestra Miguel Íñiguez, en aquellos años de inicios del siglo xx, en plena efervescencia revolucionaria que llevó al asesinato del rey Carlos I en 1908 y, posteriormente, a la Revolución de 1910 que trajo la República, el anarquismo mantuvo una posición de lucha por un marco de mayores libertades sin renunciar a su finalidad libertaria. Esa cuestión provocó que muchos anarquistas al final se pasaran al campo republicano, mientras que otros se mantuvieron dentro de organizaciones de carácter anarquista. Al igual que sucedería en España, no se puede desgajar la actividad de los anarquistas de la lucha por un modelo republicano a corto plazo, si bien su finalidad no era la consecución de un Estado, sino el desarrollo de una sociedad de corte antiautoritario. Para muchos anarquistas portugueses la llegada de la República era un instrumento adecuado para conseguir sus finalidades federalistas y socialistas. Para ese anarquismo intervencionista, encabezado por personajes como Heliodoro Salgado, la Revolución de 1910 significó un antes y un después: «Tras el 1 de febrero de 1908, los anarquistas intervencionistas fueron apóstoles de la revolución sin nada que esperar de la república, fueron los más audaces y conspiradores… triunfante la república, una república de burgueses, ahora toca organizarse, educar, instruir y destruir» (Íñiguez, 2020: 30).

Las relaciones entre el republicanismo y el anarquismo no fueron muy distintas en Portugal que en España. El triunfo de la revolución democrática de octubre de 1910 vino a instaurar un modelo republicano que desarrolló un proceso de reformas y modernización que para muchos integrantes del movimiento obrero se quedaba escaso. Esto hizo que los libertarios se movilizaran y crearan organizaciones de resistencia al capital, que se fueron extendiendo a lo largo y ancho del país y que tuvieron en el Congreso de Tomar de 1914 su punto de inflexión con la creación de la Unión Obrera Nacional (UON), sindicato al estilo de la CNT en España.

A nivel anarquista, en el momento de efervescencia revolucionaria, fueron surgiendo iniciativas federativas que confieren al anarquismo portugués una ventaja respecto a su homólogo español. En 1911 surgió la Federación Anarquista de la Región del Norte, y en Lisboa se constituyó la Federación Anarquista de la Región del Sur. Al mismo tiempo surgían la Unión Anarquista Algarveña y la Alianza Anarquista de Coimbra (Zarcone, 2004: 89; Zarcone, 2019: 25).

Ya comprobamos también cómo el anarquismo portugués participó en el Congreso por la Paz de El Ferrol, convocado por los anarquistas españoles, en los años de la Primera Guerra Mundial. En el caso de los portugueses con más

razón, teniendo en cuenta que Portugal sí participó en la guerra en el bando de la Triple Entente.

Si en 1919 la UON paso a denominarse Confederación General de Trabajadores (CGT), con un modelo sindicalista revolucionario muy claro y con *A Batalha* como órgano de expresión, a nivel anarquista en 1923 se convocó la Primera Conferencia Anarquista de la Región Portuguesa en Alenguer, donde participaron cuarenta y cinco delegados y fundaron la Unión Anarquista Portuguesa (UAP) (Zarcone, 2019: 29). Se dotaron de una estructura federal y de grupos, dividiéndose en tres federaciones regionales, ganándose el apoyo de muchos intelectuales y colaborando con la sindical CGT. Además, la UAP también desarrolló una editorial anarquista. Fueron momentos donde los contactos entre los libertarios portugueses y españoles se intensificaron. A nivel sindical cabe destacar la Conferencia de Organizaciones Obreras de España y Portugal celebrada en Évora con participación de Manuel Pérez y Sebastián Clara por la CNT y de José de Silva Santos Arranha y Joaquim Manuel de Sousa por la CGT. (Zarcone, 2019: 30-31).

Pero la situación iba a variar sustancialmente, pues el golpe de Estado de Primo de Rivera en 1923 dificultaría las relaciones entre los anarquistas de ambos países, si bien en 1925, y por iniciativa de los portugueses, que aún gozaban de libertades en su país, se comenzó a pergeñar la idea de una federación anarquista a nivel peninsular. Los portugueses participaron de los debates y reuniones que los españoles mantuvieron tanto en el interior como en el exilio. Además, dada la situación que había en España, el lugar ideal para establecer un Comité de Relaciones de esa federación seria Lisboa: «Si el Congreso de Marsella ya había apuntado a la constitución de un FAI, el orden del día previsto para el primer Congreso de la UAP el 1 de julio de 1926 retomaba a su vez la misma idea de su estudio y la posibilidad de establecer en Lisboa un comité organizador y coordinador, como habían sugerido también los anarquistas reunidos en Marsella, a la vista de la situación española» (Gómez Casas, 2002: 99).

Sin embargo, ese congreso nunca llego a celebrarse, pues el general Carmona dio un golpe de Estado en mayo de 1926 que provocó una suspensión de libertades y la clandestinidad para el anarquismo portugués, y con el paso de los años muchos de sus militantes recalaron en España y fundaron la Federación Anarquista de Portugueses Exiliados (FAPE) desde el año 1931 (Zarcone, 2004: 94). Por aquel momento, uno de los principales militantes de la UAP era Francisco Quintal, nacido en Madeira y fundador

también del periódico *O Anarquista*. Quintal había escrito también sobre el anarquismo portugués en la *Revista Internacional Anarquista* de París, donde un hizo un repaso sobre el momento que vivía el anarquismo portugués previo al golpe de Estado de Carmona. En aquel artículo, Quintal ya marcaba la necesidad de esa federación de que agrupase a los anarquistas de ambos países poniendo como base lo acordado en Alenguer: «Entonces, en toda la península, la obra de continuidad iniciada en Alenguer y mantenida con firmeza a pesar de todas las críticas desdeñosas ya vencidas, tendrá un corolario magnífico en la FAI»[60].

LA FUNDACIÓN DE LA FAI. HACIA EL FINAL DE LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA. EL FIN DE LA MONARQUÍA DE ALFONSO XIII

Con todas las bases establecidas, solo quedaba para los anarquistas de los lugares citados certificar la creación de una federación que coordinase sus actividades. Los congresos y plenos realizado en Francia, así como las iniciativas de la UAP, pusieron unos cimientos que iban a fructificar. Tanto el Congreso de Marsella de 1926 como el Pleno de Manresa de marzo de 1927 fueron los puntos nodales.

Aunque, como se ha visto, la fundación de la federación se tenía que haber llevado a cabo en Portugal y su comité tenía que haber residido allí, el golpe de Estado en mayo de 1926 en el país luso frenó esa iniciativa, que recayó sobre los grupos españoles tanto en el interior como en el exilio.

Como testimonia uno de sus fundadores, Progreso Fernández, los días 25 y 26 de julio de 1927 se celebró en Valencia una conferencia dividida en dos sesiones clandestinas:

> La primera asamblea se llevó a cabo en Patraix, pequeño pueblo lindante a Valencia y en casa de la buena amiga y compañera Aurora López, ya fallecida.
>
> La segunda fue en el Saler, bajo los pinos y cara al llamado Mare Nostrum, y no en el Cabañal como equivocadamente afirman algunos historiadores, entre ellos, mi viejo amigo y compañero José Peirats[61].

Independientemente del lugar donde se realizó la citada reunión, pues hay otros testimonios que lo sitúan en lugares diferentes, las actas de dichos encuentros nos muestran, en primer lugar, la existencia de un movimiento anarquista extendido que ha logrado sobrevivir a las embestidas de la dictadura. Según las actas, en el lugar de la reunión se dieron cita diversas federaciones de grupos anarquistas a nivel regional (Levante, Andalucía, Cataluña), federaciones provinciales (como Castellón o Alicante), diversas

federaciones locales (Granada, Madrid, Sevilla, Valencia) y grupos, sobre todo, de la zona valenciana: Jóvenes Rebeldes, Cultura y Acción, Luz y Vida, La Antorcha, Los Inquietos, Sagitario y Forjadores de la Idea. Por otra parte, asistió también la Federación Nacional de Grupos Anarquistas de España, así como representaciones delegadas de grupos como Sol y Vida, de Barcelona. De importancia es la asistencia de la UAP y también de los comités regionales de la CNT de Cataluña y Levante. Otros excusaron su ausencia, como la Federación Local de Málaga, que a su vez llevaba los acuerdos del grupo Los Forjadores del Porvenir de Marbella. Por carecer de medios económicos no pudieron asistir la Federación Local de Grupos Anarquistas de Zaragoza, la Federación de Grupos Anarquistas de Lengua Española en Francia, la CGT portuguesa, el periódico *A Batalha* así como delegaciones de organismo como la AIT, *Le Libertaire* de Francia, el Bureau Internacional Antimilitarista de Holanda, diversas federaciones regionales de grupos anarquistas en Francia, comités Pro-Presos y grupos anarquistas de Vizcaya, delegaciones invitadas del periódico *Cultura Proletaria* de Nueva York (dirigido por Pedro Esteve), *Acción Social Obrera* de Sant Feliu de Guixols, *La Revista Blanca* de Barcelona y personalidades individuales que los citan con sus iniciales[62].

No solo hay que tener en cuenta la gran cantidad de federaciones (con sus respectivos grupos internos que no cita) y los grupos anarquistas como tal, sino las conexiones internacionales que existieron (Francia, EE UU, Holanda, Alemania, etc.), lo que confiere una esfera internacional a la fundación de la FAI. Al mismo tiempo, eran grupos anarquistas y grupos culturales, pues había invitación a periódicos y revistas de mucha tirada e importancia en la época como *La Revista Blanca* o *Le Libertaire*.

Junto a temas más generales, en algunos de los cuales es importante detenerse, lo más importante de aquella conferencia fue que se certificó el nacimiento formal de la FAI:

> Se acuerda dar por constituida la FAI (F. A. I.) compuesta por la Unión Anarquista Portuguesa, la Federación Nacional de Grupos Anarquistas de España y la Federación de Grupos Anarquistas de Lengua Española de Francia y que no es provechoso por eso crear un nuevo comité sino que uno de los tres de estos organismos asuma temporalmente la representación de la FAI (F. A. I.); que el cargo de Comité Peninsular se traslade periódicamente de un punto a otro, entre Portugal, Francia y España, y que el Comité de Unión Anarquista Portuguesa tome ahora los comités nacionales de Francia y España[63].

Viendo los pasos previos, las coincidencias entre las distintas estructuras citadas eran evidentes y la idea de crear un organismo ibérico también.

La FAI hizo una defensa en aquella conferencia de los orígenes anarquistas del movimiento obrero, y por eso se quiso dotar desde el primer

momento del modelo de relación que iba a tener con la CNT. Su visión respecto al sindicalismo iba a ser de apoyo, y como anarquistas no creían que se pudiera conseguir una unidad sindical entre las dos centrales en España. Sin embargo, no es tan interesante la visión que pudieran tener respecto al sindicalismo, con la identificación que marcaban con el sindicalismo revolucionario, sino cómo se iban a organizar tanto la CNT como la FAI:

> Resuelve propagar ello y que los grupos, sus federaciones y el C. N inviten a la organización sindical y al Comité de la C. N. del Trabajo (C. N. T.), a la celebración de plenos o asambleas locales, comarcales o regionales de ambas organizaciones, proponiendo la organización de sindicatos en el movimiento anarquista y un enlace a la organización de grupos sin confundirse ni perder sus características, formando federaciones generales que sean la expresión de este amplio movimiento anarquista, con sus consejos generales, llamados así, integrados por representantes de los sindicatos y de los grupos, cuyo consejo se dividen en comisiones de educación, propaganda, agitación y de los demás problemas que interesan por igual a ambas organizaciones[64].

La estrategia de la FAI era dotarse de un organismo de coordinación con la CNT para la extensión y difusión de las ideas anarquistas, pero con los espacios delimitados para cada una de las organizaciones. Algo que estaba en sintonía con los acuerdos anteriores. La reivindicación del movimiento histórico del obrerismo anarquista proviene de esa idea de coordinación que desde el siglo XIX se venía dando entre las organizaciones obreras y los grupos anarquistas, ya fuese a escala local o en niveles superiores con la existencia de estructuras en ambas líneas. Hay que dejar claro que la existencia de un organismo nacional de carácter obrero tuvo una existencia más dilatada en el tiempo que un organismo específico anarquista. Pero sobre esa base, la idea de la FAI no difería en casi nada de la ya adoptada por la Alianza de la Democracia Socialista o la OARE en el siglo XIX. Pero a escalas locales, comarcales o regionales, la existencia de federaciones de grupos anarquistas sí posibilitó colaboraciones y entendimientos en organismos de coordinación entre ambos mundos, el sindical y el anarquista.

Por otra parte, y partiendo de la situación de dictadura que se vivía en España y Portugal en aquellos momentos, la FAI también abordó la cuestión relacionada con la colaboración de otras fuerzas políticas. Alejándose de los primeros acuerdos adoptados por la Federación de Grupos Anarquistas de Lengua Española, que vieron como positivos contactos con grupos políticos para derrocar a la dictadura, la FAI se mantuvo en la línea adoptada en el Congreso de Marsella de 1926, donde no se iba a mantener pacto, colaboración o inteligencia con elementos políticos[65]. Sin embargo, también aprobaba que la única inteligencia se iba a mantener con la CNT, donde los debates a la altura de 1927 iban a tratar sobre la colaboración efectiva con los

opositores a la dictadura, sobre todo republicanos y catalanistas (Vadillo Muñoz, 2019: 180-188). La FAI no iba a pactar con nadie, pero la CNT sí.

Otro elemento clave en la colaboración entre ambos organismos fue la creación de comités Pro-Presos, algo que se venía desarrollando también con anterioridad. De hecho, para la FAI fue uno de los puntos nodales de la lucha contra la dictadura[66].

Como últimos puntos a destacar en la creación de la FAI, hay que ver que acordaron también desarrollar una extensa propaganda anarquista, así como la creación de un periódico (con el tiempo, como se verá, sería *Tierra y Libertad*), una revista doctrinal y una editorial. Aunque órganos locales de la FAI proliferaron, como se verá, en el periodo republicano, también algunos grupos e integrantes de la FAI impulsaron editoriales que fueron capitales en el futuro para el anarquismo. El caso de Mauro Bajatierra y la editorial Plus Ultra fue un ejemplo de ello (Vadillo Muñoz, 2011b). Porque en realidad, la conexión que la FAI propone con la CNT tenía, sobre todo, una enorme carga de extensión de propaganda y de agitación de conciencias, siguiendo el esquema malatestiano.

Cabe destacar que el momento histórico en el que surgió la FAI era muy delicado, tanto a nivel interior de España y Portugal como a nivel exterior y de debate del anarquismo. En primer lugar, el año 1927 fue un momento de fuerte movilización del anarquismo a nivel internacional para pedir la liberación de los anarquistas italianos Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, condenados a muerte en EE UU (Ortner, 1999; Quesada, 1997; Dos Passos, 2011; Fast, 2018). En la conferencia de julio de 1927 la FAI hizo mención del caso de los anarquistas italianos junto a la solidaridad que mostraron ante las iniciativas golpistas y la represión contra el anarquismo en Portugal y Austria[67]. Sacco y Vanzetti serían ejecutados el 23 de agosto de 1927, pocas semanas después del nacimiento de la FAI.

Por otra parte, y dada la efervescencia que se vivía en aquellos años en París, donde coincidieron numerosos exilios de anarquistas, el desenlace de la Revolución rusa y el exilio de los anarquistas rusos generó un debate entre los propios protagonistas del acontecimiento. Ya hemos visto cómo anarquistas rusos como Volin se vincularon desde el inicio a proyectos como *La Revista Internacional Anarquista* de Sébastien Faure. Volin, desde los años de la Revolución rusa, había defendido un modelo anarquista muy en consonancia con el apoyado por franceses o españoles. Sin embargo, otros anarquistas rusos, como Archinov o Majnó, tuvieron visiones distintas de cómo se tenía que reestructurar el anarquismo ruso y, por extensión, el internacional, bajo

un proyecto que denominaron «Plataforma de Organización de la Unión General de Anarquistas» del grupo Dielo Trudá en el exilio. La idea de esta plataforma era crear un movimiento anarquista de carácter centralizado que estableciese un programa político que fuese común a todos y una responsabilidad colectiva a la hora de la actuación. Aunque la plataforma tuvo muy poco recorrido, sí que generó un debate de interés en el movimiento anarquista a nivel internacional, sobre todo por la respuesta ofrecida por Errico Malatesta y la defensa que la mayoría del movimiento anarquista tuvo de las organizaciones de síntesis explicadas por Faure (Vadillo Muñoz, 2017a: 285-300).

En la conferencia inaugural de la FAI, se habló del proyecto de los anarquistas rusos de Dielo Trudá, aunque no se pudo incidir en él por falta de información sobre el mismo y el compromiso que la Federación Local de Madrid adoptó de traducirlo para darlo a conocer[68], sin que se sepa si lo llegaron a hacer al final. Sin embargo, en España las ideas de la plataforma nunca tuvieron defensores, aunque con el paso del tiempo sus prácticas y formas de organización sí se vieron reflejadas en algunas estructuras.

El último acuerdo adoptado por la conferencia fue establecer el Comité de la FAI, que en un principio se pensó en Barcelona, pero que estos declinaron por darle más movilidad y por poder reestructurarse internamente, lo que llevó al acuerdo de establecerlo en Sevilla.

Había nacido, por lo tanto, la FAI como entidad que iba a unir a los grupos anarquistas de afinidad por medio de una estructura federal y estableciendo un Comité Peninsular de Relaciones junto al resto de estructuras locales, comarcales o regionales (Garner, 2016: 206). Tal como establecía Francisco Carrasquer:

> Cada grupo de la FAI pensaba y actuaba como consideraba oportuno, sin preocuparse por lo que otros pudieran pensar o decidir, ya que no había una disciplina conjunta como la que encontrabas entre las células comunistas con relación al territorio, etc. En segundo lugar, no había competencias, oportunidad o jurisdicción —aunque quizá las hubiera preferido— para imponer una línea de partido a las bases. Eran como el resto, ni más ni menos (Carrasquer, 1977).

Lo que sí iba a ser seña de identidad de la FAI sería su diversidad dependiendo de la geografía y de los grupos. Algo normal en una estructura federal donde cada grupo adoptaba los acuerdos que creía convenientes en el espacio geográfico en el que actuaban. No es casual que fuesen los grupos de Madrid los que propusieran en la conferencia que cada grupo podía «irse a la misión o actividades de su agrado, procurando por la federación la unidad de acción y la propaganda»[69].

La diversidad de la FAI estuvo reflejada también en la diversidad de sus componentes, sus fundadores y quienes la impulsaron. A aquella conferencia de Valencia asistieron militantes como Progreso Fernández, Juan Gallego Crespo, Joaquín Ferrer o Pedro Falomir. Pero también había otros de mucha raigambre dentro del movimiento anarquista: «Algunos elementos destacados de la incipiente FAI […] serían, de acuerdo con T. Cano Ruiz: Suñé, Rosquillas, José Alberola, Manuel Buenacasa, Peñacorada, Blas, Royo, Sesé, Domínguez, Gilabert, Teófilo Navarro, Berlanga, Quintanilla, Mauro Bajatierra y Melchor Rodríguez» (Gómez Casas, 2002: 128-129).

Y es interesante este elenco de nombres porque una de las acusaciones que la FAI iba a tener era la de dogmatismo u ortodoxia anarquista (Termes Ardevol, 2011: 378), cuando personajes como Bajatierra, Rodríguez o Quintanilla, entre otros, siempre fueron participes de una idea anarquista abierta, que era en realidad la naturaleza del nacimiento de la FAI.

Es evidente que la idea de la trabazón entre organismos fue algo defendido por la FAI desde el inicio, pero eso en ningún caso significó un control de la FAI sobre la CNT. Otra cuestión era la militancia activa en la CNT de integrantes de la FAI, que como obreros se sindicaban en la organización acorde a sus ideas y defenderían sus principios en los distintos organismos confederales, pero en ningún caso bajo los acuerdos preestablecidos de la organización específica del anarquismo. Además, tal como demuestra Jason Garner, la trabazón poco tenía que ver con la idea del Movimiento Obrero Anarquista (MOA) que por esas fechas defendían Diego Abad de Santillán o Emilio López Arango, en consonancia con el anarquismo argentino en el que militaban. De hecho, como dice el mismo autor: «[…] la FAI no obligó a la CNT a aceptar la trabazón. Más bien confiaba en que la trabazón se ganara el apoyo de la CNT. Sin embargo, cuando, con excepciones en algunas áreas de intereses comunes, ese apoyo no se producía, la federación no obligó a la CNT a aceptar, al menos durante los primeros años» (Garner, 2008: 64).

Pero los primeros pasos de la FAI no fueron fáciles y sus actividades se vieron reducidas debido a la represión ejercida por la dictadura. Lo mismo las actividades en el exilio, pues el Gobierno francés había iniciado una política de represión contra los distintos exilios que provocó una dispersión de las fuerzas.

La estancia del Comité Peninsular en Sevilla fue de corta duración y en poco tiempo volvió a Barcelona, integrándose en dicho comité Germinal de Souza o Miguel Jiménez Herrero.

Las relaciones entre la CNT y la FAI se fueron perfilando en los meses sucesivos. Mientras la CNT se recomponía, sus militantes participaban activamente en el exilio a través de la CGT-SR francesa, debido a la persecución que sus estructuras tenían en el país galo. En esas circunstancias, los cenetistas vieron con buenos ojos la relación con la FAI en esa trabazón que se ofrecía, sobre todo en lo concerniente a los comités Pro-Presos (Gómez Casas, 2002: 129; Elorza, 1977: 19). Aun así, la estrategia de afiliación de los anarquistas españoles a organismos obreros franceses venía desde el inicio del exilio, dado que muchos de ellos comenzaron a tener actividad laboral, y por ende sindical, en el país de residencia. Algo que nunca pasó inadvertido a las autoridades francesas[70].

Igualmente, en la creación del grupo Solidaridad, impulsado por Ángel Pestaña, se iba a desarrollar ese debate de relaciones y trabazón entre la organización sindical y la organización específica. Sin embargo, lejos de la idea legada de ruptura de sus integrantes por supuestos intentos de la FAI de controlar la CNT, lo cierto es que el grupo Solidaridad no llegó a buen puerto por las diferencias de estrategia sindical que tenían Juan Peiró y Ángel Pestaña[71] (Gómez Casas, 2002: 129-130). De hecho, siguiendo a Stuart Christie, el propio Pestaña veía con buenos ojos la trabazón: «El mismo Pestaña apoyó la trabazón cuando la Federación Local de Grupos Anarquistas de Valencia cuestionó su oportunidad. Su respuesta en nombre del Comité Nacional de la CNT parecía decir que la FAI estaba cualificada para intervenir en cuestiones “políticas”, o sea, que la CNT solo se ocupaba de las reivindicaciones económica» (Christie, 2010: 67-68).

La actividad de la FAI tuvo comicios de importancia, como los desarrollados en Barcelona en diciembre de 1927 o en Madrid en enero de 1928. En este Pleno de Madrid, donde hubo representación tanto de la FAI como de la CNT, se llegó a un acuerdo de colaboración entre ambas entidades, con la creación de un Comité Revolucionario que pudiera articular una respuesta libertaria a la dictadura:

> Considerando que, de acuerdo a la conferencia presente, aprobamos toda acción revolucionaria para la supresión de la dictadura, la delegación de Galicia propone que la FAI conserve su independencia, lo mismo que la CNT. Ambas apoyan las acciones que emprendan el Comité Revolucionario de acción que fue formado por estas organizaciones, compartiendo responsabilidades. Al regresar a una situación normal, cada organización recupera la esfera de actividad que le es propia: el Comité Revolucionario podrá entonces considerar realizada su tarea y disolverse[72] (Elorza, 2013: 130).

Este acuerdo es importante, pues incide en la idea de trabazón y en la coordinación de actividades para derrotar la dictadura. Pero al tener cada

organización su esfera e independencia de actuación, confiere que los acuerdos que la CNT adopte fuera de ese Comité Revolucionario y los puede llevar al interior de este serían también asumidos por la FAI en la colaboración entre ambos organismos. Esto matiza en la práctica lo de colaborar con otros grupos, pues la CNT tiene una estrategia de actuación con otras fuerzas, y muchos integrantes de la FAI, que son a su vez de la CNT, están participando en esas actuaciones. Además, esa normalidad a la que hace referencia el texto no deja de ser la desaparición de la dictadura y, por ende, de la monarquía. Cabe destacar también aquí la importancia del anarquismo gallego a través de figuras de primer nivel como José Villaverde. Algo que se ve corroborado con este testimonio de un delegado de la FAI en aquel pleno: «No proponemos crear una nueva organización sino conectar organizaciones que comparten las mismas ideas para la realización de actividades y la resolución de problemas comunes de las dos, formando comités o consejos generales que armonizarán y desarrollarán su relación y evitarán roces perjudiciales»[73].

Esta idea fue también escudriñada por órganos de expresión como *Prismas* en la ciudad francesa de Béziers, donde militantes de la FAI como Eusebio Magriña o Manuel Buenacasa escribieron artículos en esa línea[74]. Los años que median entre 1927 y 1929 fueron testigos de un enriquecedor debate entre las posiciones de Pestaña, de Peiró, de la trabazón, de la unión moral y de la unión de militantes, que iban a anticipando algunas cuestiones que se verían en los años republicanos. Periódicos como *¡Despertad!* o *Acción Social Obrera* fueron testigo de ello (Elorza, 2013: 131-139).

Dada la situación de dictadura en España, y la casi imposibilidad de poder desarrollar actividades en el interior, la FAI en aquellos momentos estuvo muy preocupada por el ámbito internacional y la idea de poder desarrollar una Internacional de carácter anarquista que no llegó a concretarse. En tanto que la AIT era una Internacional de carácter sindical, los anarquistas buscaban una entidad supranacional que les diera esa impronta internacionalista de la que siempre había hecho gala el anarquismo. Sin embargo, convocatorias como la del Congreso de Huizen se tornaron en fracaso (Garner, 2008: 69).

Las huelgas de oposición a la dictadura de Primo de Rivera, como las convocadas en 1928, contaron con el apoyo de la CNT y de la FAI, lo que produjo una oleada de detenciones entre los militantes de ambas organizaciones[75]. Los últimos momentos de la dictadura de Primo de Rivera y el intento de Berenguer y Aznar de salvar los muebles de la Restauración solo sirvieron para incrementar la oposición al régimen y plantear el cambio

político en España. La FAI, que había pasado una serie de crisis importantes en estos tiempos, se vio favorecida por la actividad revolucionaria que se dio en España a lo largo de 1930. También coincidió con un cambio en el Comité Peninsular, primero pasando de Andalucía a Cataluña y luego, ya residente en Barcelona, con la sustitución de José Elizalde por Juan Manuel Molina «Juanel», comenzando la reconstrucción de la específica junto a Luzbel Ruiz o Ricardo Peña. Además, faístas como Manuel Sirvent participaban como militantes de la CNT en el Comité Nacional de la organización sindical. Lo que confirió el anarquismo que se presentó a la Segunda República fue la diversidad de ideas, de principios y de organización, lo que le otorgaba la estructura de un movimiento dinámico. Y es que los debates en el anarquismo fueron fundamentales para entender su desarrollo.

Cuando se proclamó la República el 14 de abril de 1931, la FAI pasó de ser una organización ilegal a una organización tolerada pero no registrada como tal. Un nuevo tiempo se inauguraba para la organización específica del anarquismo ibérico.

CAPÍTULO 4

LOS SENDEROS DE LA REVOLUCIÓN. LA FAI DURANTE LA SEGUNDA REPÚBLICA (1931-1936)

La proclamación de la República el 14 de abril de 1931 fue considerada como la salida coherente a una oposición que se venía organizando y movilizando desde el mismo momento de la dictadura de Primo de Rivera. Si previo al golpe de Estado de septiembre de 1923, la opción republicana se barajó como una salida factible a la situación de crisis social y política que vivía el país, la opción de un «cirujano de hierro» se impuso en medio de una Europa que caminaba hacia sistemas autoritarios.

Sin embargo, siete años de dictadura y uno de imposible vuelta a la Restauración bastaron para que las tornas se volviesen en favor de una opción que era entendida de forma diversa por las distintas culturas políticas que se habían opuesto a la dictadura y a la monarquía.

La CNT, que había sido una de las organizaciones más dinámicas en la oposición en los años de la dictadura, recibió el cambio de régimen como un hecho revolucionario, del que siendo partícipe se presentaba como un agente protagonista a nivel social, económico y político (Vadillo Muñoz, 2019: 191-192). Sus medios de prensa no fueron ajenos al mismo[76].

Los años republicanos fueron intensos para el movimiento libertario, no solo por la oportunidad que se les presentaba, sino por una serie de debates internos y puestas en escena públicas que iban a conformar en apenas cinco años una configuración dinámica.

Cuando se proclamó la República en 1931, la FAI era una incipiente organización que iba a avanzar en lo sucesivo, a través de una extensión de sus grupos específicos y una mayor capacidad para llegar a distintos lugares a través de su prensa y sus actividades. Pero la República significó también para la FAI un momento donde su rol como organización vino a ser desfigurada y surgió un mito que iba a perdurar mucho en el tiempo.

La impronta de una FAI controladora y que iba a imponer una «dictadura» sobre la CNT comenzó a tomar cuerpo tanto en los debates de la época como en la historiografía posterior. Se tendió a presentar un movimiento libertario

compuesto por un núcleo sindicalista coherente frente a un sector radical y anarquista que condujo a la CNT al desastre.

Sin embargo, como comprobaremos, esta visión binaria del movimiento libertario no se sostiene. En primer lugar, porque hubo un especial interés en presentar la situación de tal forma, incluso dentro de los medios libertarios, con el objetivo de mediatizar la acción de la CNT. Y en segundo lugar, y no menos importante, porque en nombre de la FAI hablaron militantes que no tenían nada que ver con la organización específica o solo defendían una posición «moral» dentro del movimiento libertario. Si a ello le sumamos el interés que existía desde otros sectores políticos de debilitar a un rival directo, las teorías alrededor de la FAI iban tomando más cuerpo.

Sin embargo, la FAI, que había nacido en 1927 como agrupación de grupos específicos, cuyos militantes estaban casi en su totalidad afiliados a la CNT, tenía un especial interés en colaborar con el organismo sindical en estructuras compartidas, pero mayormente estaba preocupada por la extensión y difusión de las ideas libertarias y la capacitación revolucionaria. Además, hay que partir de una evidencia, pues la FAI no era un organismo unívoco, ya que su fuerza la dinamizaban los grupos. Y estos eran variados en todo el territorio y tenían diversidad de ideas. Las variables regionales y, dentro de las regionales, las variables de sus grupos, fueron las que conformaron un movimiento que tuvo mucha importancia.

Cuando se proclamó la República, la FAI era una pequeña organización de grupos, cuyo Comité Peninsular estaba encabezado por Juan Manuel Molina y Luzbel Ruiz, y cuyo órgano de expresión era *Tierra y Libertad* desde 1930. También actuaba como órgano de la específica el periódico *El Libertario*, que, aunque con una salida más intermitente, se editaba en Madrid. Los integrantes de la FAI, que la habían fundado en 1927, tuvieron diversidad de opiniones respecto a la proclamación de la República. Mientras que faístas como Mauro Bajatierra o José Elizalde habían participado en diversos movimientos conspiratorios que facilitaron el camino a la República, otros como Juan Manuel Molina eran algo más escépticos ante la llegada del nuevo régimen. Pero en ningún caso la posición de la FAI ante la proclamación de la República fue de oposición. Siguiendo el editorial de *El Luchador*, periódico anarquista que no era de la FAI, que pertenecía a la familia Montseny, pero donde muchos faístas escribieron, se definía así la llegada de esa República: «Y bien; el pueblo español tiene un gobierno republicano sin que por su advenimiento hayan hecho nada los anarquistas. Nos hemos concretado a no ponerle obstáculos; quizá hayamos llegado hasta

a verlo con satisfacción. Pero quienes nada hicieron para impedir el advenimiento de la dictadura, no tienen derecho a poner dificultades a la marcha de la República imponiéndole condición y haciéndole demandas»[77].

Sin embargo, lo que la FAI no tenía ni en abril ni en mayo de 1931 era una postura clara de qué rol iban a jugar las actuaciones de sus grupos en el nuevo marco de libertades democráticas. Lo que les quedaba claro a los militantes de la específica era que lo sucedido en España el 14 de abril de 1931 era un hecho revolucionario y que había que aprovechar ese impulso, del que los anarquistas no fueron ajenos, para intentar canalizar el desarrollo de las ideas anarquistas. El debate que se daría en el interior de las organizaciones libertarias iba a tratar sobre los tiempos políticos para esa transformación y las estrategias a adoptar.

Además, la FAI era consciente de que no todos los grupos anarquistas estaban integrados en su organización. Muchos otros grupos específicos estaban actuando fuera de la organización, por lo que una de las tareas de las que se dotaría la FAI era hacer lo más extensiva posible su estructura a estos grupos. Pero no iba a ser una tarea sencilla, ni tampoco para los grupos. Como ejemplo, en octubre de 1931 el grupo Fraternidad de Madrid, afincado en el Puente de Vallecas, escribió una carta a *El Luchador* donde hablaba de sus actividades, pero donde también decía que había pedido el ingreso en la FAI y se le había denegado por ser «demasiado nuevos en la lucha específica»[78]. La idea de la FAI como coladero de grupos irresponsables y de cariz violento no se sostiene por este y muchos otros ejemplos al respecto.

En mayo de 1931, la FAI, junto a otros grupos e individualidades, convocó una conferencia en Madrid coincidiendo con el congreso que iba a celebrar la CNT en junio en la capital de España. La idea de convocar una reunión de carácter anarquista antes de un congreso sindical no era nueva (en 1919 también se hizo), pero tampoco era una estrategia preconcebida, pues como se verá, en el congreso de mayo de 1936 no se produjo tal reunión.

Aquella convocatoria se cerró con un orden del día donde el Comité Peninsular informaría sobre la situación de la FAI una vez que se proclamó la República, diseñaría actividades como excursiones de propaganda anarquista y trataría temas como quiénes iban a conformar las comisiones organizadoras, acelerar la necesidad de edición de un periódico anarquista, la unidad en el campo anarquista o la ayuda que precisaban los anarquistas portugueses, merced a la dictadura que se impuso desde 1926 en el país vecino[79]. En uno de los puntos se abordaría cuáles iban a ser las relaciones entre la FAI y la CNT, teniendo en cuenta que el organismo anarquista siempre abogó por una

trabazón en cuestiones que les competían a ambas entidades. Aun así, y dado que el pleno era muy importante, a aquel comicio no solo estuvieron convocados los grupos de la FAI, sino que se hizo extensivo a todos los anarquistas del país, así como a las delegaciones que pudieran asistir de Portugal o Francia. De la misma forma, el formato primigenio que se le quería dar de congreso no fue posible, por lo que quedaba pendiente la posible realización de un congreso anarquista en España, que nunca llegó a realizarse.

La reunión se celebró en la redacción del periódico *El Libertario*, en la calle San Marcos de Madrid, que era la sede del conjunto del movimiento libertario en la capital de España. A aquella conferencia asistieron ciento treinta delegados, doscientos cuarenta representaciones y veintisiete adhesiones (Herrerín López, 2019: 56). Por su contenido, el Comité Peninsular puso encima de la mesa la situación de reconstrucción en la que se encontraba la FAI tras los años de la dictadura y desde su nacimiento. Por ello, para los anarquistas lo fundamental era la extensión del ideario anarquista y el desarrollo de los grupos, por lo que la propuesta de las excursiones de propaganda se tornaba fundamental. Para ello, el acuerdo del que se dotó la FAI fue que los comités organizadores estuviesen en manos de las distintas regionales y grupos locales. De la misma forma, la FAI estaba especialmente preocupada por la extensión de la propaganda antimilitarista, con lo que aprobó el ingreso en la Oficina Internacional Antimilitarista**[80]**. Un paso primero que más tarde se concretaría con el desarrollo de un periódico destinado a trasmitir esta propaganda incluso en el interior de las propias fuerzas militares: *El Soldado del Pueblo*.

En la cuestión de las relaciones con la CNT, la FAI reivindicó los orígenes anarquistas del movimiento obrero en España, por lo que su estrategia tenía que ser la de la cordialidad con el organismo sindical al mismo tiempo que animaba a sus militantes a afiliarse a la CNT y desarrollar dentro de la propia organización sindical las ideas anarquistas:

> La posición de los miembros de la FAI dentro de la CNT será la de influir desde los sindicatos para que la CNT se produzca siempre consecuentemente con sus principios apolíticos, antiautoritarios y federalistas y según los acuerdos de sus congresos y de sus estatutos.
>
> Los miembros de la FAI combatirán, *siempre desde los sindicatos*, toda desviación dentro de la CNT, evitando todo escisionismo y ejerciendo con su conducta y consecuencia una decisiva influencia moral**[81]**.

La posición de la FAI era clara y no variaba respecto a las razones de su nacimiento y las raíces históricas del movimiento obrero de cariz libertario. No estaban hablando de un control, sino de la necesidad de que los trabajadores, siendo anarquistas, se afiliaran al sindicato que les era afín y allí

desarrollar también sus principios. Además, la CNT, aunque no era una organización anarquista, estuvo fundada por los libertarios y su estructura era libertaria. No había nada que impidiese que la militancia de los anarquistas a nivel sindical fuera la CNT y siguieran defendiendo allí sus ideas. Pero aquí cabe también una consideración, pues no todos los anarquistas de la FAI militaban en la CNT. El caso paradigmático fue el de Mauro Bajatierra, que, siendo integrante del grupo madrileño Los Iguales y uno de los fundadores de la FAI en 1927, siempre militó a nivel sindical en la UGT, pues era el único sindicato en Madrid que desarrolló las estructuras societarias en el sector de la panadería. Y en los años republicanos, Bajatierra siguió manteniendo esa militancia sindical ugetista, incluso participando en periódicos de la sociedad como *¡Unión!* (Vadillo Muñoz, 2011b: 95).

En lo que concierne a la prensa, *Tierra y Libertad*, órgano de la FAI, se nutrió de un importante núcleo de militantes, periodistas y escritores, muchos de los cuales no eran faístas en el momento de su nombramiento. La idea de dar mayor cobertura al pensamiento libertario en el órgano que iba a proyectar las ideas anarquistas no era baladí, al mismo tiempo que podía dar un juego de debate interno y externo de enorme importancia. Nombres faístas como Manuel Buenacasa, Mauro Bajatierra o Tomás Cano Ruiz se unían a otros que no eran militantes de la específica pero que podían aportar ideas de interés al debate anarquista, como Federica Montseny. Además, la trascendencia de la familia Montseny-Mañé era de sobra reconocida en el mundo anarquista por las aportaciones que hicieron al campo periodístico.

La cuestión de Portugal estuvo presente durante todos los años republicanos, y se intensificó con la toma del poder de Salazar en 1932. La existencia en España de grupos anarquistas portugueses exiliados y de la FAPE fue fundamental para este hecho. Además, el ejemplo de Portugal, que pasó de una república de carácter democrático a una dictadura, ponía sobre aviso a los anarquistas españoles sobre cómo podría deteriorarse la república española, atendiendo también al contexto internacional de desarrollo del autoritarismo, totalitarismo y fascismo.

Es cierto que en aquel congreso se apartó o censuró la actuación de militantes como Manuel Sirvent o José Elizalde por haber colaborado con políticos. Sin embargo, eso no explica por qué figuras como las de Manuel Buenacasa o Mauro Bajatierra, militantes de la FAI que habían tenido también conexiones con políticos, no solo no fueron excluidos, sino que estuvieron presentes en la prensa de la FAI. Además, muchos de los más prominentes militantes de la FAI colaboraban de forma asidua con el diario

La Tierra, impulsado y dirigido por una extrema izquierda republicana que nunca negó la participación electoral.

Aunque las fuerzas en aquella conferencia no estaban muy claras, pues se estaban recomponiendo paulatinamente, sí que se comenzaban a atisbar unas diferencias regionales donde Cataluña y Levante tendrían un peso mayor frente a otras regiones donde la FAI estaba comenzando a despuntar, como Centro o Asturias.

Aquella conferencia, que se tornó fundamental para partir hacia la reorganización y expansión de la FAI, no abordó, en ningún caso, una posición común para afrontar el Congreso de la CNT que se iba a desarrollar pocos días después. De hecho, las posiciones que se plantearon en aquel congreso mostraron la diferenciación entre los militantes de la FAI, aunque han servido para la historiografía para plantear el inicio del faísmo como eje de control de la CNT.

El Congreso de la CNT no habló de la organización anarquista, sino del rol que tenía que jugar la sindical en los momentos que estaba viviendo el país. Allí se ratificaron los principios revolucionarios de la CNT, se justificó su posición respecto a la dictadura de Primo de Rivera, se dotó al sindicato de una plataforma reivindicativa y se estructuró el desarrollo de las Federaciones Nacionales de Industria (FNI). Históricamente se ha planteado la existencia de dos bloques: uno sindicalista, que defendía las posiciones posibilistas del anarcosindicalismo, y el sector faísta, que pretendía hacer virar todas estas estrategias e impuso su posición. Sin embargo, los resultados y debates de aquel congreso nos dicen lo contrario. En primer lugar, el supuesto sector faísta que se oponía a las FNI estaba compuesto, en realidad, por una suerte de militantes obreros como García Oliver o José Alberola (Casanova, 1997: 24). En el caso del primero, no era de la FAI, y el segundo, siendo de la FAI, defendió siempre con vehemencia la falta de eficacia de esas Federaciones, una vez pasado el congreso, desde las páginas de *Tierra y Libertad*[82]. Y de hecho, el propio Alberola defendía meses después que lo que pensaban los faístas como él en aquel Congreso de la CNT, haciendo referencia al pleno de la FAI anterior:

> Nadie dijo en el pleno de la FAI que se quisiera ni desease imponer el control de los anarquistas a las directivas confederales. Se dijo, sí, que los anarquistas allí presentes tenían el deber moral para con su propia conciencia e idealidad, de manifestarse intransigentes (no intolerantes) contra todo lo que en el Congreso de la CNT pudiera ser una voluntaria o inconsciente traición a los postulados tácticos y finalistas que heredó la CNT de su antecesora FRE, sección de la Primera Internacional[83].

Pero esas posiciones no son monolíticas, la elección de Ángel Pestaña como secretario general y de Juan Peiró como director de *Solidaridad Obrera* se hizo con un amplio margen, incluso en sindicatos donde se suponía una influencia faísta (Calero Delso, 2011: 38-39). Además, en los primeros meses tras el congreso y hasta la crisis que se desató por las movilizaciones en Barcelona en septiembre de 1931, la redacción de *Solidaridad Obrera* estaba compuesta por sindicalistas como Juan Peiró, Sebastián Clará o Agustín Gibanel y anarquistas militantes de la FAI como Felipe Alaiz o Tomás Cano Ruiz. Un conflicto desatado por dar cobertura a unas declaraciones del jefe superior de Policía de Barcelona ante un enfrentamiento con militantes de la CNT fue lo que llevó a la dimisión de Peiró y otros de la dirección del periódico.

La FAI, como organización, no plantó ninguna batalla en aquel congreso, y sus militantes actuaron como delegados de sus sindicatos, defendiendo los acuerdos adoptados en el mismo:

> Lo que en realidad defendieron en el congreso aquellos delegados, faístas o no, fueron los acuerdos tomados en las asambleas de los sindicatos. Las actas reflejaban luego las intervenciones de los delegados y estos debían volver a dar cuenta en asamblea a quienes les habían confiado la representación orgánica. Dada la educación sindical y societaria de aquellos hombres, era inconcebible que pudieran defender en el congreso o en cualquiera otra parte criterios personales o no representativos (Gómez Casas, 2002: 135).

Además, siguiendo al profesor Julián Casanova, análisis como el de la ineficacia que podían plantear estrategias de grupos de acción, como en el periodo del pistolerismo, unían a militantes como Ángel Pestaña o Juan Peiró con militantes de la FAI como Manuel Rivas (Casanova, 1997: 27).

Como colofón a aquel congreso, se celebró un mitin en el Teatro Fuencarral impulsado por la FAI y donde los integrantes de su Comité Peninsular, como Juan Manuel Molina o Luzbel Ruiz, hicieron una defensa de los acuerdos del Congreso de la CNT intentando dar un impulso tanto a la organización sindical como a la específica[84].

Ni orgánica ni materialmente la FAI abordó el asalto o control de la CNT. Lo que sí se produjo fue un intenso debate de estrategias, donde la FAI participó como organismo, pero, sobre todo, sus militantes como afiliados y dinamizadores de la CNT. Sin embargo, el problema que se planteó a la específica a la hora de abordar su análisis en los años republicanos fue que muchos agentes hablaron en su nombre a pesar de no existir vinculación orgánica con la misma. Ningún integrante del grupo Los Solidarios, luego Nosotros, compuesto por personalidades como Buenaventura Durruti, Francisco Ascaso o Juan García Oliver pertenecían a la FAI en 1931 aunque

hablasen en su nombre. Por eso, se ha llegado a hablar de una FAI como entidad organizativa, que es la que aquí se está trabajando, y una «Súper FAI» compuesta por personajes que no tenían ninguna vinculación ella.

Eso lleva a hacer una primera consideración, y es la de delimitar algunas estructuras. Gómez Casas habla de que el debate que se va a generar tras el Congreso de 1931 de la CNT no es entre «treintistas» y «faístas», sino entre «treintistas» y «anarquistas», pues la FAI como organización y por sus actividades no puede ser considerada el sujeto protagonista de tal debate.

EL DEBATE DEL TREINTISMO Y LA FAI

El mito del faísmo parte de este punto, con el debate que tanto anarquistas como treintistas iban a tener una vez que en agosto de 1931 una serie de militantes de la CNT firmaron el conocido como «Manifiesto de los Treinta»[85] y que pusieron a disposición de la opinión pública con su difusión en prensa.

Analizando aquel manifiesto, no deja de ser un elemento de defensa de las posiciones revolucionarias de la CNT, donde se denuncian de forma frontal las políticas económicas del Gobierno republicano por inexistentes. Presentaba la difícil situación de la clase obrera y la necesidad de una revolución que transformase la realidad. En este sentido, el diagnóstico que los Treinta hacen del momento no se diferencia en nada del análisis que se hacía desde las páginas de *Tierra y Libertad*, teniendo en cuenta las movilizaciones que se había producido en la primavera y verano de 1931, y el resultado que se había obtenido de las mismas (huelga de la Telefónica, movilizaciones en Sevilla, etc.).

Sin embargo, el Manifiesto de los Treinta apuntaba a la existencia de un enemigo interno que venía a subvertir el contenido de la CNT, lanzándola a una vía insurreccional y a un vanguardismo que nada tenían que ver con la trayectoria histórica del sindicato. Ese ímpetu o «audacia de minorías», como planteaba el manifiesto, podía tener una consecuencia clara: «Frente al concepto caótico e incoherente de la revolución que tienen los primeros se alza el ordenado, previsor y coherente de los segundos. Aquello es jugar al motín, a la algarada, a la revolución; es, en realidad, retardar la verdadera revolución»[86].

A partir de ese momento sí que se generó un conflicto abierto que en muchas ocasiones tuvo más de descalificación del que tenían en frente que de un debate de ideas coherente. Los treintistas, como se conoció a aquellos

sindicalistas que se adhirieron a los postulados del manifiesto, acusaron a la FAI de estar detrás de una campaña de control de la CNT y de impulsar al anarcosindicalismo hacia el infantilismo revolucionario. Por el contrario, en frente hubo un entorno anarquista que acusó al treintismo de «traición» a los principios libertarios y de estar en connivencia con los políticos para contemporizar las actuaciones de los trabajadores frente al capitalismo.

Si bien el conflicto fue intenso y llevó incluso a la ruptura de la CNT, este se dio a lo largo de muchos meses hasta llegar a la circunstancia de división que nadie quería. Si el manifiesto se firmó en agosto de 1931, no fue hasta la primavera de 1932 cuando los llamados sindicatos de oposición comenzaron a salir de la CNT (Calero Delso, 2011: 48).

Además, las posiciones no eran tan simples como dos grupos enfrentados y perfectamente cohesionados. En la CNT hubo militantes que siendo fuertemente sindicalistas no estuvieron de acuerdo con el Manifiesto de los Treinta, como por ejemplo Eleuterio Quintanilla o Valeriano Orobón Fernández. Dentro, incluso, de los treintistas había diferencias notables entre militantes como Juan Peiró o Ángel Pestaña, pues este último al final acabó fundado un partido político. Y entre los militantes de la FAI los hubo beligerantes con el treintismo como pudo ser Emilio Mira o José Alberola y otros más contemporizadores como Manuel Buenacasa. Por ejemplo, la Federación Regional de Grupos Anarquistas de Cataluña y la Federación Local de Grupos Anarquistas de Barcelona, emitió un comunicado en 1933 donde denunciaba a los Treinta y se les acusaba de «calumniadores», haciendo también un balance sobre la República que nos salía bien parada[87].

Igualmente, la acusación de colaboración con los políticos o el impedimento que se planteó la CNT a la hora de poder participar en los debates de las Cortes Constituyentes de la República caen también por su propio peso al analizar algunas fuentes. En primer lugar, el Congreso de la CNT de 1931 optó por el apoliticismo, pero no impidió que la CNT reclamase medidas progresivas para los trabajadores bajo su tabla reivindicativa y en su hábitat natural, como era la calle. Pero, igualmente, no solo hubo una posición favorable por parte del mundo libertario a la concesión del Estatuto de Autonomía a Cataluña, sino que desde las páginas de periódicos como *El Luchador* no se veía con malos ojos una posible constitución republicana de carácter federal, rememorando la posición de Pi i Margall, aunque veían que la República de abril de 1931 carecía de federales[88]. Bien es cierto que no era un periódico de la FAI, pero sí que tiene la catalogación de la defensa del supuesto postulado faísta.

Lo cierto fue que el cambio de tendencia en el movimiento libertario vino determinado por el entorno político, que enconó las divisiones y las visiones dispares y conllevó una escisión en la CNT que duraría hasta los prolegómenos de la Guerra Civil.

Sin embargo, el análisis de la situación creada en ese debate entre treintistas y anarquistas lo realizaron también otros militantes de renombre y que tenían una profunda tradición en el movimiento libertario. Es el caso de Manuel Buenacasa, fundador de la FAI, militante de los grupos anarquistas y uno de los anarcosindicalistas más activos. En 1933, cuando las posiciones eran realmente complicadas en el movimiento libertario y se veía una pérdida de efectivos alarmantes, Buenacasa escribió un pequeño texto que intentaba analizar y dar una solución a la crisis libertaria del primer bienio republicano: «La CNT, los "Treinta" y la FAI». Buenacasa, que había sido uno de los participantes en las conspiraciones contra la dictadura de Primo de Rivera y había estado en el núcleo fundacional de la FAI, se presentaba como una voz autorizada en el mundo libertario para opinar e intentar poner un punto de vista de acuerdo entre las partes.

La diversidad de la que se dotó la FAI la muestra a la perfección un fundador de esta como Buenacasa, y dice así para justificar su posición:

> No soy «treintista» ni «faísta» ni «centrista». Mi única ilusión es la de ser únicamente anarquista. Y para lograrlo he procurado honrar las ideas y pertenecer siempre a la organización de los libertarios.
>
> Y digo más: Pienso aún pertenecer a la FAI mientras ella exista, pero esto no hipoteca, ni mi libertad de pensamiento, ni mis amistades, ni mis opiniones, ni mi conducta particular (Buenacasa, 1933: 12).

El texto de Buenacasa es toda una crítica al momento por el que pasaba el movimiento libertario y analiza el discurso de las dos partes en conflicto. Él mismo se presenta como alguien que ha sido criticado, al que le han acusado de no ser anarquista y de optar a un modelo que nada tiene que ver con el anarquismo. Además, en esta denuncia Buenacasa advierte que fue de gran ayuda Melchor Rodríguez, integrante del grupo anarquista Los Libertos de la FAI de Madrid y, como Buenacasa, fundador de la específica.

Para Buenacasa el problema había estribado en que lo que tiene que ser una norma en el interior del anarquismo, como es el debate de tendencias y de estrategias, ha devenido en una querella donde se han impuesto la descalificación y el insulto. La categorización de «traidores» contra los treintistas fue algo usual. De hecho, un importante anarquista como Ricardo Sanz llegó a escribir un breve texto titulado «Los treinta Judas» para calificar de esa forma a los firmantes del manifiesto (Sanz, 1933). Una cuestión

criticada por Buenacasa, pues la descalificación, el insulto y la ortodoxia nunca fueron componentes de las ideas anarquistas, tomando como base unas palabras del anarquista Galo Díez: «[…] en el anarquismo no fue nunca delito de anulación el tener un criterio más moderado o más radical; ser más partidario de la cultura que de la acción, o viceversa, aunque siempre se haya discutido sobre ello…» (Buenacasa, 1933: 83).

Sin embargo, Buenacasa también observa que el treintismo ha establecido una visión del anarquismo que no deja de ser un lugar común que después haría fortuna. El término *faísta* se amoldaba a aquellos que creían en una violencia irreflexiva. Los treintistas acusaron a la FAI de acciones que no pertenecían a los grupos específicos, como las cuestiones de los atracos. A este respecto, Buenacasa determina: «Además es ridícula la proposición de que las organizaciones confederales acuerden que no se solidarizan con los atracos, por cuanto jamás, que yo sepa, ha existido, ni implícitamente siquiera, la solidaridad colectiva con tales hechos» (Buenacasa, 1933: 168). De hecho, esta cuestión sería tratada en distintos plenos de la FAI en el futuro, y se llegó a una condena expresa de estas actuaciones no por estar en conexión con las actividades libertarias.

El texto de Buenacasa viene a mostrar un punto de ecuanimidad, pues afea a las partes en conflicto determinadas cuestiones. Para Buenacasa, el treintismo había caído en un problema de personalismos, donde sus integrantes se habían agarrado a que eran los únicos que podían dirigir la CNT, haciendo de sus cargos sindicales algo unido a sus propias personas. Además, critica que hayan tenido una connivencia activa con elementos políticos del PSOE y de la Esquerra Republicana de Catalunya (ERC), determinando los tiempos de lucha obrera en función de unos acuerdos políticos. Igualmente, acusó a los treintistas de ejercer el mismo proceso del que acusaban a la FAI: controlar la CNT a través de la mediatización de los sindicatos de oposición y la fundación de la Federación Sindicalista Libertaria (FSL) (Buenacasa, 1933: 85). Sin embargo, no niega en ningún momento la capacidad que tienen como sindicalistas y su valor en el mundo libertario como fundamental. No cree, bajo ningún concepto, que los Treinta fueran unos traidores:

> Los Treinta han hecho públicos sus puntos de vista, del mismo modo que El Productor, que éramos la minoría en tiempos de la dictadura, hicimos patente los nuestros. Y, ni nuestros antagonistas creyeron que nosotros íbamos a destruir el movimiento obrero confederal, ni nosotros creímos que ellos iban a causar idéntico daño. Porque ni unos ni otros poníamos en duda la buena fe del contraopinante (Buenacasa, 1933: 38-39).

Para el supuesto faísmo, Buenacasa, como militante de la FAI, coincide en algunos de estos análisis. Considera que la República no había alcanzado las expectativas que se había marcado y que la situación de la clase obrera no era buena. Además, opina que España vivía una situación de carácter revolucionario, por lo que había que saber canalizar esos sentimientos para poder transformar la realidad. Ahora, la crítica que realizó era que esa transformación no podía ser producto de un vanguardismo revolucionario protagonizado por una serie de personajes a los que llegó incluso a negar la ideología anarquista. Esto ha llevado a sucesos como el de enero de 1933, en el que las consecuencias para el movimiento libertario fueron desastrosas:

> El faísmo ya que no el anarquismo, provoca los hechos del 8 de enero pasado en Barcelona. Se lanza a los cuatro vientos la idea de que se va a implantar el comunismo libertario; es más, en ciertas provincias se propaga el rumor de que el comunismo libertario ha triunfado ya en Cataluña. Y algunas de Levante y Andalucía se lanzan al movimiento y, a fin de secundar a los hermanos de Barcelona, se declara la huelga general revolucionaria en varias comarcas.
>
> El movimiento culmina en la horrorosa tragedia de Casas Viejas (Cádiz) (Buenacasa, 1933: 79).

Aquí la visión de Buenacasa se contravendría con la de Gómez Casas, si bien lo que el caspolino entiende como *faísmo* no tiene nada que ver con la estructura que tenía la FAI. Porque para Buenacasa, que los grupos anarquistas de la FAI hablen de la CNT no tiene ninguna implicación. De hecho, era algo que tenían que hacer, ya que lo que afectaba a un movimiento como la CNT iba a afectar a los trabajadores representados por ella. Por eso Buenacasa hizo suyas estas palabras del militante de la FAI y director del periódico *CNT* Avelino González Mallada:

> Los anarquistas de la FAI discutimos lo que afecta a la CNT en nuestra organización específica. ¿Qué mal ni que inmoralidad hay en ello? ¿Es que no ocurrió así siempre, naturalmente? ¿Es que los demás no hacen lo mismo? Atrévanse los Treinta a decir que ellos no procedieron y no proceden así. Antes preparaban los asuntos sindicales en los grupos sindicalistas «libertarios» a que pertenecen. Instemos con armas nobles y dejémonos de tartufismos (Buenacasa, 1933: 127).

No deja de ser importante que lo que está sucediendo en España haya tenido un reflejo internacional y haya generado informes y visiones de personajes que, como Alexander Schapiro o Valeriano Orobón Fernández, tenían una implicación importante en la AIT.

Buenacasa concluye de una forma un tanto sorprendente, pues estima que el problema que tienen tanto la CNT como la FAI es Barcelona. Que el Comité Nacional de la CNT y el Peninsular de la FAI estuvieran en la capital catalana marca una impronta y un modo de comportamiento. Incluso llega a afirmar que si esos comités hubieran residido en otros lugares nunca se habría

consumado una escisión. Para Buenacasa esos comités tenían que estar fuera de Cataluña y los regionales de ambos organismos establecerse en cualquier lugar distinto a Barcelona. No deja de ser algo sintomático de la variedad regional del movimiento libertario y, como veremos, del malestar que algunos grupos de la FAI tenían respecto al periódico *Tierra y Libertad*, al que, como se verá, se acusaba de no ser el órgano de toda la federación, sino de Cataluña.

Frente a todo esto Buenacasa apela a la unidad. Según el anarquista de Caspe nadie en España, llámese anarquista o no, estaría en contra de desarrollar un modelo social de justicia e igualdad. Por ello hace apelación a ese espíritu unitario:

> Yo insisto: Estoy poseído de una preocupación que jamás sentí con tan grande intensidad: la preocupación unitaria.
>
> No pretendo que se una a los libertarios y los autoritarios, porque eso es tan imposible como unir el agua con el aceite.
>
> Pretendo solamente que se unan en estrecho haz los amantes de la libertad y los trabajadores sin distinción (Buenacasa, 1933: 67).

E, igualmente, creía que tiene que cesar cualquier personalismo y el insulto, partiendo de que, si se consiguen acuerdos con aquellos que no piensan como los anarquistas, razón de más para unirse las distintas visiones del movimiento libertario:

> Lo que nadie puede desmentir es que los sindicalistas y los anarquistas españoles —salvando las excepciones contadísimas a que aludo al principio de este trabajo— colaboraron conscientemente a una revolución cuya finalidad manifiesta era la de respetar —permítaseme la palabra— la existencia del Estado y del capitalismo.
>
> Aún hay más: una inmensa mayoría de revolucionarios del campo obrero y anarquista emitieron su voto en las urnas a fin de fortificar el nuevo régimen político capitalista. […]
>
> Ahora bien: si nos consideramos honrados en colaborar a la destrucción de un régimen tiránico pensado en que el nuevo régimen no lo sea tanto —a veces resulta más tiránico—, si ayudamos sus empresas a los políticos que han de erigirse luego en nuestros nuevos amos, si colaboramos cordialmente con ellos en la etapa conspiratoria, ¿cómo se explica que en esa cordialidad desaparezcan de nuestros propios medios, de entre los que perseguimos fines idénticos y sostenemos afinidad de ideas? (Buenacasa, 1933: 153-154).

Es importante rescatar este texto de Buenacasa, teniendo en cuenta que el veterano luchador anarquista era militante tanto de la CNT como de la FAI y su opinión, compartida por otros militantes en mayor y menor medida como Orobón Fernández, Melchor Rodríguez o Eleuterio Quintanilla, marcaba una posición no tan conocida.

El mito del faísmo es un constructo de la época que en realidad poco tenía que ver con las actividades de la organización específica.

LA DIVERSIDAD DE GRUPOS Y LAS BASES DE LA TRABAZÓN EN LOS AÑOS REPUBLICANOS: LOS COMITÉS PRO-PRESOS, LOS COMITÉS DE DEFENSA CONFEDERAL Y LOS COMITÉS REVOLUCIONARIOS

La complejidad de un movimiento es lo que muchas veces ha llevado a la confusión en sus actividades y a no distinguir las estructuras que componían un enorme caleidoscopio (Casanova, 1997: 71-72). Las políticas de la trabazón que se planteó la FAI desde sus orígenes, así como la diversidad organizativa en el movimiento libertario ha llevado a confundir las actividades de los grupos anarquistas, fueran estos específicos y/o de acción. También el modelo organizativo de la CNT, con el nacimiento de las estructuras de los comités de Defensa Confederal.

Lo primero que habría que establecer es que era un grupo específico anarquista, que en definitiva era el que componía la estructura de la FAI. Los grupos anarquistas se caracterizaban por la afinidad ideológica de sus integrantes y no eran especialmente amplios. Sus actividades se centraban en la agitación de las ideas y la extensión de la propaganda, poniendo especial empeño en aquellos factores que veían más claros para vehicular mejor las ideas anarquistas. Una definición muy acertada de la FAI y de sus grupos la hizo Juan Montseny (Federico Urales) en un artículo publicado en *El Luchador*:

> La FAI puede componerse de unas cuantas agrupaciones de individuos que sostienen las ideas anarquistas constituidas en varias poblaciones de España y que tienen por objeto: unas, la publicación de periódicos; otras, la de folletos; algunas, la fundación de centros de cultura; otras, la constitución de sindicatos; aquellas, la organización de mítines y conferencias y las demás de excursiones. Estos grupos no tienen más unidad y relación que la espiritual de las ideas anarquistas en favor de las cuales laboran todos. Pero los grupos anarquistas no existen como organismos dentro de la CNT, aun pudiendo existir en espíritu por los obreros afiliados a ella que sostengan las ideas libertarias[89].

Esos grupos de afinidad, adscritos a la FAI, conformaban en muchos lugares Federaciones Locales de Grupos Anarquistas, que les permitían dinamizar actividades en diversos ámbitos. Al mismo tiempo se organizaban en federaciones comarcales y regionales, hasta construir un Comité Peninsular, que era un organismo de relaciones de correspondencia, aunque en algunos momentos históricos sí adquirió capacidad ejecutiva.

Además, la existencia de grupos específicos anarquistas se producía también fuera de la FAI, como grupos independientes que aún no habían dado el paso para ingresar en la específica, así como la existencia de otras

organizaciones del ámbito anarquista, como la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL), nacida en 1932 y que también se estructuraban en grupos específicos de afinidad ideológica (López Santamaría, 1983; Souto Kustrín, 2013). No deja de ser curioso que la existencia de la FIJL generase un debate en algunos sectores de la FAI, entre los que estaban en contra de dicha organización y los que creían que tenían que ser las juventudes de la FAI (Souto Kustrín, 2013: 50-51). Una vez más, las diversidades regionales fueron determinantes en estas posturas.

Lógicamente, la estructura del grupo específico poco tenía que ver con la estructura de un sindicato, que se basaba en las relaciones laborales, de oficio y de ramo para su organización y donde la afinidad ideológica era lo de menos frente a los intereses de clase, que afectaban a todos. Una diferencia que veía desde muy temprano un escritor que pasó del anarquismo al comunismo pero que siempre fue un referente para los revolucionarios, como fue Ramon J. Sender (Calero Delso, 2011: 37).

Frente a esta cuestión de los grupos específicos, a lo largo de la historia del anarquismo se desarrolló un modelo organizativo conocido como «grupo de acción», cuyas actividades eran muy variadas pero tenían la peculiaridad de actuar por libre, sin tener una vinculación orgánica ni a la organización sindical ni a la específica.

En los años de la Segunda República, un ejemplo de grupo de acción podría ser Los Solidarios, compuesto por personajes como Juan García Oliver, Buenaventura Durruti o Francisco Ascaso. Muchas de las actuaciones que se le achacan a la FAI en aquellos años tienen a estos grupos de acción, tuvieran nombre o no, como los verdaderos protagonistas. Siguiendo a Gómez Casas, en el primer bienio republicano, cuando se estaban delimitando los debates en el interior del movimiento libertario, el grupo Los Solidarios no pertenecía a la FAI (García Oliver, 2008: 124). El ingreso de algunos de sus militantes en el organismo específico se produjo entre 1933 y 1934. Es por ello que hablar de la opinión de la FAI en boca de García Oliver o de Durruti, en lo que se refiere por ejemplo a los sucesos del Primero de Mayo en Barcelona en 1931 con el famoso «Paso a la FAI» o a los «acuerdos unitarios» en el Congreso de la CNT en Madrid, no es lo más aproximado, pues esos militantes no pertenecían a la organización específica. De hecho, García Oliver se despacha así sobre la FAI en sus memorias cuando en una conversación dice que se planteó la entrada de Los Solidarios en la específica: «[…] De la FAI, aunque hablo mucho de ella, sé muy poco. Conozco bien a algunos de sus miembros, y por ellos sé que no llegan a media docena los

grupos que componen la federación local. No pienso afiliarme a la FAI ni como grupo ni como individualidad. Opino que debe de ser la CNT el centro de control. Para crear una mística revolucionaria ciertos símbolos como la CNT-FAI, anarcosindicalismo y banderas rojinegras se hacen indispensables» (García Oliver, 2008: 128).

Lo que sí es cierto es que, en el amplio debate que se dio en el entorno anarquista, la FAI dio palabra en sus medios (que eran diversos y trasversales) y en algunos comicios a estos grupos que, sin estar en el interior de la organización, colaboraban con ella. Sin embargo, para Gómez Casas eran este tipo de grupos los que presionaban en el interior de los sindicatos en los debates y combates que estaban entablando con sectores contrarios como los treintistas: «En realidad, en este tiempo no pertenecían a la FAI, actuaban como grupo, independiente no solo al margen de la organización específica, sino incluso por encima de ella en determinados momentos y siempre en perfecta sincronización con la CNT» (Gómez Casas, 2002: 137).

Por otra parte, no todos los grupos de acción tenían este rol, pues dentro de la diversidad había otros que tenían otras actividades. Las constantes denuncias que desde algunos sectores se hacían contra la FAI de dar cobertura, apoyar e impulsar acciones expeditivas como atracos o violencia desmedida tampoco respondían a lo que era la actividad de los grupos específicos anarquistas. Sin embargo, sirvieron como chivo expiatorio para poder actuar contra la FAI, tanto desde los sectores treintistas como, sobre todo, por parte de las autoridades. Ya vimos anteriormente cómo Buenacasa apuntaba este extremo y lo desmentía. Pero no solo fueron individualidades, sino que desde los propios periódicos se denunciaba que los adjetivos de «pistolero» y «atracador» solo servían para desvirtuar las actividades de la CNT y de la FAI. Así lo denunciaba *Solidaridad Obrera* en junio de 1933 ante las acusaciones que se vertieron desde las páginas del periódico *El Diluvio*[90], pero también los comunicados directos de la FAI[91]. Aun así, la existencia de estos grupos, sin vinculación orgánica ni con la CNT ni con la FAI, no impedía que intentasen emparentar sus acciones, aunque no fuesen decisión de los organismos obreros y anarquistas. El historiador Chris Ealham desgaja la actuación de estos grupos de la FAI y la enmarca en el conglomerado diverso del movimiento anarquista, sobre todo en Cataluña (Ealham, 2005: 233).

Además, fueron los propios grupos de la FAI, y de forma muy particular regionales como Centro o Asturias, los que mantenían la delimitación de espacios y distinguían de forma abierta lo que era un grupo de acción de un

grupo anarquista (entendido como especifico). No dejaban de marcar que había en algunos lugares donde el confusionismo había sido provocado o no se le había prestado la suficiente atención de la que debería: «Lo que ocurre particularmente en Cataluña, ocurre por un criterio poco escrupuloso en cuanto concierne a la admisión de individuos de los grupos (una cosa es el grupo de acción y otra el anarquista) y al control de sus actividades. Si esto se une a la decepción que en todo individuo poco formado tiene que provocar esa crisis moral de que antes hablamos se comprenderán fácilmente casos de deserción como el que lamentáis»[92].

Por último, cabría hablar de los llamados Grupos de Defensa Confederal, que nos sirven para introducir también las variables de la trabazón que se dio entre la CNT y la FAI en los años republicanos.

Aunque los Grupos de Defensa Confederal habían existido en otros momentos históricos, fue en los años de la República cuando se les dio una carta de naturaleza y se convirtieron en una estructura orgánica de la CNT donde participaba una representación de la FAI. Los Grupos de Defensa Confederal se iban a articular en una doble dirección. Por una parte, eran grupos que actuaban en función del modelo de actividad sindical de acción directa. Ante las negociaciones con la patronal y en la negación que la CNT les dio a los organismos de representación sindical de la República, los Grupos de Defensa Confederal actuaban como catalizadores de actividades sindicales donde no se negaba la violencia concertada como estrategia de lucha. Este modelo de actuación no era nuevo y partía de los presupuestos de la acción directa del sindicalismo revolucionario desde el siglo XIX. Ramon J. Sender en su obra *Siete domingos rojos* nos muestra de forma un poco soslayada la actividad de estos grupos en los primeros momentos de la República.

Sin embargo, la importancia que tuvieron los Grupos de Defensa Confederal se debía a que a partir de 1932 serían aprobados como una estructura subordinada a la CNT. El fracaso de la intentona revolucionaria de Alto Llobregat y la cuenca del Cardoner en enero de 1932, unido a la idea que determinados sectores del anarquismo tenían de la inminencia de un estallido revolucionario, determinó la configuración en verano de 1932 de los Grupos de Defensa Confederal como estructuras de acción directa pero también como canalizadores de una hipotética defensa armada de la revolución que se preparaba (Paz, 1996: 284-286).

La idea de esa defensa de la revolución por medio del pueblo en armas no puede confundirse con las ideas que García Oliver tenía respecto al posible

desarrollo de una fuerza paramilitar que sostuviese una lucha armada en el proceso revolucionario (Gómez Casas, 2002: 179). Los Grupos de Defensa Confederal desarrollaron estos criterios con base en la trabazón entre la CNT y la FAI, mientras que García Oliver hablaba de un magma mucho más amplio por el que tuvo conflicto con otros integrantes de su grupo, como Durruti o Ascaso, hasta el punto de ser catalogado como «anarcobolchevique». No hay que confundir el vanguardismo de García Oliver con base en su constructo histórico de la «gimnasia revolucionaria» con la estrategia de acción revolucionaria que pudiesen acordar los organismos competentes de la CNT y de la FAI.

Tal y como Alexander Schapiro informó en a la AIT cuando hizo su viaje a España, la FAI formaba parte de los comités de Defensa Confederal en representación de la específica. Esta es una de esas estructuras donde funcionó relativamente —pues habría que hacer un análisis regional— la trabazón entre la CNT y la FAI, si bien la específica siempre se mostró como un organismo a disposición de la organización sindical (Martínez Catalán, 2014: 92).

Además, Juan Gómez Casas apunta una cuestión muy importante en este aspecto. La idea de salvaguardar a la CNT de cualquier proceso contra ella hacía que la FAI se hiciese solidaria con movimientos que, aun siendo aprobados por la CNT y contasen con su simpatía, quizá no aprobaba del todo. Pero marcaban a la perfección la independencia de ambas organizaciones, tal y como se ve en el informe que el Comité Peninsular de la FAI presentó al pleno que se celebró en Madrid en octubre de 1933:

> Teniendo en cuenta, además, que el movimiento se había malogrado y toda la responsabilidad y consecuencia iban a caer sobre la CNT, organismo visible, una de nuestras primeras determinaciones al hacernos cargo del comité fue la de reivindicar el movimiento, poniendo, en parte, a salvo el organismo confederal. Y lo hicimos creyendo interpretar la opinión general de los anarquistas y la ejecutoria revolucionaria que siempre nos caracterizó. […]
>
> En los dos movimientos o huelgas nacionales que se han producido, hemos procurado estar en contacto con los comités confederales y de defensa para estar prontos a afrontar las derivaciones que ellos pudieran tomar. Asimismo, hemos tenido al corriente de nuestras actividades a las federaciones adheridas, como puede constarse con la correspondencia, circulares y manifiestos (Gómez Casas, 2002: 159).

De hecho, la estructura creada mantenía unas relaciones de correspondencia tanto con el Comité Nacional de la CNT como con el Peninsular de la FAI, lo que indicaba la delimitación de espacios y la independencia real de todos los organismos[93].

No podemos tampoco dejar pasar cuál era el rol que jugaba el militante de la FAI en la CNT. Basándose en diversos estudios, Gómez Casas habla del

caso de Marcos Alcón, que define de esta manera: «Marcos Alcón era el prototipo del individuo de la específica que se sentía cenetista antes que miembro de la FAI, como dirá Peirats en la encuesta al referirse a otros muchos. O que por ser anarquista se sentía solidario con la FAI o miembro de la misma sin pertenecer a ella. Esta es una explicación colateral que aclara una parcela de los motivos del *boom* de la FAI, en su aspecto mítico, tanto en sus lados positivos como negativos» (Gómez Casas, 2002: 147).

Lo mismo que los Grupos de Defensa Confederal fueron un elemento de la trabazón que se estableció entre la CNT y la FAI, también fueron ejemplo de ello los llamados comités Pro-Presos y los comités revolucionarios. Ya vimos en la fundación de la FAI, a través de su acta fundacional, la necesidad que planteaban los grupos que la dinamizaron de tener un permanente contacto con la CNT en la defensa de los presos. Esta necesidad era compartida por ambas organizaciones. En el entorno de la dictadura los presos gubernativos proliferaron, y no era nuevo en la historia del anarquismo el establecer estructuras de apoyo a los presos. Contando con dos organizaciones como la CNT y la FAI, la colaboración en este aspecto iba a ser necesaria.

La proclamación de la República no liquidó el problema de los presos, que a raíz de las movilizaciones y las intentonas revolucionarias, cada vez fue mayor. Como se verá más adelante, los intentos de Alto Llobregat, Cardoner o los movimientos de enero y diciembre de 1933 provocaron un gran número de presos y deportados a colonias como Villacisneros. De ello dejaron testimonio personajes de primera línea en aquel momento, como Ramón Franco (Franco, s/f).

La constitución de los comités Pro-Presos, que partía de una propuesta de la FAI, tendría representación de ambas entidades y sería uno de los organismos más estables de la trabazón. En lugares como Cataluña se desarrollaron desde muy temprano[94] y la prensa anarquista denunciaba de forma permanente los malos tratos que los presos recibían en prisión, lo que fue objeto de debate en el interior de dicho organismo. Sin embargo, la participación de la FAI en dichos comités no siempre fue fácil. En muchas ocasiones, fue la CNT la que la impulsaba y no contaba con la específica a la hora de conformarlo, por lo que los grupos de las distintas regionales pedían el ingreso en dicho comité, tal como hizo la Federación de Grupos Anarquistas de Levante en diciembre de 1931[95].

Aun así, con el paso de los meses, a lo largo de 1933 se fueron intensificado las relaciones entre los comités de Defensa y los comités Pro-

Presos, con el objetivo de poder construir un movimiento que pudiera liberar a los presos anarquistas. Así lo estableció, por ejemplo, el Pleno Regional de Grupos Anarquistas de Cataluña, donde se pretendía reforzar su relación con la CNT para conseguir dicho cometido, a propuesta de un grupo de Granollers, tras dar cuenta de las dificultades económicas que tenían estos comités: «Hace uso de la palabra Granollers el cual se extiende en consideraciones sobre la cuestión política actual terminando diciendo que debe ir a un movimiento con todas sus consecuencias para liberar a los presos y para llevar a ser posible a un eficaz termino la cuestión revolucionaria»[96].

Ciertamente, hay que considerar esta posición como una propuesta de un grupo en concreto y en un ambiente tenso, previo a la victoria electoral de la derecha y el movimiento que iban a promover los libertarios en diciembre de 1933. Aun así, el Comité Pro-Presos fue el que mejor funcionó en las relaciones entre la CNT y la FAI.

Por último, cabe destacar la relación que existió entre ambos organismos en una tercera estructura que se desarrolló en distintos ámbitos regionales, como fueron los comités revolucionarios o de Preparación Revolucionaria. Estas estructuras datan de 1932 y respondían a la idea que la FAI y algunos sectores de la CNT tenían de que se iba a producir una revolución de carácter inminente. Para canalizar ese movimiento revolucionario, los organismos se tenían que dotar de un comité que sostuviera la lucha de carácter político, mientras que los cuadros de defensa, también compartidos por ambas organizaciones, pudieran hacer una defensa armada. Los comités revolucionarios no impulsaban la revolución, sino que la preparaban, y esta volvía a ser una iniciativa de la FAI. Además, no dejaron de ser estructuras reactivas y defensivas, que nacieron al calor de algunos análisis, desarrollados desde la prensa y los órganos anarquistas, que apuntaban a un avance cada vez mayor del fascismo o un intento de regreso de la monarquía.

Estos comités fueron importantes, sobre todo, entre los años 1932 y 1934, justo tras el fracaso de Alto Llobregat y hasta el fracaso de la huelga de octubre de 1934. Un organismo que estaría solo y exclusivamente compuesto por la CNT y por la FAI, y que perdió peso e incidencia una vez que ambas organizaciones entendieron que su actuación directa contra las instituciones capitalistas no tenía capacidad de triunfo si no se pasaba por una alianza revolucionaria con los socialistas, por lo que la revolución se postergaba a más largo plazo.

Todas las regionales fueron testigos del impulso de este organismo, algunas con mayor entusiasmo que otras. Por ejemplo, la situación que se

generó en Andalucía con el movimiento golpista de Sanjurjo hizo que lo grupos andaluces albergasen esta idea con mucho entusiasmo. Por ello, desde la fecha de septiembre de 1932, los grupos anarquistas de Andalucía querían estar preparados ante cualquier eventualidad de un nuevo movimiento de similares características: «Nosotros seguimos creyendo que desde ahora hay que nombrar ese comité compuesto de compañeros de ambas organizaciones y que es este comité el que tiene que hacer todos los trabajos de preparación»[97].

El clímax de esta situación en Andalucía se alcanzó con el movimiento revolucionario del 8 de enero de 1933, que tuvo en los luctuosos sucesos de Casas Viejas casi su punto final.

Aun así, el año 1932 fue el del desarrollo de estas estructuras, pues ejemplos como el de Andalucía se repitieron también en otros lugares como la Regional Norte, donde los grupos anarquistas informaban al Comité Peninsular de su intención de desarrollar propaganda anarquista dentro de los cuarteles a través de *El Soldado del Pueblo* y poner en conexión a los militares que se quisieran sumar a un movimiento revolucionario con el Comité de Preparación Revolucionaria de la CNT y de la FAI[98].

Al igual que en Andalucía el clímax de estos organismos fue enero de 1933, en Madrid, por ejemplo, fue en octubre de 1934, donde en un informe que los integrantes de aquel Comité Revolucionario, compuesto por miembros de la Federación Local y Regional de la CNT con integrantes de la FAI y del Comité de Defensa Confederal, analizaron los sucesos de la huelga de octubre. Allí, cuando ya había un movimiento interno partidario de una alianza revolucionaria con los socialistas, muestran cómo ningún tipo de negociación llegó a buen puerto, y al final el movimiento huelguístico de octubre de 1934 fue fácilmente reprimido en la capital de España[99] (Souto Kustrín, 2004: 234-287).

La existencia de todos estos organismos de colaboración entre la FAI y la CNT muestra la independencia de actividad de ambas y la necesidad de encuentro, bien en cuestiones concretas como los presos o bien en cuestiones finalistas como posibles e hipotéticos estallidos revolucionarios. Una cuestión que ya Gómez Casas concluía de forma contundente:

> En realidad, la FAI nunca dominó la CNT, dado que con el tiempo la trabazón que funcionaba a nivel de comités Pro-Presos, comités de Defensa y comités revolucionarios establecía de hecho una simbiosis entre anarcosindicalismo y faísmo en que ambos organismos se identificaban. Con el tiempo, el binomio CNT-FAI llegaría prácticamente a ser una misma cosa para los afiliados al movimiento libertario y para el pueblo en general. Repárense que fueron cenetistas quienes construyeron la FAI. Como contrapartida, «la FAI sin la CNT no hubiera representado gran cosa» (Gómez Casas, 2002: 151).

UNA ORGANIZACIÓN CON ACERVO INTERNACIONALISTA Y TRANSNACIONAL

Una de las cuestiones fundamentales que sirve para entender el desarrollo de la FAI es su posición en la esfera internacional. Como ya se apuntó en el capítulo anterior, el nacimiento de la FAI no se puede entender sin las actividades y debates que llevó a cabo el anarquismo a nivel internacional en muchos lugares, así como a la actividad que desarrollaron en Francia o EE UU organizaciones como la Federación de Grupos Anarquistas de Lengua Española. Ya la propia estructura de la FAI rompe los cánones de las fronteras nacionales, pues se conforma como una unión de grupos españoles y portugueses, si bien la parte portuguesa tuvo una actividad más complicada en aquellos años debido a su dictadura.

Por otra parte, no fueron pocos los momentos en los que se planteó la necesidad de un congreso internacional para poder articular las actividades de los distintos grupos y las conexiones de debate que se dieron en el anarquismo del momento. Es uno de los ejes básicos del entendimiento del anarquismo, pues sin esa dimensión internacional habría sido imposible entender no solo a la FAI sino a la Alianza de la Democracia Socialista o la OARE. Las ideas de Kropotkin o Malatesta, después de su muerte, fueron relevadas en el contexto internacional por las de personajes como Souchy, Faure o Rocker. El Pleno Nacional de la FAI de enero a febrero de 1936 se marcó como meta la realización de un Congreso Anarquista Internacional[100], que nunca se llegó a realizar debido a las dificultades por las que atravesaban Europa y América en aquellos momentos, coincidiendo con el avance del fascismo y el estallido de la Guerra Civil en España.

Pero en los años republicanos, la FAI no perdió esa perspectiva internacional y transnacional. Con los criterios clásicos del anarquismo, no había revolución posible si no tenía un componente internacional. Además, en pleno proceso de autoritarización, los lazos de solidaridad entre las distintas federaciones se tornaban imprescindibles, algo que se dio en distintos contextos históricos anteriores a la existencia de la propia FAI.

La dimensión internacional de la FAI es uno de sus factores más llamativos e importantes. Los grupos anarquistas de la FAI o en contacto con la FAI, de habla española y de otros puntos que no fuesen la península ibérica, siguieron existiendo en estos momentos. La Federación de Grupos Anarquistas de Lengua Española, ubicado en Francia, siguió existiendo y mandando delegados a los distintos comicios de la FAI. A lo largo y ancho de

todo Francia existía una red de grupos anarquistas españoles integrados por anarquistas en la inmigración que nunca perdieron el contacto con el interior. El interés que estos grupos mostraban por los sucesos de España era evidente por la enorme correspondencia que generaron con el Comité Peninsular y por la solidaridad mostrada con sus compañeros en el interior.

La distribución de los grupos en Francia era un muy diversa. París, Marsella, Lyon, Béziers, etc. Sus implicaciones con el interior estaban tanto en la participación e información de actividades a través del Comité Peninsular o en prensa como en el apoyo dado a estructuras de la trabazón como los comités revolucionarios, tal como mostraba, por ejemplo, el grupo Voluntad de Lyon. Algunos de estos grupos constituyeron en 1933 un Comité de Relaciones Pro-Revolución española que proponían que la alianza revolucionaria fuese extensible no solo a la CNT, sino a grupos como el PCE, el BOC o los republicanos federales[101]. Una visión que no compartían algunos del interior, pero que marca a la perfección el giro que se estaba dando en aquellas fechas. Hay que tener en cuenta que muchos de estos militantes anarquistas españoles en Francia procedían de sus actividades durante la dictadura de Primo de Rivera, donde fueron más permeables al pacto con otros grupos políticos.

Además, aunque seguían teniendo la vinculación orgánica con la FAI, no eran ajenos a los movimientos de su entorno en Francia, y veían con buenos ojos el desarrollo de una federación anarquista francesa. Aun así, su preocupación por España los llevaba a celebrar giras de propaganda, siguiendo los acuerdos peninsulares de extensión de las ideas anarquistas. Fueron grupos que tenían muy clara su posición respecto a la CNT. Tal y como informaron en el Pleno Anarquista de Madrid de enero a febrero de 1936, la posición con la CNT tenía que ser de colaboración «siempre que se mantengan los principios que la informan»[102].

Pero las relaciones de la FAI con su entorno no solo se circunscribieron a los organismos internacionales o las relaciones con la anterior federación en Francia. La emigración española alcanzaba muchos puntos en Europa, América y África, y en cada uno de ellos surgieron estructuras grupales que defendían las ideas de la FAI. Ya se vio anteriormente cómo en el surgimiento de la FAI los debates que se dieron en EE UU o América Latina fueron tan importantes como los que se dieron en Francia.

Sin embargo, la emigración española al norte de África también desarrolló estructuras de carácter anarquista que tuvieron un contacto muy estrecho con la FAI, intentado crear un organismo que actuase como representante de la

específica en dicho lugar. Los contactos entre los grupos anarquistas españoles y Argelia datan de finales del siglo XIX, pero en esta época se intensificaron.

Así, se ha podido constatar que entre 1933 y 1936 existían grupos anarquistas en Argel, Orán, Rabat y Tánger. En Argelia existía en el Grupo Anarquista Acracia en Argel y los grupos Kropotkin, Nueva Luz, Acción Directa y Rebelión en Orán, organizados estos últimos bajo una Federación Local. En Marruecos existían los grupos Proudhon y Fraternidad en Rabat y Rebelión, Acracia y Amor y Justicia en Tánger, ambos organizados en otra Federación Local de Grupos Anarquistas. También Melilla y Alhucemas contaron con organización de grupos anarquistas.

Todos ellos tuvieron un estrecho contacto con la FAI y pretendían poder vincularse a la misma. El problema estribaba en los debates generados sobre si dichos grupos tenían que entrar en la FAI o bien formar parte de una federación anarquista francesa. La correspondencia con los grupos de la FAI de España fue copiosa y por iniciativa de estos grupos del norte de África se celebró en agosto de 1935 en Orán (Argelia) un congreso con el objetivo de crear una Federación Anarquista del Continente Africano[103].

Todos estos contactos de carácter internacional y transnacional, por la participación de españoles en el desarrollo de estos grupos anarquistas, se venían a unir las actividades que se desarrollaban en España entre españoles y portugueses exiliados.

LAS ACTIVIDADES DE LOS GRUPOS ANARQUISTAS EN EL PRIMER BIENIO (1931-1933). LA IMPOSIBLE REVOLUCIÓN SOCIAL

Como hemos visto al inicio del capítulo, con la proclamación de la República la FAI comenzó su reorganización para presentarse ante la opinión pública española como una organización dinámica y con la intención de extender la propaganda anarquista por todos los rincones del país.

Como organización específicamente anarquista, dio una lectura desde sus posiciones ideológicas al nuevo escenario al que se enfrentaba. Desde muy pronto, las páginas de periódicos como *Tierra y Libertad* o *El Libertario* o aquellos donde participaban faístas, como *El Luchador*, *La Tierra* o *Solidaridad Obrera*, se llenaron de artículos que pretendían generar debates de amplio calado.

Pero era evidente que la situación política, en la que la clase trabajadora estaba reclamando en la calle medidas más rápidas a la República y la

sensación de que estas no llegaban, iba a generar una toma de posición por parte de los grupos de la FAI en la actividad a desarrollar. Para la FAI era esencial trabajar en el camino revolucionario que se había abierto en España en abril de 1931, y para los integrantes de la específica esa revolución iba a llegar en cualquier momento. Para ese menester, desde muy pronto la federación se quería mostrar como un instrumento, pero nunca como un organismo director: «La FAI promete de todas piezas no imponerse ni coaccionar a nadie durante ni en la posrevolución. Siendo enemiga irreconciliable de toda fórmula de gobierno ni dictadura, ya sea transitoria o permanente; roja, blanca o negra, puesto que cualquiera que sea la fórmula pugnará por eternizarse en el ejercicio del poder, esclavizando en provecho de una clase la clase trabajadora y campesina, generadora del patrimonio social»[104].

Las pruebas de fuego llegaron cuando se produjeron las movilizaciones más importantes y sucesos como los de Sevilla, que iban a ir marcando el divorcio entre el anarquismo organizado y la República. Los sucesos de julio de 1931 en Sevilla, con el bombardeo sobre Casa Cornelio y la muerte de algunos sindicalistas, fueron respondidos en la prensa anarquista con contundencia, denunciando a las autoridades republicanas, acusándolas de actuar de la misma forma que la monarquía y apuntando directamente a Miguel Maura como uno de los autores de tales hechos[105]. Aunque ciertamente estas cuestiones, así como el conflicto que se desató en septiembre por una huelga en Barcelona, que acabó también con víctimas, marcaron el inicio del intenso debate y enfrentamiento entre anarquistas y treintistas, lo más llamativo fue el punto de inflexión que supuso para los grupos de la FAI en su actitud frente la República.

Sin entrar en las valoraciones que los anarquistas hacían de las medidas adoptadas por la República, lo cierto es que en el verano y otoño de 1931 la movilización obrera y campesina fue en aumento, y no necesariamente vinculada a la actividad de los libertarios. Los sucesos de Castilblanco y Arnedo, donde la presencia anarquista era residual respecto a la de los socialistas, marcaron un antes y un después. Tampoco es de extrañar que un país con los problemas estructurales que tenía España fuese testigo de una amplia movilización obrera.

El inicio de 1932 se tornó complicado no solo por los sucesos de Arnedo, sino por las movilizaciones que se dieron en Almarcha, Jeresa, Calzada de Calatrava o Puertollano. *Tierra y Libertad* denunciaba los hechos, acusando a

la Guardia Civil de tener secuestrado el país. «La nación ahogada en sangre proletaria» fue uno de los titulares de la prensa de la FAI[106].

Sin embargo, el envite más importante para los anarquistas sucedía en aquel mes de enero en Alto Llobregat y la Cuenca del Cardoner, donde en localidades como Figols y Sallent se llegó a proclamar el comunismo libertario. Aunque no se puede considerar un movimiento premeditado, sino más bien sobrevenido y desbordado (Casanova, 2011: 120-121), las autoridades de la República ejercieron una dura represión contra los insurgentes, así como la aplicación de la Ley de Defensa de la República (LDR), que condenó al confinamiento y al destierro en Villacisneros a un buen número de anarquistas.

La FAI, que reivindicó desde el primer momento el hecho, apuntaba que la CNT, si bien defendía la revolución, no estaba siendo lo suficientemente contundente a la hora de afrontar el movimiento revolucionario que se avecinaba[107]. Para la FAI, que emitió un comunicado al respecto, el tiempo de la República había caducado y había que prepararse para un estallido revolucionario: «Todos aquellos que creen que la revolución social ha sido sofocada pronto tendrán ocasión de reconocer el error que padecen. Por más trabas que se pongan a ella; por más represiones asesinas; por más que se llenen las cárceles flotantes de camaradas; por más destierros y crímenes que se comentan, la revolución seguirá en curso, el proletariado implantará un régimen de más libertad y más justicia; la revolución social es ya incontenible»[108].

Lo cierto fue que aquella confianza en un estallido revolucionario no se plasmó en un movimiento de amplio alcance. El movimiento libertario, y en particular algunos grupos de la FAI, se veía con capacidad como para derribar al régimen republicano y poder proclamar el comunismo libertario. Pero también fue cierto que, pese a la situación de crisis económica que se daba en el país, las movilizaciones más importantes tuvieron lugar en el ámbito rural y no en el urbano, a pesar de la existencia de huelgas en ambos. Por eso, aunque los anarquistas a lo largo de 1932 pusieron en práctica su idea de los comités revolucionarios, fue en un lugar como Andalucía donde se establecieron con mayor fuerza. Además, no se puede pasar por alto que fue en Sevilla donde se dio el golpe de Estado de agosto de 1932 y que tuvo una respuesta por parte de las organizaciones obreras sevillanas, incluidos los anarquistas.

Además, la incisiva crítica que los anarquistas hacían a la República bebía mucho del contexto internacional y del ejemplo de los anarquistas portugueses. Estos habían comprobado cómo un modelo republicano

democrático había sido liquidado por una conservadurización de sus fuerzas hasta acabar en un régimen similar a los del fascismo en Europa. Para la FAI, a la altura de 1932 ese era el verdadero peligro.

A pesar de ello, los puntos básicos en las reuniones de los grupos anarquistas de la FAI en todas las regionales eran la importancia de la extensión de la propaganda anarquista, poniendo en práctica el acuerdo adoptado en 1931 de las excursiones de propaganda, así como la extensión de la prensa. Si había que ir a un hecho revolucionario este solo podía ser con la CNT, y por ello el refuerzo de las estructuras de trabazón eran también fundamentales.

El clímax de esta posición frontal de la FAI frente a las instituciones republicanas se dio en el año 1933 y al calor de los sucesos de Casas Viejas. El movimiento, que estaba aprobado por la CNT (que era su verdadera impulsora) y donde entraron en actuación los organismos de la trabazón, se tornó en un auténtico fracaso. Una vez más, el movimiento revolucionario había proclamado el comunismo libertario y las autoridades y fuerzas del orden público reprimieron la actuación (Mintz, 2007; Gutiérrez Molina, 2008; Ramos, 2012; Gutiérrez Baena, 2017). Sin embargo, aquí se produjo un punto de inflexión. La brutalidad con la que se ejerció la represión dejó muy tocada a la izquierda política, pero también la CNT podía sufrir los envites de una represión a más escala que podía mermar sus fuerzas. Es por ello que, aunque el movimiento fue desigual, la FAI reivindicó lo sucedido en enero de 1933 como un ensayo suyo para proclamar el comunismo libertario[109]. De esta forma intentaba descargar de responsabilidad a una CNT que dudó en el último momento de las posibilidades de dicho movimiento.

Igualmente, estos hechos venían a unirse a la preocupación que los anarquistas tenían por el avance del fascismo en muchos lugares de Europa y que veían cómo también se acercaba a España, bien por autoritarización del Gobierno, bien por la organización de fuerzas militares y reaccionarias. Por ello, durante el año 1933 se intensificó la propaganda en el interior de los cuarteles a través del periódico *El Soldado del Pueblo* para intentar atraer a las filas revolucionarias al mayor número de gente. Desde el Comité Peninsular se remitía a las distintas regionales ejemplares de este periódico, además de dar cuenta de las simpatías que se tenía a los grupos en el interior de los cuarteles[110].

Por todas estas razones fue trascendental el Pleno Nacional de la FAI que se celebró en Madrid entre el 28 y 31 de octubre de 1933. Aquel pleno justificó la existencia de 569 grupos anarquistas en todo el país y 4839

afiliados. Asistieron todas las regionales, donde se vio que las más poderosas eran Cataluña, con unos 1400 afiliados, y Aragón-Rioja-Navarra, con unos 600. Sin embargo, se produjo la incomparecencia de la regional de Levante, que aglutinaba también a un buen número de grupos y afiliados. Algunas otras, y viendo los informes de esas mismas regionales, se veían en expansión, como Centro o Asturias-León-Palencia. Al pleno asistieron también la Federación de Grupos Anarquistas de Lengua Española y la regional portuguesa con la FAPE.

El informe de las regionales dio cuenta de la actuación de la FAI en los movimientos huelguísticos que se dieron entre 1932 y 1933, incluido el movimiento revolucionario de enero. Allí se consignó que la participación faísta en aquellos sucesos fuera a través de los comités de Defensa, base organizativa de la trabazón. Además, se aclaró que para que la CNT no sufriese un proceso de persecución se había reivindicado como propio el movimiento de enero de 1933 (Gómez Casas, 2002: 159).

En este contexto fue donde surgió la propuesta, tomando como eje lo acordado en junio de 1931, de ofrecer lo que definían como «plan, programa o síntesis» de alternativa social. Son los albores de la elaboración por Isaac Puente del concepto de «comunismo libertario», pero se verá que nunca se llegó a desarrollar para la FAI y que surgieron muchos otros proyectos al calor de esta propuesta.

Se acordó, igualmente, impulsar publicaciones como *El Soldado del Pueblo*, así como la aprobación de un órgano de expresión en Madrid que llevase como título *FAI*, ya que *El Libertario* estaba pasando por dificultades económicas.

Se volvió a recomendar a los militantes de la FAI que siguieran actuando en la CNT para influir en sentido anarquista. Sin embargo, aquí hubo un debate que mostraba las diferencias sobre esas actuaciones y sobre la relación que la FAI mantenía con la CNT, pues Aragón estimó que no era un punto fundamental y Centro consideró que en esa orientación libertaria también entraban los sindicatos que habían salido de la CNT en caso de volver al interior de esta. Donde sí se iba a fomentar la trabazón era en el Comité Pro-Presos, que en definitiva era el que mejor había funcionado[111].

Igualmente, aquel pleno se desarrolló en un periodo electoral que llevó a la derecha al poder. La FAI consideraba que las políticas de la izquierda habían descompuesto las estructuras partidistas y quería aprovechar el tirón revolucionario. En esa situación, el acuerdo de los grupos de la FAI era el siguiente:

> Los grupos anarquistas de la FAI dedicarán sus mayores esfuerzos al advenimiento de la descomposición capitalista y por lo tanto a la respuesta permanente revolucionaria contra todo intento fascista de los partidos políticos sin distinción. Los grupos se mantendrán en pie de lucha contra el fascismo nacional e internacional incubado en el loco afán de los partidos por corresponder a las exigencias definidas por el capitalismo. Todo posible desencadenamiento reaccionario debe responder al desbordamiento de todos nuestros efectivos en la revolución social[112] (Gómez Casas, 2002: 163).

Evidentemente, se hacía un llamamiento a la abstención en las elecciones del 19 de noviembre, pero también al levantamiento revolucionario ante el posible triunfo de las fuerzas de la derecha, que era una preparación previa del movimiento del 8 de diciembre de ese mismo año. Fueron cuestiones que se abordaron en el mitin que organizó la FAI en el Palacio de las Artes Decorativas de Barcelona el 16 de noviembre de 1933 y donde participaron Vicente Pérez «Combina», Francisco Ascaso, Domingo Germinal, Buenaventura Durruti, Eusebio Carbó y Antonio Gilabert[113].

Sin embargo, aquel pleno sí puso encima de la mesa una cuestión que marcaba un punto de inflexión respecto a la CNT, en conexión con lo dicho anteriormente por Aragón o Centro. No para todos la trabazón estaba en igualdad de condiciones y la FAI se veía arrastrada por las decisiones y los tiempos de la CNT: «El Comité Peninsular de la FAI afirmó que la FAI no podía estar supeditada a las decisiones de la CNT, afirmando que debía haber una igualdad de condiciones para la decisión de los comités de Defensa. Se manifestó en contra de conceder carácter ejecutivo a aquellos organismos. Estos debían actuar de acuerdo con el C. N de la CNT y con Peninsular de la FAI. La decisión para cualquier hecho revolucionario incumbía a los tres organismos[114] (Gómez Casas, 2002: 165)». Incluso algunas delegaciones, como la asturiana, llegaron a considerar que la FAI no tenía que participar en los comités de Defensa que, en definitiva, eran estructuras creadas por la CNT[115].

Un pleno que se convirtió en fundamental porque marcó un punto de inflexión o de no retorno. Por una parte, se mantuvo la idea de que España estaba al borde de una revolución y que los anarquistas estaban llamados a canalizarlo. Pero por otra se denotaba un cansancio por parte de los grupos anarquistas, supeditados a la CNT en muchas movilizaciones, y que estaban comenzando a notar las consecuencias de una estrategia que no estaba dando los resultados esperados.

La victoria de la derecha en noviembre de 1933 no vino acompañada por un análisis que habían hecho algunos anarquistas: si el socialismo se había mostrado incapaz de poder transformar la realidad desde el poder, las masas que lo acompañaban mirarían con esperanzas al anarquismo en ese camino de

la emancipación. Pero el movimiento que se desató en diciembre de 1933 fue una vez más desigual con puntos de movilización en Extremadura, Andalucía, Cataluña o León, pero con eje neurálgico en Zaragoza. El resultado no pudo ser más desalentador para los libertarios: ochenta y nueve muertos, de los cuales setenta y cinco eran revolucionarios, y ciento sesenta y cuatro heridos, ciento uno de los cuales eran de las filas libertarias (Casanova, 2011: 123-124; Escribano, 2017).

Era evidente que la idea de una revolución a la vuelta de la esquina fue una lectura errónea de las organizaciones libertarias. La estrategia de ese constructo histórico que García Oliver denominó «gimnasia revolucionaria» se había tornado en un fracaso. El anarquismo se retrajo y replanteó su estrategia.

EL CAMINO A LA ALIANZA REVOLUCIONARIA. LOS GRUPOS ANARQUISTAS DE LA FAI EN LAS VÍSPERAS DEL GOLPE DE ESTADO CONTRA LA REPÚBLICA

El balance que podía extraer el movimiento libertario tras el primer bienio republicano (y así lo hizo la CNT en su Congreso de 1936) no podía ser positivo. El movimiento que había visto nacer la República, con un sindicato fuerte y cohesionado, se había escindido. Los intentos de proclamar el comunismo libertario, aprovechando el tirón revolucionario de abril de 1931 e intentando canalizar el descontento obrero frente a los socialistas, también se había tornado en fracaso. La represión había llevado a numerosos integrantes de la CNT y de la FAI a prisión, lo que al final se tornó en un panorama de disgregación que no existía en 1931.

Aun así, ya desde antes de la última intentona de diciembre de 1933, muchos grupos de la FAI acusaban el cansancio de una estrategia poco efectiva y estaban encaminados a un replanteamiento de sus planes de acción. Además, no dejaba de ser sintomático que en Europa el avance del totalitarismo hubiera condenado al ostracismo y la represión al movimiento anarquista. En Italia llevaba ocurriendo desde 1922, pero en aquellos años se había visto cómo la llegada de Salazar al poder de Portugal en 1932, la de Adolf Hitler a la cancillería de Alemania en 1933 y la de Engelbert Dollfuss en Austria en 1934 habían ahogado en sangre al movimiento obrero, tuviese la etiqueta que tuviese.

A finales de 1933, en España se había fundado un partido de corte fascista como Falange Española, y aquello vino unido a la victoria electoral de la

CEDA, en cuyos círculos su líder, José María Gil Robles, era conocido como «El Jefe» y había asistido como observador al Congreso del Partido Nazi en Núremberg en aquel año de 1933. Las visiones que gran parte de la derecha autoritaria del momento tenían de la democracia y del camino a un Estado corporativo hicieron que el movimiento obrero se pusiese en guardia. La represión en Alemania y Austria fue demoledora y el anarquismo fue casi aniquilado en muchos lugares (Bernardini, 2020).

Aunque los grupos de la FAI no iban a renunciar a la revolución como meta final, muchos de ellos, y en conexión con algunos pensadores y estrategas del anarquismo como Orobón Fernández, establecían que el momento era el de tender la mano hacia las alianzas revolucionarias que condujesen a un nuevo escenario a medio o largo plazo. Aun así, esta fue una circunstancia que algunos grupos de la FAI tardaron en digerir, y los resultados de lo sucedido en 1934 serían definitivos.

Todavía en 1934, el Comité Peninsular de la FAI, encabezado por Juan Manuel Molina, consideraba que la única alianza revolucionaria se tenía que dar entre los trabajadores, en unión entre los mismos y marcando los ritmos de una hipotética transformación revolucionaria. Así lo decía en febrero de 1934 en *Tierra y Libertad*:

> Cuando suene la hora de la acción, sabremos ocupar nuestros puestos en la avanzada revolucionaria. Ese tan cacareado frente único quedará inmediatamente formado en la calle o donde las circunstancias aconsejen.
>
> El verdadero frente único que nosotros aceptamos es el que están realizando diariamente los trabajadores desbordando a los jefes políticos y uniéndose contra el capitalismo y el Estado en los campos, obras, talleres y fábricas[116].

Sin embargo, aquella visión de Molina no era compartida por todos los grupos de la FAI, que tuvieron que hacer frente a algunas de las acusaciones que se vertieron contra ellos en la prensa socialista en relación con dicho frente único[117]. Paulatinamente, la idea de una alianza o entendimiento con los socialistas y con otros grupos políticos de la izquierda se iba a haciendo hueco en algunas regionales. Centro y Asturias comenzaron a moverse en otros panoramas, que venían también a coincidir con un cambio de estrategia sindical. El caso de Centro es el más llamativo en aquellos primeros momentos de 1934, situado, sobre todo, en la ciudad de Madrid. Grupos como Los Libertos, encabezado por Melchor Rodríguez, adaptaron posiciones más unilaterales a la hora de poder rebajar la pena de los presos tras las movilizaciones de diciembre de 1933. Esto llevó a este anarquista madrileño a negociar con el Ministerio de Gobernación la libertad de los presos, algo que

no fue aceptado por todos los grupos de la FAI y que era la base de la polémica con el periódico juvenil socialista *Renovación*[118].

El crecimiento de la derecha hizo que esta organizase en 1934 un acto-mitin en El Escorial, que fue entendido por el movimiento obrero madrileño como un acto de provocación, lo que incentivó la movilización y el acercamiento entre los socialistas y los anarquistas que se tendría que plasmar en la convocatoria de una huelga general en la provincia[119].

Todas estas cuestiones venían a culminar en Madrid la propuesta que a finales de 1933 había realizado el grupo anarquista Los Intransigentes, donde, tras el fracaso de la intentona de diciembre de 1933, veían que la única manera de poder hacer frente al modelo capitalista y caminar a hacia una revolución pasaba por un entendimiento con los socialistas[120]. Esto provocó en los grupos de Madrid un debate intenso, que llevó incluso a la ruptura de la FAI tras el fracaso de la huelga de octubre de 1934, en la que los anarquistas no llegaron a entablar una alianza con los socialistas y tan solo pudieron articular el Comité Revolucionario que unía en trabazón a la CNT y la FAI. Un hecho similar sucedió en Asturias, donde, ante los debates de la conveniencia de ir a una alianza con el resto de las fuerzas revolucionarias, se produjo una ruptura de los grupos de la Regional Asturias-León-Palencia. Algunos grupos de la FAI se mostraron partidarios de la alianza revolucionaria (eran mayoritarios), mientras que otros fueron muy críticos con la misma, lo que llevó a una ruptura y un debilitamiento de la Regional[121]. Mientras los grupos de Gijón eran partidarios de la alianza, considerando que los partidos políticos solo eran adherentes y no integrantes, La Felguera era más vehemente y pedía la expulsión de los grupos aliancistas en la FAI[122].

Finalmente, Asturias fue a la alianza de la CNT y la FAI con los socialistas y comunistas en la huelga de octubre de 1934, con las consecuencias conocidas de la misma y la situación de descomposición en la que quedó la Regional de grupos anarquistas de la zona.

La situación de la FAI y de sus grupos a finales de 1934 era de división por la cuestión de la alianza. Aunque en todas las regionales hubo debates y distintas visiones dependiendo de los grupos, se podía decir que regionales como Asturias, Centro o Galicia eran más permeables hacía la alianza revolucionaria, mientras que Cataluña, Levante o Andalucía eran más partidarias de no pactar con los socialistas, basándose en las experiencias del pasado.

Independientemente de las circunstancias, la represión tras octubre de 1934 dejó muy mermados a los grupos de la FAI, que habían acusado el agotamiento de las actividades y se habían dividido ante diversidad de opiniones, aunque nunca abandonaron en ese tiempo sus actividades de propaganda.

El año 1935 fue para la organización específica el de la recomposición. Y esta vino acompañada de la llegada de un nuevo Comité Peninsular que, impulsado por el grupo Nervio en Cataluña, tuvo a personajes como Abad de Santillán, Pedro Herrera, Germinal de Souza Jacinto Toryho o Fidel Miró como protagonistas. Uno de los objetivos del nuevo Comité Peninsular fue el de reforzar la prensa anarquista como *Tierra y Libertad* o *Tiempos Nuevos*, dado que órganos como *El Libertario* en Madrid había dejado de salir.

Los debates suscitados debido al aliancismo y la ruptura que en muchas regionales se había dado entre grupos iban a ser el tema central en enero de 1936, cuando se atisbaban cambios en la República y el movimiento libertario en su conjunto se preparaba para la reorganización.

Si la CNT tuvo su fecha de influencia en mayo de 1936, cuando celebró su Congreso Confederal de Zaragoza, la fecha clave para la FAI fue enero de ese año. Algunas regionales celebraron plenos locales que sirvieron para reunificar a los grupos anarquistas, y a finales de ese mes se celebró un importante Pleno Nacional de Regionales de la FAI que iba a determinar la posición de la organización en el futuro revolucionario. Cabe destacar que fue el último pleno nacional que celebró la FAI antes del golpe de Estado de 1936 y el inicio de la Guerra Civil, lo que significaba que era la última vez que se iba a reunir el organismo anarquista en su totalidad en España hasta la década de 1970.

En el caso de la Federación Anarquista del Centro, se celebró un importante pleno local de grupos anarquistas el 11 de enero de 1936 donde se limaron asperezas entre los sectores aliancistas y antialiancistas. Allí se reunieron los grupos de la FAI con los que habían sido apartados de la misma, y tras un debate intenso se llegó a la conclusión del reingreso al interior de la FAI de los grupos que habían quedado fuera, la defensa de una unidad revolucionaria sobre la base obrera y no política y una condena expresa de los atracos, que nada tenían que ver con la FAI, expulsando a aquellos militantes que llevasen a cabo esa actividad ya que deshonraban a la organización. Cipriano Mera decía estas palabras como colofón al acto: «Con palabras emocionadas dice que ya por fin se llegó a una fusión de todos los grupos. Ahora que cada uno se haga responsable de todos los acuerdos tomados y los

cumplamos con alteza de miras y elevación moral»[123]. Este pleno posibilitó que los grupos Los Libertos, Productor, Acción y Silencio, Joven Rebelde, Los Intransigentes y Los Irredentos volviesen a la FAI, y con ellos personajes de primer nivel del anarquismo madrileño como Melchor Rodríguez, Celedonio Pérez o Feliciano Benito.

Otras regionales iban a seguir una línea similar, que culminaría con el Pleno Nacional de Regionales del 31 de enero y 1 de febrero de 1936 en Madrid. A aquel pleno asistieron delegaciones de las Federaciones Regionales de Grupos Anarquistas de Cataluña, Andalucía-Extremadura, Aragón-Rioja-Navarra, Levante, Centro, Asturias-León-Palencia, así como el Comité Peninsular de la FAI, la FAPE, la dirección de *Tierra y Libertad,* la Federación de Grupos Anarquistas de Lengua Española en Francia, así como representaciones de la Juventudes Libertarias o del Comité Nacional de Defensa[124].

Ya los informes de las regionales en aquel pleno mostraban la situación en la que habían quedado los grupos tras octubre de 1934 y cómo habían logrado ir recomponiendo las federaciones, siendo casos paradigmáticos Centro y Asturias-León-Palencia[125]. Lo que sí dejaba claro el Comité Peninsular es que la unión de los distintos grupos era fundamental y que las diferencias, a pesar de existir, tendrían que ser una fortaleza de los grupos y uno un punto de debilidad[126].

El pleno fue el típico de una reorganización. Optimizar los recursos económicos con un sistema de cuotas que pudiera mantener las estructuras federativas, así como un mejor desarrollo de la prensa anarquista con *Tierra y Libertad*. Una de las diferencias que hicieron marcar algunas regionales como Aragón-La Rioja-Navarra era establecer si el periódico era el portavoz de toda la organización o solo de los grupos de Cataluña, lo que mostraba un malestar por parte de algunos grupos del resto del territorio. Era evidente que *Tierra y Libertad* respondía en muchas ocasiones al criterio de algunos de los grupos de la FAI de Cataluña, algo que no solo hizo notar Aragón, sino también Centro. Por ello, el acuerdo que se adoptó respecto al periódico fue el siguiente: «Que *Tierra y Libertad* sea órgano oficial de la FAI y que el Comité Peninsular sea el responsable ante las regionales de la orientación doctrinal de *Tierra y Libertad*, *Tiempos Nuevos* y sus ediciones y el que responda ante las mismas de su marcha administrativa»[127]. Por su parte, se pedía mayor implicación y colaboración de los grupos en el periódico. Igualmente, el pleno acordó reforzar la prensa clandestina, refiriéndose con ellos a periódicos como *El Soldado del Pueblo*.

Sin embargo, aquel pleno se tornó en fundamental y premonitorio de lo que iba a suceder en el país en los meses sucesivos. Un punto intensamente debatido por los grupos anarquistas fue el peligro fascista, algo que la prensa libertaria venía denunciando desde 1933 (Vadillo Muñoz, 2016: 1-22). Todas las regionales coincidían en la importancia del hecho y de que había que estar organizados en caso de golpe de Estado o de ofensiva del fascismo en España. Una vez más el ejemplo de Europa planeaba, y los anarquistas españoles no querían acabar como sus homólogos italianos, alemanes o austriacos.

La FAI coincidía en que el movimiento reaccionario avanzaba en España y que era de extrema necesidad poder organizarse de forma efectiva ante la eventualidad de dicha circunstancia. Por ello era necesaria una preparación revolucionaria que debía tener, como ejes básicos, estas cuestiones:

- Alianza de los sindicatos obreros, al margen de los partidos políticos.
- Ruptura con las opciones de carácter democrático.
- Frente a la reacción, revolución con el control de los medios de producción.
- Acción mancomunada de las centrales sindicales anticapitalistas (CNT y UGT).
- Implantación de un régimen basado en el trabajo y contra la explotación del hombre por el hombre. Libre ensayo de distintas iniciativas.
- Defensa de la revolución en manos del pueblo en armas, de los trabajadores armados.
- Lucha internacional contra el fascismo[128].

En este caso, es fundamental ver cómo la acción de resistencia, a través de grupos armados que se enfrentasen al golpe, organizados por barrios, era un calco de la estructura miliciana que se enfrentó a los golpistas en julio de 1936. Una propuesta que emanaba de Cataluña, pero que hizo coincidir a todas las regionales. Y un hecho importante a remarcar es que esta fuerza era de resistencia y nunca vanguardista, intentado convencer también de la deserción o la rebeldía a los soldados en los cuarteles para que no obedeciesen a sus mandos. La FAI no estaba preparando una revolución, aunque la tuviera en la perspectiva futura, sino una resistencia contra un hipotético golpe de Estado u ofensiva de las fuerzas fascistas y reaccionarias. Además, sí eran conscientes de que esa situación podía generar un proceso revolucionario, pero este no debía ser cerrado, sino abierto a todas las concepciones revolucionarias.

La idea de unión con otros agentes a través de la CNT no dejaba de ser un trasunto de lo que defendía ya la sindical. A nivel de organización defensiva era el anticipo de las milicias y la idea de la diversidad revolucionaria lo que anticipaba las concepciones del control obrero o de las colectivizaciones que se verían durante la Guerra Civil. Además, esa diversidad tenía mucho que ver con la enorme cantidad de proyectos revolucionarios que se desarrollaron desde el anarquismo en la década de 1930 y que veremos en el siguiente epígrafe.

Aquel pleno se celebró apenas quince días antes de las elecciones. La FAI se ratificó en su posición antiparlamentaria y antielectoral de cara a los comicios del 16 de febrero. Lo cierto es que desde las páginas de *Tierra y Libertad* no se realizó una campaña abstencionista y los militantes de la FAI estaban divididos sobre lo que hacer en aquellos comicios: «De cualquier modo hubo una cierta indecisión. Algunos predicaban el abstencionismo radical de siempre, considerando que una victoria de Gil Robles obligaría a los socialistas a radicalizarse y a acelerar el proceso revolucionario. Otros, en cambio, consideraban que tal posición imposibilitaría la alianza revolucionaria, por la que pasaba la posibilidad de hacer triunfar la revolución» (Gómez Casas, 2002: 176).

Cabe destacar, por último, que en aquel pleno se planteó la necesidad de convocatoria de un congreso anarquista de carácter nacional, que nunca llegó a celebrarse. Algunas regionales, como Asturias, querían hacerlo coincidir con el de la CNT, pero Andalucía se opuso por mantener una completa independencia de ambos organismos[129].

Las elecciones dieron una victoria al Frente Popular, y la participación de los anarquistas en los comicios fue indudable en algunos lugares. El propio Durruti lo dejó caer en marzo de 1936[130]. Además, los anarquistas estaban dispuestos a ir a la huelga general en caso de golpe de Estado, pues los ruidos de sables por la victoria de la izquierda eran evidentes[131]. Aunque la FAI no lo sabía, sospechaba de esa conspiración contra la República, algo que se venía produciendo desde el propio año 1931 pero que fue más evidente desde 1933 (Viñas, 2019).

En los meses sucesivos, mientras la FAI hacía llamamientos a la integración del mayor número de grupos específicos[132] y eso iba generando un mayor fortalecimiento de las estructuras anarquistas, también se hacían constantes advertencias al ascenso del fascismo y al peligro de un golpe de Estado[133]. Además, a pesar de la victoria de las izquierdas y la conformación de un nuevo gobierno reformista, la prensa de la FAI no dejó de denunciar el

incumplimiento de medidas y la actitud de represión que se llevó en lugares como Yeste en junio de 1936[134].

Durante el Congreso Confederal de Zaragoza de mayo de 1936 no hubo ningún pleno de la FAI, pero la CNT también mostró la idea unificadora que ya habían marcado los grupos anarquistas desde el inicio del año. Aquel Congreso de Zaragoza, con los acuerdos adoptados de unidad sindical con los sindicatos de oposición, que se reintegraban en la CNT, y la propuesta de una alianza revolucionaria con la UGT, hacía que la CNT se convirtiese en una organización nuevamente unida.

La trabazón sí que siguió siendo objeto de desarrollo, y más teniendo en cuenta los análisis que tanto la CNT como la FAI realizaban de un hipotético golpe de Estado. Era evidente que se iban a reforzar estructuras como los comités de Defensa Confederal, donde participaban ambas fuerzas, y así lo plasmó dicho Comité en una de las últimas circulares que emitió antes del golpe[135]. A pesar de que nadie sabía el día exacto de la sublevación, el movimiento anarquista llevaba tiempo organizándose contra esta eventualidad.

LOS PROYECTOS SOCIALES DE FUTURO

Lo que sucedió a partir de julio de 1936 en diversos lugares de la retaguardia republicana con una reorganización de la sociedad con base en un control obrero y un protagonismo de los sindicatos no podría explicarse sin los antecedentes que generaron tal circunstancia.

Durante décadas, la clase obrera no solo se había formado en las luchas societarias por mejorar sus condiciones materiales, sino que se había capacitado para poder hacerse cargo de los medios de producción y consumo. En esta labor, el anarquismo tuvo una importancia capital, en tanto en cuanto el modelo revolucionario que proponían se movía entre esas mejoras inmediatas y unas finalidades que tenían al socialismo como base económica.

Sin embargo, a diferencia de los socialistas o de los comunistas, los proyectos libertarios no eran programas cerrados donde tenían que encajar todos los resortes de la sociedad, sino visiones abiertas para su desarrollo. Las alternativas sociales y económicas en las que se fundamentaban los anarquistas hay que rastrearlas en el siglo XIX, desde el mutualismo de Proudhon hasta el comunismo de Kropotkin, pasando por el colectivismo de Bakunin. Si bien estas visiones fueron pasando por distintos estadios, en el siglo XX fue el comunismo libertario de Kropotkin y Malatesta el que mejor

se adaptó a las finalidades tanto de las estructuras sindicales como de las específicas.

La CNT, en el contexto revolucionario desatado con el triunfo bolchevique en Rusia, mostró en su Congreso Confederal de 1919 su aprobación hacia la finalidad del comunismo libertario. Sin embargo, la definición de este o la explicación al entorno español no se produjo hasta la década de 1930. Si bien se defendía el concepto del comunismo libertario tal como Kropotkin o Malatesta lo hacían, nadie había desarrollado el modelo de una sociedad futura y su organigrama hasta ese momento.

Coincidiendo con el momento álgido en las organizaciones libertarias de deseos de transformación revolucionaria que se dio en el primer bienio republicano, y con la mentalidad que tenían de inmediata victoria, comenzó a surgir la necesidad de definir un horizonte futuro de estructura social que sirviese como guía o como ejemplo, pero no como un programa revolucionario o una proclama insurreccional. Aunque la historia remarca mucho la aprobación del concepto confederal del comunismo libertario en el Congreso de la CNT de Zaragoza de mayo de 1936, el proyecto estaba desarrollado con anterioridad. Y de hecho no podemos hablar de un solo proyecto, sino de muchos proyectos que proliferaron en la época.

Curiosamente, esos proyectos surgieron de forma mayoritaria entre integrantes de la FAI y el entorno anarquista a la organización específica de grupos. El Pleno Nacional de Regionales de la FAI de octubre de 1933 aprobó la necesidad de definir un modelo anarquista bajo las siguientes premisas:

- Contradicciones y consecuencias funestas del sistema capitalista.
- Principios en los que se fundamentan las ideas anarquistas.
- Significación del Comunismo Libertario:

  a) Como se realizará en sus menores detalles la producción, la distribución y el consumo.

  b) Su desarrollo en la ciudad y el campo y con arreglo a las características de cada pueblo.
- ¿Cómo asegurar el desenvolvimiento normal de la sociedad libertaria sin caer en las prácticas autoritarias?

  a) Defensa interior y exterior de la revolución.

  b) Relaciones Internacionales**[136]** (Gómez Casas, 2002: 163-164).

Aquel pleno conformó una comisión que debería redactar tales puntos compuesta por Eusebio Carbó, Isaac Puente, Higinio Noja y José María Martínez. Sin embargo, esta cuestión nunca llegó a desarrollarse, aunque

Isaac Puente tomó el testigo y redactó el concepto del comunismo libertario en 1933.

Puente partió de la premisa clásica del comunismo: «De cada uno según sus fuerzas, a cada cual según sus necesidades». Y a partir del mismo diseñó un hipotético modelo de sociedad futura. Definía de la siguiente forma el comunismo libertario: «El comunismo libertario es la organización de la sociedad sin Estado y sin propiedad. Para esto no hay necesidad de inventar nada ni de crear ningún organismo nuevo. Los núcleos de organización, alrededor de los cuales se organizará la vida económica futura, ya están presentes en la sociedad actual: son el sindicato y el municipio libre» (Puente, 2009: 24).

Tras un análisis de los prejuicios que existen alrededor del comunismo libertario y de la situación de desigualdad de la sociedad del momento, Puente realiza un cuadro comparativo entre una sociedad dirigida por el Estado y una dirigida por la organización sindical como base de la estructura de producción (Puente, 2009: 33-35). Un estudio pormenorizado que le lleva a justificar la necesidad y posibilidad de desarrollo de una sociedad antiautoritaria de abajo hacia arriba, así como su desarrollo tanto en el ámbito agrario como en el urbano e industrial (Puente, 2009: 43-46). Además, todo ello acompañado de gráficos explicativos de cómo se debería organizar la sociedad. Este concepto tan estructurado es el que, básicamente, aprobó la CNT en mayo de 1936.

Sin embargo, Isaac Puente no fue el único militante de la FAI que desarrolló y justificó la alternativa social del comunismo libertario. El anarquista madrileño Mauro Bajatierra publicó en su editorial Plus-Ultra el librito: *Hacia una República social (comunismo libertario). Folleto de orientación revolucionaria*. En el texto, Bajatierra hizo un análisis de lo que venía sucediendo en el primer bienio republicano y cómo las medidas adoptadas por la República se mostraban insuficientes para la clase obrera. Poniendo ejemplos históricos, tanto inmediatos como más pretéritos, el panadero anarquista sacaba la conclusión que los medios de producción y consumo tenían que ser ocupados y controlados por los trabajadores, lo que él denominaba la república social, que no era otra cosa que el comunismo libertario. De hecho, la utilización del concepto de *república* fue común en el anarquismo desde Proudhon, no como una forma de Estado pero sí como una organización social. Concluye Bajatierra con un ánimo revolucionario: «[…] El explotador robó a nuestro esfuerzo la mayor parte amparado por la violencia del Estado capitalista y se nos atracó como pudiera hacerlo un bandido en un monte con un caminante desarmado, y nosotros, sin escrúpulos

de conciencia por convencimiento de que hacemos una obra de justicia, por labor humana hemos de acabar con todo eso poniéndonos en el lugar que por derecho nos corresponde» (Bajatierra, s/f: 23).

Bajatierra y Puente coincidían en las finalidades y el medio del sindicato como base de orientación y reconstrucción económica. Una línea similar en lo que respecta a los sindicatos, pero no tan definitoria en el aspecto ideológico, la marcaron las propuestas de Juan Peiró, basándose también en las ideas de Pierre Besnard, que mantenían el ver a los sindicatos como la base de la construcción social del futuro.

De la misma forma, Horacio Martínez Prieto escribió también en 1933 un folleto de enorme interés titulado *Anarcosindicalismo. Cómo afianzaremos la revolución*, en el que, partiendo de la experiencia que había vivido en su viaje a la URSS, desarrolló un modelo de sociedad futura donde la CNT sería la protagonista. El caso de Prieto es distinto, ya que él no es del entorno de la FAI, pero nos sirve para comprobar cómo el concepto de sociedad futura era algo que preocupaba en los entornos anarquistas. Para Prieto, la base de la sociedad libertaria futura serían los sindicatos, alejando al movimiento del proyecto de la URSS e instando a que la CNT supiese leer las circunstancias del momento para adaptar su modelo (Martínez Lorenzo, 2015).

Aunque todos estos ejemplos (hay algunos más) defendían las necesidades de unas pautas de actuación, también hubo anarquistas que participaron en los debates del entorno de la FAI que no querían ninguna estructura revolucionaria que determinase a los organismos y, mucho menos, un programa revolucionario. Personajes en torno a *La Revista Blanca* como Juan Gallego Crespo, Gonzalo Vidal o, en un principio, Federica Montseny, estaban en esa línea. Así lo defendía Federica Montseny en 1931:

> Del anarquismo, ideal sin límite, ideal que abre al hombre las puertas del mañana infinitamente, ideal que no se cierra dentro de una tabla de reivindicaciones, puede definirse así: Es un ideal que dice al hombre: Eres libre. Por el solo hecho de ser hombre, nadie tiene derecho a extender la mano sobre ti. […] Pon la tierra, patrimonio de todos los hombres en las manos de todos los hombres. La propiedad, robo efectuado por los fuertes y brutales de una época, en prejuicio de los más débiles […]. Todo es de todos[137].

También en el entorno de *La Revista Blanca* estuvieron las posiciones de Juan Montseny (Federico Urales). Si bien compartía la idea de ausencia de cualquier programa, organismo o estructura para el futuro revolucionario, escribió en 1932 un pequeño e interesante texto con el título *Los municipios libres ante las puertas de la anarquía*. Tomando ese entusiasmo revolucionario de la época, Urales intenta dar una definición al municipio libre y su funcionamiento, pero de una manera un tanto vaga: «¿Cómo

funcionaría el municipio libre y dueño, en común, de su riqueza? Lo mismo que ahora funcionan los municipios, solo que, entonces, sus habitantes trabajarán para todos los vecinos y el producto del trabajo para todos será también» (Urales, 2019: 41).

No podemos decir, sin embargo, que el concepto que desarrolló Isaac Puente fuese ajeno a las consideraciones que un poco antes había realizado Federico Urales.

Cabe destacar una última aportación, que fue la de Diego Abad de Santillán. Este anarquista leonés, con enorme influencia durante los años republicanos en la FAI a través del grupo Nervio, comenzó su pensamiento anarquista en la línea de no defender ningún organismo económico de la revolución. Influenciado por el modelo argentino, del que fue uno de los protagonistas junto a Emilio López Arango, su llegada a España le hizo paulatinamente cambiar de posición al respecto.

Al final, Abad de Santillán se convirtió en uno de los máximos defensores del organismo económico de la revolución, tal como expuso en las páginas de *Tierra y Libertad* a lo largo de 1934. Abad de Santillán estableció un modelo revolucionario, que iba desde la organización del trabajo, a través de los consejos de fábricas que gestionaban la economía**[138]**, hasta todo un complejo sistema de consejos de ramo, de producción, de transportes**[139]**, etc. Aunque no se quedaba Abad de Santillán solo en las cuestiones económicas, sino que esos organismos tendrían también dimensión social y política como, por ejemplo, consejos de vivienda**[140]**. Unos artículos que ya en 1936 fueron la base para un libro con el título *El Organismo económico de la revolución. Cómo vivimos y cómo podríamos vivir en España*, donde de forma más pormenorizada nos muestra sus conceptos de la organización social y culmina una evolución ideológica dentro del propio anarquismo (Abad de Santillán, 1936).

Cuando el 18 de julio de 1936 se dio el golpe de Estado contra la República española y en numerosos lugares las organizaciones obreras tomaron la dirección económica, tenían bases suficientes para estructurar esa reconstrucción.

CAPÍTULO 5

LA FAI EN LA GUERRA Y LA REVOLUCIÓN. CAMBIO DE ESTRUCTURA Y PARADIGMA

A partir del 18 de julio de 1936, la situación en España dio un vuelco de 180°. La conspiración monárquica, militar y fascista que se venía fraguando en España desde hacía unos meses eclosionó con el golpe de Estado que una parte del ejército promovió con el apoyo de algunos grupos políticos de la derecha y la ultraderecha.

Aunque los medios libertarios (y otros) venían advirtiendo en las semanas precedentes de que se preparaba un movimiento militar, este no logró atajarse. Sin embargo, aquel golpe, que tenía como objetivo tumbar el gobierno del Frente Popular y como misión más profunda la propia República (Aróstegui Sánchez, 2006: 30), significó un cambio de paradigma en toda la izquierda y, en particular, en el anarquismo.

La CNT y la FAI, que hasta ese momento habían actuado en sus áreas de influencia, la sindical y la social, vieron que su rol cambió de forma radical, pues en muchos lugares el peso de la resistencia contra el golpe de Estado y sus consecuencias lo llevaron ellos. La CNT ya no iba a ser un sindicato de resistencia al capital, sino que la base de su estructura sirvió para la reorganización social de la retaguardia republicana en el ámbito político y económico. Pero la FAI tampoco fue a la zaga y su estructura federal de grupos anarquistas de afinidad se vio desbordada por la nueva situación.

Si durante los años de la Segunda República la FAI, como vimos, se vio mediatizada por la CNT en muchos de sus debates, con el estallido de la Guerra Civil la sumisión de funciones de la organización específica del anarquismo a la estructura sindical fue total. El binomio CNT-FAI llenó las calles y plazas de casi todos los puntos de la zona leal a la República y la trabazón de la que siempre había hecho gala y defensa la FAI fue sobrepasada. Como afirmó Gómez Casas: «[…] el binomio CNT-FAI, que durante mucho tiempo ya no aparecerían como entidades separadas sino como dos aspectos de una misma e indisoluble realidad. A partir del triunfo sobre los militares, decimos, la CNT-FAI fue un símbolo unitario de una situación

revolucionaria dada. […] la absorción casi total de la FAI por la CNT, al menos durante cierto tiempo» (Gómez Casas, 2002: 219).

Por lo que se desprende de los documentos y prensa anarquista del momento, la situación no fue sobrevenida, pero el anarquismo, de irregular implantación en España, tenía cuestiones que había dejado en el tintero en sus distintos comicios y plenos. Aunque los libertarios, ya estuvieran en la FAI o en la CNT, habían hablado y acordado las formas de resistencia ante un posible golpe de Estado y las estructuras revolucionarias ante el futuro de España, nadie había hablado de la correlación de fuerzas con el resto de organismos que también se opondrían al golpe pero que no eran anarquistas. Y esta cuestión simple sería determinante para los libertarios ante su posición en la guerra y en las transformaciones que se dieron, algo que tuvieron presente en la época. En 1937, en una conferencia que Federica Montseny dio junto a Miguel González Inestal, integrante de la FAI en Madrid, hablaba de esa correlación de fuerzas para justificar la política colaboracionista que se desarrolló:

> Surgió la revolución en España como reacción del pueblo contra el fascismo. Intervino como factor determinante la fuerza y la experiencia revolucionaria de la FAI y de la CNT. Pero junto a nosotros intervinieron otros sectores políticos incluso mayoritarios en otras regiones. Se nos impuso, por lo tanto, la necesidad de mantener el *statu quo* con todas esas fuerzas. Teóricamente hemos de renunciar al totalitarismo, al llegar a esto nuestra posición se hizo más difícil porque ya no se trata solamente de la contradicción interna con nuestras ideas, principios, con cuanto hemos venido diciendo durante cincuenta años, se trata ya de un arte equilibrista que nos permita mantener, afianzar, intensificar, solidificar nuestras conquistas, ir por etapas a la realización de nuestras ideas, y no chocar con los demás principios y con las demás fuerzas[141].

Según los planes de los golpistas en julio de 1936, el pueblo iba a tener una resistencia contra el golpe de Estado, por lo que las instrucciones del general Mola eran claras a la hora de utilizar el máximo de violencia contra sus enemigos. Al mismo tiempo, los contratos y contactos entre los grupos monárquicos y la extrema derecha con la Italia fascista para la compra de armamento se hicieron con la idea de mantener una Guerra Civil que, aunque preveían corta, iba a ser intensa (Viñas, 2013: 79-181, 2019). No se equivocaron los golpistas, y en lo que al movimiento libertario respecta la resistencia al golpe se produjo desde el principio. A pesar de ello, la resistencia significó una enorme contribución de sangre por parte del anarquismo, que vio cómo en los primeros días perdía plazas claves como Zaragoza, Sevilla o Cádiz, y muchos militantes como Francisco Ascaso (Palacio Pilacés y García Francés, 2017: 427-428), entre otros.

Sea como fuere, lo cierto es que en realidad el golpe de Estado fracasó. Y tal como habían previsto algunos golpistas, aunque no fuese corta, se desató

una Guerra Civil. La CNT y la FAI fueron protagonistas de aquel fracaso y muy rápido se vieron en la tesitura de tener que tomar decisiones de importancia.

Comenzaba una nueva etapa de la FAI, la Federación Anarquista en la Guerra Civil, que iba a cambiar completamente su fisionomía social y política. Una organización que entre 1936 y 1938 confundió su propia actividad, en muchos aspectos, con la CNT, pero que al final de la guerra dejó notar las bases de una separación entre organismos en lo que fue un claro intento de recuperación de autonomía de la FAI respecto a la CNT.

LAS BASES DE LA COLABORACIÓN ORGANIZATIVA

Que las organizaciones libertarias tuvieron un papel protagonista en el fracaso del golpe de Estado es una evidencia, así como que en algunos lugares su posición fue hegemónica, como en Cataluña, aunque en otros, como la zona Centro, no tuvo tanta importancia. Eso llevó a la CNT-FAI a establecer un mecanismo de colaboración con el resto de las fuerzas antifascistas con el objetivo prioritario de acabar con los golpistas. Si la CNT tuvo como defensores de esta política de colaboración a personajes como Horacio Martínez Prieto o Mariano Rodríguez Vázquez, en la FAI fueron Diego Abad de Santillán o Antonio García Birlán los más entusiastas de esta tendencia.

Esto llevó a la constitución en julio de 1936 del Comité Central de Milicias Antifascistas, compuesto por todos los partidos políticos y sindicatos de izquierdas, donde los libertarios hicieron concesiones al resto de fuerzas, equiparando incluso posiciones que en realidad estaban en minoría. CNT, 3; UGT, 3; FAI, 2; PSUC, 1; POUM, 1; ERC, 1; UR, 1 y AC, 1**[142]**. Los delegados de la FAI fueron Aurelio Fernández y Diego Abad de Santillán. También hubo representantes faístas en el Comité Central de Abastecimientos, en las personas de Juan Manuel Molina y Villar. Investigación estaba en manos de Aurelio Fernández, que dirigía las patrullas de control. En Economía los delegados eran Antonio García Birlán y Diego Abad de Santillán.

Sin embargo, había que tener en cuenta el resto del territorio, pues casi siempre se hace una lectura desde la posición catalana de estos acontecimientos. En Valencia, la CNT pasó a formar parte de un Comité Ejecutivo Popular una vez que el golpe de Estado fue sofocado. Y en Madrid, los organismos libertarios (la CNT, la FAI, las Juventudes Libertarias y los comités de Defensa) crearon comités locales y de barrio, compuestos por

cinco miembros que mantuvieron el orden contra el golpe de Estado en numerosos puntos de interior de la capital y de pueblos limítrofes. Pero en el caso de Madrid como en el de Asturias, por poner dos ejemplos, los libertarios no eran el grupo mayoritario y pronto tuvieron que sentarse con el resto de las fuerzas políticas. Además, centros importantes del anarquismo habían quedado bajo control golpista, lo que dificultó la actuación conjunta de los anarquistas.

Esta idea de la necesidad de liberar las zonas en manos de los golpistas fue la principal preocupación de los libertarios en los primeros momentos. Por eso, las primeras disposiciones del Comité Central de Milicias Antifascistas fueron organizar columnas de milicianos que, con apoyo de militares profesionales, se desplazaran a Aragón con el objetivo de tomar Zaragoza. Para los anarquistas no había negociación posible con los golpistas: «Si es verdad que nuestros camaradas han sido fusilados en Zaragoza por orden del bandido uniformado Cabanellas, Goded y toda la canalla fascista, pagarán con su vida el crimen vandálico cometido en la persona de nuestros compañeros zaragozanos.»[143]. No fue algo solo de Cataluña, pues en Madrid, una vez que fue tomado el Cuartel de la Montaña, las milicias obreras y militares, con Ildefonso Puigdéngola Ponce de León al frente, partieron hacia Alcalá de Henares y Guadalajara para hacerse con el control. El golpe había fracasado y tocaba la reorganización.

A pesar de la posición de García Oliver de intentar tomar el control de todo, una vez que el Gobierno de la Generalitat quedaba anulado por el impulso revolucionario (García Oliver, 2008: 176-177), en la mente de la CNT y la FAI no estaba en ningún caso un control exclusivo de la situación que hubiera provocado una ruptura interna en la zona republicana. Ahí estribaba la razón de ser del Comité de Milicias Antifascistas.

Por lo que respecta a la FAI, el organismo específico se comenzó a reivindicar como pieza fundamental de la derrota militar. El joven periodista Jacinto Toryho, integrante de la FAI, realizó una alocución en aquellos primeros momentos en la que criticaba a aquellos que habían vinculado a la FAI con la violencia, con los atracos y con otras cuestiones negativas y ahora veían cómo el organismo anarquista había salvado los muebles de la España republicana:

> He aquí los contrastes que la vida proporciona para vergüenza de unos y honor de otros. He aquí cómo la virtud brilla, cómo la verdad se impone por sí misma, a pesar del empuje con que la calumnia ha sido divulgada. Los «atracadores» los «pistoleros» que carecen de lo más necesario para la vida, que visten ropa raída y alpargatas rotas, entregando dieciséis millones de pesetas al Comité de Milicias Antifascistas, son el exponente máximo de la honradez. […]

¡¡Trabajadores de España entera. La FAI es así. Y nada más que así!![144].

Esta reivindicación de personalidad se iba a plasmar en la colaboración activa de la FAI con diversos organismos. Un debate que se dio desde muy temprano en la organización específica, coincidiendo también con el momento en el que el Comité de Milicias Antifascistas decaía en su influencia y la retomaban las instituciones republicanas. Diego Abad de Santillán se iba a convertir en el mayor exponente de esta tendencia, pues para el anarquista leonés formado políticamente en Argentina, la base para que los anarquistas tuvieran acceso al armamento y a posiciones de influencia era colaborando con las instituciones democráticas de la República. Aun así, esta participación se tenía que hacer a través de la CNT, organismo de masas, y no de la FAI, aunque militantes de la misma tuviesen presencia en esos organismos de gobierno.

Una posición que también ratifica otro historiador anarquista como José Peirats, para quien la Guerra Civil fue el espaldarazo público de la FAI y lo que motivó su cambio de dirección y estructura:

> La FAI acentuó su actividad pública a partir del 19 de julio. La hemos visto desde entonces suscribir pactos, junto con la CNT, con los partidos y organizaciones antifascistas, formar parte de los municipios, de los tribunales populares y de otros organismos oficiales. La FAI intervino indirectamente en el proceso colaboracionista y en la designación de los militantes que se incorporaron al gobierno de Caballero en nombre de la CNT. Dos de los ministros anarquistas representaban oficiosamente en el aquel gobierno a la FAI (Peirats, 1988: 242).

Y es que, tal como se especifica, aunque la FAI se ratificaba en los principios anarquistas, también defendía su trabazón con la CNT, y esta última se lanzó a una política de colaboración institucional. *Tierra y Libertad* marcaba en septiembre de 1936 que la base de la reorganización política del país era la CNT[145], mientras esta entidad accedía en ese mes al Gobierno de la Generalitat con tres carteras: Juan Pablo Fábregas (Economía), Juan José Doménech (Abastos) y Antonio García Birlán (Sanidad). Este último era integrante de la FAI de Barcelona. Posteriormente, en una remodelación del Consejo de la Generalitat (llamado así a partir de entonces por petición de los anarquistas), entraría el también faísta Diego Abad de Santillán. No solo se limitó a unos consejeros, pues la CNT colaboró en el Departamento de Seguridad con Aurelio Fernández o en el de Defensa con García Oliver junto a Díaz Sandino. Y la FAI tuvo una participación para llegar a este acuerdo de colaboración:

> De este modo, el pleno del movimiento libertario, con intervención de la FAI, que dio el visto bueno a las decisiones del mismo, por el carácter vinculante de los acuerdos, decidió la participación en el Gobierno de la Generalitat, a condición de que este se llamara «Consejo» en

> lugar de Gobierno, modificación que Companys aceptó sin hacerse mucho de rogar. Por otra parte, Companys ofreció asimismo la participación de la FAI en el Consejo de la Generalitat, pero todos estimaron que aquella reserva ideológica del movimiento no debía participar como tal FAI en ese organismo gubernamental, aunque lo hicieran sus hombres a título personal. (Gómez Casas, 2002: 228).

Esta política de colaboración se hizo extensiva a todos los órdenes de la retaguardia republicana. El paso cualitativo se produjo cuando en noviembre de 1936 los anarquistas accedieron al gobierno del Estado, encabezado por el socialista Francisco Largo Caballero. Fue un proceso largo, donde previamente los anarquistas habían propuesto la constitución de un Consejo Nacional de Defensa, liderado por Largo Caballero y compuesto en su mayoría por las organizaciones sindicales (Casanova, 1997: 180). Cuestión que no salió adelante, pero que eclosionó en noviembre de 1936 cuando se nombró, por las negociaciones entre el Gobierno central y la CNT, a cuatro ministros de esta organización. Las negociaciones llevadas a cabo por Horacio Martínez Prieto pretendían repartir las responsabilidades entre el sector sindicalista y anarquista de la CNT, de ahí que en la designación Juan Peiró y Juan López representaban al primer sector y Federica Montseny y Juan García Oliver al segundo, como también integrantes de la FAI (Gómez Casas, 1977; Marín Silvestre, 2005; Calero Delso, 2011).

Sin embargo, conviene dejar claro que la colaboración era de la CNT, aunque la FAI lo aprobase y sus militantes como tal también participasen. Aun así, eso no impedía que desde la prensa anarquista de la FAI se criticase al Gobierno, a pesar de la representación libertaria que existía en el mismo. No se puede dejar de lado que las razones argumentadas por las organizaciones libertarias para la colaboración eran que se podía defender las conquistas revolucionarias desde todos los espacios que se ofrecían, que de esta forma el movimiento libertario no se veía desplazado y que el objetivo prioritario era la derrota del fascismo.

Además, la FAI recordaba que si se habían recompuesto las instituciones republicanas en la retaguardia en muchos lugares había sido por la generosidad de los anarquistas. Y esto lo hacía ante la crítica que algunos sectores políticos les hacían por supuestos excesos en la retaguardia: «El órgano oficial del catalanismo reproducía últimamente las palabras de nuestra compañera Federica Montseny, denunciando el abuso de los comités de control, de la burocracia nacida en estos meses de lucha. Se calla cuidadosamente que estos comités brotaron de las transacciones hechas por la CNT a los otros partidos, especialmente el que puede tomarse el lujo de reprocharnos lo que expresa más que nuestra voluntad, la suya»**[146]**.

Igualmente, la colaboración de la FAI fue evidente en la constitución y desarrollo de otros organismos. A nivel municipal, la constitución de los consejos municipales que sustituían a los antiguos ayuntamientos contó con la participación directa de la Federación Anarquista[147], sobre todo a raíz del cambio de estructura que tuvo en 1937 y que se analizará en el siguiente epígrafe. Hubo multitud de concejales (consejeros) de la FAI. Faísta fue también Evangelista Campos, que estaba integrado en un Comité Ejecutivo Popular de Levante, o, en Asturias, Onofre García Tirador y Ramón Álvarez. Mucho más adecuado a las estructuras libertarias fue el Consejo de Aragón, especie de gobierno autonómico, que contó con la mayoría de los consejeros anarquistas y que fue impulsado por faístas como Joaquín Ascaso o Miguel Chueca (Casanova, 1985; Díez Torre, 2003, 2009). De igual forma, cuando se constituyó el primer gobierno vasco encabezado por el lendakari Aguirre, este no tenía en muy alta estima a la CNT, por lo que la cuota de los puestos libertarios se la ofreció a la FAI al considerarla organización específica y política del anarquismo (Martínez Lorenzo, 1972: 133). La propuesta fue rechazada por el Comité Peninsular. Aun así, con una FAI con distinta estructura, como se verá a continuación, en marzo de 1938 la organización específica pasó a formar parte del Frente Popular. De igual forma, los anarquistas formaron parte de la primera y la segunda Junta de Defensa de Madrid (Aróstegui y Martínez, 1984), o también del Consejo Interprovincial de Santander-Burgos-Palencia, donde el faísta Teodoro Quijano asumió las tareas de Justicia (Termes Ardevol, 2011: 574).

Esta colaboración total tenía también otras dimensiones. En el intento de articular un frente revolucionario, la FAI tuvo también acercamiento a nivel local con otras entidades políticas y sindicales, como la UGT, el PSOE, el PSUC o el PCE. En las críticas a los partidos y organizaciones del ámbito republicano, se quiso impulsar la creación de comités Populares Antifascistas, lo que generó una serie de reuniones entre representantes locales de la CNT-FAI con el PSUC-UGT, circunscrito a Cataluña pero que se quería hacer extensible a otras zonas del territorio. Estos comités o frentes populares antifascistas fueron concebidos como una necesidad en la política de equilibrios en la retaguardia republicana. Que el otro eje negociador fueran los comunistas tenía varias explicaciones. La primera, por el conflicto político abierto entre anarquistas y comunistas por el control del movimiento obrero. La segunda, porque tanto a unos como a otros les interesaba tener un respeto mutuo por la fuerza o influencia que pudieran tener en algunos espacios. Para los comunistas era importante que la CNT y los libertarios estuviesen

representados en el Gobierno, más tras los conflictos desatados tras mayo de 1937. Para la CNT y la FAI, que los comunistas reconociesen el poder revolucionario surgido en España tras el golpe de Estado.

Esto llevó a reuniones entre ambos grupos para intentar acercar posturas, pero fueron un fracaso. Aunque estas alianzas se tenían que dar a nivel local, y había predisposición en algunas localidades, los anarquistas veían poco compromiso a los comunistas: «El aliado que podía ser la UGT, y el PSUC y el PCE, no están en condiciones de madurez para llegar a una alianza de unidad de acción que nos conduzca a algo práctico. Les interesa no romper con los otros sectores políticos antifascistas, no comprometerse ante ellos y tenernos atados moralmente a nosotros, es decir, ser árbitros de nuestra línea política»[148]. Aunque las negociaciones comenzaron antes de los sucesos de mayo de 1937[149], estos acontecimientos precipitaron las resoluciones, y esto fue unido al hecho de que, para los comités de la CNT, la FAI y la Juventudes Libertarias, las políticas locales podrían romper la unidad que se quería marcar el movimiento libertario[150].

Un último elemento de esa colaboración, que se tornó en intento de control o de extensión de influencias, fue todo lo relacionado con el Comisariado General de Guerra. Aunque se dedicarán unas líneas a la participación de la FAI en las cuestiones del Ejército, desde 1937 la preocupación de muchos anarquistas era tener un mayor control sobre el comisariado para arrebatárselo a sus rivales políticos, socialistas y, sobre todo, comunistas, lo que llevó a un enfrentamiento directo entre la FAI y el PCE en el último tramo de la guerra (Hernández Sánchez, 2010: 412-417). En ese contexto, Miguel González Inestal, militante de la FAI madrileña, propuso una reorganización del Comisariado de Guerra, donde se equiparase la fuerza de los comisarios según la influencia ideológica de la retaguardia republicana de mayor a menor. Según González Inestal, la presentación debía ser de la siguiente forma: socialistas (33 %), libertarios (33 %), comunistas (14 %), republicanos (10 %), Partido Sindicalista (5 %), partidos regionales (5 %)[151].

La colaboración de la FAI llegó hasta el final de la Guerra Civil, cuando faístas como Cipriano Mera participaron en las jornadas de constitución del Consejo Nacional de Defensa impulsado por Casado. Sin embargo, no todos los sectores y grupos de la FAI estuvieron de acuerdo con esta colaboración. Tampoco otros sectores generales del anarquismo, sobre todo en su variante internacional.

La situación generada en julio de 1936 provocó un desbordamiento de las propias organizaciones libertarias. Aunque de forma mayoritaria la política

colaboracionista fue la apoyada y desarrollada, ello no fue óbice para que algunos grupos y regiones fuesen más críticos u opositores a dicha colaboración. Destacaría, por ejemplo, el grupo Nosotros de Valencia, muy cercano a la Columna de Hierro de José Pellicer (Amorós, 2009) y que desde el primer momento denunció la desviación de los principios anarquistas que se estaba dando en los organismos libertarios. Así lo hacía saber en una circular, en febrero de 1937, a la Federación Local de Grupos Anarquistas de Valencia:

> b) Como anarquistas éramos, somos y seremos antiestatales y, en consecuencia, contrarios a toda colaboración gubernamental.
>
> c) Los consejos municipales, creados por disposición ministerial y acoplados y estructurados según la antigua legislación, no llenan en nada nuestras aspiraciones. Somos partidarios del municipio libre, creado y mantenido por los productores, sobre la base del federalismo ácrata, sin injerencias políticas de ninguna clase, y sin lastres burgueses y autoritarios que dificultan su labor[152].

Bien es cierto que fueron grupos minoritarios, pero no dejaron de defender las bases ideológicas que la FAI había forjado durante los años republicanos. Contraponer el Consejo Municipal de la reforma gubernamental que se dio a inicios de 1937 con el desarrollo del municipio libre que, por ejemplo, había hecho Urales, era algo recurrente en estos grupos críticos con la línea dominante. Y a estas críticas se unieron bastantes grupos de las Juventudes Libertarias y también militantes de primer nivel nacional como José Peirats, que desde las páginas de *Acracia* criticó la política colaboracionista de la FAI (Ealham, 2015: 123). Dicho periódico estaba impulsado por el también militante de la FAI de Lérida, Félix Lorenzo Páramo.

Sin embargo, el peso mayor de la crítica ante la actuación de la FAI en el contexto de la Guerra Civil vino sobre todo por parte del anarquismo internacional. En la Conferencia Internacional Anarquista que se celebró en Barcelona en junio de 1937 y que contó con delegaciones italianas, francesas, argentinas, búlgaras, rusas y estadounidenses, se criticó al movimiento anarquista español por varias razones. Una de ellas era que se alegaba falta de información de las actuaciones de los anarquistas españoles. Cuestión que el Comité Peninsular de la FAI desmintió ante la pregunta de la delegación de EE UU. Además, Agustín Souchy concluyó que en las circunstancias en las que vivía España era complicado trasmitir de forma diáfana todas las consideraciones. Sin embargo, fue la crítica al abandono de los fines revolucionarios lo que más achacaron a la FAI. Se consideraba que España estaba ante la gran oportunidad de poder hacer extensiva una revolución de

carácter anarquista a nivel internacional y que para ello la FAI tenía que canalizar ese sentimiento: «Jamás se ha criticado por nuestra parte a los compañeros españoles; pero creemos que las concesiones no deben de hacerse en sentido unilateral. Creemos que el control del movimiento debe tenerlo la específica, que cree que la organización tiene que hacer comprender a la masa que no abandone sus fines revolucionarios»[153].

Sin embargo, la FAI impuso su vía pragmática en la Guerra Civil, y así lo intentó trasmitir a los organismos internacionales libertarios en distintas reuniones y encuentros. Las justificaciones de la FAI partían de dos principios. Si los anarquistas hubiesen roto la baraja al inicio de la Guerra y hubiesen desarrollado una revolución de carácter anarquista, las potencias internacionales habrían reconocido de forma inmediata a los golpistas, pues ningún país del mundo habría apoyado una revolución de tales características. Así lo expresaba en un informe el Comité Peninsular de la FAI:

> No podríamos destruir el gobierno, dado que, en el momento mismo en que hubiéramos derribado el de Madrid y el de Barcelona, el mundo entero hubiera reconocido al de Burgos. ¿Por qué no? A la España anarquista sin gobierno, sin responsabilidad jurídica, sin existencia desde el punto de vista del derecho internacional; a la España revolucionaria que presentaba un peligro para todos los intereses establecidos del capitalismo, de la pequeña y gran burguesía, de la reacción y de las democracias, se opondrían todas las potencias europeas (Gómez Casas, 2002: 236-237).

Dando incluso un paso más, algunos libertarios dieron al Estado un rol que hasta entonces no le habían asignado, y ahora que participaban en él consideraban que el Estado ya no era un órgano represor, sino un instrumento de cambio social[154]. Si bien este criterio respondía más a las consideraciones de la CNT que de la FAI, lo cierto es que la trabazón de ambos organismos desde el inicio de la Guerra Civil y la sumisión que la específica tenía respecto al organismo sindical hicieron a la Federación Anarquista partícipe de este principio.

Aunque las críticas vinieron de muchos flancos internacionales, como Emma Goldman o Camilo Berneri, fue Sébastien Faure quien realizó los comentarios más críticos contra la actuación de sus compañeros españoles. Según el histórico anarquista francés, la colaboración con los organismos gubernamentales alejaba a los españoles de los principios clásicos del anarquismo. Ante las argumentaciones españolas de que en realidad era el Estado quien salía debilitado de ello, Faure consideraba que era el efecto contrario, basándose en los principios clásicos del anarquismo en su crítica al estatismo: «Decir que todas las concesiones debilitan a aquellos que las hacen y fortifican a quienes las reciben, es decir una verdad indiscutible. Decir que todo acuerdo, aun temporal, consentido por los anarquistas con un partido

político que teórica y prácticamente es antianarquista es un engaño del que son siempre víctimas los anarquistas, es una verdad probada por la experiencia, por la historia y por la simple razón» (Gómez Casas, 2002: 241). De hecho, esa crítica también la efectuó *a posteriori* el historiador anarquista Vernon Richards, cuando dirige la crítica hacia FAI y su colaboracionismo con el Estado: «De una organización, que declara su oposición a la "forma totalitaria" de gobierno, pero no al Gobierno en sí, no se puede esperar ninguna referencia a la oposición al Estado» (Richards, 1977: 129).

Pero, ciertamente, para el anarquismo español la colaboración con otros organismos políticos no era nueva, pues se había dado en otros momentos históricos y partía de una base de alianza obrera y unidad de acción que algunos libertarios habían desarrollado en los años republicanos, como Valeriano Orobón Fernández.

Igualmente hay que volver a matizar una cuestión. En líneas generales, la colaboración en las instituciones estatales fue cuestión de la CNT, aunque la FAI participase bien de forma directa en los organismos locales o bien de forma indirecta como militantes anarcosindicalistas que también eran. Pero a pesar de ello, la FAI nunca renunció a sus principios anarquistas y finalidades revolucionarias, considerando que la colaboración política era circunstancial a los momentos históricos excepcionales de la Guerra Civil. Así lo atestiguaba la FAI al dirigirse a un Pleno de Regionales del Movimiento Libertario en octubre de 1938, ya con la guerra casi liquidada:

> El movimiento libertario, al intervenir excepcionalmente en la política, declara: Que el poder político, el Estado, será siempre la antítesis de la anarquía y que su participación circunstancial en el poder ha sido de cara a los supremos intereses del pueblo español y para oponerse desde el mismo poder y en todas partes, el máximo posible al estrangulamiento de la revolución y a la desviación de la trayectoria revolucionaria del pueblo español y para ganar la guerra contra el fascismo con nuestra intervención, responsabilizada directamente en la misma; participación hecha sin cerrar, con una meta predeterminada, el ciclo propio de la revolución española, abierta a todas las posibilidades transformadoras[155].

La tónica general en todo el proceso bélico fue la de la colaboración, matizada en muchas ocasiones por la FAI porque no era una colaboración a cualquier precio y ciega. Esta sería unas de las cuestiones que alejó a la FAI de la CNT a partir de 1938 como se verá en otro epígrafe. Pero esa colaboración se mantuvo durante toda la guerra y fue aceptada por la amplia base de la FAI, amparándose en la responsabilidad militante.

CAMBIO DE ESTRUCTURA

La FAI había sido una organización estructurada a base de grupos de afinidad específicos anarquistas. Esa fue la motivación que impulsó su creación de la FAI en 1927 y que se extendió a lo largo de los años republicanos, abarcando todo el espacio ibérico teniendo en cuenta la peculiaridad de la dictadura portuguesa.

Sin embargo, el golpe de Estado de 1936 provocaría un cambio en la visión que la FAI iba a tener de su propia estructura. En primer lugar, la simbiosis con la CNT se hizo efectiva desde las primeras horas del golpe de Estado, y así lo ratificó poco después en una circular el Comité Peninsular: «Por parte de este comité hemos procurado que el movimiento específico en toda su actuación estuviera ligado al movimiento confederal, haciendo un solo frente que ha puesto a una altura inconmensurable el ideal que sustentamos» (Gómez Casas, 2002: 229).

Por otra parte, la nueva situación significó un crecimiento masivo de los grupos anarquistas. Una oleada de nuevos afiliados tanto a la CNT como a la FAI desbordó las expectativas de las organizaciones libertarias. Si bien esto ha servido como motivación para establecer que los libertarios no pusieron filtros a la hora entregar carnés y afiliaciones nuevas, lo cierto es que el crecimiento masivo de las organizaciones de izquierda fue una constante. Y, además, los organismos libertarios sí se dotaron de mecanismos para poder evitar una infiltración en sus filas, aunque no siempre fueran efectivos:

> Las multiplicaciones de los afiliados a nuestra organización ha de ser inmediata. Nuestra actividad en la captación de adeptos ha de acrecentarse de forma tal que esto sea logrado en un mínimo de tiempo. Como el aceleramiento de esta labor captadora puede producir serios inconvenientes, debido a la infiltración de elementos que no dio lugar a fiscalizar previamente, podemos emplear para su adoptación el procedimiento que nos permite la selección, con posterioridad a tenerlos controlados. Dicho procedimiento puede consistir en aglutinarles de forma que hasta tener garantías de su pureza no se les dé cuenta de las actividades todas de la organización (Gómez Casas, 2002: 232).

Si la CNT llevó un control a partir de distintos carnés para afiliados antes y después del golpe de Estado, la FAI lo estableció con una vigilancia para determinar si había o no garantías ideológicas.

Además, la FAI también partió de la necesidad de llegar al mayor número de sitios posibles y no renunció al crecimiento, lo que comenzaba a configurar una organización de masas alejada de sus objetivos fundacionales. La organización específica entendía que, si la victoria se decantaba del lado sublevado, el proyecto social anarquista nada tendría que hacer, por lo que para hacerse más visibles era necesario un cambio de estructura.

Igualmente, aunque la FAI aceptó, apoyó e impulsó el colaboracionismo con las instituciones republicanas, como organización tardaría en acceder a algunos órganos de poder, por lo que se siguió presentando en su defensa de la anarquía como finalidad política. En el Pleno Regional de Grupos Anarquistas de Cataluña que celebró en diciembre de 1936, Gaston Leval y otros integrantes de la FAI criticaron la posición de subordinación que la específica había adquirido con el inicio de la guerra respecto a la CNT, y reclamaba ser el motor del anarquismo: «El anarquismo como organización debe de organizar todo lo que sea en el orden moral; que dé la pauta y se haga acreedor del momento revolucionario, organizando el transporte, la canalización, el intercambio y la distribución. Pero si nosotros exponemos, orientamos y luego cada uno se va por su lado, no se hará nada. Para ello se hace necesario organizar la FAI de la manera que sea necesaria»[156].

Bien es cierto que en un primer momento no se abordó la cuestión de los grupos de afinidad, pero partiendo de la idea de que la FAI pretendía convertirse en una organización de masas, el grupo de afinidad no podía ser el catalizador de ese proceso. A partir del año 1937, esa estructura iba a ser revisada y cambiada.

A principios del mes de julio de 1937, entre los días 4 y 7, se celebró un importante Pleno Peninsular de la FAI en Valencia que iba a determinar su cambio de estructura. En aquel pleno, la FAI ratificó su importancia como organización del anarquismo y de defensa de la revolución, pero entendía que en el momento que vivía ganar la guerra era lo imprescindible y perentorio. Por ello era necesario cambiar el modelo estructural de la organización, del grupo específico a la agrupación local, pasando a convertirse en una organización de masas. Aunque su propósito era hacerse lo más extensivo posible, no negaba la posibilidad de otros modos de organización en el anarquismo: «Al lado de la FAI, paralelamente, caben y pueden actuar todos los que no sueñan con hegemonías particulares, de sector o de partido. Todos los absolutismos son malos y en política se traducen en tiranías y dictaduras y el pueblo ibérico no puede —después de esta jornada de fecundo dramatismo — caer en el viejo error [ilegible]»[157].

En este pleno la FAI aprobó una defensa del federalismo de raíz anarquista, una reafirmación de sus valores internacionales y de proyección tanto al interior como al exterior y se estableció una normativa para poder afiliarse a la FAI. Dado que el grupo dejaba de ser la base organizativa, también lo dejaba de ser la afinidad ideológica. Aun así, el grupo de afinidad no dejaba de existir, pero se le daba un componente o rol distinto:

> El grupo de afinidad ha sido, durante más de cincuenta años, el órgano más eficiente de propaganda, de relación y de práctica anarquista.
>
> Con la nueva organización que se imprime a la FAI, la misión orgánica del grupo de afinidad queda anulada.
>
> El pleno entiende que los grupos de afinidad tienen que ser respectados, si bien, en razón de las modalidades adoptadas por la FAI, no podrán tener en la misma una intervención orgánica como tales grupos[158].

Sin embargo, la afiliación a la FAI no era tan sencilla como acercase a un local de esta y pedirla. Se tenía que solicitar el ingreso, los órganos respectivos estudiarían la petición y decidirían sobre la persona en concreto. Los antes afiliados a la FAI pasaban a estar en las nuevas estructuras de agrupación. Pero no todo el mundo podía pertenecer, pues había una admisión condicionada[159]. Los nuevos afiliados no podrían tener cargos hasta pasados seis meses y las decisiones se tomarían por mayoría, desapareciendo el consenso de la primera FAI.

La FAI se dotó de una estructura legal y de unos estatutos que establecían las finalidades de la organización, basadas en el federalismo, en la lucha contra la explotación del hombre por el hombre, la lucha contra todo tipo de dictadura y discriminaciones, así como reforzar los lazos con las organizaciones que consideraba hermanas en el movimiento libertario: la CNT y la FIJL.

La estructuración de la FAI estaría diseñada por una serie de agrupaciones, divididas en agrupaciones de distrito, agrupaciones locales, federaciones regionales y federaciones comarcales[160]. En estos estatutos se definía cada una de estas estructuras internas y los mecanismos de representación y decisión, que determinaban una organización mucho más verticalizada.

Aunque estos cambios fueron aceptados por la mayoría de la militancia y así lo reflejó la prensa[161], esta variación total de la FAI no fue del agrado del todo el mundo y hubo grupos que se resistieron a dejar las formas organizativas de afinidad. A pesar de la reafirmación que efectuaron en los días posteriores los militantes más significativos de la FAI, algunos grupos de la FAI en Cataluña fueron reacios y críticos con la nueva estructura, amenazando con una escisión si desaparecía el grupo como eje central de la organización anarquista (Gómez Casas, 2002: 266). José Peirats, que también fue muy crítico con la FAI, abandonó la organización ante el giro que habían tomado los acontecimientos (Peirats, 1988: 138; Ealham, 2015: 138). Algunos grupos valencianos, como Nosotros, también se mostraron disconformes con la nueva estructura: «La FAI debe ser un organismo específico de selección, jamás una organización de masas, una forma abstracta sin contenido

ideológico. A ella deben ir los convencidos, quedando los simpatizantes en las Juventudes y en los Ateneos»[162].

Pero esta tendencia no dejó de ser minoritaria en el conjunto de la FAI. La mayoría de la regionales aceptaron la nueva estructura y sus militantes se adecuaron a ella. Aun así, el conflicto generó en algunas zonas momentos de tensión, siendo Barcelona uno de esos centros neurálgicos. Así lo expresaba Alejandro Gilabert en una carta que envía, como secretario de la Federación Local de Grupos Anarquistas de Barcelona, a Juan Domènech en octubre de 1937:

> En los Grupos Anarquistas de Barcelona predomina hoy la tendencia jacobina, el totalitarismo, la acción oculta e irresponsable, el instinto de destrucción, con una norma inalterable que quieren aplicarla a todas las situaciones, perjudicando casi siempre los intereses generales del movimiento anarquista. […] Los Grupos refractarios a la nueva estructuración orgánica de la FAI neutralizan considerablemente la influencia de los pocos camaradas que luchamos en el seno de la FAI para hacer de esta una organización con solvencia y personalidad suficientes para que pueda reclamarse representante del anarquismo[163].

Esta situación fue denunciada por la propia FAI en sus órganos internos, llegando a acusar de «agentes provocadores» a aquellos grupos que pretendían sabotear el nuevo modelo organizativo[164]. Esta cuestión de debate entre el modelo de agrupación o de grupos de afinidad se extendió durante muchos meses, y todavía en 1938 la FAI seguía apoyando a los grupos de afinidad pero reafirmando que el nuevo modelo organizativo era la agrupación:

> […] los grupos de afinidad pueden seguir subsistiendo, en la medida que los propios militantes crean conveniente. Existen diversas razones que aconsejarían incluso su mantenimiento por tiempo indefinido, no obstante, que la expresión orgánica del movimiento sean las agrupaciones, ya que el funcionamiento de un sistema mixto, es decir, donde los grupos de afinidad tengan igual personalidad que las agrupaciones, es práctica y orgánicamente imposible.
>
> Así pues, los grupos de afinidad pueden seguir subsistiendo y cumplir una interesante misión de relación entre los viejos militantes, que aparte de su militancia como individuos dentro de las agrupaciones, podrán reunirse dentro de dichos grupos, estudiar los problemas que afectan al movimiento y sostener sus conclusiones, por vía individual, dentro del organismo básico creado por la nueva estructura: la agrupación[165].

Sea como fuere, y a pesar de aquellas voces discordantes que siguieron defendiendo el grupo específico de afinidad como la base organizativa, la FAI había cambiado su estructura y se había convertido en una organización anarquista de masas, inaugurando un nuevo periodo coincidente con el final de la Guerra Civil.

EL ORDEN PÚBLICO Y EL CONFLICTO CON LOS COMUNISTAS

Uno de los temas más candentes que se genera a la hora de hablar del anarquismo y de sus organizaciones en España es la cuestión de la violencia y la utilización de esta durante la Guerra Civil. Existen muchos estudios que hablan sobre la represión de la retaguardia republicana desde distintas perspectivas y que analizan este fenómeno en sus aspectos libertarios (Preston, 2011; Ledesma, 2003; Jiménez Herrera, 2017).

El anarquismo, y en particular la FAI, utilizó la violencia en los primeros momentos de la guerra como lo hicieron otros grupos de la retaguardia republicana. En un entorno bélico, tras un golpe de Estado, esa violencia, ya fuese irreflexiva o trazada, hizo acto de presencia.

Sin embargo, un hecho poco remarcado en la historia de la FAI es la implicación de la organización y de sus militantes en frenar los excesos que se cometieron en distintos puntos de la retaguardia republicana, amparándose en los principios libertarios. Aunque se ha generalizado la idea de los «incontrolados», adscribiéndolos al movimiento libertario, la FAI emitió una nota el 30 de julio donde condenaba los actos de violencia gratuita y que los organismos libertarios iban a actuar contra esos grupos de todas las formas posibles:

> Y la FAI está dispuesta a acabar con esos grupos de inconscientes fuera de control de nuestra organización, que, quien sabe con qué fines, deshonran el movimiento revolucionario del pueblo levantado en armas contra el fascismo. No sabemos de qué elementos se trata. Pero afirmamos con energía que, sean quienes fueran, sus actos les denuncian, en el mejor de los casos, como almas turbias, en las que el instinto justiciero del pueblo se adultera. […]
>
> Somos enemigos de toda violencia, de toda imposición. Nos repugna toda sangre que no sea derramada por el pueblo en sus grandes empeños justicieros. Pero declaramos fríamente, con terrible serenidad y con el inexorable propósito de hacerlo, que si no se acaba con todos esos actos de irresponsabilidad que siembran el terror en Barcelona, procederemos a fusilar a todo individuo que se compruebe que ha realizado actos contra el derecho de gentes […][166].

De acuerdo con estas razones fue ejecutado José Gardeñas, un histórico de la CNT de Barcelona, que en los primeros momentos tras el fracaso del golpe fue protagonista de saqueos y ejecuciones arbitrarias (Vadillo Muñoz, 2019: 245). Y no solo fue un hecho exclusivo de Barcelona, donde los libertarios tenían más influencia. En septiembre de 1936, todas las organizaciones de izquierdas en Madrid emitieron un comunicado condenando las actuaciones de algunos elementos en dicha ciudad, acusados de irresponsables y enemigos de la República, que habían acabado con la vida del cenetista Manuel López. El objetivo era acabar con grupos que, llevados por venganzas personales, podían provocar una fractura en el interior de la

zona republicana. La Federación de Grupos Anarquistas de la FAI en Madrid firmó aquel manifiesto[167].

De igual forma, al constituirse la Junta Delegada de Defensa de Madrid y tras la salida del Gobierno central a Valencia, el militante anarquista de la FAI madrileña Melchor Rodríguez se hizo con la Dirección General de Prisiones. Nombrado, no sin inconvenientes, para tal cargo por el recién elegido ministro de Justicia Juan García Oliver, la política de Melchor Rodríguez puso fin a las matanzas de Paracuellos de Jarama estableciendo una política penitenciaria del buen trato al preso, prohibiendo los traslados entre las 20:00 y las 8:00 horas y defendiendo que quienes tenían que condenar a los presos eran los tribunales de justicia de la República. Melchor Rodríguez, amparándose en sus principios anarquistas y en la legalidad republicana, puso fin a una situación de anormalidad en la retaguardia en Madrid en los meses que ostentó el cargo. Su figura no podía pasar desapercibida, pues este militante anarquista sevillano, afincado en Madrid desde 1921, fue uno de los fundadores de la FAI en 1927 e integrante en Madrid el grupo Los Libertos en los años republicanos. Su actuación, muy criticada en la Guerra Civil por otros sectores políticos, marcaba una línea de continuidad de su grupo anarquista y de su concepción del anarquismo (Domingo, 2010).

Pero las posiciones de la FAI respecto al orden público y la represión no solo se tradujeron en comunicados o acciones de algunos de sus militantes, sino que desde muy pronto se propusieron medidas para estructurar las patrullas de control. Desde la propia fundación del Comité de Milicias Antifascistas, donde el militante de la FAI Aurelio Fernández estuvo en el Comité de Investigación, hasta los distintos proyectos de reestructuración una vez que se recompuso el Gobierno de la Generalitat, donde el propio Fernández formaba parte del Departamento de Seguridad. Algunos grupos de Defensa Confederal, donde compartían responsabilidades cenetistas y faístas, se habían reconvertido en organismos de control (Guillamón Iborra, 2011, 2013), así como la reestructuración de las propias patrullas bajo la dirección de Manuel Escorza (Campmany, 2018).

Todavía en mazo de 1937, la FAI en Barcelona hizo un proyecto de orden público, donde se dotaba de mayor influencia a las patrullas de control, en convivencia con la Guardia Republicana. Lo hizo ante la propuesta de orden público de la Generalitat. La propuesta estaba firmada por los grupos Nervio, Iberia, Los Cuatro Amigos y Constancia y Desinterés[168]. Esto se hizo a tenor del acuerdo de disolución de todos los cuerpos de seguridad (Asalto, Guardia

Civil, Patrullas de Control, Mozos de Escuadra, etc.,) para constituir un cuerpo de seguridad interior, del cual uno estaría uniformado y otro no. Propuestas que se debatían pero no avanzaban, pues el peso del anarquismo en el gobierno catalán estaba perdiendo influencia.

Todas estas cuestiones relacionadas con el orden público estaban también muy vinculadas al conflicto que surgió en la guerra entre los anarquistas y los comunistas, sobre todo en los espacios de sociabilidad y de política que se estaban disputando.

Este conflicto había tenido a escala internacional muchos episodios partiendo desde la ruptura de la Primera Internacional entre Marx y Bakunin o las consecuencias del triunfo bolchevique en la Revolución rusa y la represión que se ejerció contra el anarquismo ruso. Aunque en España esos enfrentamientos existieron, lo cierto es que la ínfima fuerza del Partido Comunista frente a la aplastante mayoría obrera en el campo socialista y anarquista hizo que esos debates fueran secundarios.

Sin embargo, la guerra civil española marcó un antes y un después en este sentido (Estruch, 1978; Hernández Sánchez, 2010; Martín Ramos, 2021). El inicio de la guerra presentó a dos organismos y opciones políticas del campo republicano muy cohesionados, pero con criterios de actuación y de finalidad opuestos: el PCE y la CNT-FAI. Ambas organizaciones se iban a disputar la mayor influencia, espacios comunes y órganos de poder, una vez que los anarquistas se habían lanzado a la vía colaboracionista. En ese contexto, las disputas entre ambos se pueden dividir en dos espacios básicos y que en muchas ocasiones no tienen vasos comunicantes, aunque sí principios comunes.

En primer término, la política del PCE, y también del PSUC en Cataluña, que iba a disputar el control del movimiento obrero y político revolucionario a la CNT y a la FAI. El PCE había logrado cohesionar sus filas y hacerse con un espacio de influencia que hasta ese momento ocupaban partidos moderados como Izquierda Republicana o Unión Republicana. Su proyección como partido de orden le repercutió en réditos políticos importantes. Además, la división del PSOE a inicios de la guerra sirvió para presentar al PCE como un partido más unido, lo que hizo que el peso comunista en ese campo también creciese, aunque ningún sector socialista se pasase al PCE. La gran asignatura pendiente que tenía el PCE era el campo sindical, donde sus proyectos de control de la CNT y la UGT habían fracasado, así como el intento de articular un sindicato propio, la CGTU, que se tornó en fracaso. Era evidente que el asalto que necesitaba el PCE era el campo revolucionario,

todavía en manos de socialistas y libertarios. Y ahí es donde iba a confrontar con la CNT y también con la FAI.

Pero, en segundo término, los grupos críticos de la CNT y de la FAI también iban a mostrar oposición a los comunistas, pero de forma más frontal, al igual que las críticas a la propia CNT-FAI. Estos grupos críticos fueron los que tuvieron contacto más estrecho con otras formaciones como el POUM, enfrentado también al PCE, pero por razones diametralmente distintas a las que criticaban los libertarios. Este bloque protagonizaría oposiciones frontales como la militarización o hechos sangrientos como mayo de 1937.

A pesar de todo esto, las consecuencias de estas disputas de un modo u otro fueron comunes en muchos momentos.

Una primera cuestión de enfrentamiento fue la militarización de las milicias. Y en este aspecto conviene hacer una disertación sobre la posición del anarquismo y, por ende, de la FAI alrededor de este tema. Ha habido un consenso historiográfico a la hora de decir que la militarización fue rechazada por los libertarios frente a la pretensión de los otros sectores del antifascismo que estaban de acuerdo en implementar un modelo de ejército profesional. Sin embargo, el movimiento libertario desde muy pronto habló del mando único, estableciendo que los anarquistas apoyarían la formación de un ejército regular, reconvirtiendo los milicianos en militares, pero nunca bajo la dirección o batuta de ningún partido político en concreto[169]. Las críticas iban referidas al modelo de militarización que proponía el PCE con el ejemplo del Quinto Regimiento. Importantes militantes de la FAI, como Miguel González Inestal, Feliciano Benito o Cipriano Mera, aceptaron desde muy pronto la conversión de sus milicias en ejército y la asunción de responsabilidad de carácter militar. El caso de Cipriano Mera fue el más llamativo por la destreza que mostró en su faceta de militar a pesar de haber sido albañil. Él mismo en sus memorias explica la razón de aquella decisión y muestra cómo el movimiento libertario de forma mayoritaria apostaba por esa vía: «En Madrid, la militarización de nuestras milicias no creó grandes problemas, tal vez por haber empezado a vivir la guerra más pronto con mayor acuidad que en otras partes. Por aquel entonces en los demás frentes de la España republicana nuestra gente estaba convencida de que la militarización, además de ser inevitable, significaba el único camino para lograr la victoria» (Mera, 2006: 169).

Sin embargo, y Mera también lo expresaba en sus memorias, hubo algunas críticas y resistencias a esta decisión tanto del Comité Nacional de la CNT como del Comité Peninsular de la FAI. A inicios de 1937, algunas

unidades ubicadas en el frente de Aragón, representadas en el Comité de Guerra de Gelsa, amenazaron con abandonar el frente si se imponía la militarización. El Pleno de Grupos Anarquistas de la FAI de Cataluña celebrado en febrero de 1937 acordó dirigir una carta a aquella zona del frente donde hacía constar que la decisión de la militarización estaba adoptada por distintos plenos de la CNT y de la FAI, por lo que tenían que reconsiderar su actitud desafiante:

> Reflexionad, compañeros: un acuerdo refrendado en tres plenos, y en el último casi unánimemente, debe ser cumplimentado por todos los camaradas y por lo tanto no debéis ser una excepción.
>
> Cuantos escrúpulos ideológicos podáis tener vosotros los hemos tenido nosotros, ahogando en lo más hondo nuestros sentimientos.
>
> Se nos hace una guerra organizada a la moderna y con el material más moderno, y la organización ha entendido que para vencer hay que organizarse de una manera eficiente, sin que haya un solo grupo ni un solo sector que difiera del conjunto[170].

Las razones que los libertarios argumentaron para apoyar la iniciativa de militarización eran dos. Por una parte, la mayor eficacia que le conferían a un ejército regular una guerra de posiciones y de frentes, y por otra tener el acceso necesario al armamento, que de otra forma se les negaría o que tendrían que buscar por otros procedimientos. Una posición que se fue reforzando a lo largo de todo el conflicto y que hizo que militantes destacados de la FAI como Diego Abad de Santillán fueran variando sus posiciones a la hora de volcar todos los esfuerzos en ganar la guerra[171].

Pero lo que sí hicieron los anarquistas militarizados durante toda la guerra fue criticar el intento del control de los mandos comunistas, por lo que se lanzaron a una rivalidad en el interior del Ejército para poder hacerse con la mayor influencia. Eso lo llevaron a cabo a través de distintas iniciativas para reformar los mandos del ejército. Así, en 1938, tras la pérdida de posición del Ejército Popular de la República en el frente del Este, donde desde distintos sectores se acusaba a los anarquistas de esa derrota, la FAI emitió un informe interno analizando la situación, donde denunciaba, por una parte, el peso que los comunistas tenían sobre algunos integrantes del PSOE (en clara referencia al presidente Juan Negrín y al ministro de Estado Julio Álvarez del Vayo), así como la petición de Pedro Herrera, entonces una de las voces más autorizadas de la FAI, que solicitaba la despolitización del Ejército, el refuerzo de la dirección militar, cambios en el Estado Mayor, el SIM (Servicio de Información Militar) y las industrias de guerra[172].

Esta posición fue caballo de batalla de los anarquistas contra los comunistas hasta prácticamente el final de la guerra, coincidiendo también

con un reflujo de influencia en el ejército de los propios comunistas (Hernández Sánchez, 2010: 386-393). La FAI criticaba el favoritismo de los comunistas debido a la ayuda soviética, la política de ascensos en personajes como Hernández Saravia, Antonio Cordón o Ricardo Burillo, así como la represión que algunos mandos comunistas había dirigido contra integrantes en el ejército de otras ideologías. Para plantear esta reforma, la FAI insistía en las razones que le llevaron a aceptar la militarización:

> Nosotros, que no somos partidarios de un ejército de partido, sino de un instrumento bien organizado y coordinado para la liberación del país, hemos rehusado y obstaculizado la formación de nuestros núcleos de organización, de control y de lucha para contrarrestar toda maniobra y toda extralimitación posibles. Y, sin embargo, estamos convencidos de que en ese terreno nuestra actuación no podría ser igualada, porque contamos con la experiencia de muchos años de conspiración revolucionaria y se encuentran a nuestro lado los hombres más valerosos y abnegados[173].

La propuesta de la FAI se planteó en diecisiete puntos de reforma, que se pueden resumir en:

- Cambios en la dirección de la guerra y en el gobierno de Negrín.
- Retirada de todos los asesores soviéticos.
- Reforma del Comisariado de Guerra.
- Reforma radical del SIM, pidiendo responsabilidades por la represión ejercida contra otros antifascistas. Se exigirían sanciones por los crímenes cometidos por partidismo.
- Revisión de la política de ascensos.
- Creación de un ejército de reserva en la retaguardia.
- Impulsar la creación de una guerra de guerrillas en la retaguardia sublevada.
- Fortificación frente a los ataques de los sublevados.
- Coordinación efectiva entre los mandos militares de los ejércitos de Tierra, Mar y Aire[174].

Estas disputas también se dieron en el interior de los organismos gubernamentales, ya fuesen nacionales, regionales o locales. La FAI siempre argumentó que la fuerza que representaba el anarquismo era superior a la de sus rivales comunistas, por lo que la representación en esas estructuras tenía que ser mayor.

Llegados a este punto hay que hacer referencia al enfrentamiento que se dio en las jornadas de mayo de 1937 y donde hubo unas consecuencias de hondo calado para el movimiento libertario en su conjunto. No es una cuestión de entrar a analizar lo sucedido en mayo de 1937, puesto que ya

existe una amplia investigación de este suceso desde distintas perspectivas (Mintz y Peciña, 1978; Munis, 2003; Gallego, 2007; Amorós, 2003; Guillamón Iborra, 2007; Sánchez Cervelló, 2006; Pozo, 2015; Aguilera Povedano, 2012). Para el movimiento libertario, Mayo del 37 significó un *putsch* donde la influencia del movimiento obrero y de la capacidad decisoria en la guerra basculó de la influencia sindical a los partidos políticos. En este punto, hicieron acto de aparición aquellos grupos anarquistas que se habían mostrado disconformes con las decisiones adoptadas por el movimiento libertario y que estaban ejerciendo oposición tanto a la CNT como a la FAI. No eran grupos mayoritarios ni numerosos, pero tenían relativa influencia en zonas de Cataluña, sobre todo en el área metropolitana de Barcelona, y en Levante, sobre todo en Valencia. Algunas columnas de milicianos, como la Columna de Hierro, eran solidarias con estas críticas.

A nivel político no podían hablar en nombre de la CNT y de la FAI, pero lograron articular grupos de oposición como la agrupación Los Amigos de Durruti, nacida en marzo de 1937, que tuvo influencia en Barcelona, donde llegó a editar el periódico *El Amigo del Pueblo*. Su deseo era trabajar por la revolución española basándose en el ideario del anarquista leonés asesinado en noviembre de 1936. No podían hablar en nombre de la CNT, porque eran afiliados a la organización sindical, algunos de ellos militantes de los grupos específicos, pero que se constituían como organismo independiente. La única condición para estar en la Agrupación Los Amigos de Durruti era estar afiliado a la CNT y tener un pasado de compromiso revolucionario[175]. La cabeza visible de este grupo fue Jaime Balius, antiguo militante catalanista de Estat Catalá, que en los años republicanos se pasó al campo libertario, afiliándose a la CNT y formando parte del grupo Renacer de la FAI. Su posición en la Guerra Civil fue la del maximalismo revolucionario, condenando toda colaboración del movimiento libertario y defendiendo alianzas revolucionarias con otros grupos como el POUM.

El *putsch* de mayo de 1937 hizo que Los Amigos de Durruti actuasen en las barricadas de Barcelona en una defensa de los principios revolucionarios a pesar de la CNT y de la FAI. Su proyecto político de respuesta al PSUC y a la ERC pasaba por la constitución de una Junta Revolucionaria, conformada por la CNT, la FAI y el POUM; en otros, la disolución de los partidos políticos que se opusieran y el fusilamiento de los responsables de la toma de la Telefónica el 3 de mayo de 1937[176]. La responsabilidad de la situación generada en mayo no solo lo era a ojos de Los Amigos de Durruti de partidos como el PSUC o ERC, sino también de los comités de la CNT y de la FAI,

que los habían desautorizado en aquellas jornadas, siendo acusados de «treintistas» y «traidores»[177]. Los enfrentamientos de Los Amigos de Durruti con el resto del movimiento libertario se hicieron visibles por los cruces de acusaciones entre periódicos, como el que se desató entre *Castilla Libre* (órgano de la CNT en el Centro pero que con el paso del tiempo se convirtió en portavoz de la FAI, al solo poder tener cada organización un periódico) y *El Amigo del Pueblo*. Mientras el diario madrileño apoyaba la expulsión de la CNT de esta agrupación, acusándoles de ser antiguos comunistas, Los Amigos de Durruti salían al paso diciendo que tales afirmaciones eran falsas, pues eran militantes anarquistas de siempre[178].

Apenas unas semanas más aguantó el periódico de Los Amigos de Durruti, que sí denunció en sus páginas la disolución del Consejo de Aragón y la represión que se ejerció contra militantes anarquistas en la zona por la 43 División de Enrique Lister[179].

A pesar de esta posición, este grupo no pasó de ser minoritario y testimonial dentro del movimiento libertario, circunscrito a un área concreta como era Barcelona y encontrando un fuerte apoyo en el POUM, el verdadero derrotado en las jornadas de mayo de 1937. El grupo tenía muchas similitudes con la Plataforma de Archinov en su modo de organización y actuación, a pesar de que es probable que no conociesen la propia plataforma. No obstante, era un modelo organizativo que no era ajeno a la FAI, pues en su fundación se hizo referencia a la misma comprometiéndose a una traducción.

Estas cuestiones de choques organizativos entre sectores del anarquismo focalizados en áreas concretas no eran óbice para que no se denunciasen actuaciones sangrientas que se estaban dando en aquellos momentos, como los sucesos de La Fatarella, la eliminación de militantes anarquistas y comunistas o la desaparición y muerte de los anarquistas italianos Camillo Berneri y Francesco Barbieri. Aun así, la CNT y la FAI se mostraron contrarias en todo momento a romper la unidad antifascista, que consideraban necesaria para poder vencer en la guerra, y de ahí su posición de «alto el fuego»[180], posición que no compartían sectores minoritarios del anarquismo.

La consecuencia de aquellos sucesos fue la salida de la CNT del Gobierno central y de la Generalitat y la condena que los organismos libertarios efectuaron por la posición de los comunistas en este contexto. Una vez que los libertarios estaban fuera del ejecutivo, un pleno determinó que no se iba a colaborar con el gobierno de Juan Negrín, pero pocos días después el movimiento libertario elaboró un programa político con claro tinte colaboracionista, apoyado también por la FAI[181]. Pocas semanas después, en

un pleno de la FAI celebrado en junio de 1937, se valoró la situación del momento y se determinó que había que volver a colaborar con el Gobierno de la Generalitat pero con la misma proporción que la que existía antes de los sucesos de mayo.

Este nuevo periodo de búsqueda de colaboración macaría el divorcio del binomio CNT-FAI, pues ambas organizaciones no entendieron de la misma forma el modo de plasmar esa colaboración.

La FAI se hizo solidaria con el POUM en el juicio que se instruyó contra este partido y las acusaciones que se vertieron sobre ellos. En noviembre de 1938, el *Boletín del Militante* de la FAI se dedicó de forma íntegra al juicio y sentencia contra el POUM. Aunque no compartían los puntos vista de este partido marxista, la FAI consideró que era injusta la acusación y los consideraba revolucionarios sinceros. Criticó la sentencia condenatoria contra sus militantes destacados y la ilegalización del partido, que para la FAI estaba marcada de antemano, apuntado a la responsabilidad del PCE**[182]**.

Estas querellas internas en el campo republicano se producían en un momento en el que el territorio leal a la República cada vez era más pequeño. La caída de Cataluña en febrero de 1939 aceleró los acontecimientos. Si a nivel nacional se declaró el estado de guerra en la zona republicana, a nivel internacional las potencias firmantes de la No Intervención reconocían al gobierno de Franco.

La debilidad del gobierno de Negrín fue aprovechada en la zona Centro para promover la constitución de un Consejo Nacional de Defensa que, aunque encabezado por José Miaja, era producto del golpe efectuado por Segismundo Casado el 5 de marzo de 1939 (Casado, 1977; Viñas y Hernández Sánchez, 2009; Preston, 2014; Bahamonde, 2014). Aquel proceso tuvo dos variables. El movimiento militar de Casado, que soñaba con una imposible paz honrosa con Franco y un nuevo «Abrazo de Vergara» entre militares cien años después del de Maroto y Espartero; y unas fuerzas políticas que, como los socialistas caballeristas y los libertarios madrileños, se veían agraviadas por los comunistas. En esta segunda conclusión encontramos las razones por las que parte del PSOE y de la CNT apoyaron este movimiento y donde integrantes de la FAI como Cipriano Mera tuvieron un papel protagonista para imponerse en la llamada «semana del duro» a la resistencia que las unidades comunistas ofrecieron en la zona Centro. Fue la última muestra de esa oposición entre anarquistas y comunistas, con resultados devastadores.

Al inicio del capítulo se vio cómo el estallido de la guerra significó una simbiosis de las actividades y actuaciones de la CNT y la FAI. Aunque a nivel interno ambos organismos siguieron actuando como independientes, lo cierto fue que la posición de la FAI fue cerrar filas en torno a la CNT y hacer un frente común libertario, donde las decisiones de uno y otro fueran iguales e indistintas.

Sin embargo, esa situación no fue cómoda para todos los grupos de la FAI, pues veían una subordinación que no había existido nunca, aunque los debates de la CNT hubiesen mediatizado a la FAI desde su propio origen. La posición de inferioridad hizo entender a algunos grupos de una u otra forma que la FAI tenía que presentarse ante la opinión militante y pública como un organismo distinto. Esta situación llevó a que a inicios 1937 algunos grupos de la FAI estimasen que todo lo que hiciese la CNT no tenía que interferir en la marcha independiente de la FAI, mientras que para otros la FAI tenía que apoyar incondicionalmente todas las actuaciones de la CNT[183].

Esas posiciones fueron cada vez más críticas contra la CNT tras los sucesos de Mayo de 1937 y, sobre todo, a lo largo de 1938. Y uno de los ejes centrales de esa polémica y separación de organismos se dio por las formas en la que los libertarios debían retornar al poder del Estado en el gobierno de Negrín, donde la posición de la CNT difirió de la FAI. Un enfrentamiento que tuvo a protagonistas concretos, como fueron Horacio Martínez Prieto y Mariano Rodríguez Vázquez por la CNT, y Pedro Herrera y Germinal de Souza por la FAI. Ninguna ponía en duda el colaboracionismo, pero sí el modo de ejecutarlo.

Una vez que se certificó la salida de los ministros de la CNT del gobierno de la República por la crisis del gabinete de Largo Caballero, se confirmó la tendencia del protagonismo de los partidos políticos frente a los sindicatos obreros. Por ello, la CNT buscó a partir de ese momento el pacto con la UGT caballerista, con el objetivo de recuperar espacio político perdido tras los sucesos de Mayo de 1937. La FAI era defensora a ultranza de esta alianza sindical, uniendo su defensa a una crítica al gobierno de Negrín y su política internacional ante la Sociedad de Naciones y las distintas cancillerías. Así lo defendía en octubre de 1937: «Únicamente reiteramos consideraciones hechas anteriormente. Frente a todas estas maniobras: Alianza Obrera Revolucionaria. La militancia libertaria debe seguir en estrecho contacto con

los comités a quienes ha dado su confianza y son órganos responsables del movimiento libertario»[184].

La carga crítica contra el gobierno de Negrín la centró la FAI en la política exterior llevada a cabo y en el supuesto favoritismo que el gabinete tenía hacia los comunistas, dejando fuera de la ecuación a la CNT[185]. Junto a Negrín, las críticas se centraron en el ministro de Estado Julio Álvarez del Vayo, al que señalaron como parte del fracaso de las negociaciones internacionales que iban aislando cada vez más a la República española: «Y si analizáramos la situación desde el ángulo exterior, peor aún, pues las declaraciones de Álvarez del Vayo, afirmando que ni Inglaterra ni Francia volverían al Comité de No Intervención, casi de fallar las negociaciones directas con Italia, demuestran que el Gobierno miente al hablar de medidas de seguridad, de garantías exteriores, etc.»[186].

La prensa anarquista se volcó en el relato de las relaciones internacionales y en mostrar una posición crítica con los movimientos de Negrín y su equipo de gobierno, así como las condenas que se hacían a la política de Francia e Inglaterra por su No Intervención. En medio de las consecuencias del Pacto de Múnich de 1938 y el destino de Checoslovaquia, los anarquistas españoles se negaban a aceptar que la resolución en España fuese igual[187].

Sin embargo, las posiciones encontradas de la FAI no fueron solo con las políticas del Gobierno, sino con la actitud y posición que el Comité Nacional de la CNT mantenía. Como ya vimos anteriormente, la salida del Gobierno de los cuatro ministros libertarios provocó una escalada de críticas desde las filas anarquistas, donde se planteaba no volver al Gobierno, aunque pocos días después presentaban un nuevo plan para regresar a los distintos ejecutivos democráticos. Entre 1937 y 1938, la FAI fue adquiriendo mayor capacidad decisoria y fue poniendo en tela de juicio algunas determinaciones de la CNT, no por una crítica al colaboracionismo, sino al modo de efectuar el mismo. El cambio de estructura de la FAI y su inclusión en el Frente Popular le confirió una voz crítica e independiente a las decisiones que se tomaban en el mismo, lo que llevó al enfrentamiento con la CNT, al considerar que los anarquistas tenían todo el derecho a fiscalizar la actividad del Gobierno[188].

A la cabeza del Comité Nacional de la CNT se encontraba Mariano Rodríguez Vázquez, conocido como Marianet, albañil de profesión, gitano y uno de los principales impulsores del Sindicato de la Construcción en Barcelona. Marianet fue elegido secretario general de la CNT en noviembre de 1936, y desde entonces su política fue abiertamente colaboracionista, firme partidario de la unidad sindical CNT-UGT y del reforzamiento del Frente

Antifascista. Las posiciones de Marianet eran cada vez más claras, en consonancia con Horacio Martínez Prieto, con la intención de reconvertir a la CNT en un organismo a medio camino de sindicato y partido político, siendo el más firme defensor de la necesidad de retornar al gobierno de la República lo antes posible (Martínez Martínez, 2020). Posición que se consiguió cuando en abril de 1938, Segundo Blanco González, militante libertario asturiano, fue designado por Juan Negrín como ministro de Instrucción Pública (Calero Delso, 2011: 325-335). La posición de la CNT era clara y así lo plasmó.

Sin embargo, la FAI no opinaba igual, aunque no ponía en duda que había que participar en el Gobierno. Ahora bien, esa colaboración no podía ser incondicional y menos encabezada por Juan Negrín, militante del PSOE en su rama moderada, que según el órgano anarquista estaba naufragando en su política internacional y estaba dando excesiva preponderancia al PCE, aunque coincidiese con un momento de reflujo de este partido, lo que valió a los libertarios para tomar algunas posiciones. La FAI, representada por Pedro Herrera y Germinal de Souza, iba a acusar a la CNT de seguidismo de la política de Negrín. Por su parte, Horacio Martínez Prieto consideraba que la FAI no tenía razón de ser si no se convertía de forma definitiva en un partido político, lo que la emplazaba a hacerlo o desaparecer.

La entrada de Segundo Blanco en el Gobierno fue un aliciente y un refuerzo de las posiciones de la CNT de Marianet, pero al mismo tiempo fue un enfrentamiento con la FAI. Mientras el organismo sindical se mostró favorable a los «13 puntos» de Negrín, la FAI fue crítica con los mismos como integrante del Frente Popular. En este sentido, la federación autoproclamó su independencia a la hora de tomar posiciones:

> No aceptar control sobre nuestras actitudes y posiciones, ya que nuestra organización es la única llamada a decirnos lo conveniente o inconveniente de la actitud asumida por el Comité Peninsular, y en lo referente al envío de informes o circulares, nada tenemos que someter a la aprobación de otros comités orgánicamente al margen de la FAI, ya que tampoco queremos previamente controlar los informes y circulares que ellos cursan a sus organismos (Gómez Casas, 2002: 273).

El punto de inflexión se produjo con la guerra casi liquidada, en el Pleno Nacional de Regionales del Movimiento Libertario en octubre de 1938. En aquel pleno, los enfrentamientos entre la CNT y la FAI fueron públicos y evidentes. Un pleno importante, pues prácticamente perfilaba la posición de los libertarios ante un hipotético exilio. El pleno mostró una división en el movimiento libertario. Por una parte, el Comité Nacional de la CNT, la Regional Norte, Asturias y Levante, partidarias de ofrecer todo el apoyo al gobierno de Juan Negrín. Frente a ellos se situó el Comité Peninsular de la

CNT y la regional de la FAI, FIJL y CNT de Cataluña, que eran partidarias de replantear la colaboración y retornar a las posiciones de inicio de la guerra en lo que a las influencias se refiere. El resto de las regionales tanto de la CNT como de la FAI basculaban en entre una opción y otra, con divisiones internas entre ellas.

Horacio Martínez Prieto acusó a la FAI de ser una organización divisionista, instándola, como venía haciendo desde hacía tiempo, a convertirse en un partido político o desaparecer. Según Martínez Prieto, el objetivo con el que nació la FAI ya se había superado, por lo que tenía que replantear su rol o nada más podría hacer. La Regional Centro apoyaba esta visión (a excepción de Madrid capital) frente a la oposición frontal de Cataluña. Martínez Prieto llegó a señalar a la FAI y a sus integrantes como «hombres anfibios», capaces de defender la participación política como cenetistas y criticarla como faístas.

Frente a las posiciones de Martínez Prieto se situaron las de Germinal de Souza y Pedro Herrera. Souza acusó al Comité Nacional de la CNT de entreguismo a la política de Negrín y de seguidismo al PCE. Señalaba que a la cabeza de esta posición estaba Marianet y que la FAI, en su autonomía, se oponía a esta política negrinista en el interior del Frente Popular. Pedro Herrera, por su parte, señaló que era necesario reforzar un pacto infranqueable entre la CNT y la UGT con garantías para un futuro revolucionario. Consideraba fuera de lugar que en las consecuencias de la derrota del Ejército Popular de la República en el frente del Este, tras la Batalla del Ebro, las responsabilidades se hicieran recaer sobre los anarquistas. Para la FAI era inconcebible que esos ataques no fuesen respondidos por la CNT, negando con ello el trabajo desarrollado por los anarquistas en esa zona y dando pie a las críticas de los comunistas. Para la FAI, en ese sentido, la colaboración con el Gobierno era circunstancial, por la situación del momento, ya que el objetivo de los libertarios era revolucionario y no gubernamental**[189]**.

La posición de la FAI fue tan clara que la CNT emitió un comunicado donde prácticamente certificaba la ruptura de ambos organismos: «[…] el Comité Nacional de la CNT plantea la cuestión de su incompatibilidad con el Comité Peninsular de la FAI. Al replicar este manifiesta su extrañeza, diciendo que por su parte no existe incompatibilidad con ningún organismo, ya que, consciente de su responsabilidad, si ello sucediera plantearía inmediatamente su dimisión» (Gómez Casas, 2002: 289).

La trabazón incondicional con la que se había iniciado la guerra había finalizado. Además, este pleno marcaba perfectamente las diferencias de cara

al desplome definitivo de la República. La FAI se llegó a entrevistar a finales de agosto de 1938 con el presidente Manuel Azaña, de cuya reunión se desprendía un cansancio del presidente de la República de la situación de tensión entre sectores del antifascismo y que sería factor determinante en su posterior dimisión. También, unas semanas antes del golpe de Casado en Madrid, la FAI consiguió, tras muchas peticiones, tener una reunión con el presidente del Gobierno Juan Negrín. Reunión muy tensa, pues Negrín vetó la presencia del delegado de la FAI, el argentino José Grunfeld, al parecer por su condición de extranjero, pero que en realidad había sido una de las voces más críticas con el gobierno de Negrín y su estrategia militar, así como la política internacional que había planteado en algunos periódicos de la FAI[190].

Aun así, esta división entre la CNT y la FAI Gómez Casas la sitúa sobre todo en los comités Nacional y Peninsular de cada organización (Gómez Casas, 2002: 290), porque a nivel local siguieron funcionando las trabazones. Además, las colaboraciones se siguieron dando en muchos aspectos, lo que reforzaba los comités y actuaban como mecanismo de enlace entre ambos los organismos libertarios, el primero de ellos en el propio movimiento libertario, que reunía a todos los grupos menos a Mujeres Libres, excluido de esa confluencia por decisión de la CNT, la FAI y las FIJL[191]. A esta colaboración tenemos que unir otras a nivel regional, como la Comisión de Propaganda Confederal y Anarquista de la zona Centro (Martín Nieto, 2010: 567-611), aunque ya con las estructuras de la FAI variadas.

De igual forma, la división mostrada en el pleno de octubre brotó al final de la Guerra Civil. Cuando el 5 de marzo de 1939, el coronel Segismundo Casado promovió el golpe que liquidó el gobierno de Negrín, el movimiento libertario estaba dividido. Mientras el Comité Nacional de la CNT condenó el golpe de Casado, los organismos libertarios en Madrid, en consonancia con el Comité Peninsular de la FAI, sí que veían con buenos ojos un cambio de posiciones en el Gobierno y vieron en aquel movimiento la oportunidad para ello, así como para cerrar viejos conflictos con los comunistas. Periódicos como *Nosotros* dieron su apoyo y cobertura desde el inicio al Consejo Nacional de Defensa de Casado[192], donde la FAI de Levante le dio su completo apoyo en solidaridad con sus compañeros madrileños[193]. Al final, aunque con criterios completamente distintos, la convergencia de medios no sirvió sino para acelerar un final que iba a ser letal para la FAI, que reconocía el fracaso de los objetivos del Consejo Nacional de Defensa, presentado un momento de dramatismo en medio del desplome de la República[194].

El final de la Guerra Civil y el triunfo de los sublevados significó el exilio, la represión y los pelotones de fusilamiento para centenares de militantes antifascistas, entre ellos los de la FAI. Su proyecto, que había conocido el culmen de su desarrollo, pero también su reflujo (Cattini y Santacana, 2002: 199), había sido liquidado por la fuerza de las armas.

EPÍLOGO

DEL FRANQUISMO LIBERTICIDA A LA TRANSICIÓN Y LA DEMOCRACIA EN ESPAÑA

LA LARGA NOCHE DEL FRANQUISMO (1939-1975)

El final de la Guerra Civil significó un duro golpe para las aspiraciones libertarias, que vieron cómo quedaban completamente aniquiladas y perseguidas por un régimen que fue implacable con sus enemigos.

La sensación de que el final de la guerra estaba cerca y de que se iba a producir un exilio masivo fue el factor que determinó que, una vez que las tropas sublevadas tomaron Cataluña, los organismos libertarios partieran al exilio y constituyeran en París un Consejo General del Movimiento Libertario que se preparó para la resistencia, incluso un poco antes del fin de las hostilidades el 1 de abril de 1939: «En París, el 25 de febrero de 1939, los organismos representativos del movimiento libertario, CNT, FAI y FIJL constituyeron el Consejo General del Movimiento Libertario. Tendía a unificar el trabajo a realizar en el exilio, con los ojos puesto en los compañeros de la zona Centro-Sur, que quedaban cercados en el interior con el mar a las espaldas» (Gómez Casas, 2002: 291).

Pero la zona Centro-Sur tan solo aguantó un mes y medio más, antes de que las tropas sublevadas entrasen en Madrid y tomasen los últimos focos de resistencia en Levante. Y que el camino iba a ser tortuoso lo marcó el franquismo desde el primer momento. La dura represión que se dio en la retaguardia sublevada marcaba la tendencia de cómo iba a discurrir un régimen que basaba su política represiva en la venganza y el exterminio del enemigo. Poco antes de la finalización de la Guerra Civil de forma oficial, el 1 de abril de 1939 (aunque el estado de guerra se mantuvo muchos años más), las nuevas autoridades dictatoriales aprobaron una Ley de Responsabilidades Políticas que condenaba de forma de retroactiva el compromiso militante de miles de españoles. En aquella ley ya se marcaba que partidos y organizaciones iban a ser perseguidos, siendo todos integrantes del Frente Popular, entre los que se encontraba la FAI:

> Se entenderán comprendidos en esta sanción los siguientes partidos y agrupaciones: Acción Republicana, Izquierda Republicana, Unión Republicana, Partido Federal, Confederación Nacional del Trabajo, Unión General de Trabajadores, Partido Socialista Obrero, Partido Comunista, Partido Sindicalista, Sindicalista de Pestaña, Federación Anarquista Ibérica, Partido Nacionalista Vasco, Acción Nacionalista Vasca, Solidaridad de Obreros Vascos, Esquerra Catalana, Partido Galleguista, Partido Obrero de Unificación Marxista, Ateneo Libertario, Socorro Rojo Internacional, Partido Socialista Unificado de Cataluña, Unión de Rabassaires, Acción Catalana Republicana, Partido Catalanista Republicano, Unión Democrática de Cataluña, Estat Catalá, todas las logias masónicas y cualesquiera otras entidades, agrupaciones o partidos filiales o de análoga significación a los expresados, previa declaración oficial de hallarse, como los anteriormente relacionados, fuera de ley[195].

El destino de los militantes de la FAI, como el de otras organizaciones del antifascismo, fue la cárcel, el exilio y los pelotones de fusilamiento. Mauro Bajatierra, uno de los fundadores de la FAI, fue asesinado en la puerta de su casa el mismo 28 de marzo de 1939, siendo localizado su cadáver poco después en un garaje cercano a su domicilio[196]. Triste final para una de las plumas más activas del anarquismo en el primer tercio del siglo XX. Feliciano Benito Anaya, uno de los integrantes de la FAI madrileña, fue fusilado en el cementerio de Guadalajara el 26 de octubre de 1940 (Paramio Roca, García Bilbao y García Bilbao, 2010: 188-189). Otro destacado militante de la FAI como José Pellicer, fundador de la Columna de Hierro, fue fusilado en Valencia el 8 de junio de 1942 (Amorós, 2009). Son ejemplos de cientos de militantes de la FAI que fueron ejecutados por el plomo del franquismo. Otros conocieron largos años de cárcel, esquivando la muerte por muy poco. Melchor Rodríguez, fundador de la FAI, a pesar de su labor humanitaria durante la Guerra Civil, fue condenado a muerte, aunque se le conmutó la pena. Cipriano Mera, que logró exiliarse en un primer momento, recaló en Argelia, donde fue recluido en campos de concentración y extraditado a España, donde fue condenado a muerte, siendo conmutada también su pena. Otros fundadores de la FAI, como Manuel Buenacasa, acabaron en el exilio, así como los dinamizadores de esa FAI en los tiempos de la República y la Guerra Civil, como Juan García Oliver, que acabó en México, o Pedro Herrera y Germinal de Souza, que hicieron un periplo desde Francia hasta Argelia y se establecieron definitivamente, en el caso de Herrera, en Argentina, y en el de Souza, de nuevo en Portugal.

La FAI, como cualquier otra organización derrotada en aquel 1939, sufrió una diáspora que debilitó su posición. Curiosamente, los militantes de la FAI se exiliaron en muchas ocasiones a lugares donde no solo existían movimientos anarquistas autóctonos, lo que hizo extender la solidaridad, sino también bases de lo que había sido la FAI. En lugares como Francia, el Marruecos francés o Argelia existieron con anterioridad a la guerra grupos

anarquistas, que como la Federación de Grupos Anarquistas de Lengua Española o los intentos de coordinación de una organización anarquista africana (como se vio en anteriores capítulos), fueron base de la reconstrucción. Lo mismo se puede aplicar a otros lugares de América Latina.

Pero la situación en la que se encontró el anarquismo en el exilio no fue precisamente cómoda. En primer lugar, Europa estaba a punto de entrar en guerra y la política que el Gobierno francés desarrolló contra los exiliados españoles fue la de la reclusión en campos de concentración. Similar suerte corrieron los que, a través de los barcos como el Stanbrook, el African Trader o el Campillo, alcanzaron las costas argelinas. Las políticas de las autoridades francesas eran poco proclives a colaborar con los españoles y los nombres de campos como Argelès, Barcarès, Septfonds, Vernet d'Ariège o Rivesaltes en Francia, o Djelfa, Camp Morand, Cherchell o Suzzoni en Argelia se hicieron famosos. Situación que empeoró cuando se liquidó a la Tercera República francesa tras la invasión nazi y se constituyó el gobierno colaboracionista de Philippe Pétain. Muchos anarquistas murieron en aquellos campos víctimas de los malos tratos y el hambre.

Con el paso de tiempo, y a medida que las fuerzas se iban diversificando, los anarquistas se fueron uniendo a las distintas resistencias en Europa y numerosos militantes de la FAI participaron en acciones de envergadura. Podríamos destacar aquí la figura de Francisco Ponzán Vidal, anarquista aragonés que había sido integrante del Consejo de Aragón de Joaquín Ascaso y que participó en la red de evasión Pat O'Leary, impulsada por el Gobierno británico para facilitar la salida de personas perseguidas por el nazismo. Esta red, también conocida como Grupo de Evasión Ponzán, tuvo una intensa actividad hasta que su protagonista fue detenido y entregado a la Gestapo (otras fuentes dicen que fueron los colaboracionistas franceses), siendo ejecutado tres días antes de la liberación de la ciudad de Toulouse (Montseny, 1969; Brome, 1958; Téllez Sola, 1996). Otros militantes de la FAI continuaron la lucha contra el fascismo alistándose como voluntarios en el ejército aliado. Una de las unidades más famosas, donde la presencia anarquista era mayoritaria, fue La Nueve, integrada dentro de la División Leclerc, y que fue la primera compañía que entró en el París liberado en agosto de 1944 (Mesquida, 2016).

Los anarquistas no encontraron la normalidad organizativa en el exilio hasta que terminó la Segunda Guerra Mundial y se confirmó la derrota de las fuerzas del Eje. Aun así, hay dos cuestiones a destacar en esta nueva etapa. La FAI retornó a su estructura de grupos anarquistas de afinidad, rompiendo con

la dinámica que había marcado desde 1937. Así lo plasmó en el pleno que celebraron en París: «La afinidad anarquista debe organizarse de acuerdo a las posibilidades locales, constituyendo siempre nexos de relaciones bajo el denominativo de Comisiones de Relaciones Anarquistas, sin llegar nunca a adquirir el carácter de comité»[197].

Además, los anarquistas, tras la Segunda Guerra Mundial, eran el grupo más numeroso en el exilio francés, lo que hacía que sus actividades no pasasen desapercibidas (Dreyfus-Armand, 2000: 230).

Por otra parte, la situación de excepcionalidad que marcaba el exilio hizo que la FAI siguiera siendo firme defensora de la trabazón que se venía desarrollando desde los años republicanos, aunque ahora bajo una estructura denominada Movimiento Libertario Español, donde la CNT, la FAI y la FIJL actuaron conjuntamente. En este caso, en el exilio, Mujeres Libres entró también a formar parte de la estructura.

Sin embargo, el talón de Aquiles de la organización vino por varias cuestiones. La primera, la dificultad de la diáspora, pues el movimiento libertario estaba disperso entre América, Europa y África. Esto llevó a la creación de distintos subcomités para poder desarrollar las actividades. Pero otra cuestión fue la división que sufrieron los anarquistas en el exilio, algo que también afectó a la propia FAI. Aunque todos reconocían que eran las estructuras del interior del país, que se enfrentaban de forma abierta al franquismo, quienes marcaban el ritmo, era evidente que la posición en el exilio se hizo cada vez con más peso. Además, en ese exilio había una tendencia que decía que mientras Franco estuviera en el poder, la política de colaboración con las otras fuerzas del antifascismo en lo que se refiere a los organismos gubernamentales del exilio continuaba. Otros estimaban que, aunque se tenía que colaborar en muchos aspectos, el final de la guerra pondría fin a aquella colaboración en los gobiernos. Todas estas diferencias se mostraron insalvables y el movimiento libertario, incluida la FAI, acabó dividido.

Ello no fue motivo para que no se procediera a su reorganización. Grupos anarquistas de la FAI se desarrollaron en Francia, Bélgica, México, Cuba, Ecuador, Panamá, Argentina, Inglaterra, Venezuela, Brasil, Andorra, Chile, Marruecos y Argelia. No solo en el exilio, pues también en el interior la FAI tendió a una reorganización en la clandestinidad, como muestra el pleno que la FAI celebró en Sevilla el 3 de marzo de 1946. Ese pleno fue crítico a la hora de analizar el papel de la CNT, que no podía hablar en nombre de todo el movimiento libertario si no contaba con las Juventudes Libertarias y con la

FAI[198]. No solo en Sevilla, pues en Barcelona la FAI dirigió varios comunicados públicos y llegó a editar un periódico clandestino con el título de *Renacer*[199].

A pesar de la importancia de la unidad en el MLE-CNT, cada organización tenía también sus dinámicas y expresión, aunque la lucha contra el franquismo era algo prioritario. Aunque la FAI siguió trabajando a través de sus grupos, el paso de los años y la represión fueron haciendo cada vez más difíciles sus actividades. En el interior, los años del Trienio del Terror (1947-1949) pasaron factura a muchos militantes anarquistas, que vieron cómo parte de sus estructuras fueron pulverizadas (Moreno, 1999: 369-405). Por otra parte, el ambiente de la Guerra Fría no fue nada propicio para un exilio que confiaba en la intervención aliada en España. El alejamiento paulatino de la URSS y las posibilidades que EE UU y Reino Unido vieron en un régimen como el de Franco cerraron las posibilidades de cualquier intervención. Eso condenó definitivamente la política de guerrillas, a pesar de que los anarquistas fueron los que más aguantaron un enfrentamiento imposible. Partidas guerrilleras como Los Jubiles o Los Maños, conceptos de guerrilla del monte (maquis) y guerrilla urbana, con personajes emblemáticos como Quico Sabaté, Ramón Vila Capdevila o Marcelino Massana, han pasado a la historia.

En el exilio, las estructuras se fueron asentado, pero los giros conservadores de gobiernos como el francés hicieron más difíciles las actividades de los exiliados. Aunque en Francia la Operación Bolero-Paprika afectó sobre todo a los comunistas (Hernández Sánchez, 2015: 276-286), los anarquistas se vieron afectados en otras olas de represión que clausuraron sus centros y cerraron sus órganos de prensa, teniendo que reconvertir algunas actividades. Además, las autoridades francesas marcaban muy de cerca a todo el exilio español[200]. El grupo anarquista de la FAI tuvo en este caso mejor adaptabilidad que las estructuras sindicales.

Una generación de anarquistas fue desapareciendo, bien bajo el plomo del franquismo o bien por el paso inexorable de un tiempo que se les escapaba. Aun así, el objetivo de poder eliminar al dictador y abrir un nuevo espacio en España no se dejó nunca de lado y se intentó de las más diversas maneras. Los intentos de Laureano Cerrada en 1947 en la costa de San Sebastián o el del Palacio de Aiete en 1962 fueron los que más cerca estuvieron de conseguir su objetivo. Pero fue el Congreso de Limoges de 1961, que llevó a la unificación del movimiento libertario, lo que determinó que las tres ramas de este, la CNT, la FAI y las FIJL constituyeran un organismo llamado

Defensa Interior, con representación de todos los subcomités y enclaves de exilio, que tenía como objetivo una campaña de agitación y un nuevo enfrentamiento directo con a la dictadura. Aquel grupo estuvo compuesto por militantes de mucho peso en el anarquismo, algunos de los cuales eran integrantes de la FAI: Vicente Llansola, Germinal Esgleas, Cipriano Mera, Juan García Oliver, Acracio Ruiz, Juan Jimeno y Octavio Alberola (Herrerín López, 2004: 241). Los objetivos fueron un fracaso, tanto por las acciones abordadas como por las infiltraciones de la policía franquista que pusieron fin a aquel proceso.

A pesar de los fracasos, la FAI siguió manteniendo actividad en sus grupos y participó de las protestas contra el franquismo así como de organismos anarquistas internacionales, como fue la fundación de la Internacional de Federaciones Anarquistas (IFA) en agosto-septiembre de 1968[201].

La muerte de Franco el 20 de noviembre de 1975 abría un nuevo horizonte en España que iba a intentar ser aprovechado por la FAI.

TRANSICIÓN Y DEMOCRACIA (1975-ACTUALIDAD)

Aunque la CNT, su desarrollo y freno del anarcosindicalismo sí han sido objeto de estudio para el periodo que se abre con la muerte de Franco (Gómez Casas, 1984; Zambrana, 1999; Rivera, 1999; Carmona Pascual, 2004; Wilhemi, 2012; González Pérez, 2020), las investigaciones sobre el anarquismo y la reconstrucción de la FAI en el interior han llamado algo menos la atención, aunque forman parte del contenido general de algunos estudios.

La muerte de Franco marcó el inicio de un cambio general en España que se venía reclamando desde la amplia base del pueblo español. La incertidumbre era qué modelo político se iba a establecer después de la dictadura, si uno basado en el reformismo, con sus distintas aceptaciones, u otro basado en la ruptura a través de distintos modelos.

El movimiento libertario que había sobrevivido a la larga dictadura también iba a ofrecer una lectura y una alternativa a la España del momento. Y si algo distinguió a la FAI de aquellos años fue que una vez más se volvió a ver que quien marcó los tiempos políticos y sociales del movimiento libertario fue la CNT y su reconstrucción. Si la reconstrucción del anarcosindicalismo tras la muerte de Franco se comenzó a manifestar a finales de 1975 y se concretó a lo largo de todo el año 1976 y 1977, la reconstrucción de la FAI se

situó a inicios de 1978 (Gómez Casas, 1984: 44), aunque la estructura de grupos de afinidad anarquista fue anterior a esa fecha y en lugares como Asturias se pueden rastrear desde 1976 o incluso a 1972 (González Pérez, 2020: 375). Gómez Casas establece que en abril de 1977 ya hubo una Comisión Coordinadora provisional de la FAI que presentó credenciales de su existencia al Comité Nacional de la CNT (Gómez Casas, 1984: 132), aunque a finales de 1975 la FAI ya había retomado su nombre. Igualmente, el anarquismo específico ya venía trabajando en coordinación sin necesidad de una organización más general o través de los barrios con el nacimiento de una Federación Anarquista de Barrios (FAB), teniendo en cuenta la importancia que las estructuras organizativas vecinales tuvieron durante la transición.

Sin embargo, en el debate que se dio entre los distintos sectores que protagonizaron la reconstrucción del anarcosindicalismo, la presencia de la FAI se utilizó como punta de ataque, acusando a un sector concreto, el Exilio-FAI, como el responsable de la impermeabilidad de la CNT. Una vez más surgía el mito de una FAI que pretendía controlar las estructuras sindicales a pesar de sus reiteradas posiciones públicas para marcar su independencia respecto al organismo sindical: «Quede igualmente claro que no podemos, queremos, ni debemos, tener vinculo orgánico alguno con la CNT, ya que nuestra organización no es sindical, sino de ideas y de la propagación de ellas, nunca un grupo de presión o dominación de la organización confederal»[202].

Esta posición firme, que había sido trasversal a toda la historia de la FAI y que solo se concretó con las trabazones de los años republicanos y de la Guerra Civil, no fue tenida en cuenta a la hora de apuntar a la misma FAI como integrante de una estructura de carácter terrorista que tuvo el mayor protagonismo en el llamado Caso Scala[203] (Cañadas, 2008). Aunque la historiografía más clásica apunta a que el Scala fue el principal hecho por el que el anarcosindicalismo embarrancó en los años de la transición, recientes estudios sitúan la crisis en cuestiones multicausales[204] (González Pérez, 2020: 361-368). De hecho, la propia FAI se desvinculó de aquel suceso:

> […] nos repugna extraordinariamente que las acusaciones policiales, desnudas por completo de prueba alguna, sean creídas por algunos «compañeros», sabiendo que con ello hacen un mal irreparable a los detenidos y acusados y a todos aquellos que intentan poner en práctica el concepto confederal de solidaridad. La FAI niega absolutamente cualquier conocimiento, relación o responsabilidad en el incendio de la Scala. La FAI desaprueba el atentado de Scala por sus trágicas consecuencias y exige el esclarecimiento de todas sus circunstancias[205].

Lo que sí surgió en aquellos años de la transición fue una organización que, a modo de remedo de la FAI, intentó hacer lo que esta nunca había hecho: intentar controlar a través de los grupos específicos espacios dentro de

la CNT. Alrededor de la revista *Anarcosindicalismo*, de algunos afiliados al Sindicato del Comercio de la CNT madrileña e impulsada por militantes que habían sido rechazados en su petición de ingreso en la FAI, nació la Federación Ibérica de Grupos Anarquistas (FIGA) (Gómez Casas, 1984: 154-155), cuyas actuaciones no fueron del agrado de ninguna de las organizaciones clásicas del movimiento libertario. La FIGA se constituyó en enero de 1979 y unió a unas pocas decenas de grupos[206] (Carmona Pascual, 2004: 103-104).

La FIGA, de no muy longeva existencia, mostró su posición en favor del comunismo libertario a través de actuaciones que no descartaban la llamada «propaganda por el hecho», asumiendo de esta forma todos los componentes negativos que siempre se le había apuntado al anarquismo: «[…] la propaganda por el hecho, hacer del "atentado", el robo espectacular, la estafa, del sabotaje […] [es] un acto propagandístico por parte de esa avanzadilla —que no vanguardia— del movimiento obrero revolucionario, que son los grupos específicos […] El sindicalismo y la propaganda por el hecho pertenecen a nuestro espacio, reivindicarlos es algo que nos incumbe y practicarlos es algo más que un derecho[207]» (González Pérez, 2020: 398-399).

Tuvo un órgano de expresión que titularon como *Nosotros*, en clara alusión al periódico histórico de los anarquistas levantinos durante la Guerra Civil. El problema estribó en que las acciones expeditivas de la FIGA llevaron a enfrentamientos directos con la policía que incluso provocaron víctimas como Agustín Valiente en Almería, un joven militante que había pasado por la CNT madrileña.

Los integrantes de la FIGA pidieron en reiteradas ocasiones solidaridad a la CNT para la defensa de sus presos, a pesar de la oposición que el anarcosindicalismo mostraba a su estrategia. Y de igual forma se enfrentaron a la FAI, al no compartir ni principios ni estrategias.

A pesar de las dificultades generadas por varios flancos, y del enorme retroceso que tuvo el movimiento libertario entre 1979 y 1983, coincidiendo con los congresos escisionistas de la CNT o las consecuencias negativas de cara a la opinión pública de acciones o actuaciones atribuidas a los libertarios, la FAI continúo su camino en aquella travesía en el desierto.

Uno de los puntos centrales de la actividad de la FAI a inicio de los años ochenta fue el establecer un acuerdo con el Instituto de Historia Social de Ámsterdam (IISG) para el reconocimiento de la titularidad y conservación de los documentos históricos de la FAI depositados allí. Es interesante el periplo

que tuvieron estos archivos desde 1939. Ya en 1938, Diego Abad de Santillán había tenido contacto con los integrantes del Instituto de Historia Social de Ámsterdam para depositar allí la documentación del movimiento libertario en caso de la derrota de la República. Sin embargo, la precipitación del final de la guerra hizo que la documentación, gracias a la gestión de Boris Nikolaevsky, estuviera en París en una sucursal del IISG. Pero la invasión alemana en Francia hizo que los archivos se volvieran a mover de su ubicación y durante casi toda la Segunda Guerra Mundial estuvieran en barcos durante un tiempo hasta que pudieron arribar a Inglaterra. Antes de ello, Mariano Rodríguez Vázquez, secretario general de la CNT, firmó un acuerdo con Nikolaevsky para que la documentación de la CNT y la FAI se depositase en Ámsterdam y no cayese en las manos de Franco, que estaba recopilando los documentos en el Archivo Policial de Salamanca, donde estaba el resto de la documentación incautada. No fue hasta 1947 cuando los documentos de la CNT y de la FAI se depositaron en la sede del IISG en Ámsterdam.

Aunque tras la muerte de Franco el contacto entre las organizaciones libertarias y el IISG empezó desde muy pronto, los problemas internos surgidos en España con dichas organizaciones paralizaron estas negociones. En el caso de la FAI, el comodato con el IISG se firmó el 19 de febrero de 1981, en el que se reconocía la titularidad de los documentos a la FAI, la conservación de los originales en Ámsterdam y el compromiso por parte del IISG de ceder una copia microfilmada a la FAI, así como terminar de inventariar y catalogar la rica documentación que componía el fondo**[208]**: no solo de documentos escritos, sino también de un importante material gráfico.

El patrimonio histórico de la FAI no se limitaba exclusivamente a lo que había depositado en Ámsterdam. Durante los años de la Guerra Civil, la CNT y la FAI controlaron diversos laboratorios cinematográficos, produciendo un gran volumen de documentales y películas, algunas incluso de ficción, que una vez que finalizó la guerra quedaron depositadas y en el olvido en los archivos cinematográficos españoles. De igual forma que se hizo en Ámsterdam, fue la CNT en este caso quien firmó un comodato con Filmoteca Española donde se reconocía la titularidad de las películas de forma indistinta a la CNT y a la FAI, facilitando Filmoteca una copia de estas a las organizaciones libertarias y conservándose las originales en los archivos estatales. El acuerdo fue firmado entre las organizaciones y el Ministerio de Cultura de Jorge Semprún bajo el primer gobierno socialista.

El trabajo de archivo lo completó la FAI con la custodia, primero en el exilio y luego en España, del volumen de documentación generada en los años de la dictadura y de la diáspora libertaria.

A pesar de algunas divergencias en el interior de la propia organización que llevaron a conflictos entre grupos sobre cuál era el rol de la específica, al final el modelo de grupo de afinidad fue el que se impuso. Los debates históricos sobre si tenía que ser una organización legalizable se superaron en 1986 cuando una serie de grupos que decidieron legalizar la FAI fueron desfederados.

La FAI, en los años sucesivos, siguió editando su órgano de expresión histórico, *Tierra y Libertad*, pasando por distintos grupos específicos su gestión y residiendo desde el año 2000 en Madrid. Igualmente, las actividades de la FAI a nivel político y cultural se siguieron desarrollando en el interior de España, Portugal y en el ámbito internacional a través de la Internacional de Federaciones Anarquistas, ejemplificado en distintas conferencias y congresos.

Como mecanismo de organización, la FAI se basa en una declaración de principios y un pacto asociativo, que fue revisado con el paso del tiempo. En su declaración de principios, la FAI se define como federalista, antiautoritaria, internacionalista, anticapitalista y atea: «A través de un trabajo de propaganda específicamente anarquista, del ejemplo práctico constructivo y de una intervención en distintos medios sociales contra las diferentes manifestaciones concretas de la usurpación estatal y capitalista, la FAI lucha por la eclosión de un movimiento insurgente, que cuestione la totalidad de la sociedad antiautoritaria. Su método es la acción directa, considerada en su más amplia y dinámica expresión revolucionaria y constructiva»[209].

En lo que respecta a su pacto asociativo, la FAI aprueba su modelo de grupos de afinidad o individualidades federadas, con el establecimiento de un Comité Peninsular de Relaciones de Correspondencia, y de una Conferencia Peninsular como máximo órgano decisorio de la FAI (hasta la fecha se han celebrado ocho), así como que sus decisiones se tomarán por consenso y que cada grupo tiene libertad de actuación en su ámbito[210]. Una estructura igual que la de su origen en 1927.

Aunque minoritaria en el territorio, la FAI continúa su actuación, por lo que la historia de esta organización aún está inconclusa.

BIBLIOGRAFÍA

ABAD DE SANTILLÁN, Diego (1936): *El organismo económico de la revolución. Cómo vivimos y cómo podríamos vivir*, Barcelona, Ed. Tierra y Libertad.

ABAD DE SANTILLÁN, Diego y LÓPEZ ARANGO, Emilio (1925): *El anarquismo en el movimiento obrero*, Barcelona, Cosmos.

AGUILERA POVEDANO, Manuel (2012): *Compañeros y camaradas. Las luchas entre antifascistas en la Guerra Civil española*, Madrid, Actas.

ALTED, Alicia y DOMERGUE, Lucienne (coord.) (2003): *El exilio republicano en Toulouse, 1939-1999*, Madrid/Toulouse, UNED/Press Universitaire du Mirail.

ÁLVAREZ JUNCO, José (1976): *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Madrid, Siglo XXI.

AMORÓS, Miquel (2003): *La revolución traicionada. La verdadera historia de Balius y los Amigos de Durruti*, Barcelona, Virus.

— (2009): *José Pellicer. El anarquista íntegro*, Barcelona, Virus.

ARNAL, Rafael V. (2020): *La CNT y la FAI. Apuntes históricos (1868-1939)*, Valencia, L'Eixam Edicions.

ARÓSTEGUI SÁNCHEZ, Julio (2006): *Porque el 18 de julio… Y después*, Barcelona, Flor de Viento.

— (2013): *Largo Caballero. El tesón y la quimera*, Barcelona, Debate.

ARÓSTEGUI SÁNCHEZ, Julio y MARTÍNEZ, Jesús A. (1984): *La Junta de Defensa de Madrid*, Madrid, Comunidad de Madrid.

AVILÉS FARRÉ, Juan (1999): *La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles, 1917-1931*, Madrid, Biblioteca Nueva.

— (2013): *La daga y la dinamita. Los anarquistas y el nacimiento del terrorismo*, Barcelona, Tusquets.

AVILÉS FARRÉ, Juan y HERRERÍN LÓPEZ, Ángel (eds.) (2009): *El nacimiento del terrorismo en Occidente. Anarquía, nihilismo y violencia revolucionaria*, Madrid, Siglo XXI.

BAHAMONDE, Ángel (2014): *Madrid, 1939. La conjura del coronel Casado*, Madrid, Cátedra.

BAJATIERRA, Mauro (1920): *Comentarios al II Congreso de la CNT de España*, Pueblonuevo del Terrible, Imprenta de Sánchez y Arcos.
— (s/f): *Hacía una República social (comunismo libertario). Folleto de orientación revolucionaria*, Madrid, Ed. Plus Ultra.
BAKUNIN, Mijail (2015-2018): *Œuvres*, LCI-Ebooks.
BALCELLS, Albert (1979): *El arraigo del anarquismo en Cataluña. Textos de 1926 a 1934*, Madrid, Júcar.
BAR, Antonio (1981): *La CNT en los años rojos. Del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo (1910-1926)*, Madrid, Akal.
BAROJA, Pío (1932): *La familia de Errotacho*, Madrid, Espasa-Calpe.
BELLVER LOIZAGA, Vicente Ignacio (2018): *El hilo rojinegro. Experiencias libertarias en la España posfranquista (Valencia, c. 1968-1990)*, Tesis doctoral inédita, Valencia, Universidad de Valencia.
BERNARDINI, David (2020): *Señales de tormenta. Anarquistas alemanes contra Hitler*, Jaén, Piedra Papel Libros.
BERTHIER, René (2015): *La fin de la Première Internationale*, París, Les éditions du Monde Libertaire.
BOLLOTEN, Burnett (1989): *La guerra civil española. Revolución y contrarrevolución*, Alianza, Madrid.
BROME, Vincent (1957): *L'Histoire de Pat O'Leary*, París, Amiot-Dumont.
BUENACASA, Manuel (1933): *La CNT, los «Treinta» y la FAI*, Barcelona, Talleres Gráficos Alfa.
— (1977): *El movimiento obrero español. 1886-1926*, Historia y crítica, Madrid, Júcar.
CALERO DELSO, Juan Pablo (2011): *El gobierno de la anarquía*, Madrid, Síntesis.
— (2017): «Un sindicalista llamado Anselmo Lorenzo» en VV AA, *Anselmo Lorenzo. En el alba del anarquismo*, Palma de Mallorca, Calumnia Editoris, pp. 77-97.
— (2019): *Antología del teatro anarquista (1882-1931)*, Madrid, LaMalatesta Editorial.
CAMPMANY, Dani (2018): *El Eco de las Muletas. Una aproximación a Manuel Escorza del Val*, Jaén, Piedra Papel Libros.
CAÑADAS, Xavier (2008): *El caso Scala. Terrorismo de Estado y algo más*, Barcelona, Virus.
CATTINI, Giovanni, y SANTACANA, Carles (2002): «El anarquismo durante la Guerra Civil. Algunas reflexiones historiográficas» en *Ayer. Revista de*

Historia Contemporánea, n.º 45, pp. 197-219.

CARMONA PASCUAL, Pablo César (2004): *Transiciones. De la Asamblea Obrera al proceso del Pacto Social. CNT (1976-1981)*, Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo.

CARRASQUER, Francisco (1977): «¿Ha habido una ideología política en el anarquismo español?» en *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, n.º 35, enero-julio, París, pp. 157-180.

CASADO, Segismundo (1977): *Así cayó Madrid*, Madrid, Ediciones 99.

CASANOVA, Julián (1985): *Anarquismo y revolución y revolución en la sociedad rural aragonesa (1936-1938)*, Madrid, Siglo XXI.

— (1997): *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1939)*, Barcelona, Crítica.

— (coord.) (2011): *Tierra y Libertad. Cien años de anarquismo en España*, Barcelona, Crítica.

CHRISTIE, Stuart (2010): *¡Nosotros, los anarquistas! Un estudio de la FAI (FAI). 1927-1937*, Valencia, Publicaciones Universitat de València.

CIVANTOS URRUTIA, Alejandro (2017): *Leer en rojo. Auge y caída del libro obrero (1917-1931)*, Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo.

Comisión de Apoyo a los Detenidos del Scala (1980): Dossier Caso Scala.

CLARIS, A. (1872): *Les ennemis de l'Internationale démasqués au congrès de La Haye*, Ginebra, Imprimerie Vº Blanchard.

Comité Nacional de la CNT (1995): Congresos de la CNT, 1910-1990, Granada, Editora Confederal.

CUADRAT, Xavier (1976): *Socialismo y anarquismo en Cataluña (1899-1911)*, Madrid, Ediciones de La Revista del Trabajo.

DÍAZ DEL MORAL, Juan (1995): *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Madrid, Alianza Universidad.

DÍEZ TORRE, Alejandro R. (2003): *Confederados. Solidarios. Orígenes del cambio regional. Un turno del pueblo*, Madrid, UNED y Universidad de Zaragoza.

— (2009): *Trabajan para la eternidad. Colectividades de trabajo y ayuda mutua durante la Guerra Civil en Aragón*, Madrid/Zaragoza, LaMalatesta Editorial y Universidad de Zaragoza.

DÍEZ, Xavier (2007): *El anarquismo individualista en España (1923-1938)*, Barcelona, Virus.

DOMINGO, Alfonso (2010): *El ángel rojo. La historia de Melchor Rodríguez, el anarquista que detuvo la represión en el Madrid republicano*,

Barcelona, Almuzara.
DOS PASSOS, John (2011): *Ante la silla eléctrica. La verdadera historia de Sacco y Vanzetti*, Madrid, Errata Naturae.
DREYFUS-ARMAND, Geneviève (2000): *El exilio de los republicanos españoles en Francia. De la Guerra Civil a la muerte de Franco*, Barcelona, Critica.
EALHAM, Chris (2005): *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto*, Madrid, Alianza.
— (2015): *Vivir la anarquía, vivir la utopía. José Peirats y la historia del anarcosindicalismo español*, Madrid, Alianza.
ECKHARDT, Wolfgang (2017): *La Primera Internacional y la Alianza en España. Colección de documentos inéditos o raros*, Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo.
ELORZA, Antonio (1973): *La utopía anarquista bajo la Segunda República. Precedido de otros trabajos*, Madrid, Ed. Ayuso.
— (2013): *Anarquismo y utopía. Bakunin y la revolución social en España (1868-1936)*, Madrid, Ediciones Cinca.
ENCKELL, Marianne (2012): *La Fédération jurasienne*, Ginebra-París, Entremonde.
ENGELS, Friedrich; DUCLOS, Jacques y MOISSONNIER, Maurice (1976): *Anarquistas de ayer y de hoy*, Barcelona, Ediciones R. Torre.
ESCRIBANO ESPLIGARES, Fermín (2017): *La España rojinegra. Las insurrecciones anarquistas de diciembre de 1933*, Vitoria, Asociación Isaac Puente.
ESTRUCH, Joan (1978): *Historia del PCE (I). 1920-1939*, Barcelona, El Viejo Topo.
FAST, Howard (2018): *La pasión de Sacco y Vanzetti*, Buenos Aires, Los Libros de la Araucaria.
FERNÁNDEZ GÓMEZ, Francisco (2017): *Orígenes del anarquismo comunista en España, 1882-1896*, Sabadell, Bells Vells Temps.
FERNÁNDEZ, Frank (2000): *El anarquismo en Cuba*, Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid.
FOIX, Pere (1978): *Los archivos del terrorismo blanco. El fichero Lasarte, 1910-1930*, Madrid, La Piqueta.
FORCADELL, Carlos (1978): *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español, 1914-1918*, Barcelona, Crítica.
FRANCO, Ramón (s/f): *Unos días con los confinados en Villacisneros. Afirmación de la solidaridad universal*, Madrid, Ed. Tierra.

FREÁN HERNÁNDEZ, Óscar (2006): *El movimiento libertario en Galicia. 1910-1936*, La Coruña, Edicios do Castro.
FREYMOND, Jacques (1973): *La Primera Internacional*, Madrid, Zero ZYX.
GALLEGO, Ferrán (2007): *Barcelona, mayo, 1937*, Barcelona, Debate.
GALLEGO, Gregorio (2006): *Madrid, corazón que se desangra. Memoria de la guerra civil*, Madrid, Ed. Libertarias.
GARCÍA OLIVER, Juan (2008): *El eco de los pasos*, Madrid, FELLA, La Rosa de Foc y CNT-Catalunya.
GARNER, Jason (2008): «La búsqueda de la unidad anarquista: la FAI antes de la II República» en *Germinal. Revista de Estudios Libertarios*, n.º 6, pp. 49-79.
— (2016): *Goals and means. Anarchism, Syndicalism, and Internationalism in the Origins of de FAI*, London, AK Press.
GIMÉNEZ, Sergio (2020): *Ángel Pestaña, falangista. Anatomía de una mentira histórica*, Jaén, Piedra Papel Libros.
GÓMEZ CASAS, Juan (1973): *Historia del anarcosindicalismo español*, Madrid, ZYX.
— (1977): *Los anarquistas en el Gobierno*, Barcelona, Bruguera.
— (1984): *Relanzamiento de la CNT. 1975-1979.* Con epílogo hasta la primavera de 1984, Móstoles, Ed. CNT-AIT.
— (2002): *Historia de la FAI*, Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo y otros.
GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo (1999): *El Mauser y el sufragio: orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931)*, Madrid, CSIC.
— (2005): *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria, 1923-1930*, Madrid, Alianza.
— (2020): *Política y violencia en la España contemporánea I. Del Dos de Mayo al Primero de Mayo (1808-1903)*, Madrid, Akal.
GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo; COBO ROMERO, Francisco; SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco y MARTÍNEZ RUS, Ana (2015): *La Segunda República española*, Barcelona, Pasado & Presente.
GONZÁLEZ PÉREZ, Héctor (2020): *El anarcosindicalismo español y sus escisiones durante la transición española (1975-1985)*, Tesis doctoral inédita, Oviedo, Universidad de Oviedo.
GUILLAMÓN IBORRA, Agustín (2007): *Barricadas en Barcelona*, Barcelona, Espartaco Editorial.

— (2011): *Los comités de defensa de la CNT en Barcelona (1933-1938). De los cuadros de defensa a los comités revolucionarios de barriada, las patrullas de control y las milicias populares*, Barcelona, Aldarull.
— (2013): *La Revolución de los comités. Hambre y violencia en la Barcelona revolucionaria. Junio a diciembre de 1936*, Barcelona, El Grillo Libertario.
GUILLAUME, James (s/f): *Apuntes biográficos de Bakunin*, s. e.
— (1907): L'Internationale. Documents et souvenirs (1864-1878), t. II, Societé Nouvelle de Libraire et Edition, París.
GUTIÉRREZ BAENA, Salustiano (2017): *Los sucesos de Casas Viejas. Crónica de una derrota*, Cádiz, Beceuve.
GUTIÉRREZ MOLINA, José Luis (2002a): «Andalucía y el anarquismo (1868-1936)» en *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 45, pp. 171-195.
— (2002b): *Valeriano Orobón Fernández. Anarcosindicalismo y revolución en Europa*, Valladolid, Libre Pensamiento (CGT).
— (2008): *Casas Viejas*, Córdoba, Almuzara.
— (2008): *El Estado frente a la anarquía. Los grandes procesos contra el anarquismo español (1883-1982)*, Madrid, Síntesis.
HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Fernando (2010): *Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la Guerra Civil*, Barcelona, Crítica.
— (2015): *Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo (1939-1953)*, Barcelona, Crítica.
— (2018): *La frontera salvaje. Un frente sombrío en el combate contra Franco*, Barcelona, Pasado & Presente.
HERRERÍN LÓPEZ, Ángel (2004), *La CNT durante el franquismo. Clandestinidad y exilio (1939-1975)*, Madrid, Siglo XXI.
— (2011): *Anarquía, dinamita y revolución social. Violencia y represión en la España de entre siglos (1868-1909)*, Madrid, Los Libros de la Catarata.
— (2019): *Camino a la anarquía. La CNT en tiempos de la Segunda República*, Madrid, Siglo XXI.
HIGUERAS CASTAÑEDA, Eduardo; PÉREZ TRUJILLANO, Rubén y VADILLO MUÑOZ, Julián (2018): *Activistas, militantes y propagandistas. Biografías en los márgenes de la cultura republicana (1868-1978)*, Sevilla, Athenaica Ediciones.
Histoire de l'Internationale par un burgeois républicane, Bruselas, Imprimerie Combe et Vande Weghe, 1873.

ÍÑIGUEZ, Miguel (2001): *Esbozo de una enciclopedia histórica del anarquismo español*, Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo.

— (2020): *Anarquistas en Portugal. De los orígenes al congreso obrero de Tomar de 1914*, Palma de Mallorca, Calumnia.

IZARD, Miquel (1973): *Industrialización y obrerismo. Las Tres Clases de Vapor. 1869-1913*, Barcelona, Ariel.

JIMÉNEZ HERRERA, Fernando (2017): *Los «comités» madrileños en 1936. Un análisis macrohistórico de la represión*, Tesis Doctoral Inédita, Madrid, Universidad Complutense de Madrid.

JOLL, James (1978): *Los anarquistas*, Barcelona, Grijalbo.

JUTGLAR, Antoni (1975): *Pi i Margall y el federalismo español*, Madrid, Taurus.

LAFARGUE, Paul (1872 [1973]): «A los internacionales de la Región española» en Clara E. Lidá, *Antecedentes y desarrollo del movimiento obrero español*, Siglo XXI, Madrid, pp. 244-266.

LEDESMA, José Luis (2003): *Los días de llamas de la revolución. Violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza en la Guerra Civil*, Zaragoza, Institución Fernando El Católico.

LIDÁ, Clara E. (1973): *Antecedentes y desarrollo del movimiento obrero español*, Madrid, Siglo XXI.

— (2012): «Organización, cultura y prácticas políticas del anarquismo español en la clandestinidad, 1873-1881» en Clara E. Lidá y Pablo Yankelevich, *Cultura y política del anarquismo en España e Iberoamérica*, México, Colegio de México, pp. 113-114.

LÓPEZ SANTAMARÍA, Jesús (1983): *Las Juventudes Libertarias durante la Guerra Civil (1936-1939)*, Tesis doctoral inédita, Salamanca, Universidad de Salamanca.

LOREDO, Antonio (2013): *Mis palabras son mi vida. Antología de Antonio Loredo Martínez*, Madrid, LaMalatesta Editorial.

LORENZO, Anselmo (2005): *El proletariado militante. Memorias de un internacional*, Madrid, Confederación Sindical Solidaridad Obrera.

LOZANO, Irene (2004): *Federica Montseny. Una anarquista en el poder*, Madrid, Espasa.

MADRID SANTOS, Francisco (1989): *La prensa anarquista y anarcosindicalista en España desde la I Internacional hasta el final de la Guerra Civil*, Tesis doctoral en línea, Barcelona, Universidad Central de Barcelona.

MADRID, Juan (1998): *La Mano Negra. Caciques y señoritos contra los anarquistas*, Madrid, Temas de Hoy.

MALATESTA, Errico (2002): *Escritos*, Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo.

MARCO MIRANDO, Vicente (1975): *Las conspiraciones contra la dictadura (1923-1930)*, Madrid, Tebas.

MARÍN SILVESTRE, Dolors (2005): *Ministros anarquistas. La CNT en el gobierno de la II República*, Barcelona, DeBolsillo.

— (2010): *Anarquistas. Un siglo de movimiento libertario en España*, Barcelona, Ariel.

MARÍN SILVESTRE, Dolors y PALOMAR I ABADÍA, Salvador (2006): *Els Montseny-Mañé: un laboratorio de les idees*, Reus, Arxiu Municipal de Reus.

MARTÍN NIETO, Isaac (2010): «Anarcosindicalismo, resistencia y grupos de afinidad. La Comisión de Propaganda Confederal y Anarquista (1937-1939)» en *El Futuro del Pasado*, n.º 1, pp. 597-611.

MARTÍN RAMOS, José Luis (2015): *El Frente Popular. Victoria y derrota de la democracia en España*, Barcelona, Pasado & Presente.

— (2021): *Historia del PCE*, Madrid, Los Libros de La Catarata.

MARTÍN SÁNCHEZ, Pablo (2012): *El anarquista que se llamaba como yo*, Barcelona, Acantilado.

MARTÍN, Alberto; MUÑOZ, Vladimiro y MONTSENY, Federica (s/a): *Breve historia del movimiento anarquista en Estado Unidos de América del Norte*, Toulouse, Ed. Cultura Obrera.

MARTÍNEZ CATALÁN, Roberto (2014): «La organización armada anarquista. Debates y propuestas durante la Segunda República» en *Germinal. Revista de Estudios Libertarios*, n.º 12, pp. 89-125.

MARTÍNEZ LORENZO, César (1972): *Los anarquistas españoles y el poder*, París, Ruedo Ibérico.

— (2015): *Horacio Prieto, mi padre*, Bilbao, Ikasuger Ediciones.

MARTÍNEZ MARTÍNEZ, Manuel (2020): Mariano Rodríguez Vázquez. Marianet. Documentación selecta de su actividad como secretario regional y general de la CNT (1935-1939), Almeria, Editorial Círculo Rojo.

MASJUAN BRACONS, Eduard (2000): *La ecología humana en el anarquismo ibérico*, Barcelona, Icaria.

MAURICE, Jacques (1990): *El anarquismo andaluz. Campesinos y sindicalistas, 1868-1936*, Barcelona, Crítica.

MEAKER, Gerald H. (1978): *La izquierda revolucionaria en España (1914-1923)*, Barcelona, Ariel.

Memoria del Pleno Peninsular de Regionales de la FAI celebrado en Madrid los días 28, 29 y 30 de octubre de 1933, Barcelona, FAI, 1933.

MERA, Cipriano (2006): *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, Madrid, LaMalatesta *et al*.

MESQUIDA, Evelyn (2016): *La Nueve. Los españoles que liberaron París*, Barcelona, Ediciones B.

MIGUELÁÑEZ, María (2013): «La presencia argentina en la esfera del anarquismo internacional: las luchas de representación» en *Historia, Trabajo y Sociedad*, n.º 4, pp. 89-117.

MINTZ, Frank y PECIÑA, Miguel (1978): *Los amigos de Durruti, los trotsquistas y los sucesos de mayo*, Madrid, Campo Abierto.

MINTZ, Jerome (2007): *Los anarquistas de Casas Viejas*, Cádiz, Diputación de Cádiz.

MONTSENY, Federica (1969): *Pasión y muerte de los españoles en Francia*, Toulouse, Espoir.

— (1987): *Mis primeros cuarenta años*, Barcelona, Plaza & Janés.

MORALES MUÑOZ, Manuel (2002): *Cultura e ideología en el anarquismo español (1870-1910)*, Málaga, Servicio de Publicaciones de la Diputación de Málaga.

MORENO, Francisco (2006): «La represión en la posguerra» en Santos Juliá (coord.), *Víctimas de la Guerra Civil*, Madrid, Temas de Hoy.

MULINAS PASTOR, Leonardo (2020): *Juan García Oliver (1902-1980). Anarcosindicalismo en acción*, Tesis doctoral inédita, Valencia, Universitat de València.

MUNIS, Grandizo (2003): *Jalones de derrota, promesas de victoria. Crítica y teoría de la revolución española (1930-1939)*, Badajoz, Muñoz Moya.

NAVARRO NAVARRO, Francisco Javier (1997): *El paraíso de la razón. La revista Estudios (1928-1937) y el mundo cultural anarquista*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim.

— (2004): *A la revolución por la cultura. Prácticas culturales y sociabilidad liberaría en el País Valenciano (1931-1939)*, Valencia, PUV.

NEGRE, José (2010): Recuerdos de un viejo militante, Madrid, LaMalatesta Editorial.

NETTLAU, Max (1969): *Le Première Internationale en Espagne (1868-1888)*, Dordrecht-Holanda, Reider Publishing Company.

— (1977): *Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España. 1868-1873*, Madrid, Ediciones La Piqueta.

NÚÑEZ FLORENCIO, Rafael (1983): *El terrorismo anarquista, 1888-1909*, Madrid, Siglo XXI.

— (1990): *Militarismo y antimilitarismo en España (1888-1906)*, Madrid, Centro Superior de Investigaciones Científica.

ORTNER, Helmut (1999): *Sacco & Vanzetti. El enemigo extranjero*, Tafalla, Txalaparta.

OYÓN, José Luis (2008): *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Barcelona, Serbal.

PADILLA, Antonio (1976): *El movimiento anarquista español*, Barcelona, Planeta.

PALACIO PILACÉS, Luis Antonio y GARCÍA FRANCÉS, Kike (2017): *La bala y la palabra (1901-1936). Francisco Ascaso. Vida accidental de un anarquista*, Madrid, LaMalatesta Editorial.

PANIAGUA, Xavier (1974): «La visió de Gaston Leval de la Rússia soviètica el 1921» en *Recerques*, n.º 3, Barcelona, pp. 199-224.

— (1989): *Anarquistas y socialistas*, Madrid, Historia 16.

— (2008): *La larga marcha hacia la anarquía. Pensamiento y acción del movimiento libertario*, Madrid, Síntesis.

PARAMIO ROCA, Carlos; GARCÍA BILBAO, Pedro; GARCÍA BILBAO, Xulio (2010): *La represión franquista en Guadalajara*, Guadalajara, Silente.

PAZ, Abel (1996): *Durruti en la Revolución española*, Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo.

PEIRATS, José (1988): *La CNT en la Revolución española*, Cali, Ed. Madre Tierra.

PEÑA MUÑOZ, Miguel A. (2018): *Andaluces levantaos. El trienio bolchevique andaluz. Córdoba (1918-1920)*, Córdoba, Atrapasueños.

PÉREZ, Manuel (2012): *30 años de lucha. Mi actuación como militante de la CNT y anarquista español*, Vitoria, Asociación Isaac Puente.

PÉREZ TRUJILLANO, Rubén (2018): *Creación de constitución, destrucción de Estado: la defensa extraordinaria de la Segunda República*, Madrid, Dykinson.

PESTAÑA, Ángel (1977): *Trayectoria sindicalista*, Madrid, Tebas (Prólogo de Antonio Elorza).

POZO, Josep Antoni (2015): *Del orden revolucionario al orden antifascista. La lucha política en la retaguardia republicana*, Sevilla, Renacimiento.

PRESTON, Paul (2011): *El Holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*, Barcelona, Debate.

— (2014): *El final de la guerra. La última puñalada a la República*, Barcelona, Debate.

PUENTE, Isaac (2009): *El comunismo libertario y otras proclamas insurreccionales*, Bilbao, Martxoak 18 Kultur Elkartea.

QUESADA, Fernando (1997): *Sacco y Vanzetti: dos nombres para la protesta*, Buenos Aires, Reconstruir.

RAMOS, Tano (2012): *El caso Casas Viejas. Crónica de una insidia (1933-1936)*, Barcelona, Tusquets.

RECLUS, Élie (2007): *Impresiones de un viaje por España en tiempos de Revolución. Del 26 de octubre de 1868 al 20 de marzo de 1869. El advenimiento de la República*, Logroño, *Pepitas* de Calabaza.

RICHARDS, Vernon (1977): *Enseñanzas de la Revolución española*, Madrid, Campo Abierto Ediciones.

RIVERA, Antonio (1999): «Demasiado tarde (el anarcosindicalismo en la transición española)» en *Historia contemporánea*, n.º 19, pp. 329-354.

RODRIGUES, Edgar (1980): *O Despertar Operéio em Portugal (1834-1911)*, Lisboa, Sementeira.

ROMERO CUESTA, José (1931): *La verdad de los que pasó en Vera. El primer movimiento contra la dictadura*, Madrid, Castro.

ROYO VILANOVA, Antonio (1920): *Bolchevismo y sindicalismo*, Madrid, Biblioteca de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, Editorial Reus.

SÁNCHEZ CERVELLÓ, Josep (2006): *¿Por qué hemos sido derrotados? Las divergencias republicanas y otras cuestiones*, Barcelona, Flor de Viento.

SÁNCHEZ COBOS, Amparo (2008): *Sembrando ideales. Anarquistas españoles en Cuba (1902-1925)*, Madrid, CSIC.

SANZ, Ricardo (1933): *Los Treinta Judas*, Buenos Aires, Editorial La Protesta.

SERRANO, Carlos (2000): *El turno del pueblo. Crisis nacional, movimientos populares y populismo en España (1890-1910)*, Barcelona, Península.

SERRANO, Secundino (2002): *Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista*, Madrid, Temas de Hoy.

SIGUÁN BOEHMER, Marisa (1981): *Literatura popular libertaria. Trece años de La Novela Ideal (1925-1938)*, Barcelona, Península.

SOUTO KUSTRÍN, Sandra (2004): *«Y ¿Madrid? ¿Qué hace Madrid?». Movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936)*, Madrid, Siglo XXI.

— (2013): *Paso a la juventud. Movilización democrática, estalinismo y revolución en la República española*, Valencia, PUV.

TAVERA, Susana (2005): *Federica Montseny. La Indomable*, Madrid, Temas de Hoy.

TÉLLEZ SOLA, Antonio (1996): *La Red de Evasión del Grupo Ponzán. Anarquistas en la guerra contra el franquismo y el nazismo*, Barcelona, Virus.

TERMES ARDEVOL, Josep (2000): *Anarquismo y sindicalismo en España (1864-1881)*, Barcelona, Critica.

— (2011): *Historia del anarquismo en España (1870-1980)*, Barcelona, RBA.

URALES, Federico (2019): *Los municipios libres ante las puertas de la anarquía*, Palma de Mallorca, Calumnia Edicions.

VADILLO MUÑOZ, Julián (2011a): «Un ejemplo de unidad de archivo obrero a través de la historia. La Fundación Anselmo Lorenzo. Archivo histórico de la CNT» en *El Trabajo y la Memoria Obrera*, Actas de la IX Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos, Guadalajara, Asociación de Amigos de Archivo Histórico Provincial de Guadalajara y Fundación Anastasio de Gracia-FITEL.

— (2011b): *Mauro Bajatierra. Anarquista y periodista de acción*, Madrid LaMalatesta Editorial.

— (2012): «Un diario en guerra y revolución. El *CNT* durante la guerra civil española» en Losada Urigüén, María; Sanz, Carles; Calero Delso, Juan Pablo y Vadillo Muñoz, Julián, *80 aniversario del periódico CNT. El hilo rojinegro de la prensa confederal (1932-2012)*, Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo/Queimada ediciones.

— (2013): *Abriendo brecha. Los inicios de la lucha de las mujeres por su emancipación. El ejemplo de Soledad Gustavo*, Guadalajara, Volapük Ediciones.

— (2014): «Guerra a la guerra. El movimiento obrero frente a la guerra (1898-1918)» en *Actas de Siglo. V Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo*, Logroño, Universidad de La Rioja, pp. 143-166.

— (2016): «En pie contra el fascismo. La prensa anarquista ante el golpe del 18 de julio» en *El argonauta español*, Marsella, Université-Aix-Marseile,

pp. 1-22.
— (2017a): *Por el pan, la tierra y la libertad. El anarquismo en la Revolución rusa*, Guadalajara, Volapük Ediciones.
— (2017b): «Bajo el influjo de un italiano y un francés. Fanelli y Lafargue en la fundación de la Internacional en España» en *Investigaciones Históricas. Época moderna y contemporánea*, n.º 37, Valladolid, Ediciones de la Universidad de Valladolid, pp. 175-203.
— (2017c): *El socialismo en el siglo XIX. Del pensamiento a la organización. Raíces, origen y desarrollo del laboratorio socialista antiestatal en el siglo XIX*, Madrid, Queimada Ediciones.
— (2017d): «La organización ante todo. Anselmo Lorenzo en los orígenes de la Internacional. 1868-1875» en VV AA, *En el alba del anarquismo. Anselmo Lorenzo. 1914-2014*, Palma de Mallorca, Calumnia.
— (2018): «El evangelista del obrero. La triple fe de Nicolás Alonso Marselau» en Higueras Castañeda, Eduardo; Pérez Trujillano, Ruben y Vadillo Muñoz, Julián (coords.), *Activistas, militantes y propagandistas. Biografías en los márgenes de la cultura republicana (1868-1978)*, Sevilla, Athenaica Ediciones.
— (2019): *Historia de la CNT. Utopía, pragmatismo y revolución*, Madrid, Los Libros de La Catarata.
VERGES, Oriol (1964): *La I Internacional en las Cortes de 1871*, Cátedra de Historia General de España.
VICENTE, Manuel (1999): «Josep Llunas Pujals (1852-1905). Anarquismo, sindicalismo, colectivismo y librepensamiento» en *Historiar. Revista trimestral de Historia*, n.º 3, pp. 39-57.
VICENTE VILLANUEVA, Laura (2013): *Historia del anarquismo en España*, Madrid, Los Libros de La Catarata.
VIÑAS, Ángel (2013): «La connivencia fascista con la sublevación y otros éxitos de la trama civil» en Sánchez Pérez, Francisco (coord.), *Los mitos del 18 de julio*, Barcelona, Critica, pp. 79-181.
— (2019): *¿Quién quiso la Guerra Civil? Historia de una conspiración*, Barcelona, Crítica.
VIÑAS, Ángel y HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Fernando (2009): *El desplome de la República*, Barcelona, Crítica.
VV AA (2017): *En el alba del anarquismo. Anselmo Lorenzo. 1914-2014*, Palma de Mallorca, Calumnia.
VV AA (1979): *CNT, ser o no ser. La crisis de 1976-1979*, Barcelona, Ruedo Ibérico.

WILHEMI, Gonzalo (2012): *El movimiento libertario en la transición. Madrid, 1975-1982*, Madrid, Fundación Salvador Seguí.
ZAMBRANA, Joan (1999): *La alternativa libertaria. Catalunya 1976-1979*, Badalona, Fet a mar.
— (s/f): *El anarquismo organizado en los orígenes de la CNT. Tierra y Libertad, 1910-1919*, Cedall.
ZARCONE, Pier Francesco (2004): *Portogallo anarchico e ribelle (storia del movimiento libertario portoghese)*, Pescara, Samizdat.
— (2019): *El anarquismo en la historia de Portugal*, Madrid, La Neurosis o Las Barricadas.

Notas

[1] *La Revista Social*, n.º 140, 7 de febrero de 1884. <<

[2] *La Razón*, n.º 71, 27 de julio de 1872; *La Cuestión de la Alianza*, Imp. De don J. Olivares, 1872. <<

[3] *Bulletin de la Fédération jurassienne*, 15 de junio de 1872. <<

[4] Hay que señalar, tal como establece Wolfgang Eckhardt, que el punto 4.º de estos estatutos está tomado casi literalmente del programa de la Alianza, que hemos consignado más arriba. No es sorprendente, pues muchos de sus impulsores eran aliancistas. <<

[5] *La Révolte. Organe communiste-anarchiste*, n.º 11, 25 de noviembre al 1 de diciembre de 1888 (original en francés). <<

[6] *Tierra y Libertad*, n.º 4, 1 de diciembre de 1888. <<

[7] *La Révolte. Organe communiste-anarchiste*, n.º 45, 27 de julio al 26 de agosto de 1889 (original en francés). <<

[8] *La Revolución Social*, n.º 3, 12 de octubre de 1889. <<

[9] *El Imparcial*, n.º 12086, 5 de diciembre de 1900. <<

[10] *La Revista Blanca*, n.º 92, 15 de abril de 1902. <<

[11] *Bicicleta*, n.º 11. <<

[12] *Tierra y Libertad*, n.º 219, 24 de junio de 1914. <<

[13] *El Corsario*, 21 de mayo de 1893. <<

[14] *Tierra y Libertad*, 2 de noviembre de 1914. <<

[15] *Freedom*, 16 de abril de 1916. <<

[16] *O Despertar*, n.º 6, 1915. <<

[17] *El Diluvio*, 24 de abril de 1915. Entre los intervinientes al mitin estaban Eusebio Carbó, Antonio Loredo, el brasileño Juan Castineira y el gallego José López Bouza. <<

[18] *El Socialista*, 29 de abril de 1915 (el número contiene una errata, pues fecha en mayo cuando en realidad fue en abril). <<

[19] *Le Cri de Jeunes Syndicalistes*, n.º 2, mayo de 1915. <<

[20] *Tierra y Libertad*, n.º 257, 12 de mayo de 1915. <<

[21] Ídem. <<

[22] Ídem. <<

[23] *El Socialista*, 2 de mayo de 1915. <<

[24] *El porvernir del obrero*, 13 de mayo de 1915. <<

[25] *Tierra y Libertad*, n.º 259, 26 de mayo de 1915. <<

[26] *Solidaridad Obrera*, n.º 433, 5 de enero de 1917. <<

[27] Ídem, n.º 546, 30 de abril de 1917. <<

[28] Ídem, n.º 554, 9 de mayo de 1917 y n.º 560, 15 de mayo de 1917. <<

[29] Ídem, n.º 579, 3 de junio de 1917. <<

[30] Ídem, n.º 589, 13 de junio de 1917. <<

[31] Ídem, n.º 631, 7 de agosto de 1917 y n.º 632, 8 de agosto de 1917. <<

[32] Ídem, n.º 547, 1 de mayo de 1917. <<

[33] *Solidaridad Obrera*, n.º 641, 31 de octubre de 1917. <<

[34] *Tierra y Libertad*, n.º 373, 7 de noviembre de 1917. <<

[35] *Tierra y Libertad*, n.º 365, 21 de noviembre de 1917. <<

[36] *España Libre*, 20 de octubre de 1961. <<

[37] *Solidaridad Obrera*, n.º 653, 12 de noviembre de 1917. <<

[38] *Solidaridad Obrera*, n.º 773, 30 de mayo de 1918. <<

[39] *Solidaridad Obrera*, n.º 942, 12 de noviembre de 1918. <<

[40] Ídem. <<

[41] El manifiesto venía firmado por Enrique Aparicio, Mauro Bajatierra, Vicente Barco, Evelio Boal, Francisco Botella, Manuel Buenacasa, Eusebio Carbó, Juan José Carrión, Emilio Chivinello, Román Cortés, Paulino Díez, Vicente Gil, Antonio Jurado, Diego Larrosa, Manuel Liza, Mateo Mariné, Domingo Martínez, Saturnino Meca, Enrique Molina, Ángel Pestaña, Simón Piera, Francisco Puig, Enrique Sarelly, Joseph Vernet (Comité Nacional de la CNT, 1995). Véase Vadillo Muñoz, 2011b: 31-32. También Bajatierra, 1920. <<

[42] *Vida Nueva*, 14 de junio de 1922. <<

[43] *Acracia*, n.º 2, 3 de febrero de 1923. <<

[44] Ídem, n.º 5, 17 de marzo de 1923. <<

[45] «Conferencia del señor Subsecretario con el Gobernador Civil de Barcelona el día 28 de septiembre de 1923». Archivo Histórico Nacional (AHN), Gobernación, Leg. 58-A. <<

[46] *Solidaridad Obrera*, n.º 242, 8 de febrero de 1924. <<

[47] Centre Historique des Archives Nationales (CHAN). Ministere de l’Interieur. Oeuvre Internationale des Éditions Anarchistes, hoja de explicación y suscripción. <<

[48] *Revista Internacional Anarquista*, n.º 1, 15 de noviembre de 1924. <<

[49] Ídem, n.º 4, 15 de febrero de 1925. <<

[50] *La Protesta*, n.º 5375, 6 de julio de 1926. <<

[51] *La Protesta*, n.º 4493, 20 de agosto de 1924. <<

[52] Ídem. <<

[53] CHAN. Ministere de l’Interieur. Folleto «España, un año de dictadura». <<

[54] Archive National de France. Préfecture de Police, «Manifeste. A tous les espagnols résidant en France». La Ligue de Militants de la C. N. du T. d'Espagne, 1 de septiembre de 1924. <<

[55] *La Protesta*, n.º 4547, 22 de octubre de 1924 <<

[56] CHAN. Ministère de l’Intérieur. Commission Exécutive. Comité de Relations Anarchistes de París. 7 de octubre de 1924. Documento 3. <<

[57] Ídem. Documentos 4, 5, 6 y 7. <<

[58] Ídem. Documento 8. <<

[59] Instituto de Historia Social de Ámsterdam (IISG). Fondo de Diego Abad de Santillán. Inventario n.º 19. <<

[60] *La Revista Internacional Anarquista*, n.º 7, 15 de mayo de 1925. <<

[61] «Orígenes de la FAI», Progreso Fernández. Artículo publicado en *CNT* y *Tierra y Libertad*. <<

[62] Archivo del Comité Peninsular de la FAI (ACPFAI). «Extracto del acta de la conferencia celebrada en Valencia los días 25 y 25 de julio de 1927». Documento por clasificar. <<

[63] Ídem. <<

[64] Ídem. <<

[65] Ídem. <<

[66] Ídem. <<

[67] Ídem. <<

[68] Ídem. <<

[69] Ídem. <<

[70] Archive National de France. Préfecture de police. «A. S. de trois groupement révolutionnaires espagnols», 15 de noviembre de 1924. <<

[71] *Acción Social Obrera*, 19 de enero de 1929, Juan Peiró, «El deber de las vestales». <<

[72] *Le combat syndicaliste*, n.º 15, octubre de 1928. <<

[73] *Acción Social Obrera*, 6 de abril de 1928. <<

[74] CHAN. F7-13443. Ver periódico *Prismas*, «La organización anarquista» de Eusebio Magriña, n.º 8, diciembre de 1927. En el mismo número, artículo de Manuel Buenacasa con el título «Organicémonos». <<

[75] *Rebelde*, enero de 1929. <<

[76] *Solidaridad Obrera*, n.º 127, 15 de abril de 1931. <<

[77] *El Luchador*, n.º 19, 24 de abril de 1931. <<

[78] Ídem, n.º 41, 16 de octubre de 1931. <<

[79] Ídem, n.º 21, 29 de mayo de 1931. <<

[80] Ídem, n.º 26, 3 de julio de 1931. <<

[81] *Tierra y Libertad*, n.º 19, 27 de junio de 1931. Las cursivas son mías. <<

[82] *Tierra y Libertad*, n.º 51, 19 de septiembre de 1931. <<

[83] Ídem, n.º 24, 1 de agosto de 1931. <<

[84] *Solidaridad Obrera*, n.º 186, 17 de junio de 1937. <<

[85] *L'Opinió*, 30 de agosto de 1931. <<

[86] Ídem. <<

[87] International Institut of Social History (IISH). Archivo del Comité Peninsular de la FAI (ACPFAI). CP-36-c. Federación Regional de Grupos de Cataluña. 7 de julio de 1933. Varios documentos más acreditan la posición de la FAI. <<

[88] *El Luchador*, n.º 19, 15 de mayo de 1931. <<

[89] *El Luchador*, n.º 42, 23 de octubre de 1931. <<

[90] *Solidaridad Obrera*, n.º 696, 20 de junio de 1933. <<

[91] International Institut of Social History (IISH). Archivo del Comité Peninsular de la FAI (ACPFAI). CP-36C-6. «El Comité Peninsular de la FAI desmiente falsos rumores». <<

[92] International Institut of Social History (IISH). Archivo del Comité Peninsular de la FAI (ACPFAI). CP-11C. Federación Regional Anarquista del Centro. 13 de junio de 1934. <<

[93] International Institut of Social History (IISH). Archivo del Comité Peninsular de la FAI (ACPFAI). CP-36C.5. Archivo viejo. Varios documentos. <<

[94] *Tierra y Libertad*, n.º 28, 29 de agosto de 1931. <<

[95] *El Luchador*, n.º 47, 27 de noviembre de 1931. <<

[96] International Institut of Social History (IISH). Archivo del Comité Peninsular de la FAI (ACPFAI). CP-24.2. Acta de la primera sesión celebrada en Barcelona del Pleno Regional de Grupos Anarquistas, el 21 de octubre de 1933. <<

[97] International Institut of Social History (IISH). Archivo del Comité Peninsular de la FAI (ACPFAI). CP-8-A. Circular del Comité Regional Provisiorio de GG. AA. de Andalucía al Comité Peninsular de la FAI. 11 de septiembre de 1932. <<

[98] International Institut of Social History (IISH). Archivo del Comité Peninsular de la FAI (ACPFAI). CP-18-A. Circular del Comité Peninsular de la FAI al Comité Provincial de la Federación de GG. AA. del Norte. 9 de octubre de 1932. <<

[99] International Institut of Social History (IISH). Archivo del Comité Peninsular de la FAI (ACPFAI). CP-11D. Informe ampliado del ex Comité Revolucionario del Centro, referente al movimiento revolucionario de octubre de 1934. <<

[100] Fundación Anselmo Lorenzo (FAL). Archivo del Comité Nacional de la CNT. Leg. 50a. Acuerdos del Pleno Nacional de Regionales de la FAI, celebrado en Madrid los días 31 de enero y 1 de febrero de 1936. <<

[101] International Institut of Social History (IISH). Archivo del Comité Peninsular de la FAI (ACPFAI). CP-3B-1. Circular del Comité de Relaciones Pro-Revolución Española de la Federación de Grupos Anarquistas de Lengua Española al Comité Peninsular de la FAI. Agosto de 1933. <<

[102] International Institut of Social History (IISH). Archivo del Comité Peninsular de la FAI (ACPFAI). CP-3B-5. Informe de la Federación de Grupos Anarquistas de Lengua Española al Pleno Peninsular de la FAI. Enero de 1936. <<

[103] International Institut of Social History (IISH). Archivo del Comité Peninsular de la FAI (ACPFAI). CP-19B. Congreso Anarquista del Continente Africano. 5 de agosto de 1935. <<

[104] *Tierra y Libertad*, n.º 28, 29 de agosto de 1931. <<

[105] Ídem, n.º 24, 1 de agosto de 1931. <<

[106] Ídem, n.º 45, 16 de enero de 1931. <<

[107] Ídem, n.º 49, 23 de enero de 1932. <<

[108] Ídem, n.º 50, 6 de febrero de 1932. <<

[109] Ídem, 27 de enero de 1933. <<

[110] International Institut of Social History (IISH). Archivo del Comité Peninsular de la FAI (ACPFAI). CP-12B. Circular del Comité de Asturias, León y Palencia al Comité Peninsular de la FAI. 11 de agosto de 1933. <<

[111] *Memoria del Pleno Peninsular de Regionales de la FAI celebrado en Madrid los días 28, 29 y 30 de octubre de 1933*, FAI, Barcelona, 1933, p. 9. <<

[112] Ídem, p. 12 <<

[113] International Institut of Social History (IISH). Archivo del Comité Peninsular de la FAI (ACPFAI). CP-36C.6. Recortes de prensa, 1933. <<

[114] *Memoria del Pleno Peninsular de Regionales de la FAI celebrado en Madrid los días 28, 29 y 30 de octubre de 1933*, FAI, Barcelona, 1933, p. 21. <<

[115] Ídem, p. 22. <<

[116] *Tierra y Libertad*, n.º 146, 16 de febrero de 1934. <<

[117] International Institut of Social History (IISH). Archivo del Comité Peninsular de la FAI (ACPFAI). CP-11C. Respuesta de la Federación Anarquista del Centro a un artículo periódico juvenil socialista *Renovación*. 6 de febrero de 1934. <<

[118] Ídem. Circular del Comité Peninsular de la FAI a la Federación Anarquista del Centro. 23 de febrero de 1934. <<

[119] Ídem. Circular de la Federación Anarquista del Centro al Comité Peninsular de la FAI. 4 de abril de 1934. <<

[120] International Institut of Social History (IISH). Archivo del Comité Peninsular de la FAI (ACPFAI). CP-11B. Proyecto de dictamen sobre la conveniencia de ir a una inteligencia con los elementos socialistas a fin de garantizar el triunfo de la futura revolución. Grupo Los Intransigentes. 25 de diciembre de 1933. <<

[121] International Institut of Social History (IISH). Archivo del Comité Peninsular de la FAI (ACPFAI). CP-12C. Circular del Comité de Asturias, León y Palencia al Comité Peninsular de la FAI. 10 de julio de 1934 y 23 de julio de 1934. <<

[122] International Institut of Social History (IISH). Archivo del Comité Peninsular de la FAI (ACPFAI). CP-12C. Actas del Pleno de los Grupos Anarquistas de Asturias, León y Palencia. 27 de mayo de 1934. <<

[123] International Institut of Social History (IISH). Archivo del Comité Peninsular de la FAI (ACPFAI). CP-11E. Actas del Pleno Local de los grupos anarquistas de Madrid afectos a la FAI. 11 de enero de 1936. <<

[124] Fundación Anselmo Lorenzo (FAL). Archivo del Comité Nacional de la CNT. Leg. 50a. Acuerdos del Pleno Nacional de Regionales de la FAI, celebrado en Madrid los días 31 de enero y 1 de febrero de 1936. <<

[125] International Institut of Social History (IISH). Archivo del Comité Peninsular de la FAI (ACPFAI). CP-36A.4.ª. Informes de las distintas regionales al Pleno Nacional del 31 de enero-1 de febrero de 1936. <<

[126] Fundación Anselmo Lorenzo (FAL). Archivo del Comité Nacional de la CNT. Leg. 50.ª. Acuerdos del Pleno Nacional de Regionales de la FAI, celebrado en Madrid los días 31 de enero y 1 de febrero de 1936. <<

[127] Ídem. <<

[128] Ídem. <<

[129] Ídem. <<

[130] *Solidaridad Obrera*, n.º 1216 6 de marzo de 1936. <<

[131] *Tierra y Libertad*, n.º 7, 21 de febrero de 1936. <<

[132] Ídem, n.º 15 y 22, 17 de abril de 1936 y 5 de junio de 1936, respectivamente. <<

[133] Ídem, n.º 14 y 16, 10 y 24 de abril de 1936, respectivamente. <<

[134] Ídem, n.º 23, 12 de junio de 1936. <<

[135] Fundación Anselmo Lorenzo (FAL). Archivo del Comité Nacional de la CNT. Leg. 50a. Circular del Comité de Defensa Confederal de la CNT-AIT y FAI. 15 de julio de 1936. <<

[136] *Memoria del Pleno Peninsular de Regionales de la FAI celebrado en Madrid los días 28, 29 y 30 de octubre de 1933*, FAI, Barcelona, 1933. <<

[137] *La Revista Blanca*, n.º 197, 1 de agosto de 1931. <<

[138] *Tierra y Libertad*, n.º 152, 21 de abril de 1934. <<

[139] Ídem, n.º 153, 27 de abril de 1934. <<

[140] Ídem, n.º 154, 4 de mayo de 1934. <<

[141] Fundación Anselmo Lorenzo (FAL). Archivo del Comité Nacional de la CNT. Conferencia de Federica Montseny junto a Miguel González Inestal. Rollo 56. Paquete 28. <<

[142] PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña); POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista); UR (Unión Republicana); AC (Acción Catalana). <<

[143] *Solidaridad Obrera*, n.º 1883, 24 de julio de 1936. <<

[144] *Tierra y Libertad*, n.º 1, 28 de julio de 1936. <<

[145] Ídem, n.º 36, 24 de septiembre de 1936. <<

[146] *Tierra y Libertad*, 19 de diciembre de 1936. <<

[147] Fundación Anselmo Lorenzo (FAL). Archivo del Comité Nacional de la CNT. Actas de los Plenos Regionales de Grupos Anarquistas de Cataluña celebrados los días 6 de diciembre de 1936 y 14 de febrero de 1937. Rollo 126. Paquete 49a. <<

[148] Fundación Anselmo Lorenzo (FAL). Archivo del Comité Nacional de la CNT. 20 de diciembre de 1937. Rollo 94. Paquete 39c. <<

[149] Ídem. Boletín de Información y Orientación Orgánica del Comité Peninsular de la FAI. Número 6. 22 de julio de 1937. <<

[150] Fundación Anselmo Lorenzo (FAL). Archivo del Comité Nacional de la CNT. 25 de septiembre de 1937. Rollo 49. Paquete 39c. <<

[151] Ídem. 23 de octubre de 1937. Rollo 94. Paquete 39c. <<

[152] Archivo General Histórico de Defensa (AGHD). Documentos del Grupos Anarquistas de Valencia. Sumario 3250-20518-8. <<

[153] Fundación Anselmo Lorenzo (FAL). Archivo del Comité Nacional de la CNT. Conferencia Anarquista Internacional. Junio de 1937. Rollo 312. Paquete 103. <<

[154] *Solidaridad Obrera*, 4 de noviembre de 1936. <<

[155] Fundación Anselmo Lorenzo (FAL). Archivo del Comité Nacional de la CNT. Dictamen del Pleno de Regionales del Movimiento Libertario. 22 de octubre de 1938. Rollo 57. Paquete 28. <<

[156] Ídem. Actas de los Plenos Regionales de Grupos Anarquistas de Cataluña celebrados los días 6 de diciembre de 1936 y 14 de febrero de 1937. Rollo 126. Paquete 49a. <<

[157] Ídem. Dictamen aprobado en el Pleno Peninsular de Regionales de la FAI sobre una nueva y más eficiente estructuración del movimiento anarquista. Delegaciones de la FAI al pleno. 7 de julio de 1937. <<

[158] Ídem. <<

[159] Ídem. <<

[160] *Estatutos generales de la FAI*, Valencia, 1937, pp. 7-8. <<

[161] *Nosotros*, n.º 97, 14 de julio de 1937; *Tierra y Libertad*, 17 de julio de 1937. <<

[162] Archivo General Histórico de Defensa (AGHD). Documentos del Grupos Anarquistas de Valencia. Sumario 3250-20518-8. <<

[163] Fundación Anselmo Lorenzo (FAL). Archivo del Comité Nacional de la CNT. Carta de A. Gilabert a Juan Domènech. Barcelona, 6 de octubre de 1937. Rollo 269. Paquete 95. <<

[164] Ídem. Boletín del Militante. Serie B. N.º 1. Valencia, 8 de septiembre de 1937. Rollo 260. Paquete 92. <<

[165] Ídem. Boletín del Militante. Comité Peninsular de la FAI. 26 de marzo de 1938. Rollo 172. Paquete 67. <<

[166] *Tierra y Libertad*, n.º 3, 30 de julio de 1936. <<

[167] *Milicia Popular*, n.º 39, 9 de septiembre de 1936. <<

[168] Fundación Anselmo Lorenzo (FAL). Archivo del Comité Nacional de la CNT. Dictamen de los Grupos Anarquistas de Barcelona sobre el problema de Orden Público. 1 de marzo de 1937. Rollo 269. Paquete 95. <<

[169] *CNT*, n.º 411, 23 de septiembre de 1936; *Tierra y Libertad*, n.º 37, 1 de octubre de 1936. <<

[170] Fundación Anselmo Lorenzo (FAL). Archivo del Comité Nacional de la CNT. Actas de los Plenos Regionales de Grupos Anarquistas de Cataluña celebrados los días 6 de diciembre de 1936 y 14 de febrero de 1937. Rollo 126. Paquete 49a. <<

[171] Ídem. Folleto de Diego Abad de Santilla, publicado por el Comité Peninsular de la FAI, titulado «El pueblo español en la lucha por su independencia». Rollo 239. Paquete 88. <<

[172] Ídem. Informe confidencial a las regionales de la FAI. Comité Peninsular de la FAI. 22 de junio de 1938. Rollo 239. Paquete 88. <<

[173] Ídem. El Comité Peninsular de la FAI al Pleno de Regionales del Movimiento Libertario sobre la dirección de la guerra y las rectificaciones a que obliga la experiencia. 8 de septiembre de 1938. Rollo 258. Paquete 92. <<

[174] Ídem. <<

[175] *Solidaridad Obrera*, n.º 1527, 5 de marzo de 1937. <<

[176] Archivo Propio. Pasquín de Los Amigos de Durruti. <<

[177] Ídem. Comunicado de Los Amigos de Durruti. <<

[178] *Castilla Libre*, n.º 101, 30 de mayo de 1937; *El Amigo del Pueblo*, n.º 3, 12 de junio de 1937. <<

[179] *El Amigo del Pueblo*, n.º 7, 31 de septiembre de 1937. <<

[180] *Tierra y Libertad*, 8 de mayo de 1937. <<

[181] Ídem, 5 de junio de 1937. <<

[182] Fundación Anselmo Lorenzo (FAL). Archivo del Comité Nacional de la CNT. *Boletín del Militante*, n.º 28, 5 de noviembre de 1938. Rollo 290. Paquete 92. <<

[183] Ídem. Actas de los Plenos Regionales de Grupos Anarquistas de Cataluña celebrados los días 6 de diciembre de 1936 y 14 de febrero de 1937. Rollo 126. Paquete 49a. <<

[184] Ídem. Boletín del Militante, serie B, n.º 8. Valencia, 8 de octubre de 1937. Rollo 290. Paquete 92. <<

[185] Ídem. Boletín del Militante, n.º 24. 1.º de septiembre de 1938. Rollo 290. Paquete 92. <<

[186] Ídem. Boletín del Militante, serie B, n.º 9. Valencia, 21 de octubre de 1937. Rollo 290. Paquete 92. <<

[187] *Tierra y Libertad*, 15 de octubre de 1938 y 19 de noviembre de 1938. <<

[188] Ídem, 25 de agosto de 1938. <<

[189] Ídem. Actas del Pleno del Movimiento Libertario. Octubre de 1938. Rollo 139, paquete 54. <<

[190] *La Voz de la FAI*, n.º 3, 26 de octubre de 1938 y n.º 7, 23 de noviembre de 1938. <<

[191] Fundación Anselmo Lorenzo (FAL). Archivo del Comité Nacional de la CNT. Actas del Pleno del Movimiento Libertario. Octubre de 1938. Rollo 139, paquete 54. <<

[192] *Nosotros*, 6 de marzo de 1939. <<

[193] Ídem, 8 de marzo de 1939. <<

[194] Ídem, n.º 232, 27 de marzo de 1939. <<

[195] «Ley del 9 de febrero de 1939 de Responsabilidades Políticas». Boletín Oficial del Estado, 13 de febrero de 1939. <<

[196] Archivo Histórico de Defensa. Procedimiento sumarísimo 17212. Leg. M-1137. <<

[197] Archivo del Comité Peninsular de la FAI. «Extracto de las actas del Pleno Nacional de Afinidad Anarquista celebrado los días 13, 14 y 15 de noviembre de 1945». Libro n.º 1. Gestión, 1945-1947. <<

[198] Ídem. Acta del Pleno de la FAI celebrado en Sevilla el día 3 de marzo de 1946. Libro n.º 1. Gestión 1945-1947. <<

[199] Ídem. *Renacer*. Órgano de la FAI. Libro n.º 1. Gestión 1945-1947. <<

[200] Archivo General de la Administración (AGA). «Comunistas, anarquistas, democracia cristiana, prensa, nuevas publicaciones, 1956-1957». Caja 11505. <<

[201] Ídem. Congreso internacional de Federaciones Anarquistas. Carrara. 30 de agosto al 8 de septiembre de 1968. Libro n.º 9. Gestiones FAI-IFA en Francia. 1967-1968. <<

[202] *Tierra y Libertad*, n.º 3, marzo-abril 1978. <<

[203] *Dossier Caso Scala*, Comisión de Apoyo a los detenidos del Scala, 1980. <<

[204] https://www.nortes.me/2021/01/14/el-caso-scala-y-la-cnt-del-montaje-policial-al-mito-anarquista/. <<

[205] *Tierra y Libertad*, n.º 3, marzo-abril 1978. <<

[206] *CNT*, n.º 29, septiembre de 1979. <<

[207] *Nosotros. Portavoz de la Federación Ibérica de Grupos Anarquistas*, n.º 1, junio de 1979. <<

[208] Archivo del Comité Peninsular de la FAI. Comodato Ámsterdam. 19 de febrero de 1981. Gestión 1979-1986. <<

[209] Archivo del Comité Peninsular de la FAI. «Declaración de Principios de la FAI». <<

[210] Ídem. «Pacto Asociativo». <<